

CAMILLA LÄCKBERG



UNA JAULA DE ORO

LA VENGANZA DE UNA MUJER ES BELLA Y BRUTAL



MAEVA | NOIR

CAMILLA LACKBERG

Una jaula de oro

Traducción de Carmen Montes Cano



Título Original: *EN BUR AV GULD*

Traductor: Montes Cano, Carmen

©2019, Lackberg, Camilla

©2019, Ediciones Maeva

Colección: MAEVA NOIR

ISBN: 9788417708184

Generado con: QualityEbook v0.87

CAMILLA
LÄCKBERG

UNA JAULA DE ORO

LA VENGANZA DE UNA MUJER ES BELLA Y BRUTAL

Traducción:

CARMEN MONTES CANO



MAEVA | NOIR

Para Christina

PRIMERA PARTE



—¿Y no cabe la posibilidad de que solo esté herida? —dijo Faye.
Bajó la mirada y clavó la vista en la mesa, incapaz de mirarlos a los ojos.

Un instante de vacilación. Después, una voz lastimera.

—Hay mucha sangre. De un cuerpecillo tan menudo... Pero no quiero especular antes de que un forense haya podido hacer una valoración.

Faye asintió. Le dieron agua en un vaso de plástico transparente, se lo llevó a la boca, pero le temblaba tanto la mano que unas gotas le rodaron por la barbilla hasta la blusa. La agente rubia de amables ojos azules se inclinó y le dio una servilleta de papel para que se limpiara.

Ella se secó despacio. El agua dejaría manchas en la camisa de seda. Aunque eso ya no tenía la menor importancia.

—¿No cabe ninguna duda? ¿Ni la menor duda?

La policía miró de reojo a su colega y luego meneó la cabeza. Sopesó cuidadosamente sus palabras.

—Como ya he dicho, es preciso que un médico haga una valoración a partir de los hallazgos procedentes de la escena del crimen. Pero, en esta fase, todo apunta a una única posibilidad: Jack, tu exmarido, ha matado a vuestra hija.

Faye cerró los ojos y ahogó un sollozo.

Julienne se había dormido por fin. Tenía la melena extendida por la almohada de color rosa. Respiraba pausadamente. Faye le acarició las mejillas despacio, para no despertarla.

Jack regresaría esa noche de su viaje de negocios a Londres. ¿O era Hamburgo? Faye no se acordaba. Llegaría a casa cansado y estresado, pero ella procuraría que se relajara por completo.

Cerró con cuidado la puerta del dormitorio para no despertar a Julienne, se dirigió sigilosamente a la entrada y comprobó que la puerta estaba cerrada con llave. En la cocina, pasó la mano por la encimera. Tres metros de mármol blanco. De Carrara, naturalmente. Por desgracia, nada práctico, pues era tan poroso que lo absorbía todo como una esponja, y ya estaba cubierto de múltiples manchas que lo afeaban. Pero para Jack era impensable elegir una opción más práctica. La cocina del piso de la calle Narvavägen les había costado poco menos de un millón, y no habían escatimado un ápice en nada.

Faye echó mano de una botella de amarone y puso una copa de vino en la encimera. Las copas que resuenan sobre el mármol, el sonido rumoroso al escanciar el vino..., a eso ni más ni menos se reducía su existencia las noches que Jack pasaba fuera. Se sirvió el vino cuidadosamente, para no salpicar el mármol blanco de más manchas de vino tinto, y cerró los ojos al llevarse la copa a los labios.

Redujo la intensidad de la luz con el regulador, se dirigió a la entrada, donde colgaban los retratos en blanco y negro de ella, Julienne y Jack. Eran de Kate Gabor, la fotógrafa no oficial de la princesa heredera, que todos los años hacía unas fotografías adorables de los hijos de los reyes jugando entre el manto de hojas otoñales, vestidos de un blanco radiante. Jack y ella habían optado por hacerse fotos estivales. Aparecían los tres de pie, alegres y relajados en la orilla. Julienne entre los dos, con el pelo rubio aleteando al viento. Vestidos de blanco, naturalmente. Ella con un sencillo vestido de algodón de Armani, Jack con camisa y pantalones remangados de Hugo Boss, Julienne con un vestido de encaje de la colección infantil de Stella McCartney. Habían discutido minutos antes de tomar las fotos. Faye no recordaba el motivo, pero sí sabía que era culpa suya. Sin embargo, en los retratos no se reflejaba el menor rastro de discordia.

Subió la escalera. Dudó ante la puerta del despacho de Jack, pero luego la abrió. Se encontraba en un torreón con vistas a todos los puntos cardinales.

Una solución única en un edificio único, como bien dijo el agente inmobiliario cuando les mostró el piso cinco años atrás. Ella estaba embarazada de Julienne y tenía la cabeza llena de esperanzas de futuro.

A Faye le encantaba la sala del torreón. El espacio y la luz que entraba por las ventanas le daban la sensación de estar volando. Y ahora que la oscuridad exterior se había tornado compacta, las paredes abovedadas la envolvían como una concha.

Había decorado el espacio ella misma, al igual que el resto de la vivienda. Eligió el papel pintado, las estanterías, el escritorio, las fotografías y los cuadros que decoraban las paredes. Y a Jack le encantaba el resultado. Él nunca cuestionaba su buen gusto, además, se sentía orgulloso cuando los invitados le pedían el número del decorador.

En esos momentos, permitía que ella resplandeciera.

Mientras las demás habitaciones tenían una decoración moderna, luminosa y despejada, el despacho de Jack era más masculino. Más grave. Faye había dotado de más carácter aquel cuarto que el dormitorio de Julienne y que el resto del hogar. Jack pasaría allí mucho tiempo, y allí debería tomar decisiones importantes que afectarían al futuro familiar. Lo menos que podía hacer ella era ofrecerle un refugio allá arriba, debajo de las nubes.

Faye pasó la mano con satisfacción por la mesa de Jack. Un escritorio de estilo rústico por el que pujó en una subasta de Bukowski y que perteneció en su día a Ingmar Bergman. Jack no era buen conocedor de Bergman, prefería las películas de acción de Jackie Chan o las comedias de Ben Stiller, pero, igual que a ella, sí le gustaban los muebles con historia.

Cuando tenían invitados y enseñaban la casa, Jack siempre daba dos palmadas en el tablero de la mesa antes de contar como de pasada que aquel escritorio tan hermoso estuvo en su día en casa del mundialmente conocido director sueco. Cada vez que lo hacía, Faye sonreía complacida, porque al mismo tiempo que Jack pronunciaba aquellas palabras, sus miradas solían cruzarse. Era una de las miles de cosas que habían compartido y que seguían compartiendo en la vida. Esa forma cómplice de mirarse, esos instantes, insignificantes y significativos, que conformaban una relación.

Se hundió en el sillón delante del ordenador, giró media vuelta y quedó frente a la ventana. Fuera caía la nieve y se iba transformando en agua sucia en la calle, allá abajo. Al inclinarse hacia delante a mirar la calle vio que un coche avanzaba lentamente abriéndose paso por la oscuridad de la noche de aquel mes de febrero. A la altura de la calle Banérgatan, el conductor giró y

desapareció rumbo al centro de la ciudad. Por un instante, Faye olvidó a qué había ido allí, por qué estaba en el despacho de Jack. Era demasiado fácil perderse en la oscuridad y dejarse hipnotizar por los copos de nieve que caían atravesando la negrura.

Faye parpadeó, se irguió en el sillón y lo giró de nuevo hasta quedar de cara a la gran pantalla Apple. Movié el ratón y la pantalla se iluminó. Se preguntó qué habría hecho Jack con la alfombrilla que ella le había regalado por Navidad, la de la foto de Julienne y ella. En su lugar tenía una muy fea, de color azul, del banco Nordea. Regalo navideño de la entidad a todos sus clientes de banca privada.

Faye conocía la contraseña. «Julienne2010». Al menos no tenía a Nordea como fondo de pantalla, sino que seguía usando la foto que les hizo a ella y a Julienne en Marbella. Estaban tumbadas en la orilla, y ella levantaba a Julienne en alto con los brazos totalmente rectos. Las dos reían, pero su risa se intuía más que verse, pues estaba boca arriba con el pelo flotando en el agua. Los ojos azul claro de Julienne miraban directamente a la cámara, al objetivo. A los ojos de Jack, de un azul idéntico.

Faye se acercó un poco a la pantalla, recorrió con la mirada aquel cuerpo, que relucía bronceado y brillante por el agua y la sal. A pesar de que solo habían transcurrido unos meses desde el parto, se encontraba en mejor forma que ahora. Tenía el vientre plano. Los brazos finos. Los muslos delgados y firmes. Ahora, más de tres años después, pesaba por lo menos diez kilos más que cuando estuvieron en España. Tal vez quince. Hacía mucho que no se atrevía a pesarse.

Apartó la vista del cuerpo que se veía en la pantalla y abrió el navegador, hizo clic en el historial y escribió «porno». Los enlaces fueron apareciendo uno tras otro, clasificados por fecha. Podía rastrear sin dificultad las fantasías sexuales de Jack durante los últimos meses. Como un índice de su grado de excitación sexual. Una guía de «Fantasías sexuales para torpes».

El 26 de octubre había visto dos vídeos. «Jovencita rusa azotada por una polla enorme» y «Jovencita flaca intensamente embestida». Se dirá lo que se quiera del sector de la pornografía, pero al menos los títulos eran concretos. Nada de circunloquios. Ningún intento de usar eufemismos, de suavizar, de mentir sobre lo que se iba a mostrar y sobre lo que la persona que estaba delante de la pantalla quería ver en realidad. Un diálogo directo, comunicación abierta y sincera.

Jack veía porno desde siempre, ella también lo veía a veces cuando

estaba sola. Despreciaba a aquellas amigas que aseguraban que a sus maridos nunca se les ocurriría ver porno. Eso sí que era dar la espalda a la realidad.

Antes el porno que Jack veía nunca había afectado a la vida sexual conjunta. Nunca fue excluyente. Pero ahora había dejado de acudir a ella, aunque sí seguía buscando satisfacción en vídeos tipo «Jovencita flaca intensamente embestida».

El nudo le iba creciendo en el estómago a medida que iba viendo los vídeos. Las chicas eran jóvenes, escuálidas y sumisas. A Jack siempre le habían gustado las chicas delgadas y jóvenes. No era él quien había cambiado, sino ella. Porque, ¿no era así como las querían la mayoría de los hombres? En el barrio de Östermalm no había lugar para el envejecimiento y el aumento de peso. Al menos, no para las mujeres.

El último mes, Jack había visto el mismo vídeo siete u ocho veces. «Colegiala menudita penetrada por su profesor.» Faye le dio a reproducir. Una jovencita con una minifalda estampada, camisa blanca, corbata, calcetines y trenzas a lo Pippi Calzaslargas tiene problemas en el colegio. Las dificultades más serias se las plantea la asignatura de biología. Sus padres, preocupados y responsables, le buscan un profesor y la dejan sola en casa. Lllaman a la puerta. Es un hombre de unos cuarenta años con americana con coderas y maletín. Entran en una cocina muy luminosa. La chica va a buscar los libros y los abre. Repasan los músculos del cuerpo humano.

—Cuando yo diga el nombre de un músculo, tú te lo señalas, ¿sabrás hacerlo? —pregunta el profesor con voz grave.

La chica abre los ojos con asombro, asiente y pone morritos. Dice bien dos músculos. Cuando el profesor le pregunta por el *gluteus maximus*, el glúteo mayor, se sube un poco la falda de modo que el borde de las braguitas aparece en la pantalla, y señala la línea de la ingle. El profesor meneaba la cabeza sonriente.

—Ponte de pie, te lo voy a enseñar —dice.

Ella aparta la silla y se levanta. Él le pone la mano en la pantorrilla; la mano se ve enorme, la va subiendo y la mete por debajo de la falda. Se la levanta más aún y aparta el borde de las braguitas. Le mete un dedo. La chica deja escapar un suspiro. Un largo suspiro perfectamente porno. Pero, al mismo tiempo, con un toque de sorpresa inocente y de leve remordimiento. Una forma de reconocer ante el observador que es consciente de que no debería. De que está prohibido. Pero que no puede evitarlo. Que es imposible resistir la tentación.

Él mete y saca el dedo varias veces. Luego hace que se incline sobre la mesa y la penetra. Ella chilla, suspira, araña la mesa. Pide más. La cosa termina con que él le pide que se ponga las gafas —que se le han caído durante el viajecito—, antes de correrse en su cara. Con una expresión de placer y la boca entreabierta, la colegiala recibe el esperma.

Las películas porno son el contexto en el que con más claridad se aprecia la alta consideración que los hombres tienen de su esperma. Siempre lo reparten entre mujeres anhelantes y devotas que lo reciben con la boca entreabierta, siempre con la boca entreabierta, como si se tratara de un presente.

Faye apagó el ordenador con un par de golpes de ratón contra la horrenda alfombrilla de Nordea. Si aquello era lo que Jack quería, eso tendría.

Empujó la silla, que protestó con un crujido, y se levantó. Fuera ya era noche cerrada. La leve nevada había cesado. Con la copa de vino en la mano, salió del despacho.

En el vestidor tenía cuanto necesitaba. Miró el reloj. Las nueve y media. El avión de Jack estaría a punto de aterrizar, pronto tomaría el taxi. Naturalmente, disfrutaba del servicio VIP del aeropuerto de Arlanda, así que no tardaría en salir.

Faye se dio una ducha rápida y se afeitó el escaso vello que le había crecido sobre el monte de Venus. Se lavó bien todo el cuerpo, se maquilló, no como solía, sino algo más a la ligera, más juvenil. Se aplicó colorete en abundancia, utilizó bastante rímel y, para rematar, un lápiz de labios rosa chicle que encontró en el fondo del cajón del maquillaje y que, seguramente, iría incluido en la bolsa de regalo de algún evento.

Jack no la encontraría a ella —a Faye, su mujer, la madre de su hija— sino a alguien más joven e inocente, a alguien intacto. Era lo que él necesitaba.

Eligió una de las corbatas finas de Jack, de color gris, y la anudó descuidadamente. Se puso unas gafas de cerca que él se avergonzaba de tener que usar delante de otros, y que siempre escondía cuando tenían visita. Rectangulares, negras, Dolce & Gabbana. Observó el resultado en el espejo. Parecía diez años más joven. Casi como la que era cuando abandonó Fjällbacka.

No era la mujer de nadie. La madre de nadie. Era perfecto.

Entró en el cuarto de Julianne en busca de uno de sus cuadernos y un lápiz con un pompón rosa en el extremo. Se detuvo al oír que la niña murmuraba en sueños. ¿No estaría a punto de despertarse? No, pronto volvió a oír su

respiración pausada.

Fue a la cocina para servirse más vino, pero se detuvo y abrió un cajón donde guardaba los vasos de plástico de Julienne. Se sirvió el vino tinto en un gran vaso de Helio Kitty que tenía una tapa con pajita. Perfecto.

Cuando oyó que giraban la llave en la puerta estaba sentada hojeando *The Economist*, que Jack se empeñaba en tener a la vista. Ella era la única de la familia que lo leía de verdad.

Jack dejó la maleta en el suelo, se descalzó y metió en los zapatos italianos hechos a mano la horma de cedro necesaria para que la fina piel conservara la forma. Faye permaneció inmóvil. A diferencia de su discreto brillo de Lancôme, el lápiz rosa se le pegaba a los labios y despedía un olor ligeramente sintético.

Jack abrió cuidadosamente la puerta del frigorífico, aún sin detectar su presencia. Se movía sin hacer ruido, seguramente en la creencia de que tanto ella como Julienne dormían.

Faye lo observó desde la oscuridad del rincón del salón. Igual que un extraño que mirase por la ventana desde la calle, pudo observar a su marido sin que él se supiera observado. Por lo general, Jack estaba siempre en tensión total. Ahora que creía que no lo veía nadie, se movía de otro modo. Distendido, casi descuidado. Aquel cuerpo por lo general tan erguido se veía ahora algo hundido, no mucho, pero sí lo suficiente para que ella, que tan bien lo conocía, apreciara la diferencia. Tenía el rostro más relajado, sin aquella arruga pertinaz que le asomaba a la cara últimamente, incluso en las reuniones sociales tan íntimamente relacionadas con su carrera, con sus vidas, donde las risas y el tintineo de las copas podían traducirse en un negocio multimillonario al día siguiente.

Recordó cómo era Jack de joven, cuando se conocieron. Aquella mirada traviesa, aquella risa alegre, aquellas manos que no podían dejar de tocarla en todo momento, que nunca se cansaban de ella.

La luz del frigorífico le iluminó la cara. Faye no podía apartar la vista de él. Lo quería. Adoraba aquella espalda ancha. Aquellas manos que ahora agarraban el cartón de zumo y se lo llevaban a la boca. Pronto las tendría encima, dentro de su cuerpo. Dios, qué ganas tenía.

Quizá esas ganas la hicieron moverse, porque de pronto él volvió la cara hacia la puerta reluciente del horno y vio en ella su reflejo. Se sobresaltó un poco y se giró con el cartón de zumo aún en la mano, camino de la boca.

Lo dejó en la isla de la cocina.

—¿Estás despierta? —dijo sorprendido. Y allí estaba de nuevo la arruga del entrecejo.

Faye no respondió, simplemente se levantó y dio unos pasos hacia él. Jack escrutó su cuerpo. Hacía mucho tiempo que no la miraba de ese modo.

—Ven aquí —le dijo ella con voz dulce y clara.

Jack cerró el frigorífico y la cocina volvió a quedar a oscuras. Pero las luces de la ciudad iluminaban lo suficiente para que se vieran. El rodeó la isla, se secó los labios con el dorso de la mano y se inclinó para besarla. Pero ella apartó la cara y lo sentó en una silla. Ahora era ella quien mandaba. Cuando él alargó la mano hacia la falda, ella se la retiró. Para, un segundo después, llevarla hasta la corva. Se levantó un poco la falda para que él viera las bragas de encaje, con la esperanza de que las reconociera, con la esperanza de que viera que eran iguales. Que eran como las de ella. Las de la jovencita. La inocente.

Él fue subiendo la mano y ella no pudo evitar un gemido. En lugar de apartar las bragas como en la película, él las desgarró de golpe. Ella volvió a gemir, más alto ahora, se inclinó sobre la mesa, hundió la espalda mientras él se desabrochaba el pantalón y se bajaba los calzoncillos con un solo gesto. Luego la agarró del pelo y la empujó hacia abajo en la mesa. Echó sobre ella todo su peso, le olfateó el cuello entre fuertes mordiscos y ella notó el olor al zumo de naranja con whisky que Jack se había tomado en el avión. Él le separó los pies con movimientos resueltos, se puso detrás de ella y la penetró.

Jack la folló con fuerza, con agresividad y, a cada embestida, el borde de la mesa se le clavaba a Faye en las costillas. Le hacía un poco de daño, pero el dolor fue una liberación, la hizo olvidar todo lo demás, de modo que pudo concentrarse solo en disfrutar del placer.

Ella le pertenecía. Su placer le pertenecía. Su cuerpo le pertenecía.

—Dime cuándo te vas a correr —dijo entre gemidos con la mejilla pegada a la fría superficie de la mesa, donde el pintalabios había dejado un rastro pegajoso.

—Ahora —dijo él jadeando.

Ella se colocó de rodillas ante él, que le clavó entre jadeos la polla en la boca abierta. Le agarró la cabeza con las dos manos y la presionó con fuerza. Ella combatió el reflejo del vómito, tratando de no apartar la cabeza. Solamente recibir. Siempre y solamente recibir.

Faye recordó la escena de la película porno y, cuando Jack se corrió, ella disfrutó al ver en su cara la misma expresión que la del profesor cuando

poseyó a la joven virgen.

—Bienvenido a casa, cariño —dijo Faye con una sonrisa triunfadora.
Fue una de las últimas ocasiones en las que lo hicieron de casados.

Estocolmo, verano de 2001

Las primeras semanas en Estocolmo resultaron solitarias. Dos años después de terminar el instituto, dejé atrás Fjällbacka. Tanto mental como físicamente. No veía la hora de alejarme del ambiente claustrofóbico del pueblo. Me asfixiaban aquellas callejas pintorescas y aquella gente curiosa cuya mirada nunca me dejaba en paz. Llevaba quince mil coronas y la máxima calificación en todas las asignaturas.

En realidad, habría preferido irme antes. Pero me llevó más tiempo del calculado organizar todos los aspectos prácticos. Vender la casa, hacer limpieza, oponer resistencia a todos los fantasmas que querían abrirse paso.

Los recuerdos eran muy dolorosos. Mientras recorría la casa de mi infancia los veía ante mí continuamente. Sebastian. Mamá. Y, por supuesto, papá. En Fjällbacka no me quedaba ya nada. Solo habladurías. Y muerte.

Nadie me apoyó entonces. Tampoco ahora. Así que hice la maleta y tomé un tren a Estocolmo, sin mirar atrás.

Y juré que nunca volvería.

En la Estación Central de Estocolmo me paré junto a una papelera, abrí el móvil y tiré la tarjeta SIM. Ya no podría alcanzarme ninguna sombra del pasado. Nadie podría amenazarme ni perseguirme.

Para pasar el verano, alquilé una habitación en un apartamento que se encontraba en el mismo edificio que el Fältöversten, ese centro comercial tan feo que los habitantes del barrio de Östermalm miran disgustados murmurando «culpa de los socialdemócratas, tenían que estropear nuestro precioso barrio». Pero de aquello no sabía yo entonces nada de nada. Y o estaba acostumbrada al supermercado ICA Hedemyrs de Tanumshede y me parecía que el Fältöversten era maravilloso.

Me encantó Estocolmo desde el primer momento. Por la ventana del séptimo piso veía las hermosas fachadas de los alrededores, parques frondosos, coches elegantes; y pensaba que un día yo viviría en uno de

aquellos imponentes edificios decimonónicos con un marido, tres niños perfectos y un perro.

Mi marido sería artista. O escritor. O músico. Tan distinto de mi padre como fuera posible. Sofisticado, intelectual y hombre de mundo. Olería bien y vestiría con elegancia. Sería un tanto severo con los demás, pero no conmigo, porque yo sería la única que lo comprendería.

Aquellas primeras noches largas y claras de verano las pasé recorriendo las calles de Estocolmo. Veía las peleas en los callejones cuando cerraban los bares. Oía los gritos, los llantos, las risas. Vehículos de emergencias que cruzaban la ciudad con las sirenas a todo volumen para afrontar peligros y salvar vidas. Admirada, observaba a las prostitutas del centro, maquilladas como en los ochenta y con botas de tacón alto, la piel blancuzca y blanda y los brazos llenos de marcas de aguja, que trataban de ocultar debajo de camisas o jerséis de manga larga. Les pedía un cigarro y me imaginaba sus vidas. La libertad de encontrarse en el fondo del pozo. Sin riesgo alguno de caer más aún en la mierda. Jugaba con la idea de plantarme allí yo misma, solo para comprender qué implicaba esa vida, qué hombres compraban un rato de cariño sucio en el Volvo, con la silla infantil en el asiento trasero y el pañal extra y las toallitas en la guantera.

Fue entonces, en aquellos días, cuando mi vida empezó de verdad. Notaba en los pies la carga del pasado como una argolla. Tiraba de mí hacia abajo, me incordiaba, me coartaba. Pero cada célula de mi cuerpo vibraba de curiosidad. Era yo contra el mundo. Lejos de mi lugar de origen, en una ciudad con la que llevaba soñando toda la vida. No solo había ansiado irme. También ansiaba *llegar*. Poco a poco, hice de Estocolmo mi ciudad. Y ella me dio la esperanza de poder sanar y olvidar.

A primeros de julio, mi casera, una maestra jubilada, se fue a Norrland a ver a sus nietos.

—Nada de visitas —me dijo con tono autoritario antes de partir.

—Nada de visitas —respondí obediente.

Aquella noche me maquillé y me bebí el alcohol que había en la casa. Ginebra y whisky. Licor Kirsberry y Amarula. Tenía un sabor asqueroso, pero no importaba, lo que me interesaba era la embriaguez, esa embriaguez que prometía olvido y que se extendería por todo mi cuerpo en forma de calor.

Cuando había bebido lo bastante para ser valiente, me puse un vestido de algodón y me fui caminando a la plaza de Stureplan. Tras unos instantes de duda, me senté en una terraza que parecía agradable. Caras conocidas que solo

había visto en televisión pasaban de vez en cuando. Riendo. Borrachas. Ebrias de alcohol y de estío.

Hacia las doce de la noche me puse a hacer cola delante de una discoteca que había al otro lado de la calle. Todo el mundo parecía muy impaciente y yo no estaba segura de que me permitieran entrar. Trataba de imitar a los demás. De comportarme como ellos, aunque más tarde comprendí que ellos también debían de ser turistas. Tan perdidos como yo, pero fingiendo más coraje.

Oí a mi espalda unas risas. Dos chicos de mi edad se saltaron la cola y se fueron derechos a los vigilantes. Un gesto con la cabeza y un apretón de manos. Todos los miraban con envidia y fascinación. Horas de preparativos y de risitas tomando vino rosado para luego esperar de pie detrás de un cordón con las piernas heladas. Con lo fácil que podía resultar. Siempre y cuando fueras alguien.

A diferencia de mí, aquellos dos chicos eran personas a las que todos veían y respetaban, que formaban *parte de*. Eran *alguien*. Y en aquel preciso momento y en aquel lugar, decidí que yo también llegaría a ser alguien.

En ese preciso momento uno de los dos chicos se volvió y examinó con curiosidad a la multitud que acababan de dejar atrás. Nuestras miradas se cruzaron.

Yo aparté la vista, empecé a buscar el tabaco en el bolso. No quería parecer una tonta, no quería parecer lo que era: una chica de pueblo en su primera noche de discoteca en la capital. Ebria de ginebra y Amarula robadas. Pero un segundo después, el chico estaba delante de mí. Llevaba el pelo rapado y tenía los ojos azules y amables. Las orejas un tanto despegadas. Vestía una camisa beis y vaqueros oscuros.

—¿Cómo te llamas?

—Matilda —respondí.

Aquel nombre que tanto odiaba. Aquel nombre que pertenecía a otra vida, a otra persona. Alguien que ya no era yo. Alguien que había dejado atrás cuando subí al tren rumbo a Estocolmo.

—Yo soy Viktor. ¿Estás sola?

No respondí.

—Adelántate y ponte al lado del portero —dijo.

—Es que yo no estoy en la lista —dije con un hilo de voz.

—Yo tampoco.

Una sonrisa radiante. Me separé de la cola. Las chicas, con ropa de menos, y los chicos, con gomina de más, me miraron llenos de envidia y de

ganas de entrar.

—Viene conmigo.

La montaña de carne que había en la puerta levantó la cuerda Y dijo:

—Bienvenida.

En medio de la masa de gente, Viktor me cogió la mano y me condujo a la oscuridad del interior. Sombras de gente, destellos de luces en distintos colores, el retumbar de la línea del bajo, cuerpos enroscados entre sí, baile. Nos colocamos al final de una larga barra y Viktor saludó al camarero.

—¿Qué quieres tomar? —me preguntó.

Aún con el sabor pegajoso del licor dulzón en la boca, respondí:

—Cerveza.

—Estupendo, me gustan las chicas que beben cerveza. Eso es clase.

—¿Clase?

—Sí, que está bien, vamos. Auténtico.

Me pasó una Heineken, alzó la botella para brindar. Yo le sonreí y tomé un trago.

—¿Y tú con qué sueñas en la vida, Matilda?

—Con ser alguien —respondí. Sin reflexionar un segundo.

—Pero tú ya eres alguien, ¿no?

—Otra persona.

—Pues a mí no me parece que tengas ningún fallo visible.

Viktor dio unos pasos de baile hacia un lado, balanceando la cabeza al ritmo de la música.

—¿Y tú, con qué sueñas?

—¿Yo? Yo solo quiero hacer música.

—¿Eres músico?

Tuve que inclinarme hacia él y levantar la voz para que me oyera.

—Dj. Pero esta noche libre. Mañana sí trabajo. Entonces estaré ahí arriba.

Seguí la dirección que señalaba con el dedo. En un escenario no muy grande, junto a una pared, detrás de un tocadiscos, bailaba el chico con el que había llegado Viktor. Unos momentos después bajó adonde estábamos. Se presentó como Axel. Parecía amable e inofensivo.

—Un gusto conocerte, Matilda —dijo, y me dio la mano.

Pensé en lo distintos que eran de los chicos que había en mi pueblo. De comportamiento refinado. Se expresaban bien. Axel pidió algo de beber y desapareció. Viktor y yo volvimos a brindar. A mí casi no me quedaba

cerveza.

—Antes de pinchar mañana haremos una fiestecilla con unos amigos. ¿Por qué no te pasas?

—Puede—dije, y lo miré dudosa—, Dime, ¿por qué querías que entrara contigo?

Apuré la cerveza dejando claro que era el último trago, con la esperanza de que Viktor pidiera otra. Cosa que hizo, en efecto. Una para mí y otra para él. Luego respondió a mi pregunta. Sus ojos azules relucían en la oscuridad.

—Porque eres guapa. Y porque parecías sola. ¿Te arrepientes?

—No, qué va.

Sacó un paquete de Marlboro del bolsillo trasero y me ofreció un cigarro. Yo no tenía nada en contra de que me invitaran, así me duraría más el dinero. Ya no me quedaba mucho de las quince mil coronas que me correspondieron después de la venta de la casa, una vez pagado el préstamo y todo lo demás.

Nuestras manos se rozaron cuando me encendió el cigarrillo. La suya estaba caliente y bronceada. Eché de menos su tacto en cuanto la apartó.

—Tienes los ojos tristes, ¿lo sabías? —dijo, y dio una buena calada.

—¿Qué quieres decir?

—Que parece como si llevaras dentro una pena. Y me parece bonito. La gente que siempre está contenta me aburre. No estamos hechos para ser felices sin solución de continuidad, de ser así, se pararía el mundo.

Yo no respondí. Sospechaba que se estaba burlando de mí.

De repente empezó a darme vueltas la cabeza por la borrachera. Decidí que me llevaría un souvenir, me incliné, le puse la mano en la nuca y acerqué la cara. Un gesto que debió de hacerme parecer más segura de mí misma de lo que en realidad estaba. Nuestros labios se juntaron. Viktor sabía a cerveza y a Marlboro, y besaba bien. Con dulzura e intensidad a la vez.

—¿Vamos a mi casa? —preguntó.

Jack estaba sentado a la mesa de la cocina con el albornoz azul oscuro y leyendo el *Dagens Industri*. Ni siquiera levantó la vista cuando Faye entró, pero ella ya se había acostumbrado a que se comportara así cuando lo agobiaba el estrés. Y teniendo en cuenta la responsabilidad que pesaba sobre él en el trabajo y la cantidad de horas que pasaba en la oficina, se merecía que lo dejaran en paz las mañanas del fin de semana.

El piso de cuatrocientos metros cuadrados, que era el resultado de la

unión de cuatro apartamentos, se le antojaba claustrofóbico cuando Jack necesitaba que lo dejaran tranquilo. Faye seguía sin saber cómo debía comportarse en esas ocasiones.

En el coche, de regreso desde Lidingö, donde Julienne iba a jugar con una amiga de la guardería, se imaginó que Jack y ella pasarían la mañana juntos. Los dos solos. Se acurrucarían en la cama, verían en la tele algún programa que luego pudieran condenar a dúo por ridículo y vulgar. Quería que Jack le contara cómo le había ido la semana. Dar un paseo por Djurgården cogidos de la mano.

Hablar, como hacían antes.

Retiró los restos de su desayuno y el de Julienne. Los cereales se habían reblandecido en la leche fermentada. Detestaba ver los cereales blandos y el olor agrio que despedían, y se tragó una arcada mientras los limpiaba con el trapo.

Había migas de pan esparcidas por la encimera y en el borde, desafiando la ley de la gravedad, había una rebanada de pan a medio comer. Lo único que la mantenía en el sitio era que el lado de la mantequilla había caído boca abajo.

—¿Por qué no procuras, por lo menos, dejar esto limpio antes de irte? —dijo Jack sin levantar la vista del periódico—. No vamos a tener que llamar a la mujer de la limpieza también los fines de semana, ¿no?

—Perdón. —Faye se tragó el nudo que se le había hecho en la garganta y pasó la bayeta por la encimera—. Julienne quería salir cuanto antes. Y lloraba una barbaridad.

Jack apenas respondió y siguió leyendo. Estaba recién duchado después de haber salido a correr. Olía bien, a Armani Code, el perfume que usaba desde que se conocieron. Julienne se puso triste al no poder ver a su padre antes de irse, pero él ya había salido a correr cuando ella se despertó y no volvió hasta después de que Faye la hubiera dejado en casa de la amiga. Había sido una mañana ajetreada. A Julienne no le resultó satisfactoria ninguna de las cuatro alternativas de desayuno que Faye le había ofrecido, y conseguir que se vistiera fue una penosa maratón de la que salió sudando.

Pero, por fin, ahora ya estaba limpia la encimera. Las consecuencias de la guerra, eliminadas.

Faye dejó la bayeta en el fregadero y observó a Jack, que seguía sentado a la mesa de la cocina. A pesar de que era alto, atlético, importante, triunfador, en fin, a pesar de que tenía todos los atributos clásicos de un hombre de éxito,

aún seguía siendo un niño en muchos aspectos. Solo ella lo veía como era de verdad.

Faye lo querría siempre, pasara lo que pasara.

—Pronto tendrás que ir a cortarte el pelo, cariño.

Faye alargó la mano, alcanzó a rozarle unos mechones del cabello aún húmedo, antes de que él apartara la cabeza.

—No tengo tiempo. Esta campaña de expansión es complicada y necesito concentración absoluta. Así que no puedo estar yendo al peluquero cada dos por tres igual que tú.

Faye se sentó a su lado en una silla. Se puso las manos en las rodillas. Trató de recordar la última vez que fue a cortarse el pelo.

—¿Quieres que hablemos?

—¿De qué?

—De Compare.

Muy despacio, Jack apartó la mirada del periódico y la dirigió a Faye. Meneó la cabeza suspirando. Ella se arrepintió de haber dicho nada. Se arrepintió de no haberse limitado a seguir limpiando migas de pan. Aun así, tomó impulso.

—Antes sí que querías...

Jack se sobresaltó y bajó el periódico. El flequillo, unos milímetros más largo de la cuenta, le cayó en la cara, y él movió irritado la cabeza. ¿Por qué no podía simplemente dejarlo leer en paz? Seguir limpiando la cocina. Estar delgada y guapa y complaciente. Él se había pasado la semana trabajando. Puesto que lo conocía bien, sabía que se encerraría en el despacho del torreón y seguiría trabajando. Por ella y por Julienne. Para que tuvieran una buena vida. Porque ese era el objetivo *de los dos*. No solo de él, sino de los dos.

—¿De qué serviría hablar del tema? Tú ya no sabes nada de negocios, ¿no? Esas cosas son de la máxima actualidad. No puede uno dormirse en los laureles.

Faye se llevó la mano al anillo de boda. Empezó a girarlo una y otra vez.

Si no hubiera dicho nada, habrían podido pasar la mañana con la que ella había soñado. Pero lo había estropeado todo con aquella pregunta tan tonta. Cuando ya debería saber lo que iba a pasar.

—¿Sabes siquiera cómo se llama el ministro de Industria sueco? —dijo Jack.

—Mikael Damberg —respondió ella en el acto. Y correctamente.

Al ver la mirada de Jack, se arrepintió enseguida. ¿Por qué no se limitaba

a cerrar el pico?

—Vale. Pronto entrará en vigor una nueva ley. ¿Sabes cuál?

Y lo sabía. Pero negó despacio con la cabeza...

—No, pues claro que no lo sabes —dijo Jack—. Según esa ley, ahora, como empresa, debemos avisar a nuestros clientes del fin de su contrato con un mes de antelación. Antes se renovaba automáticamente. ¿Entiendes lo que eso significa?

Pues claro que lo sabía. Incluso podría darle las cifras exactas de lo que implicaría para Compare. Pero Faye lo quería. Y allí estaba, sentada en aquella cocina de un millón de coronas con un marido que era un niño encerrado en el cuerpo de un hombre, un hombre al que solo ella conocía y al que quería por encima de todo lo demás. Así que negó con la cabeza. En lugar de decirle que Leasando AB, una eléctrica menor, propiedad de Compare, perdería aproximadamente el veinte por ciento de los clientes cuyo contrato se renovaba hasta ahora automáticamente. En números redondos, la facturación se reduciría en unos quinientos millones anuales. Los beneficios, en doscientos.

Pero ella se limitó a menear la cabeza.

Y a dar vueltas al anillo.

—No lo sabes —dijo Jack al fin—, Y ahora, ¿por qué no me dejas que siga leyendo?

Y volvió a levantar el periódico. Volvió al mundo de cifras, cotizaciones, nuevas emisiones y adquisición de empresas al que ella había dedicado tres años en la Facultad de Económicas, hasta que lo dejó. Por Jack. Por la empresa. Por la familia.

Enjuagó la bayeta bajo el grifo abierto, recogió con la mano los cereales y las migas empapadas que se habían acumulado en el fregadero y los tiró a la basura. A su espalda oyó el crujir del papel del periódico de Jack. Faye cerró la puerta del mueble despacio, para no molestarlo.

Estocolmo, verano de 2001

Viktor Blom tenía en la nuca un lunar color caramelo y la espalda ancha y morena. Dormía profundamente, y tuve todo el tiempo del mundo para observarlo a él y también el cuarto en el que nos habíamos acostado. Las ventanas no tenían cortinas y, aparte de la cama de matrimonio, no había más que una silla con una pila de ropa sucia. El sol formaba prismas que bailaban por las paredes blancas.

Yo tenía las piernas envueltas en una sábana sucia y húmeda. La retiré con el pie, me la enrollé como una toalla alrededor del cuerpo y abrí cuidadosamente la puerta del dormitorio. Aquel apartamento ligero de muebles que Viktor y Axel habían alquilado para el verano ocupaba las plantas primera y segunda de un edificio de la calle Brantingsgata, en el barrio de Gärdet. Delante había un jardincillo con una mesa, unas sillas de madera y una parrilla esférica de color negro. Encima de la mesa había una lata de Fanta llena de colillas.

Del dormitorio de Axel salían unos ronquidos tremendos, En el piso de abajo estaban el salón y la cocina. Bajé, preparé café y rebusqué hasta que encontré un paquete de tabaco en mi bolso, que estaba en el suelo de la entrada. Luego, con el café y el tabaco, me senté en una de las sillas del jardín.

Delante de mí se extendía el parque Tessin. El sol aún brillaba bastante bajo en el riel y me obligaba a entornar los ojos.

No quería ser una latosa y una pesada. Lo que Viktor dijo ayer de que fuera con ellos a la fiesta de hoy seguro que eran solo palabras. Para poder acostarse conmigo. Yo había oído promesas mucho más rimbombantes en el bar. Viktor parecía pasarlo bien conmigo. Y yo con él. Pero era mejor dejarlo en ese punto. Apagué el cigarro en la lata de Fanta y me levanté para ir a buscar mi ropa. En ese momento, se abrió la puerta detrás de mí.

—Ah, mira, ahí estás —dijo Viktor aún adormilado—, ¿Tienes un cigarro?

Le di uno. Él se sentó en la silla de la que yo acababa de levantarme y parpadeó deslumbrado por el sol. Me senté a su lado.

—Ya me iba —dije.

Me preparé para la expresión de alivio de Viktor. Su gratitud al ver que no era una de esas tías que se pegaban como una lapa, de las que no se enteraban de que ya era hora de largarse.

Pero Viktor me sorprendió.

—¿Que te ibas? —exclamó—, Pero ¿por qué?

—Porque no vivo aquí.

—¿Y qué?

—Axel y tú no querréis tenerme deambulando por la casa, supongo. Comprendo que ha sido un rollo de una noche y que quieres ir a lo tuyo. Y yo no quiero ser la típica pesada que se apalanca.

Viktor apartó la vista y contempló el parque Tessin. Yo contuve el impulso de acariciarle el pelo cortísimo de la cabeza. Una foto que había en el dormitorio me había revelado que tenía el pelo rubio, abundante y rizado cuando lo dejaba crecer. Continuó sentado en silencio y, por un instante, creí que había descubierto sus intenciones. Que era tan fácil de calar como todos los demás.

Al final, dijo:

—Yo no sé cómo suelen tratarte a ti los chicos o cómo son las cosas en tu ciudad, pero a mí me gustas. Eres distinta, auténtica. Si quieres irte, eres muy libre, claro, pero a mí me parecería estupendo que te quedaras un tiempo. Pensaba bajar a comprar zumo y cruasanes en el Seven Eleven, tomar el sol un rato y, llegado el momento, encargar una pizza.

—Vale —respondí, sin haberme parado a pensar.

Una avispa me pasó volando por delante de la cara. La espanté, nunca me habían dado miedo las avispas. Había cosas mucho peores de las que tener miedo.

—¿Vale? En serio, ¿con qué clase de tíos sueles relacionarte tú?

—Pues en mi ciudad los chicos son... No sé. Por lo general quieren acostarse contigo y luego que te vayas, más o menos. Normalmente tienen otras cosas que hacer al día siguiente.

No mencioné las miradas. Las palabras. La vergüenza que tenía que soportar, aunque le habría correspondido a otra persona. El hecho de entregar mi cuerpo a quien lo quisiera no era nada comparado con todo lo demás.

Viktor se hizo sombra en los ojos con la mano.

—¿Cuánto tiempo llevas en Estocolmo?

—Un mes.

—Bienvenida.

—Gracias.

Aquella tarde, hacia las siete, empezó a llegar un montón de gente al piso. La mayoría eran unos años mayores que yo y al principio me sentí un tanto fuera de lugar. Viktor se perdió entre la multitud y yo acabé en la mesa del jardín con Axel. Iba dando sorbitos de la bebida y fumando mientras él me contaba unas historias que me mataban de risa, sobre el viaje en tren que hizo con Viktor el verano anterior. Dos chicas salieron y se presentaron como Julia y Sara. Julia tenía el pelo largo y de color castaño y los ojos verdes, y llevaba un vestido azul oscuro muy bonito. Sara llevaba una falda vaquera, camiseta blanca y el pelo rubio recogido en un moño despeinado.

—Tengo un agobio de narices con el comienzo de curso —dijo Julia, y se acercó un poco—. Lo que yo quiero en realidad es dejarlo, o por lo menos tomarme un año sabático, pero mi padre se niega. Se pone furioso en cuanto trato de sacar el tema. Joder, odio Lund.

—Pobre —dijo Sara, y se puso a hacer anillos de humo.

—Ojalá tuviera la nota suficiente para entrar en Económicas. Pero bueno, a la mierda. Esta noche vamos a pasarlo bien.

Julia se puso derecha y me miró, como si acabara de darse cuenta de que estaba allí sentada.

—¿Tú en qué trabajas?

Carraspeé un poco. Eché el humo. No me apetecía nada contarle mis planes a una persona a la que acababa de conocer.

—Por ahora no hago gran cosa.

—Guay. Pero quieres estudiar, ¿no?

Había solicitado plaza en varias carreras, así que asentí. Pensé en mi cuenta bancaria, cada vez más vacía.

—Sí, ese es el plan. Pero aún falta para que me respondan —dije.

—¿De qué conoces a Axel?

Fue la otra, Sara, la que preguntó señalando al chico con la cabeza.

—Ayer en el Buddha Bar conocí a Viktor, no sé si sabéis quién es.

—¿Has pasado aquí la noche?

Asentí.

Las dos chicas siguieron fumando en silencio, luego se levantaron.

Julia y Viktor estuvieron saliendo —dijo Axel cuando las chicas se fueron.

—¿Estuvieron saliendo?

—Sí, hasta hace tres meses o así. Es la primera vez que se ven desde que ella volvió de Lund.

Julia y Sara se vinieron con nosotros al Buddha Bar. Se mantenían cerca de Viktor y me ponían cara larga todo el rato. Cuanto más bebía, más me irritaba.

Viktor se tomó un descanso y se acercó a donde estábamos Axel y yo. Lo rodeé con mis brazos mientras veía la mirada asesina de Julia. El me besó y yo le di un leve mordisco en el labio.

Cuando llegó la hora de que volviera a la cabina del dj, me preguntó si quería acompañarlo. Me llevaba con el brazo por la cintura mientras nos abríamos paso entre la gente. Avanzábamos despacio, porque todos lo paraban para charlar con él. Finalmente, llegamos a la cabina. Viktor se puso los auriculares, ajustó unos *faders* y empezó a balancearse al ritmo de la música.

Yo empecé a hacer lo mismo. Luego, le guie la mano por debajo del vestido y me la metí entre las piernas. No llevaba bragas.

—¿Te vas a venir conmigo a casa esta noche? —preguntó.

—Sí. Si quieres, sí.

Me miró con tal intensidad que sobraban las palabras.

—¿Qué vamos a hacer? —pregunté con tono provocador.

Viktor se echó a reír y cambió de canción.

Era una sensación maravillosa. Ya era libre. Libre de hacer lo que yo quisiera. De ser quien yo quisiera. Sin aquel pasado que ensuciaba todo lo que había a mi alrededor, todo lo que había en mí. Sin todos aquellos que me habían hundido. Poco a poco, paso a paso, me iba transformando en otra persona.

Contemplé a la gente que bailaba, cerré los ojos y pensé en cómo eran las cosas en Fjällbacka. En la curiosidad de la gente, en las miradas, que me seguían allí donde fuese, en aquella mezcla de fascinación y compasión, una mezcla pegajosa, agobiante, asfixiante. Aquí nadie lo sabía. Nadie lo veía. Aquí estaba mi sitio. En Estocolmo.

—Voy a los servicios —grité.

—Vale. Yo dejo de pinchar dentro de diez minutos. ¿Nos vemos en la puerta?

Le dije que sí con la cabeza y me dirigí a los servicios de chicas. Me

puse en la cola sonriendo para mis adentros al pensar que Viktor era mío y de nadie más. La música de la pista retumbaba a lo lejos y hacía vibrar a su ritmo el espejo de la pared.

Me observé en el espejo. Tenía el pelo más rubio de lo habitual y me sabía bronceada y estupenda. Me dio la impresión de que parecía algo mayor que hacía tan solo unas semanas.

Delante del lavabo, una chica se roció el pelo con un spray de color rosa. El aroma dulzón me picó en la nariz, pero fue un contraste agradable con el olor a sudor, a alcohol y al de la ropa, que apestaba a tabaco.

La puerta se abrió detrás de mí y la potencia de la música aumentó por un instante.

Me tocaron en el hombro y me di la vuelta. Alcancé a entrever a Julia antes de que me echara encima la bebida. Un cubito de hielo me dio en la frente, cayó al suelo y se alejó rebotando. Me escocían los ojos y empecé a parpadear de sorpresa y de dolor.

—¿Qué coño haces? —grité al tiempo que daba un paso atrás.

—Vaya con la putilla de pueblo —dijo Julia antes de darse media vuelta y desaparecer.

Otras chicas que había por allí se echaron a reír. Yo me limpié con una servilleta. Notaba la humillación como insectos recorriéndome todo el cuerpo. Volvía a sentirme como mi viejo yo. El yo que se encogía, que se escondía entre las sombras. El yo que flaqueaba bajo el peso de tantos secretos.

Luego me incorporé y me miré al espejo. Nunca más.

Una semana después, recibí una carta. Me habían admitido en Económicas, en la Escuela Superior de Economía. Hice una copia de la carta, busqué la dirección de Julia, compré un sobre, metí dentro la carta de admisión junto con una foto que Viktor había hecho con el disparador automático, en la que aparecía yo a cuatro patas, y Viktor detrás, con la cara desencajada de placer. Cuando eché el sobre en el buzón de la familia de Julia, solo tenía en mente una idea: jamás permitiría que volvieran a humillarme.

Un mes después, me matriculé en la Escuela Superior de Economía con mi segundo nombre, Faye, que me habían puesto por la autora del libro favorito de mamá. Matilda había dejado de existir.

Un camarero pasó a toda prisa por detrás de Faye, seguramente camino de alguno de los señores barrigones que había unas mesas más allá. Ese tipo de hombres siempre andaban con prisa. Lo cual no era de extrañar, teniendo en cuenta que todos parecían estar a un plato de carne Biff Rydberg del infarto de miocardio.

Observó a Alice, que acababa de sentarse frente a ella. Cuando conoció a Alice y a las mujeres de clase alta con las que se relacionaba, Faye empezó a llamarlas «las gansas», porque su principal función parecía ser poner huevos para sus maridos.

Debían concentrarse en dar a luz herederos y luego proteger a aquellos niños superconsentidos bajo sus alas cubiertas de Gucci. Cuando los niños comenzaban a ir a la guardería, cuidadosamente elegida, llegaba el momento de ocupar el tiempo con actividades adecuadas: yoga, hacerse la manicura, organizar cenas, procurar que la criada se encargara de los asuntos domésticos, controlar a todo un ejército de canguros para los niños, estar siempre presta y dispuesta. Y lo más importante de todo: aprender a cerrar los ojos ante esos instantes en que sus maridos llegaban tarde a casa, con el faldón de la camisa medio colgando, después de una «cena de negocios».

Al principio, Faye se burlaba de ellas. Su falta de cultura general, el desinterés por los verdaderos valores en la vida, sus ambiciones, que no se extendían más allá del último modelo de bolso Rockstud de Valentino y la elección entre ir a Saint Moritz o a las Maldivas durante las vacaciones escolares de invierno. Pero Jack le había pedido que «mantuviera buenas relaciones» con ellas. En particular con Alice, la mujer de Henrik. Así que ahora se veía habitualmente con las gansas.

Ni Faye ni Alice sentían ningún aprecio mutuo. Pero, quisieran o no, estaban vinculadas en virtud de la empresa de sus maridos. En virtud de la «increíble amistad» que los unía, como un diario financiero la calificó en una ocasión.

Alice Bergendahl tenía veintinueve años, tres menos que Faye. Tenía los pómulos altos y marcados, la cintura como una niña de diez años, las piernas como la dichosa Heidi Klum encaramada a unos tacones. Y además, había dado a luz dos hijos preciosos y perfectos. Probablemente, con una sonrisa en los labios durante todo el parto. Y entre una contracción y otra se dedicó seguramente a tejer un gorrito monísimo para el milagro que asomaba entre sus piernas perfectas. Porque Alice Bergendahl no solo era guapa, femenina, delgada y olía bien. Además, era una mujer creativa y sociable, organizaba

unas exposiciones encantadoras a las que se suponía que debían acudir todas las gansas con sus maridos, a menos que quisieran acabar en la lista negra de Alice. Lo cual era el equivalente de Guantánamo para la clase alta de Estocolmo.

Alice había acudido al Riche con otra mujer de piernas infinitas que se llamaba Iris, y que estaba casada con el experto economista Jesper, que trabajaba en el estudio de los mercados financieros. Un pobretón en aquel contexto, pero con un futuro prometedor, e Iris gozaba de cierto estatus de prueba en el entorno de Alice, hasta que se materializase el éxito de Jesper.

Pidieron una ensalada —naturalmente, una para las dos, no una entera para cada una— y tres copas de cava. Comían a pequeños mordiscos y entre sonrisas mientras repasaban a fondo el tema de sus hijos, que era lo único de lo que hablaban. Aparte de los maridos.

—Jesper se ha tomado un tiempo libre durante las vacaciones —dijo Iris—. Llevamos cuatro años casados y nunca había tenido más de una semana anual de vacaciones, ¿no es inexplicable? Pero el otro día llegó a casa y me dio una sorpresa con un viaje a las Seychelles.

Faye sintió un punto de envidia. Se la tragó con un sorbito de cava.

—Qué bien —dijo.

Pero para sus adentros se preguntaba por qué tendría Jesper la necesidad de aliviar el cargo de conciencia de aquel modo.

El restaurante estaba atestado de gente. Los turistas se habían acomodado junto a las ventanas, satisfechos de haber encontrado sitio. Con montones de bolsas llenas de compras debajo de la mesa. Trataban de parecer indiferentes, pero entre bocado y bocado miraban a su alrededor con los ojos como platos. Si se percataban de la presencia de algún personaje notable, se inclinaban sobre los platos y se susurraban impresionados al ver a los directores de programas televisivos, a los artistas y los políticos que había en el local. A los verdaderos poderosos que hubiera allí, sin embargo, no los reconocían. Aquellos que tiraban de los hilos y se mantenían entre bastidores. Pero Faye sabía perfectamente quiénes eran.

—Las Seychelles son una verdadera maravilla —dijo Alice—. Con ese toque tan exótico. Pero ¿qué hay de la seguridad? Allí ha habido más de un... problema.

—¿Es que están en Oriente Medio? —preguntó Iris insegura mientras daba vueltas en el plato a un trozo de aguacate.

Faye tomó un sorbo de cava para no echarse a reír.

O bueno, por ahí, donde está el ISIS y toda esa historia.

Alice arrugó la nariz al oír el burbujeo que salía de la garganta de Faye.

—Seguro que aquello es tranquilo —dijo Iris, que ahora empujaba con el tenedor una mitad de huevo duro—. Jesper jamás nos llevaría a nuestro chiquitín Orvar y a mí a un lugar donde corriéramos algún riesgo.

¿Orvar? ¿Por qué le había puesto a su hijo un nombre que sería ideal para un pirata sifilítico en el siglo XVIII? Faye tenía que reconocer que Julienne también era bastante repipi, pero había sido a propuesta de Jack. Sonaba bien y funcionaría en cualquier país. Y era importante garantizar la funcionalidad global de los hijos ya en el útero. Ese era un aspecto que habían pasado por alto en el caso de Orvar, pero siempre podría arreglarse más adelante. Hacía unos meses, un Sixten que había en la guardería de Julienne se había convertido en Henri. El pequeño de tres años debió de experimentar una confusión tremenda, pero no se podían dejar pasar esos detalles si uno quería que el niño se abriera camino en un contexto internacional.

Faye apuró la copa y le indicó discretamente a la camarera que la llenara de nuevo.

—No, claro que él no iba a exponeros a ningún riesgo —dijo Alice al tiempo que, con cara de película porno, masticaba una hoja de lechuga.

Sin embargo, como había leído en una revista de salud que había que masticar la comida al menos treinta veces, su aspecto *sexy* no tardó en dar paso al de una vaca rumiando. Faye miró con tristeza su propio plato. Ya se había comido la media ensalada correspondiente y seguía teniendo tanta hambre como antes. Miró con ansia el pedido de la mesa contigua, que acababa de llegar. Biff Rydberg. Albóndigas. Pasta. Los platos iban aterrizando delante de aquellos tipos orondos y trajeados. De los que podían permitirse tener barriga. Los hombres pobres estaban gordos, los ricos tenían autoridad. Faye apartó, a su pesar, la vista de los platos. Con Alice en la mesa nadie comía albóndigas con salsa de crema y puré de patatas.

—¿Y no crees que te sentaría bien un secuestro de unas semanas, Iris? —dijo Faye—. La verdadera superdieta. Si lo pidieras con amabilidad, seguro que hasta te daban una esterilla de yoga.

Miró la ensalada aún intacta de Iris.

—Con esas cosas no se bromea, ¡es horrible!

Alice meneó la cabeza y Faye soltó un suspiro.

—Las Seychelles son un archipiélago del océano Índico. Ahora mismo estamos más cerca de Oriente Medio.

Se hizo el silencio. Iris y Alice se concentraron en la ensalada. Faye en el cava, que volvía a estar a punto de acabarse.

—¿No veis quién está ahí? —susurró Iris, inclinándose y mirando hacia la salida.

Faye trataba de ver a quién se refería.

—Allí. El que acaba de entrar. Está hablando con el camarero.

Entonces lo vio. Era el cantante John Descentis. El artista favorito de Jack. Se había pasado varios años de capa caída y hoy por hoy solo figuraba en la revista *Se & Hör* a propósito de relaciones fracasadas, concursos y cotilleos de famosos de segunda. Junto con su acompañante, una joven muy mona de unos veinticinco años, con cazadora de cuero y el pelo teñido de negro, lo condujeron a una mesa que había enfrente de ellas.

—Dos cervezas —le dijo Descentis al camarero—. Para empezar.

Alice e Iris se miraron enarcando las cejas.

—Ya me extraña que le den mesa siquiera —murmuró Alice—. Este sitio está empezando a degenerar, desde luego.

Iris se sentía incómoda y se retorcía de tal modo que las pulseras de oro de Cartier no dejaban de resonar.

Faye miró hacia donde se encontraba John Descentis. Llevaba un tiempo planificando la fiesta de cumpleaños de Jack, y a él le encantaría que actuara John Descentis. Se levantó. Bajo la mirada horrorizada de Alice e Iris, se dirigió a la mesa del artista.

—Perdona que te moleste. Me llamo Faye.

John Descentis la miró de arriba abajo.

—Hola, Faye —dijo con una sonrisita—. No te preocupes, no molestas en absoluto.

—Verás, resulta que Jack, mi marido, cumple años en abril, voy a dar una fiesta en Hasselbacken. Tú eres su ídolo, y quería preguntarte si estás libre ese día y si no querías venir a cantar unas canciones.

—¿Te refieres a Jack Adelheim, el empresario?

La chica teñida de negro arrugó el morro, pero John se incorporó enseguida en el asiento.

—Sí, el mismo. Tiene una empresa, Compare.

—Sé perfectamente quién es. Por supuesto, sin problemas. No sabía que le gustase lo que hago.

—Desde que era adolescente. Tiene todos tus discos. ¡En soporte físico!
Faye se rio.

—Bueno, quizá no sea nada de lo que presumir en las entrevistas con la prensa económica —dijo John.

La chica soltó un suspiro, se levantó y anunció sin entusiasmo que iba a los servicios.

Faye ocupó su sitio. Estuvo tentada de apropiarse la cerveza que el camarero le había puesto en la mesa, pero se contuvo. Con el rabillo del ojo vio cómo Alice e Iris la miraban atónitas.

No veía el momento de contarle aquello a Jack. En realidad, debería mantenerlo en secreto, dejar que fuera una sorpresa, pero se conocía y sabía que no iba a poder contenerse.

—¿Podrías...? ¿Te importaría darme tu número de teléfono? Así podemos hablar de los detalles. Y del presupuesto y esas cosas.

—Claro, si me das tu número te mando un mensaje.

Descentis le mandó un sms y dibujó con los labios una sonrisa que aún conservaba cierto encanto trasnochado. Decían los rumores que había estado entrando y saliendo de diversas clínicas de desintoxicación por algo más que el alcoholismo, pero en estos momentos no parecía estar bajo los efectos de ninguna sustancia.

Se oyó un pitido en el móvil. Faye echó un rápido vistazo al mensaje, un emoticono sonriente, antes de volver a su mesa.

—¿Qué le has dicho? —preguntó Alice susurrando, aunque lo más probable era que lo hubiera oído todo.

Si no hubiera sabido que se había puesto bótox en la frente, Faye casi habría podido jurar que le vio una arruga de preocupación.

—Va a tocar en el cumpleaños de Jack.

—¿Descentis? —dijo Alice bajito.

—El mismo. John Descentis. A Jack le encanta.

—A Jack no le va a gustar, seguro que asisten algunos de sus contactos empresariales. Sencillamente, estará fuera de lugar.

—Créeme, yo sé qué le gusta y qué no le gusta a mi marido, Alice. ¡Tú encárgate de tu familia que ya me encargo yo de la mía!

Faye se cruzó bien el abrigo cuando por fin salió del Riche. De la bahía de Nybroviken soplaban un viento gélido. El cielo estaba gris. La gente caminaba con la cabeza baja y con paso acelerado. Las rebajas del setenta por ciento de Schuterman empezaban a tocar a su fin y el interior de la *boutique* se veía ya con pocas prendas, más bien vacío.

Le quedaba una hora antes de llegar a casa a relevar a la canguro. Puso rumbo a la plaza de Stureplan cuando un Porsche Boxster rojo reluciente dio un frenazo que provocó la pitada rabiosa de un taxista.

La ventanilla bajó y Chris Nydahl se asomó por encima del asiento del copiloto, con el brazo apoyado en el volante.

—¿Quieres que te lleve, cariño? —dijo con un tonillo como si estuviera ligando.

Jack detestaba a Chris, y Paye miró preocupada a su alrededor. Pero las dos payasas locas por Gucci seguían en el Riche, seguro que aún escandalizadas con su comportamiento, y Faye se dio cuenta de pronto de lo mucho que había echado de menos a Chris. Su humor crudo, su risa y sus anécdotas increíbles sobre polvos absurdos y noches de fiesta a tope. Hubo un tiempo en que las dos eran inseparables.

Faye abrió la puerta del coche y entró. La tapicería de piel tenía un estampado de leopardo y el asiento crujió un poco cuando ella se acomodó.

—Vaya coche guapo —dijo—. Muy discreto.

Chris recogió de un puñado las bolsas que había dejado en el suelo del asiento del copiloto y las arrojó sin miramientos al espacio mínimo que había en la parte trasera. Un coche empezó a tocar el claxon.

—Gilipollas —dijo Chris, le sacó el dedo en el retrovisor y se alejó de allí.

Faye meneó la cabeza riendo. En compañía de Chris, se sentía siempre diez años más joven.

—¿De qué sirve tener pasta para cerrarle el pico a todo el mundo si nunca le dices a nadie que cierre el pico? —murmuró Chris, y miró de reojo el retrovisor.

—¡Qué cosas se te ocurren!

—Esa frase tal cual la han dicho en una serie de la tele.

Se volvió a mirar a Faye, que prefería que Chris siguiera atenta a la carretera.

—¿De cuánto tiempo disponemos hasta que tengas que regresar a tus deberes conyugales, y otros que lamentarás cuando te hayan salido canas y sufras incontinencia?

Faye se agarró al cinturón muerta de miedo al comprobar que Chris no había visto que el semáforo acababa de ponerse en rojo.

—Poco más de una hora.

—Bien.

Sin previo aviso, Chris giró el volante, dio un giro de ciento ochenta grados y consiguió por los pelos evitar un choque frontal con un autobús. Faye se aferró más aún al cinturón.

—Nos vamos a Djurgården —dijo Chris. Lo único que Faye pudo hacer fue asentir.

Encontraron un restaurante abierto y pidieron café. Como siempre, a Chris parecían traerla sin cuidado las miradas de los demás clientes. Chris tenía una columna en *Elle* en la que escribía sobre mujeres emprendedoras, y la invitaban a todos los magazines televisivos. La semana anterior había visitado el programa de Malou.

Inmediatamente después de acabar la carrera, que, a diferencia de Faye, ella sí había terminado, Chris abrió su primera peluquería de lo que llegaría a convertirse en el grupo Queen, un imperio del cuidado del cabello que se basaba en la idea de que todas las mujeres merecían sentirse como reinas. Había estudiado peluquería y se había ganado la vida como peluquera para pagarse los estudios de Económicas. El mismo día que se conocieron, le aseguró a Faye que pensaba construir un imperio. Cinco años después de que terminara los estudios, había salones Queen por la mayoría de las ciudades de Escandinavia. Sin embargo, la fortuna la amasó con los productos que ella misma había fabricado. Una combinación de orientación ecológica, calidad y unos envases divinos, junto con la capacidad de Chris para la venta, habían conseguido que los mayores distribuidores de Europa llevaran su línea para el cuidado del cabello. Y, poco a poco, había empezado a olfatear el gran pastel que era Estados Unidos.

—No me explico cómo aguantas almorzar con esa momia y su séquito funerario todas las semanas.

—¿Alice? Bueno, ella no está mal, en realidad...

Faye sabía que Chris intuía que estaba mintiendo, pero Jack jamás le perdonaría que tomara partido por Chris en contra de Alice.

En la época de estudiante, Chris tuvo un romance breve pero intenso con Henrik, el marido de Alice. Faye, Jack, Chris y Henrik formaban un cuarteto inseparable. Pero un día, Chris abrió el periódico y leyó el anuncio del compromiso de Henrik y Alice. Henrik había elegido el fino abolengo, el dinero y una esposa complaciente antes que el amor.

Durante los años transcurridos desde entonces, Chris había utilizado a los hombres como un producto de consumo. Faye sabía que la herida había sido profunda y sospechaba que, en muchos sentidos, lamentaba haber perdido a

Henrik, aunque jamás sería capaz de reconocerlo. Pero Jack le había contado a Faye todo lo que ocurría bajo la hermosa superficie, le había hablado de todas las aventuras de Henrik. Le había confesado cómo su amigo, que siempre fue de lo más tímido, con el paso del tiempo y con el incremento de su fortuna, se había convertido en otra persona, como si quisiera recuperar el tiempo perdido.

—Claro, si tú lo dices —dijo Chris—. Pero ¿no te parece extraño?

—¿El qué?

—Que, a pesar de todos los millones que Henrik derrama sobre ella, no haya conseguido pagar a nadie que le saque a su mujer el palo que tiene en el culo.

Faye soltó una risita.

Chris se puso seria y bajó la voz.

—En serio, Faye. No me explico cómo lo aguantas. Sé cuánto participaste tú en la construcción de Compare, ¿si la idea fue tuya! Y ayudaste a Henrik y a Jack a montar la estructura empresarial. Pero de eso no hay ni rastro cuando hablan en la prensa y alardean de sus éxitos. No vuestros éxitos. No los tuyos. Sino los de ellos dos. ¿Por qué tienes que pasarte los días en casa haciendo... en fin, qué sé yo qué? ¡Es un desperdicio! Tú eres una de las personas más inteligentes que he conocido en mi vida, y eso que conmigo misma me relaciono todos los días.

Sonrió, pero con una sonrisa forzada. Abrió la boca para continuar, pero Faye la interrumpió.

—Déjalo. Me gusta la vida que tengo.

La ira le quemaba la garganta, como los ardores que había sufrido los últimos meses de embarazo. Adoraba a Chris, pero no soportaba que criticara a Jack. Cuando tergiversaba las cosas para que parecieran distintas de como en realidad eran. Chris no comprendía que todo lo que hacía Jack lo hacía por ella y por Julienne. No veía todo lo que él sacrificaba por ellas, todas las decisiones difíciles que se veía obligado a tomar, todo el tiempo que tenía que poner al servicio de la empresa. Y ¿qué más daba si ella no recibía ningún reconocimiento público por todo lo que había invertido en Compare, por todo aquello con lo que había contribuido? Jack lo sabía. Y Henrik también. Eso bastaba.

Era mejor para la empresa que se cultivara el mito de la extraordinaria pareja que formaban Jack y Henrik. Pero Chris no tenía familia, sino que iba saltando de un hombre a otro. Y no entendía la responsabilidad de tener

familia. Los sacrificios que una hacía. Chris nunca tenía que renunciar a nada.

—Espero que tengas razón —dijo Chris—, Pero ¿qué pasaría si te dejara? Dime al menos que lo habéis revisado después de que naciera Julienne, anda. Con alguna cláusula que te dé a ti algo más de seguridad. Por si acaso, ¿no?

Faye sonrió. En realidad, era muy tierno que Chris se preocupara por ella de ese modo.

Sacudió la cabeza:

—Aquello no fue idea de Jack, sino de Henrik. Lógicamente, Jack no quería firmar ningún acuerdo matrimonial ni nada parecido, pero los inversores lo exigieron.

—Si os separáis, no te quedará nada. Nada.

Chris pronunció aquellas palabras despacio y con claridad. Como si hablara con un niño. ¿Quién se había creído que era? Solo porque no había conseguido encontrar a un hombre como Jack.

Faye suspiró.

—No vamos a separarnos. Somos más felices que nunca. Tendrás que aceptar que es mi vida y que la vivo como quiero.

Chris permaneció sentada en silencio unos instantes, luego levantó las manos.

—Perdón, tienes razón, ¡dejaré de meterme donde no me llaman!

Sonrió con aquella sonrisa suya siempre irresistible. Y Faye sabía que la intención era buena. No quería enfadarse con ella.

—Bueno, pues vamos a hablar de algo más divertido. ¿Qué me dices de irnos un fin de semana por ahí? Tú y yo solas.

—Sería divino —dijo Faye, y miró el reloj. Iba a tener que liarse prisa —, Pero primero tengo que hablarlo con Jack.

Le mandó un beso al tiempo que marcaba el número del taxi.

Cuando salió del coche, Chris se quedó mirándola unos instantes.

Estocolmo, agosto de 2001

Estaba tumbada en la cama escribiendo mi diario, desahogándome de todos mis sentimientos. Era una liberación que Matilda hubiera dejado de existir. Nadie me conocía de antes. Nadie sabía nada de lo ocurrido. Cuando me preguntaban por mi familia, me limitaba a decir que mis padres habían fallecido. Un accidente de tráfico. Y que no tenía hermanos. Lo cual era cierto, por otro lado. No tenía ningún hermano. Ya no.

Pero a veces Sebastian se me aparecía en sueños. Siempre fuera de mi alcance. Siempre justo más allá de ese punto en el que yo podría alcanzarlo con tan solo alargar los brazos. Cuando cerraba los ojos, aún podía sentir su olor.

Después de soñar con Sebastian siempre me levantaba sudorosa. En la cabeza lo veía con toda claridad. El pelo oscuro y aquellos ojos azul claro. Se parecía mucho a mi padre, aunque eran muy distintos en lo que a la forma de ser se refería. Por lo general, tardaba bastante en volver a conciliar el sueño.

Pero la nueva identidad con el nombre de Faye me daba fuerza. Por el momento la mantenía en secreto para Viktor, cabía la posibilidad de que no lo entendiera. Pero ante todos los demás mostraba mi nuevo yo seguro de sí mismo, que nada tenía en común con Matilda. Y lo más importante era que ya no podía recibir las cartas de la cárcel. Jamás abrí una sola de ellas, aunque recordaba el pavor que sentía cuando veía la letra de mi padre en el sobre. Ahora ya no sabía dónde me encontraba y no podía ponerse en contacto conmigo. Pertenecía al mundo de Matilda.

Eché mano del bolso, guardé el diario en el bolsillo interior y cerré la cremallera.

De no ser por aquellos sueños, yo misma habría podido creerme la mentira de que el pasado estaba enterrado. Pero Sebastian seguía visitándome por las noches. Primero vivo, con aquellos ojos penetrantes que te taladraban hasta lo más hondo. Luego, balanceándose colgado del cinturón.

Mañana de domingo. Faye se apresuró a retirar los platos del desayuno de Julienne para que Jack no tuviera que encontrarse la estela del caos que la pequeña dejaba tras de sí. Desde luego, no podía decirse que Julienne transformara la cocina en Pearl Harbour, pero Faye entendía perfectamente lo que quería decir Jack con que no resultaba agradable bajar y encontrarlo todo desordenado por la mañana.

Había decidido no molestarlo con el asunto de su posible fin de semana con Chris. La mera consulta acabaría en enfado y discusión.

Aunque no había querido reconocerlo cuando habló con Chris, Jack y ella estaban atravesando un período muy duro. A todas las parejas les ocurría alguna vez. El trabajo de Jack imponía unas exigencias tremendas, y desde luego ella no era la primera mujer de la historia que tenía la sensación de que el trabajo se llevaba la mejor versión de su marido. Naturalmente, le gustaría que tuviera más energía y más tiempo. Para ella y para Julienne. Pero enseguida desechó esos pensamientos. Ella pertenecía al porcentaje de personas más acaudaladas del que probablemente era uno de los países más prósperos del mundo. No tenía que trabajar, no tenía que pensar en las facturas ni en recoger a la niña de la guardería. Había un ejército de canguros y de mujeres de la limpieza dispuestas a resolver todo aquello. A veces incluso contrataba el servicio de mensajería Ryska Posten para que le llevara a casa las bolsas de la compra y así no tener que cargar con ellas personalmente.

Jack, en cambio, tenía una responsabilidad ingente, una responsabilidad que podía convertirlo en una persona fría y parca en palabras. Al menos, con ella. Pero ella sabía que era algo transitorio. Dentro de unos años podrían dedicarse el uno al otro. Irían de viaje. Tendrían más tiempo para su vida y sus sueños.

—Comprenderás que a mí no me gusta tener que trabajar de esta manera, ¿verdad? —solía decirle Jack—. Como es lógico, preferiría estar en casa disfrutando de ti y de Julienne, sin tener que pensar en cómo pagar las facturas. Pero pronto nos tocará a nosotros, cariño.

Quizá ya hiciera un tiempo desde la última vez que le dijo aquello. Pero era una promesa. Y ella confiaba en él.

Julienne estaba tumbada en el sofá con el iPad en el regazo. Faye le había puesto los auriculares inalámbricos para que no pudiera molestar a Jack. Tenía el sueño muy ligero, así que le había enseñado a la niña a estar tan callada y

silenciosa como pudiera por las mañanas.

Se dejó caer en el sofá junto a su hija, le apartó un mechón de pelo de la cara y comprobó sin sorpresa que estaba viendo *Frozen* por enésima vez. Ella, por su parte, se puso las noticias de la mañana y bajó el volumen al mínimo. Disfrutaba de sentir el cuerpecillo caliente de Julienne contra el suyo. El lazo que había entre las dos.

La puerta del dormitorio se abrió y Faye oyó cómo Jack se dirigía a la cocina. Escuchó atentamente sus pasos para tratar de adivinar de qué humor estaba. Contuvo la respiración.

Jack carraspeó un poco.

—¿Puedes venir? —dijo con la voz bronca de quien acaba de despertarse.

Faye se apresuró a ir a la cocina. Le sonrió.

—¿Qué es esto? dijo Jack, señalando con la mano.

—¿El qué?

Faye detestaba no comprender, la sensación de que la comunicación fallaba entre ellos. Ellos siempre fueron «Jack y Faye». Iguales. Un equipo cuyos miembros se conocían perfectamente.

—Esta no es una encimera en la que a uno le apetezca prepararse una tostada —dijo Jack, y pasó la mano por la superficie de mármol—. ¡Por lo menos no a mí!

Sostenía la mano en alto. Unas migas se le habían quedado adheridas a la palma.

Pero qué tonta había sido. Qué descuidada. Ya debería saberlo.

Faye echó mano de la bayeta. El corazón le latía con tal violencia que le retumbaba en los oídos. Limpió las migas, que dejó caer en la mano libre y las tiró al fregadero. Después de mirar a Jack de reojo, abrió el grifo y limpió el fregadero con el cepillo.

Colgó la bayeta y colocó el cepillo en el elegante soporte plateado.

Jack seguía allí.

—¿Quieres café, cariño? —le preguntó Faye.

Abrió el armario donde guardaba las cápsulas de Nespresso y sacó automáticamente dos de color lila, las favoritas de Jack. Un *lungo* y un *espresso* en una taza con un poco de leche con espuma. A él le gustaba el café cargado.

Jack giró la cabeza y miró hacia el salón.

—Siempre que la miro la veo sentada delante de una pantalla. Tienes que

esforzarte un poco más. Léele, juega con ella.

Unas gotas de café rodaron por el exterior de la taza blanca. Faye las secó con el dedo y le puso a Jack la taza en la mano. El apenas pareció darse cuenta.

—¿Sabes lo que me ha contado Henrik? A Saga y a Cari no les permiten usar los iPads más de una hora al día. Se dedican a ir a museos, dar clases de piano y de tenis, leen libros... Además, Saga va a clases de ballet, tres veces por semana, en la escuela de danza de Anneli Alhanko.

—Julienne quiere jugar al fútbol —dijo Faye.

—Ni pensarlo. Ya habrás visto qué piernas tienen las chicas que juegan al fútbol. Se les ponen como troncos. ¿Y qué quieres? ¿Que juegue con un montón de chicas de las afueras para luego tener que oír a los padres gritarle tacos al árbitro?

—Vale.

—Vale, ¿qué vale?

—Julienne no jugará al fútbol.

Faye le puso la palma de la mano en el pecho, se acurrucó pinto a él. Le pasó la mano por el vientre, bajó hacia la entrepierna.

Jack la miró sorprendido.

—Para.

En el cristal reluciente de la puerta del homo vio el contorno de su brazo flácido y blancuzco. Era lógico que Jack no quisiera tocarla. Había permitido que la decadencia física se prolongara demasiado.

Faye se encerró en el baño. Se quitó toda la ropa y observó su cuerpo desnudo desde todos los ángulos. Tenía los pechos hundidos, como tulipanes que hubieran languidecido en un jarrón. ¿No podría hablar con Jack de ponerse implantes en el pecho? Sabía que Alice se había operado. Se trataba de hacerlo con elegancia. Nada chabacano. Nada de ponerse unos melones.

Hacía ya mucho tiempo que no tenía la barriga lisa, y las piernas eran una masa blanca y temblona. Si tensaba los glúteos se le formaban unos hoyuelos en la piel. Como la superficie lunar.

Levantó la vista. Estaba ojerosa y pálida. El cutis y el pelo carecían de lustre y ya hacía mucho que no podía decirse que llevara ningún peinado concreto. Al acercarse al espejo, advirtió unos gruesos cabellos de color gris. Los arrancó rápidamente y los hizo desaparecer bajo el grifo del lavabo.

Ojalá Jack no hubiera empezado a avergonzarse de ella. ¿Se habría lamentado ya ante algún amigo? ¿Le habrían lanzado alguna pulla? A partir de

ese mismo día empezaría a cuidar lo que comía y a entrenar una vez, o no, mejor dos veces al día. Se acabó el vino, se acabaron las cenas, nada de picotear por las noches mientras esperaba a Jack en casa.

Él llamó a la puerta del baño.

—¿Tienes pensado salir de ahí o no?

Faye dio un respingo.

—Enseguida, cariño —respondió con voz ronca.

Él se quedó esperando en la puerta, y ella se puso nerviosa. —Sé que he estado muy ocupado últimamente —dijo Jack. ¿Qué te parece que salgamos a cenar el miércoles? Tú y yo solos.

Y allí mismo, desnuda como estaba en medio del baño, a Faye se le llenaron los ojos de lágrimas. Se vistió enseguida. Su Jack. Su querido, su adorado Jack.

Abrió la puerta.

—Me encantaría, cariño.

Dos horas después, Faye se encontraba delante del mostrador de la carnicería del supermercado ICA Karlaplan en busca de algo rico para el almuerzo. Todo seguía como siempre. Los precios por las nubes. Los gritos de los niños y el rumor constante de los refrigeradores. El olor a mojado de las cazadoras de decenas de miles de coronas y los abrigos hechos de piel auténtica, nada de variantes sintéticas políticamente correctas. Lo único sintético que la gente podía plantearse llevar en ese barrio era algo de Stella McCartney. Si era lo bastante caro.

Faye cogió un paquete de pechuga de pato y se dirigió a la zona de las cajas. Eligió aquella en la que estaba Max. Él solía trabajar los domingos.

Observó el brazo musculoso de Max mientras pasaba por el escáner los productos de los clientes que la precedían en la cola. El joven debió de sentir que lo estaba mirando, porque de repente levantó la vista hacia ella y le sonrió.

Cuando le tocó el turno, le sonrió aún más. Le brillaban los ojos.

—Bueno, ¿y cómo se encuentra hoy la mujer más guapa de Estocolmo?

Faye se puso colorada. Ya sabía ella que Max le decía lo mismo a la mayoría de las mujeres, pero bueno. Al menos él *la veía*.

Salió del supermercado con paso ligero.

Cuando llegó a casa, se apresuró a sacar la compra. No convenía dejarla fuera del frigorífico mucho tiempo.

—¿Así has salido a la calle?

Faye se dio media vuelta. Jack estaba en el umbral de la puerta. Tenía el ceño fruncido.

—¿A qué te refieres?

Jack la señaló.

—No puedes salir a comprar con la ropa de casa. ¿Y si te cruzas con algún conocido?

Faye cerró la puerta del frigorífico.

—Pues a Max, el cajero del supermercado, se ve que no le ha disgustado. Me ha saludado diciendo que soy la mujer más guapa de Estocolmo.

Jack tensó la mandíbula. Faye comprendió que había cometido un error. Ya debería saber que no podía bromear con Jack sobre esas cosas.

—¿Es que te dedicas a ligar con los de la caja del súper?

—No, no me dedico a ligar, Jack. Te quiero, y tú lo sabes. Pero yo no tengo la culpa de que me digan un piropo, ¿no?

Jack resopló despectivo.

Faye observó la espalda tensa de su marido, que se alejaba hacia el despacho. A pesar del nudo que se le había formado en el estómago, aquella reacción de Jack la llenó de una extraña alegría. Le importa, se dijo. Le importa de verdad.

Julienne dormía plácidamente. Jack y Faye estaban en la cama. Él con el ordenador en el regazo, ella con la reposición de un programa del canal 5.

—¿Quieres que baje el volumen?

Jack se puso las gafas en la punta de la nariz y bajó la pantalla del ordenador para poder ver la tele.

—No, no, no pasa nada —dijo con tono ausente.

La presentadora del programa, con las tarjetas del guion en las manos, estaba dando paso a los participantes.

—¿Es esa Lisa Jakobsson? —preguntó Jack.

—Sí.

—Pues antes era guapa. Qué vieja está. Y qué gorda.

Jack volvió a subir la pantalla del ordenador.

Cuando lo vio dormido, Faye bajó la intensidad de la luz de la pantalla del iPhone con la palma de la mano y entró en Wikipedia. Lisa Jakobsson era dos años más joven que ella.

Estocolmo, agosto de 2001

El rito de iniciación de la Facultad de Económicas era secreto, nadie podía chivarse al decanato de cómo nos humillaban y nos emborrachaban a los alumnos de primero. La participación era voluntaria, pero en realidad yo no tenía elección. Había decidido hacer todo lo necesario para convertirme en un miembro más del grupo, para formar parte de él. Ahora que me había convertido en un folio en blanco, por fin podría ser una más.

Éramos quince chicas, todas muy nerviosas, las que nos reunimos en un prado junto al lago del Hagaparken. Más o menos otros tantos alumnos de segundo también se habían presentado allí. Todos eran chicos. Llevaban varias bolsas grandes de Ikea llenas de atrezo. Nos colocaron en hilera, nos examinaron a fondo una a una. Nos dijeron que nos quitáramos todo salvo la ropa interior y nos dieron unas bolsas negras de basura con un agujero para meter la cabeza. Acto seguido tuvimos que bebernos dos chupitos de vodka cada una. A mi lado había una chica alta con muchas curvas, llena de pecas y con una melena roja sin cepillar.

—¡De rodillas! —gritó Mikael, líder implícito de los de segundo, hijo de un conocido magnate del sector inmobiliario.

Tenía el pelo rubio cortado a lo paje y los ojillos como un cerdo, y parecía acostumbrado a que le obedecieran. Nos apresuramos a hacer lo que nos decía.

—Bien —continuó. Sostenía en alto un huevo de color marrón—. La yema de este huevo tiene que pasar de boca en boca. Tiene que ir y volver por toda la fila. Y cuando llegue de nuevo a la primera de vosotras, se la tiene que tragar. O sea, te toca a ti. ¿Cómo te llamas?

—Chris —dijo la chica que tenía a mi lado.

Mikael cascó el huevo golpeándolo contra la rodilla, derramó la clara en el césped y le puso a Chris la mitad de la cáscara con la yema delante de la cara. Ella se metió la yema en la boca sin remilgos y se inclinó hacia mí.

Nuestros labios se juntaron y los chicos empezaron a chillar. La yema cambió de propietario mientras yo trataba de combatir las arcadas. Me giré hacia la izquierda y repetí el procedimiento con la siguiente chica.

—¿Te la vas a tragar de verdad? —le pregunté a Chris.

Ella se encogió de hombros.

—Soy de Sollentuna. Me he tragado cosas peores.

Solté una risita. Chris permaneció impassible.

—¿Vas a ir a la fiesta?

—Sí. Aunque soy alérgica a estos niños mimados y ebrios de poder. Se dedican a aprovecharse de chicas impresionables y nerviosas. Estos genios son lo más bajo de la facultad. Por eso las novatadas se hacen tan a principio de semestre, para que no nos dé tiempo de descubrir lo inútiles que son. Dentro de dos semanas, ninguna de estas chicas los mirará siquiera.

—Entonces, ¿por qué has venido?

—Tengo que separar el trigo de la paja, para saber quiénes son y poder evitarlos después —dijo con crudeza—. Por cierto, tienes unos labios estupendos. Si me emborracho y no encuentro con quién morrear, te buscaré a ti.

Yo tenía la esperanza de que así lo hiciera.

El resto de la tarde continuó con actividades alcohólicas, que parecían todas orientadas a poner cachondos a los chicos. Nos echaron en el pelo caldo de arenque fermentado para que tuviéramos que bañarnos en el estanque en ropa interior. Escribían un cero enorme en la frente de quienes perdían en una prueba, y las chicas que más se habían emborrachado tuvieron el honor de que los chicos les plantaran su autógrafa en los pechos, la espalda y el trasero. Cada vez eran más las que se apartaban tambaleándose para ir a vomitar, pero no paraban de darnos alcohol.

Cuando empezó a oscurecer, llegó la hora de despedirse. Nos dimos un último chapuzón y nos devolvieron la ropa. Habían preparado un viejo autobús que nos llevaría a la fiesta, y cuando llegó ya estaba medio lleno de alumnos de primero que no se habían atrevido a participar en la novatada.

Cuando nos subimos, todos se taparon la nariz. Olíamos a vomitona, a agua estancada y a arenque fermentado. Y apestábamos a alcohol. A dos de las chicas tuvieron que subirlas en brazos y las dejaron en el pasillo en ropa interior. A una se le había bajado el sujetador. Y por encima asomaba un pecho blanco como la cera con un pezón oscuro. Los chicos se reían y las señalaban. Uno de ellos se levantó del asiento con la cámara digital preparada. Chris

reaccionó como un rayo. Primero extendió el brazo a modo de barrera, luego se levantó para cortarle el paso.

—¿Adónde crees que vas, muchachito?

—Si no se va a enterar de todos modos —farfulló el chico—. Está dormida. Quítate de en medio.

Chris se cruzó de brazos y resopló. Me di cuenta de que aún tenía restos de algas en el pelo, pero irradiaba una autoridad incuestionable. A pesar de que el autobús no paraba de zarandearse de un lado a otro, se mantenía firme como un pino. Como si tuviera los pies arraigados en el suelo. El chico, que le sacaba una cabeza, empezó a sentirse algo inseguro.

—No seas tan petarda, si es broma. ¿Es que eres feminista o algo? —dijo, y pronunció la palabra *feminista* como si fuera un taco y sin dejar de sonreír.

Chris no se movió del sitio. Todo el mundo los estaba mirando.

—Vale, pues paso.

El chico se rio y trató de disimular que acababa de perder una ronda contra una chica.

—¿Adónde vas? —le gritó Chris mientras se alejaba parsimonioso.

Yo contuve la respiración. ¿Todavía no había terminado con él?

—A sentarme —respondió el chico inseguro.

—De eso nada, ven aquí ahora mismo.

Él volvió sobre sus pasos un poco a su pesar, de nuevo en dirección a ella.

—Quítate la camiseta —dijo Chris.

—¿Cómo? —El chico tenía los ojos como platos—. Pues no, no pienso hacerlo, desde luego.

Miró alrededor en busca de auxilio, pero todos se limitaban a contemplar el espectáculo con expresión divertida.

—Que te quites ese polo tan feo, hombre. El piqué es de los noventa. Y dámelo. Date prisa, ¿no ves que tiene frío?

El chico se rindió, hizo lo que le decía, meneó la cabeza y volvió a su sitio. Bajo el polo rosa de piqué se escondía un torso pálido y grasiento con unas tetillas masculinas muy sobresalientes y el joven no parecía sentirse muy cómodo que digamos. Chris despertó a la chica, le levantó los brazos y le puso el polo con cuidado.

—Dame eso —me dijo, de nuevo sentada a mi lado. Se pimpló unos buenos tragos de cerveza.

—Bien hecho —le susurré, con la botella de cerveza apoyada en la rodilla.

—Gracias, aunque ha sido casi una agresión obligar a esa pobre chica a ponerse semejante bodrio —murmuró.

Después de dejar a Julienne en la guardería, Faye deambuló sin rumbo por Östermalm. Lo de pasarse los días sentada en casa se había terminado. Pensaba mantenerse activa. Quemar grasa y volver a estar delgada y en forma. Había que detener la decadencia a cualquier precio.

Las tripas protestaban insatisfechas. No había desayunado nada. Simplemente un café solo, para acelerar la combustión durante el paseo. Le pasaban por la cabeza imágenes de comida como en un caleidoscopio gastronómico. Si se iba a casa, no podría resistir la tentación de vaciar la despensa. Aceleró el paso. Fue paseando por la calle Karlavägen en dirección a los jardines de Humlegården. Hizo una mueca de repulsión al notar que se le empapaba la espalda de sudor. Sencillamente, no le gustaba sudar. Pero, como Alice solía decir: «El sudor es el llanto de la grasa». Aunque no por ello había visto nunca a Alice sudar una sola gota.

Las fachadas decimonónicas se inclinaban poderosas sobre ella. Vigilantes e impassibles. El cielo se veía azul claro y el sol se reflejaba en la nieve recién caída, que aún no había tenido tiempo de cubrirse de la consabida película de color gris sucio.

A pesar del sudor, hacía meses que no se sentía tan animada. La repentina propuesta de Jack de salir a cenar era un punto de inflexión. *Tenía que* convertirse en un punto de inflexión.

Ella tenía buena parte de la culpa de que su relación se hubiese estancado. Ya era hora de volver a ser la mujer que él quería a su lado. Empezaba una nueva era.

Tomó la decisión definitiva de no aceptar la propuesta de Chris de hacer un viaje juntas. En casa la necesitaban, y sería egoísta por su parte desaparecer en una salida absurda de fin de semana. Empezó a evitar las llamadas de Chris, sabía de antemano cómo reaccionaría y qué diría su amiga.

Apremió el paso. Parecía sentir como los kilos literalmente se esfumaban, paso a paso, gramo a gramo. La ropa absorbía aquel sudor tan odioso.

Unos alumnos del instituto Östra Real fumaban a escondidas junto al

muro de ladrillo rojo. Dos chicas y dos chicos. Al reírse les salían nubes de humo gris por la boca y la nariz. No parecían tener ninguna preocupación. Unos años atrás, en otro tiempo, en otra vida, habrían podido ser ella, Jack, Henrik y Chris.

Jack, el eterno bromista. El noble desenfadado que siempre guardaba en la manga alguna invitación a una fiesta. Cinturón negro en actividades sociales y en hacer reír a la gente. Henrik era el estratega y el pensador. Procedía de una familia sencilla de una de las barriadas del extrarradio de Estocolmo y gracias a su facilidad para los estudios había salido de allí. Estudió Economía Industrial en la Real Facultad de Tecnología y se especializó en Económicas.

Faye dejó atrás la pastelería Tösses. Dulces, tartas y bollos de canela apilados en el escaparate. La producción de saliva se aceleró y se obligó a apartar la vista. Apretó un poco más el paso. Huyó. Al llegar a Nybrogatan, se tomó un descanso. Abrió la puerta del café Mocco. Pidió un té verde. Sin azúcar. Tenía un sabor asqueroso y amargo al no llevar ningún tipo de edulcorante, pero se lo bebió de todos modos, porque había leído que el té verde ayudaba a quemar calorías. Rebuscó en una pila de revistas y encontró la *DI Weekend* de la semana anterior, con Henrik y Jack en la portada. Era una fotografía a todo lujo. Estaban sentados en una moto antigua con sidecar. Gafas de sol y cazadoras de piel. Jack en la moto, Henrik en el sidecar con una gorra de piel estilo piloto en la cabeza. Caras alegres, amplias sonrisas.

«El imperio millonario vuelve a la carga», rezaba el título. Faye abrió la revista y fue pasando las hojas hasta llegar a la entrevista. El periodista, Ivan Uggla, los había acompañado en el trabajo durante toda una semana. Qué raro que Jack no le hubiera dicho nada. Cierto que lo entrevistaban a menudo, pero no para reportajes tan extensos.

El texto comenzaba con una escena del despacho del barrio de Blasieholmen. Jack contaba una anécdota de lo duro que fue todo el trabajo en la época en la que nació Compare. Contaba que vivía en Bergshamra, estudiaba de día y trabajaba como un esclavo con el proyecto por las noches. En un principio la idea era que Compare se convirtiera en una compañía feroz de venta telefónica.

«Yo sabía que, para triunfar, debía sacrificarlo todo, darlo todo por la empresa y por Henrik. No tenía ni tiempo ni dinero para nada más que no fuera trabajar, trabajar y trabajar; con Compare, pero también para mantenernos mientras tanto. Para ganar a lo grande hay que apostar fuerte.»

La verdad era que Jack no había tenido que trabajar en absoluto, puesto

que ella había dejado los estudios para mantenerlo y dedicarse a limpiar mesas en el café Madeleine. Pero habían concebido de común acuerdo aquella estrategia publicitaria. Era lo mejor para la empresa.

La entrevista continuaba en el mismo estilo. En 2005 Compare pasó de ser la compañía de ventas telefónicas más exitosa del país a convertirse en una inversora. Empezaron a comprar empresas más pequeñas, conseguían que ganaran en eficacia y las revendían obteniendo unos beneficios millonarios. Con frecuencia las dividían y vendían las partes por mucho más de lo que valía el todo. Lo que había implicado causar algún que otro daño aquí o allá, pero los beneficios hablaban por sí solos, y en un ámbito en que lo único que contaba era el resultado, el mundo de los negocios fue unánime a la hora de declarar a Jack Adelheim y a Henrik Bergendahl como auténticos genios.

Un tiempo después lo habían vendido todo, para apostar por un lado por compañías eléctricas y por otro por empresas de servicios sociales como residencias de ancianos, viviendas sociales y colegios. Con el mismo resultado. Todo lo que tocaban Jack y Henrik parecía convertirse en oro, y todo el mundo quería relacionarse con la versión joven del rey Midas. El nombre de los primeros años, un nombre que fue idea de Faye, lo conservaron. Al ver que siempre les salía seis a los dados, no cambiaron ninguna de las premisas.

De aquellos primeros años en los que Faye estuvo manteniendo a Jack al mismo tiempo que contribuía a sentar las bases de Compare no había ni rastro. A veces ella se preguntaba si Jack y Henrik lo recordaban siquiera, o si habían recreado el pasado también en sus cabezas. El papel que Faye desempeñaba en el relato no encajaba en la imagen de los dos jóvenes emprendedores valientes y tenaces que eran Jack Adelheim y Henrik Bergendahl. La dramaturgia era, además, perfecta; ella misma lo vio en aquel entonces. Jack, con sus orígenes aristocráticos, su atractivo físico y ese aire de dandi; y Henrik, que procedía de la clase trabajadora y de las afueras, guapo de un modo más tosco, y que era la imagen palpable del hombre que asciende socialmente gracias a su trabajo. Eran la combinación perfecta. Faye quedaba mejor fuera de la imagen, para no complicar la sencillez de la comunicación mediática.

Una mañana el periodista salió a correr con Jack por Djurgården. Ivan Ugglå daba cuenta entusiasmado del tiempo y el número de kilómetros. Las especulaciones de que Compare estaba a punto de empezar a cotizar en bolsa las sorteó Jack con una carcajada durante la carrera.

En la última página había una foto de Jack, tomada en la oficina. Estaba sentado al escritorio, concentrado en una conversación mientras señalaba un documento. A su lado, en primer término, se veía a Ylva Lehndorf. Llevaba una falda de tubo azul claro y el pelo recogido en una cola de caballo.

Ylva empezó triunfando en el mundo editorial. Logró convertir unos números de un rojo alarmante en negros y positivos.

Introdujo formas más eficientes, un pensamiento nuevo, cuestionando a quienes decían que «así lo hemos hecho siempre». Cambió estructuras y derribó muros. Faye la había conocido en una fiesta tres años atrás, e Ylva había mencionado que quería cambiar de trabajo, algo nuevo. Impresionó a Faye por su empuje y su lucidez y, dos semanas más tarde, Jack la contrató siguiendo su consejo. Un año después era directora financiera de Compare. Entraba en juego, además, la buena imagen que daba tener a una mujer en el grupo de directivos. Algo que Faye también le había advertido a Jack. Y esa mujer no podía ser ella, puesto que los dos habían decidido conjuntamente que ella se quedaría en casa los primeros años de vida de Julienne.

Faye deslizó el dedo por la foto, por la figura de Ylva. Recorrió la espalda, el trasero, las piernas finas y bronceadas, hasta los tacones de color negro. Aquella mujer era todo lo que Faye había soñado ser. Solo las separaban cinco años, pero habrían podido ser veinte. Y en lugar de encontrarse en el ojo del huracán en un despacho, guapa y triunfadora, estaba allí sentada en el Mocco, con un té verde asqueroso, soñando con los bollos de crema que había al lado de la caja. Cerró la revista con pesadumbre. Ella había elegido. A Jack. Y la familia.

Faye estaba tumbada en la esterilla de yoga, con un equipo deportivo recién comprado, elevando la pierna en posición de cuatro apoyos delante del televisor, cuando Jack llegó a casa. Soltó el maletín y se colocó detrás de ella. El espacio se llenó de una mezcla de perfume y alcohol. Faye terminó el ejercicio, se puso de pie y se le acercó. Cuando trató de besarlo, él apartó la cara.

—¿Lo habéis pasado bien? —preguntó ella.

Otra vez le había vuelto el nudo en el estómago.

Jack echó mano del mando a distancia, que estaba en la mesa de centro y apagó el televisor, donde seguía viéndose el vídeo de YouTube con yoga para principiantes.

—¿Has hablado con John Descentis para que venga a cantar a mi fiesta?

—dijo.

—Pensé que...

—Es un borracho, Faye. Lo que estás preparando no es mi fiesta de graduación. Habrá clientes. Inversores. Parientes que, por culpa de mi padre, siempre me han visto como un perdedor. Esa noche verán lo lejos que he llegado. ¡Verán que no soy la basura que era mi padre!

Empezó a respirar agudamente y terminó subiendo la voz. —Y tú vas e invitas a John Descentis como entretenimiento. Como si fuéramos una especie de *white trash* de mierda.

Faye retrocedió unos pasos.

—Pero si siempre lo estás escuchando... Tienes todos sus discos. Pensé que te iba a...

—Cállate. ¿Qué impresión iba a causar que John Descentis tocara en mi fiesta? No queremos que nos asocien a la gente como él. Es un alcohólico. Igual que mi padre.

Se hundió en el sofá, soltó un suspiro.

—En realidad, es culpa mía —dijo—. No debería haberte dejado a ti al cargo de la fiesta. ¡Si organizaste el cumpleaños de Julienne en el McDonald's, joder!

Faye quería decirle que fue lo que pidió Julienne, y que a los niños les encantó, pero al ver el desprecio de Jack las lágrimas empezaron a quemarle en los ojos.

—¿Cómo he podido creer que serías capaz de organizar una fiesta para trescientas personas en Hasselbacken?

—Pues claro que soy capaz, Jack, y lo sabes. Olvidamos a John Descentis. Ni siquiera lo he llamado por teléfono todavía. Pero deja que te organice la fiesta. De verdad que quiero que sea una noche divina, la noche con la que has soñado.

—Ya es tarde.

—¿Qué quieres decir?

—He contratado a una agencia de eventos, ellos se encargarán de todo. Ya puedes volver a... Pues eso, a tu entrenamiento.

Dijo aquellas palabras señalando la ropa deportiva que llevaba. El nudo del estómago crecía sin parar.

Jack se acercó al equipo de música, sacó unos cedés, continuó hasta la cocina y los tiró a la basura.

Faye no tuvo que ir a mirar para saber de qué discos se trataba.

Se pasó las manos por la cara. ¿Cómo había podido ser tan tonta? ¿Cómo no había comprendido que aquello podría perjudicar a Jack? Debería haberlo sabido. Ella, que lo conocía mejor que nadie.

Enrolló la esterilla de yoga y apagó la luz. Para cuando terminó de lavarse la cara y de cepillarse los dientes, Jack ya estaba durmiendo. Estaba tumbado de espaldas a ella, en el filo de su lado de la cama, mirando hacia la ventana. Con mucho cuidado Faye se acurrucó todo lo cerca de él que se atrevió para no arriesgarse a despertarlo. Aspiró su olor.

Tardó mucho en poder conciliar el sueño.

Al día siguiente aún se notaba la escarcha entre los dos. Jack se había sentado a trabajar en la cocina, mientras Faye veía un *reality* en la televisión.

El timbre chillón del teléfono se oyó desde la entrada, pero, por una vez, Faye decidió no hacerle caso. Oyó un suspiro en la cocina, luego unos pasos irritados hasta que dejó de oírse la llamada.

Un minuto después, Jack se plantó delante de ella con una expresión de descontento.

—Es para ti —dijo.

Ella alargó la mano, pero Jack no hizo ni caso, dejó el teléfono inalámbrico en la mesa y volvió a la cocina. Se llevó el auricular a la oreja y se sintió otra vez como a los quince años.

—No me has dicho nada del viaje —dijo Chris—, ¿Has hablado con Jack?

—Ay, no. Espera un poco.

Faye se levantó del sofá y se fue al baño. Echó el pestillo.

—¿Hola?

Se sentó en la tapa del váter.

—Es que en estos momentos no me viene bien —dijo. Tengo muchísimo que hacer en casa, entre otras cosas, tengo que organizar la fiesta de Jack. A lo mejor podríamos ir en verano, ¿no?

Chris soltó un suspiro.

—Faye, mira... Conozco a una chica que es relaciones públicas y me ha dicho que le han encargado la fiesta de Jack a su empresa.

Faye sacó con el pie la báscula que estaba debajo del lavabo. Se puso encima. Ningún cambio. Estaba condenada a estar gorda eternamente.

—Ya, es que me di cuenta de que no iba a tener tiempo de todo. Pero Chris, perdona, es que ahora mismo no puedo seguir hablando, tengo

muchísimo que hacer.

—¿Oye...? —La voz cálida de Chris al otro lado del teléfono.

Faye recordaba las risas de aquella noche que salieron con Jack y Henrik, y a Chris se le ocurrió de pronto que bailaran encima de la mesa. Jack llevaba a Faye de la mano. Se la apretaba fuerte.

—¿Sí?

—¿Por qué no nos vamos de todos modos, y así adquieres algo de perspectiva de las cosas? Pasa de la fiesta de Jack. Yo sé que ninguna empresa de eventos del mundo puede hacerlo mejor que tú.

Faye dejó otra vez la báscula en su lugar debajo del lavabo y se prometió no volver a pesarse en una semana. Para tener tiempo de conseguir algún resultado.

—He estado pensando en una cosa —continuó Chris—. A mí me haría falta alguien como tú en la empresa. Alguien inteligente que sepa de negocios y que entienda lo que quieren las mujeres. ¿No te gustaría salir de casa y empezar a trabajar otra vez? Además, Julienne ya va a la guardería.

Faye cerró los ojos. No soportaba verse la cara en el espejo.

—Preescolar, Chris.

—¿Cómo?

—No se llama guardería, se llama preescolar. Y no, ni quiero ni necesito trabajar en tu empresa. Si quisiera trabajo, ya me lo habría buscado por mi cuenta.

—Pero...

—¿Sabes cuál es tu problema, Chris? Que te crees mejor que yo. Te has creído que todos quieren vivir esa vida absurda que llevas tú, pero a mí no me parece tan divertido pasarme las noches follando con un entrenador personal de veinticuatro años o acabar tan borracha que no recuerde nada al día siguiente. Es vulgar y vergonzoso. En lugar de darme lecciones, deberías crecer. Yo quiero a mi marido, quiero a mi hija, ¡tengo una *familia*! Y quiero estar con ellos. Y creo que lo que te pasa en realidad es que sientes envidia de mí y de la vida que llevo. Creo que es eso lo que te pasa. ¡Y comprendo que ningún hombre quiera vivir contigo! Y...

Chris había colgado. Faye se quedó mirando su propia imagen en el espejo. Ya no sabía quién era la mujer que la miraba desde el otro lado.

Estocolmo, agosto de 2001

La última estación del circuito de fiesta era una cabaña que se encontraba en una zona industrial desierta. En un rincón habían montado un bar provisional. Las canciones de moda retumbaban por todo el jardín. Y muy cerca había gente magreándose y besándose, o entraban de dos en dos en los cuartitos del piso superior del edificio.

Yo me había recuperado de tanto alcohol y le hice un gesto de hartazgo a Chris, que parecía estar aburriéndose. Le envié un mensaje a Viktor para preguntarle qué hacía. Lo escribí con una sonrisa en los labios. Unos días atrás comentamos que debería mudarme definitivamente a su apartamento nuevo de Gärdet, ya que de todos modos nunca estaba en el piso de una habitación que me había buscado de realquiler en la calle Villagatan. —No soporto la idea de otra borrachera desperdiciada. Me voy de fiesta al centro —dijo Chris.

Observé la versión estudiantil de Sodoma y Gomorra que tenía delante.

—¿Puedo ir contigo?

—Pues claro, voy a llamar a un taxi. Antes paramos un momento en mi casa y nos arreglamos un poco. Ahora mismo apestamos.

Chris tenía un pisito realquilado en la plaza de Sankt Eriksplan. Había ropa esparcida por cada uno de los treinta y cinco metros cuadrados de la vivienda. La cama estaba sin hacer, las paredes sin adornos, aparte de una estantería desde la que los libros de la facultad lo dominaban todo. Si quería saber cómo había entrado Chris en Económicas, allí estaba la respuesta, encima de la mesa. Revuelto a la ligera entre facturas y publicidad, estaba el resultado de su examen de ingreso en la universidad. Chris tenía 2,0. El máximo posible. No me sorprendía.

Nos dimos una ducha rápida.

—Qué pecho más bonito tienes —dijo Chris impresionada cuando salí del baño con unas bragas que me había prestado—, Y un cuerpo divino. Es estupendo conocer a alguien que no ha caído en el ideal anoréxico.

—Gracias —le dije algo cortada.

Era la primera vez que una chica me piropeaba por el pecho o por mi tipo.

—¿Me puedes prestar un sujetador? El mío huele a arenque... —pregunté con aquel sujetador asqueroso en la mano.

—¿Y para qué quieres un sujetador? Sería como ir por ahí con un Ferrari tapado con una funda. Hazles un favor a todas las tortilleras del mundo y a los tíos que son como tienen que ser y deja libre ese buen par de tetas.

—El sujetador a la hoguera —le dije sonriendo.

—*Yeah, sister!* —gritó Chris. Balanceó en la mano su sujetador, tan apestoso como el mío, y lo lanzó hacia atrás por los aires.

Yo me eché a reír, me observé en el espejo que tenía apoyado en el suelo de la entrada y me encogí de hombros. Al mirarme con los ojos de Chris, me vi de pronto mucho mejor. —¿Adónde vamos?

—Iremos a alguno de los bares baratos que hay cerca de la facultad. Ahí es donde están los auténticos chollos. O sea, no los herederos y los hijos de banqueros y demás, esos solo se relacionan consigo mismos. Me refiero a los que son interesantes de verdad. Toma, pruébate esto.

Chris me lanzó un trapito de color gris.

—¿Qué es? ¿Un agarrador de cocina? —dije con escepticismo, y sostuve en alto el vestido, que apenas me taparía las nalgas.

—Menos es más, *baby* —dijo Chris, mientras se ponía una cantidad enorme de rímel en las pestañas.

Me enfundé el vestido, que no dejaba mucho margen a la imaginación. El escote era cuando menos generoso. Me giré. La espalda también quedaba descubierta.

—¡Estás cañón! —dijo Chris cuando posé delante de ella—. Si no acabas en la cama de alguien esta noche, no lo conseguirás nunca.

—Tengo novio —dije.

—Bah, un detalle menor—dijo Chris resuelta—. Ven y siéntate aquí, voy a arreglarte el pelo. Ahora mismo parece que acabaras de llegar del pueblo.

Me enseñó unas tijeras y un rizador.

Yo tenía mis dudas, pero obedecí. A Chris no podías decirle que no.

Una hora después empujamos la puerta del N'See Bar y entramos. Tal y como había prometido Chris, estaba lleno de estudiantes de Económicas algo mayores. Vi algunas caras conocidas.

—Busca sitio, voy por cerveza —dijo Chris, y se abrió camino hacia la barra.

Me daba vergüenza que, hasta el momento, ella hubiera pagado todo, el taxi y la cerveza, pero en aquellos momentos, simplemente, yo no podía invitar. La beca de estudios llegaba para el alquiler y la comida y muy poco más, y estaba buscando desesperadamente algún trabajo a media jornada.

Encontré una mesa al fondo del local. La canción «Don't look back in anger», de Oasis, resonaba en un altavoz que se encontraba demasiado cerca para que el sitio resultara cómodo.

La puerta estaba abierta, pero aún no habían montado la terraza y fuera solo había unos clientes que parecían dudar si entrar o no. Miré el teléfono. Ningún mensaje de Viktor.

Chris plantó en la mesa dos cervezas con bastante espuma. El vaso estaba empañado. Lo notaba resbaladizo en la mano al beber. Me dolía un poco la cabeza por una resaca incipiente después de todo el alcohol que había bebido a lo largo del día, pero la cerveza me alivió enseguida. Chris dibujó algo en mi vaso con un dedo. Lo giré para ver qué era. Un corazón.

¿Por qué lo has pintado?

—Porque da suerte —dijo Chris, y se encogió de hombros.

Yo borre el corazón. La suerte nunca había intervenido en mi vida anterior.

Levanté el vaso y me bebí la mayor parte de la cerveza fría. Bebí para sumergirme en el olvido. Matilda había desaparecido. Ahora era Faye y solo Faye. ¿Tal vez ella sí tendría más suerte? Dibujé otro corazón en el vaso.

Chris estaba en plena perorata sobre lo infantiles que le habían parecido los chicos de la novatada cuando dos personas entraron en el bar.

—¿Me estás escuchando o qué? —dijo Chris, y me pellizcó en el brazo.

Yo asentí un tanto ausente. El corazón del vaso aún seguía allí, aunque algo desdibujado. Chris enarcó las cejas y se volvió para ver qué era lo que tanto me había llamado la atención.

—¡Vaya! —dijo en un murmullo.

—¿Qué pasa?

—¿Es que no sabes quién es? —dijo Chris señalando hacia la puerta con el pulgar.

—Pues no. ¿Debería?

Estaba deseando tomarme otra cerveza, pero tenía que esperar a que volvieran a invitarme.

—Jack Adelheim —susurró Chris.

Aquel nombre no me decía nada. Borré con el dedo el corazón que había dibujado.

La tarde del miércoles, a las seis y media, llamaron a la puerta. Era Johanna, la canguro preferida de Julienne. Mientras Jack trabajaba, Faye se había puesto la ropa interior más bonita que tenía, de La Perla, el vestido negro de Dolce & Gabbana que tanto le gustaba a él y se había maquillado cuidadosamente.

—Qué guapa estás —dijo Johanna al tiempo que se agachaba para quitarse los zapatos.

—¡Gracias! —Faye se giró en redondo, lo que hizo que Julienne soltara una risita de entusiasmo desde el sofá del salón.

—Qué bien, salir a cenar —dijo Johanna—. ¿Adónde vais a ir?

—Al Teatergrillen.

Faye había reservado mesa la noche anterior. Le encantaba oír cómo el chef y el personal de servicio cambiaban el tono de voz cuando se presentaba y decía que ella y su marido, Jack Adelheim, pensaban visitar el restaurante.

Julienne estaba viendo *Lotta, la de la Calle Travesuras*. Faye se sentó a su lado y la abrazó y le explicó que sería Johanna quien la llevara a la cama esa noche y que papá y mamá seguramente llegarían tarde a casa.

Johanna se sentó en el sofá al lado de Julienne, la rodeó con el brazo y le preguntó cómo le había ido a lo largo del día y qué había hecho. Julienne se pegó un poco más a Johanna y empezó a contarle con voz risueña.

Faye miró a Johanna con una sonrisa de gratitud. Jack y ella necesitaban aquella noche.

Quería que Jack viera todo su atuendo, esperaba que se le iluminase la cara como al principio de la relación. Se puso los zapatos de tacón de Yves Saint Laurent en el vestidor, se acercó al carrito de las bebidas y sirvió un whisky. Con el vaso en la mano, llamó a la puerta del despacho. Aspiró el aroma antes de abrir la puerta. Le gustaba más el olor del whisky que el sabor en sí, que le parecía repugnante.

Jack estaba sentado a la mesa, inmerso en el ordenador. El cuarto del torreón se encontraba tan en calma y en silencio como siempre. Al otro lado de la ventana la oscuridad era compacta.

—¿Sí...? —murmuró Jack sin levantar la vista.

Tenía el pelo alborotado. Como de costumbre, se había mesado el flequillo con las manos mientras trabajaba. Faye le puso el whisky delante. Lo empujó con dos dedos sobre la mesa para acercárselo. Él levantó la vista sorprendido. Con los ojos enrojecidos, agotados.

—¿Qué pasa?

Ella retrocedió y dio una vuelta completa. Por primera vez en mucho tiempo, se sentía guapa de verdad.

—Me he puesto el vestido que tanto te gusta. El que me compraste en Milán.

—Faye...

—Espera, todavía no te he enseñado lo mejor —dijo, se subió el vestido y le enseñó las bragas de encaje negro.

Habían costado más de dos mil coronas, y la seda negra tenía un borde delicadísimo hecho de encaje francés. Talla mediana. Si se esforzaba a fondo, pronto podría comprarse unas de la talla pequeña. O incluso superpequeña.

—Estás muy guapa.

Jack ni siquiera levantó la vista.

—Te he sacado un traje. Tómate el whisky y luego te cambias. Primero una copa en el Grand Hotel, luego tenemos mesa en el Teatergrillen. El taxi llegará dentro de media hora. Me habría gustado ir andando, pero con estos zapatos no sería fácil...

Le mostró los zapatos negros de tacón altísimo.

A Jack se le ensombreció el semblante. Faye se vio en el reflejo de los cristales del cuarto del torreón. Una figura patética, envuelta en una funda de Dolce, con unos tacones altos y unas expectativas más altas todavía. Jack había olvidado que iban a salir esa noche. Beber, charlar, reír. Para que pudiera recordar lo mucho que le gustaba salir con ella. Para recordar las noches que habían pasado en Barcelona, París, Madrid y Roma. Sus principios en Estocolmo, cuando no podían estar separados.

Faye se mordió el labio para no echarse a llorar. Las paredes del torreón empezaron a acercarse, a asfixiarla. La oscuridad que había al otro lado de las ventanas era como un agujero negro que se tragara toda su existencia. Jack la miraba con una expresión de agobio creciente. Faye detestaba darle pena. A sus ojos, ella sería seguramente como un perro jadeante ansioso de amor.

—Lo había olvidado por completo. Tenemos tantísimo que hacer ahora mismo. No te figuras lo que Henrik...

Ella se esforzó por sonreír. Por no ser pesada ni exigente. Ser agradable

y complaciente. No ocupar demasiado espacio. Pero vio en el reflejo de la ventana lo rígida que le había quedado la sonrisa. Una máscara distorsionada.

—Lo comprendo, cariño. Tú sigue trabajando. Ya iremos otro día. De verdad que no pasa nada. Tenemos toda la vida por delante.

Notó unos temblores en la cara de Jack. Breves espasmos imperceptibles, tics que le afloraban cuando se estresaba.

—Perdón, te compensaré, te lo prometo.

—Lo sé. Nada, olvídalo.

Faye tragó saliva y se volvió antes de que él pudiera ver que le brillaban los ojos. Con sumo cuidado, cerró la puerta del torreón y se alejó.

En el sofá, Julienne trataba de hacer una trenza con la melena pelirroja de Johanna.

—Qué bien lo estás haciendo —murmuró Johanna.

A Faye le gustaba, por lo general, pararse a hablar con ella. Ahora lo único que quería era que la joven se marchara enseguida. Las lágrimas no tardarían en salir, el nudo de la garganta crecía sin cesar.

—Me ha enseñado mi mamá —dijo Julienne.

—Qué bien. ¿Y qué libro quieres que leamos esta noche?

—El de Madicken, ¿no? O el de Pippi.

Después de la conversación que tuvo con Jack la semana pasada, Faye había comprado todos los libros de Astrid Lindgren que encontró en la librería Akademibokhandeln.

Faye carraspeó un poco. La cara pecosa de Johanna asomó por el respaldo del sofá.

—¿Os vais ya? —preguntó.

—No. Cambio de planes. Iremos en otra ocasión. Crisis en el trabajo.

Faye trató de reír, pero la oscuridad que la embargaba amenazaba con aflorar, subía y bajaba en su interior.

Johanna ladeó la cabeza.

—Qué lástima. Con lo guapa que te has puesto. ¿Quieres que acueste a Julienne de todos modos?

—No, ya lo hago yo.

Faye se tragó el nudo que tenía en la garganta cuando Julienne se aferró al brazo de Johanna. Sacó del bolso dos billetes de quinientas coronas y se los dio a la chica. Ella trató de detenerla con la mano libre.

—No es necesario, si no he estado más de un cuarto de hora como mucho.

—Bueno, de todos modos, habías reservado la noche. Acéptalo, voy a pedirte un taxi.

Julienne lloriqueaba y seguía tirando del brazo de la joven.

—¡No quiero que se vaya Johanna! ¡Quiero que se quede!

Johanna se agachó y le acarició la mejilla.

—Nos vemos pasado mañana, cuando te recoja del colegio. Entonces puedo empezar a leerte el libro de camino a casa, en el taxi.

—¡Promételo!

—Lo prometo. Adiós, preciosa.

Cuando Faye cerró la puerta después de que Johanna se hubiera marchado, se quitó los zapatos y los dejó caer en el suelo de la entrada, llevó a Julienne en brazos al cuarto de baño y le dijo que se lavara los dientes.

—Venga, enjuágate y vamos a leer Madicken.

—¡Yo quiero que me lo lea Johanna! ¡Es más graciosa!

—Pero Johanna no está, así que tendrás que conformarte conmigo.

Faye llevó a Julienne al dormitorio. La pequeña se retorció, le daba patadas en los brazos. A Faye le dolía cada vez más el estómago y el nudo que seguía teniendo en la garganta estaba a punto de asfixiarla.

Dejó a Julienne en el suelo y la zarandeó. Con fuerza. Con demasiada fuerza.

—¡Ya está bien!

El llanto cesó de pronto.

Julienne la miraba atónita. Faye, que nunca perdía la paciencia ante su hija, que siempre le sonreía, le acariciaba las mejillas, le decía que era la mejor del mundo. La oscuridad que la embargaba se le movía por dentro. Gruñía desde un lugar que estaba enterrado en lo más hondo. En otro tiempo. En otra vida.

Julienne se acurrucó en la cama. Faye sabía que debería consolarla, pedirle perdón, hacer las paces. Pero no tenía fuerzas. Se sentía completamente vacía.

Cerró los ojos y trató de ser otra vez ella misma. Pero el pasado le había dado alcance, le había mostrado lo insignificante que era. Quién era en realidad.

—Buenas noches —dijo en voz baja, apagó la luz y se alejó.

Faye deambulaba sin rumbo por los pasillos de los grandes almacenes NK. Aquel sitio renombrado y exclusivo era uno de los pocos lugares que le

infundían cierta paz. A veces la sensación de ahogo era tan notable que lo único que podía aplacar el ardor que sentía por dentro era recorrer las tiendas con aire acondicionado y echar un vistazo a toda aquella ropa elegante.

El personal la conocía. Jóvenes de labios destrozados de tanto bótox que le sonreían y que, ya lo sabía ella, harían cualquier cosa por estar en su lugar. Para ellas, Faye lo tenía todo. Millones en el banco, estatus, un marido que le garantizaba un puesto en el escalafón social.

NK estaba casi vacío. A la altura de la *boutique* Tiger pensó, como siempre, en la ministra de Asuntos Exteriores Anna Lindh y en cómo su asesino escapó cruzando los pasillos de la tienda. Uno de esos momentos surrealistas en los que el lujo se mezclaba con la tragedia. El mundo se detuvo por un instante. Observó Suecia con asombro. Aquel país al que gran parte del mundo consideraba una sociedad de ensueño, sin problemas, sin delincuencia, poblado exclusivamente por rubias altas de pechos generosos en biquini, amueblado por IKEA y ambientado con el hilo musical de Abba. Una imagen tan falsa como su propia vida. Una imagen tan irreal como la visión de Anna Lindh acuchillada al lado de los trajes grises y las camisas inarrugables de Tiger.

A Faye le protestaba lastimosamente el estómago mientras ojeaba un traje de chaqueta negro de algo menos de diez mil coronas. En lugar de comer, se limitaba a beber unos zumos que le llevaban a casa. Cinco botellas al día. Verdes, amarillos, blancos y rojos. Según el anuncio, llenos de las sustancias nutritivas necesarias. Y muy ricos. En realidad, tenían un sabor asqueroso. Sobre todo la botella verde. Tenía que taparse la nariz mientras bebía y contener las arcadas. Las ganas de llevarse a la boca algo que masticar la estaban volviendo loca.

Llevaba dos semanas alimentándose exclusivamente de zumos. Solo se había dado un homenaje ocasional con alguna fruta. Lo que la había llevado no solo a estar siempre cansada, sino también bastante antipática con Julienne y Jack. Había leído en la red que los cambios bruscos de humor eran un efecto secundario normal, pero no quiso creerlo. ¿Por qué no iba a ser capaz de llevar una simple dieta sin perder el buen ánimo, cuando la gente hacía cosas impresionantes a diario? El hombre había llegado a la Luna. Vencido a Hitler. Construido el Machu Picchu... Britney Spears estaba relanzando su carrera después del colapso de 2007. ¿Por qué no iba ella a poder pasar hambre y, al mismo tiempo, tener un comportamiento agradable con sus amigos y su familia? Sobre todo teniendo en cuenta que Julienne estaba más vulnerable y

sensible desde la noche del enfado. Pero no podía hablar de ello con su hija. No sabía qué decirle. El tiempo curaría todas las heridas, se decía tratando de convencerse. Así ocurrió en su caso.

Cuando salió de la tienda con aquellos pensamientos rondándole por la cabeza estuvo a punto de tropezar con una mujer que le sonreía amablemente.

—¡Hola! —exclamó Lisa Jakobson—. ¡Cómo me alegro de volver a verte! ¿Cómo está esa monada de niña que tienes?

—Muy bien, gracias —dijo Faye.

Rebuscaba ansiosamente en la memoria el momento en que había visto a la presentadora del programa sin la pantalla del televisor de por medio.

—¿Y Jack? —Lisa ladeó la cabeza con expresión lastimera—. Pobrecillo, al parecer trabaja de una forma inhumana. Suerte que estas tu para cuidarlo.

Lisa siguió hablando del apoyo que para un hombre como él suponía Faye, que enseguida se puso de mejor humor. ¿Tan hambrienta de reconocimiento estaba?

—Tenemos que quedar para cenar las parejas una noche —dijo Lisa.

Entonces recordó Faye que la presentadora era pareja de un colega del mismo canal televisivo, que se encargaba de varios programas de entretenimiento más o menos famosos. Los dos estuvieron hablando muchísimo rato con ella y con Jack una noche de estreno en el teatro.

—Ya veremos —dijo Faye secamente, y la amplia sonrisa de la presentadora se volvió de pronto insegura—. Lo siento, tengo que irme.

Estocolmo era una selva cuyas reinas eran ella y otra media docena de esposas de millonarios. Faye sabía que la gente analizaba cada palabra, cada sílaba que pronunciaba, que revoloteaban a su alrededor y le hacían la pelota solo porque era la mujer de Jack.

Sabía que Lisa no dudaría un segundo en dejar a su marido por Jack. O por otro como él. Las mujeres se sentían atraídas por el poder y el dinero. Incluso las que se las daban de feministas como Lisa.

Y la fortuna era el poder que le quedaba a Faye, y era una sensación tan embriagadora que, por un momento, acalló el rugir de las tripas. Aunque se odiara por ello.

Después de despedirse de Lisa fue a las escaleras mecánicas para bajar a la sección de perfumería y pasó por delante de un póster gigante de una modelo escuálida con los ojos tiznados de negro y la boca entreabierta. Lo que volvió a recordarle todos los kilos que no había conseguido perder.

Jack no la había vuelto a tocar desde la noche en que olvidó la cita que tenían, apenas la miraba cuando se acostaba a su lado en la cama.

El estómago volvió a protestar.

Sacó el móvil y le envió a Jack un mensaje.

«¡Te quiero!». Añadió un corazón.

Entró en la página de Facebook de Jack y descubrió que había cambiado la foto de perfil. Antes tenía una foto de ella, Julienne y él, los tres delante del castillo de Drottningholm, de hacía un año o dos. La nueva era una foto profesional de la página de Compare. Fue pulsando todos los «Me gusta», entró en todas las jovencitas y revisó sus perfiles. Parecían hechas con el mismo molde: hambrientas, ansiosas, ávidas. Todas estaban delgadas y tenían unos labios caros y grandes y la larga melena bien peinada.

Faye se obligó a guardar el móvil en el bolso.

Las dependientas de perfumería la seguían con la mirada. Faye roció el aire con un frasco de Gucci. Buscaba un aroma más dulzón, algo más juvenil. Retrocedió unos pasos. Se fijó en un frasco rosa de YSL. Sacó una tira de papel secante y pulsó el vaporizador dos veces. Mucho mejor. Le recordaba vagamente algo, pero no era capaz de dar con qué.

Las dependientas se habían cansado de observarla y se habían dado media vuelta. Ella eligió un frasco y lo puso en la bolsa. El perfume, naturalmente, no la variante barata de *eau de cologne*.

Se oyó un pitido del móvil. ¿Le habría respondido Jack por fin?

«No me llamaste./John Descentis.»

Faye suspiró. Confiaba en que entendería lo que había pasado al ver que no lo llamaba.

«Lo siento, he reservado otro acto. Quizá en otra ocasión.

«¿No podemos vemos y hablarlo?»

«No puedo. Voy al cine.»

¿Al cine? ¿Cómo se le había ocurrido aquello? Cuando era más joven le encantaba ir al cine. Ella, Sebastian y su madre se arreglaban, iban a Grebbestad, tomaban algo y veían dos películas seguidas la misma noche. Las dos películas que daban en el pequeño cine del pueblo. Sebastian buscaba su mano en la oscuridad. Luego volvían a casa con la barriga llena de palomitas y refresco, mientras su madre y Sebastian parloteaban sobre las películas. Y no callaban hasta llegar al pequeño puente que había antes de Mörhult, donde los cisnes nadaban todos los años con sus crías.

Faye se estremeció. El pensamiento parecía adentrarse cada vez más por

caminos oscuros.

El móvil volvió a sonarle en la mano.

«Me encanta el cine. ¿Cuál?»

«El Rigoletto.»

«Estupendo. Allí nos vemos.»

Faye meneó la cabeza. ¿Qué estaba haciendo? ¿Por qué iba a ir al cine con John Descentis, precisamente? Al mismo tiempo, le agradaba la idea de que alguien quisiera quedar con ella. Quizá eso le ayudara a pensar en algo distinto de Jack y la cita cancelada.

Cuando abrió la robusta puerta de entrada del Rigoletto vio que John Descentis ya la estaba esperando sentado en un banco.

Por un instante sopesó darse media vuelta y salir otra vez, pero temió que alcanzara a verla.

—Así que al final has aparecido. —La voz sonó bronca, pero animada—. Pensé que repetirías la jugada de la fiesta.

Faye se sentó a su lado. Manteniendo cierta distancia.

John Descentis iba vestido de oscuro, como siempre, con vaqueros y camiseta. Llevaba colgada del brazo una cazadora de cuero marrón oscuro. En la mano, un vaso de palomitas, el tamaño más grande.

—Como te decía, hubo un cambio de planes.

—Quizá la próxima vez que cumpla años —dijo John, sin dejar de sonreír. Se sentó algo más cerca de ella.

—¿Qué película vas a ver?

Olía vagamente a colonia, piel y cerveza sin presión. Su cuerpo reaccionó al olor de Descentis de un modo que la sorprendió.

Señaló el cartel en el que los ojos azules de Bradley Cooper miraban directamente a la cámara.

—Pues sí, esa me gustaría verla —dijo.

—Dime, ¿por qué querías verme? —dijo Faye—, ¿Qué quieres?

—Nada, se me ocurrió que estaría bien charlar un rato —dijo, y se levantó—. El otro día en el Riche, tú parecías una persona de verdad. A diferencia de todas las demás...

No terminó la frase.

Faye respiró hondo.

—Perdona, no era mi intención ser desagradable. He tenido un mal día.

—Sí, todos los tenemos a veces. Todo el mundo tiene secretos. Y mierda que esconder. La diferencia es que de la mía se enteró todo el mundo por las

revistas de cotilleo.

—¿Qué has dicho?

¿Qué quería decir? ¿Acaso él conocía sus secretos?

—Como en mi canción, «Secretos». «Todos tienen secretos y mierda que esconder», eso dice. Pero a lo mejor no la has oído.

Abrieron la sala y John hizo una seña. Faye respiró hondo, vio ante sí a Sebastian y a su madre reír con una comedia romántica mientras comían palomitas de vasos de papel enormes. Libres por un rato.

Sacaron las entradas y Faye siguió a John al interior del local vacío. Se sentaron en la última fila y Faye sacó de nuevo el móvil. Jack seguía sin responder. La angustia aumentaba por momentos. ¿Es que ya no la quería? ¿Había dejado de ser atractiva a sus ojos?

Durante los primeros minutos de la película, Faye fue muy consciente de las miradas de John. No sabía por qué, pero tenerlo tan cerca la alteraba de un modo extraño. Sin haber tomado una decisión consciente, le tanteó con la mano el pantalón. Con la mirada fija en la pantalla, en las facciones definidas de Bradley Cooper, le desabotonó la bragueta y notó con sorpresa que no llevaba calzoncillos. Ninguno de los dos dijo nada, pero ella empezó a oír la respiración jadeante de Descentis, y eso la excitó. Agachó la cabeza y empezó con la boca. Oía la respiración de él cada vez más pesada y, por absurdo que pareciera, cómo seguía metiéndose palomitas en la boca mientras gemía. Faye notó cómo se mojaba toda, olvidó a quién se lo estaba haciendo, se lo estaba haciendo a Jack. Con los ojos cerrados, se levantó para bajarse los pantalones y las bragas. Se sentó a horcajadas sobre John, sobre Jack y se dejó caer. Él le colmó recovecos que ella había añorado sentir llenos, rincones que tenía olvidados, seguía con los ojos cerrados y moviéndose cada vez más rápido mientras murmuraba:

—Fóllame, Jack, fóllame, fóllame.

Se corrió al mismo tiempo que John la llenaba de un líquido caliente y pegajoso. Lo oyó gemir mientras la cálida voz de Bradley Cooper invadía la sala.

Durante unos segundos, Faye permaneció sentada, hundida y entumecida en el regazo de John Descentis. Luego se levantó. El semen salió chorreante, y lo que tanto la había excitado unos segundos atrás, se le antojó ahora sucio solamente.

Con el bolso en la mano, se marchó del cine sin volver la vista atrás.

Estocolmo, agosto de 2001

—¿Qué tiene de especial ese tal Jack...? ¿Cómo se llamaba? — pregunté cuando Chris me plantó delante otra cerveza.

—Adelheim —dijo Chris al tiempo que se sentaba—. ¿Estás de broma o qué?

—Bueno, ya pero aparte de lo evidente. O sea, que es guapo. De una forma bastante estereotipada.

—Ser guapo no basta. Es noble. De un linaje con una fama algo dañada. Todo el mundo en la facultad quiere ser su amigo, todo gira en torno a él. Todas las chicas quieren salir con él Yo misma me lo habría tirado hasta dejarlo KO —dijo Chris seca.

Yo acababa de tomar un buen trago de cerveza y me llevé a mano a la boca para evitar que el chorro saliera y empapara la mesa. Seguro que el comentario de Chris no era tan gracioso en realidad, pero el alcohol hacía que todo me diera vueltas y le daba un toque ultrahumorístico a todo lo que ella decía.

En ese mismo instante, Jack y su amigo empezaron a acercarse a nuestra mesa. Parecían estar buscando un sitio donde sentarse Nosotras habíamos ocupado la última mesa, pero a nuestro lado aun había sitio.

—¿Qué pasa? —susurró Chris, que estaba de espaldas a ellos, pero vio la extrañeza en mis ojos.

—Están buscando sitio... y...

Chris abrió los ojos de par en par. Cerró la boca.

—Se dirigen aquí —le susurré.

—¡Mierda! ¡No los mires! ¡Que dejes de mirarlos! Mejor ríete. Ríete como si acabara de contar el mejor chiste que hayas oído jamás.

Yo me eché hacia atrás y me puse a reír. Me sentía increíblemente ridícula. Chris también se reía. Una risa exagerada y estridente, que me sonó casi como si estuviera loca. Jack Adelheim y su amigo esperaron hasta que

dejamos de reír.

—¿Os importa que nos sentemos aquí? —dijo Jack—. Prometemos no molestar.

Detrás de él, su amigo, con la mirada algo turbia, agarraba la cerveza más fuerte de la cuenta y se tambaleaba un poco.

—Claro —dijo Chris con frialdad, y levantó la vista con fingida sorpresa.

Jack saltó al banco y se sentó a mi lado mientras su compañero se sentaba al lado de Chris. El amigo alargó una mano inestable por encima de la mesa.

—Henrik dijo.

—Mat... Faye respondí, aún no habituada a mi nuevo yo.

Resultaba difícil mudar la piel. Mas de lo que yo creía.

Me giré y repetí el apretón de manos con Jack. Él sonrió. Una sonrisa hermosa, abierta. Clavó aquellos ojos azules en los míos. *Era* guapo, no podía negarlo. Pero yo estaba con Viktor, y no era esa clase de chica. Además, seguramente Chris me habría roto el vaso de cerveza en la nariz si me hubiera acercado a Jack.

—Encantado.

Cuando todo el mundo se hubo presentado, Chris se inclinó y me preguntó con toda la intención qué opinaba yo sobre George W. Bush, el nuevo presidente de los Estados Unidos. Yo levanté la vista al cielo y me lancé a una breve exposición que era prácticamente un resumen del editorial del *Dagens Nyheter* de aquella misma mañana. Jack y Henrik se involucraron enseguida en la conversación. Debatieron partiendo de mis argumentos. Jack, a favor. Henrik, en contra. El volumen de la música —Bryan Adams cantaba «Summer of 69»— hacía que solo entendiera lo que decían parcialmente.

Al cabo de un rato, había olvidado todo lo que Chris me había contado de Jack. No era más que un chico bastante legal con el que resultaba fácil hablar. Henrik había ido a pedir otra ronda de cervezas.

—Como agradecimiento por haber dejado que nos sentáramos con vosotras —dijo, y nos acercó dos vasos.

No podía apartar la vista de Chris. Ella, por su parte, no se dignaba mirarlo.

El camarero anunció que faltaba media hora para el cierre y que era el momento de pedir la última ronda. Chris empezó a retorcerse en el asiento.

—Tengo que ir a los servicios —se excusó.

Henrik se puso de pie en el acto y la dejó pasar. Jack se volvió hacia mí.

—¿Qué planes tenéis para esta noche?

Yo dudé. Miré el móvil, que aún no mostraba señales de Viktor.

—Ah, pues no sé. Chris quería seguir, así que supongo que me uniré un rato. ¿Y vosotros?

Jack estaba tan pendiente y concentrado que me sentía un tanto incómoda. Me afectaba como si se me metiera por debajo de la piel. No estaba segura de que me gustara aquello.

Henrik se había quedado de pie. Observando el local.

—Yo creo que seguiremos la fiesta en casa de Henrik. Si queréis, podéis venir, naturalmente.

—Bueno, puede. Primero voy a ver qué dice Chris.

—Claro —dijo Jack, sin apartar los ojos de los míos—, ¿En qué trabajas? ¿O estás estudiando?

Las pestañas densas y oscuras le enmarcaban los ojos y hacían que el azul pareciera más intenso. Debajo de la mesa, nuestras piernas se rozaron.

—Estoy estudiando Economía —dije como si tal cosa, y tomé un trago de cerveza.

Siempre me costaba ocultar mi orgullo por lo que había conseguido. Por haberme levantado de lo que ocurrió, por haber obtenido las calificaciones necesarias, por haber hecho aquello con lo que tanta gente soñaba, sin contar con las condiciones de las que sí gozaban la mayoría de los compañeros de la Escuela Superior de Economía de Estocolmo.

—¿No me digas? Yo también. ¿Estás en primero?

—Sí.

Yo daba vueltas al vaso. Me preguntaba dónde se habría metido Chris.

—¿Y qué te parece? ¿Te gusta?

Me prestaba toda su atención, lo que hacía que me retorciera en la silla de nerviosismo. Lo único que quería era esconderme en las sombras. Viktor nunca me miraba así, directamente. Era una de las razones por las que me sentía tan cómoda con él. Dejaba que mis secretos siguieran siendo secretos. Pero Jack parecía verme por dentro.

—Me gusta —dije despacio—. Aunque solo llevo una semana.

—Así que no es fácil responder.

Chris volvió a la mesa. Nos miró con curiosidad.

—Dice..., eh..., era Jack, ¿no? —dije dudando, y él asintió—. Jack pregunta si queremos ir con ellos a casa de... Henrik? Pero íbamos a salir, ¿no?

Me costaba ocultar lo que yo quería hacer de verdad.

La mirada de Chris revelaba lo impresionada que la había dejado mi iniciativa. Pero ante mi asombro, se encogió de hombros.

—Puede. Ya veremos —dijo—. Primero quiero ir a bailar.

—Pues entonces podemos ir a Sturecompagniet —sugirió Henrik.

—No me apetece nada hacer cola —dijo Chris con un suspiro, y echó hacia atrás la melena roja.

—No te preocupes, Jack nos cuela —dijo Henrik—. ¿A que sí, Jack?

—Claro —dijo Jack sin dejar de mirarme. Sin problemas.

Se levantó y me dio la mano. Yo miré de reojo el móvil. Ningún mensaje. Viktor se me antojó de repente insignificante. Me guardé el móvil en el bolso y le di la mano a Jack.

Tal y como había prometido, los vigilantes de la entrada nos dejaron pasar por delante de toda la cola. Mientras nos adentrábamos en la zona VIP de la discoteca, lo iban parando continuamente chicos que querían a charlar con él y chicas que reclamaban su atención con mirada dulzona y poniendo morritos. Yo me figuraba que era inmune al poder de atracción de Jack, y que era divertido ver cómo los hechizaba hasta ese punto a todos, hombres y mujeres.

Se dio una vuelta triunfal por la zona VIP, estrechando la mano aquí y allá como si fuera un presidente en visita oficial. Chris, Henrik y yo nos fuimos a la barra mientras Jack terminaba la ronda de saludos. Henrik pidió bebidas y chupitos. El nivel de borrachera ya había llegado al techo allí dentro. La gente se gritaba al oído escupiendo saliva. Las mujeres llevaban vestidos minúsculos o top y minifalda. Los hombres, camisas finas de colores pastel y vaqueros o chinos. Yo no hacía mal papel entre la competencia con aquel vestido prestado, notaba las miradas que me recorrían el cuerpo. Me examinaban, me juzgaban, pero disfrutaba de la atención que me prestaban. Y cada vez que Jack entraba en mi campo de visión, me daba cuenta de que le afectaba.

—¿Se larga siempre de ese modo? —le dijo Chris a Henrik, que se movía incapaz de seguir el ritmo.

—Sí. Como los conoce a todos... —suspiró. Luego se le iluminó la cara—. ¡Ha estado bien que os hayáis apuntado, así no tengo que estar aquí solo!

Yo me incliné para que los dos me oyeran mejor.

—¿Y ellos lo conocen a él? —dije.

—No. A veces yo mismo me pregunto si lo conozco. Y eso que llevamos mucho tiempo siendo amigos y que vamos a fundar una empresa juntos. Henrik se inclinó sobre la barra y tomó unos cuantos tragos de la bebida—. Es que nadie se entera muy bien de qué va, y por eso fascina a todo el mundo. Al menos, esa es mi teoría. Además de lo de ser noble en combinación con ese pasado decadente que tiene. Y luego unos cuantos conflictos familiares un tanto suculentos y públicos, con alguna que otra tragedia para rematarlo todo.

Empezaba a articular mal y bebió un poco más de la copa con la pajita rosa. Luego se irguió y se encajó bien las gafas.

Jack se dirigió a nosotros y nos rodeó a Chris y a mí la cintura con el brazo. Noté el calor de la palma de la mano en la piel. Movía el pulgar arriba y abajo. Un leve cosquilleo se me extendió por todo el cuerpo.

—¿No queríais bailar? —preguntó con tono alegre antes de mirar a Henrik—. ¿Por qué no las has llevado a la pista? ¿Es que tengo que hacerlo todo yo?

Henrik se encogió de hombros.

—Ya sabes que a mí el baile no me va.

—Vaya si lo sé, lo sé de sobra. Igual que todos los propietarios de las discotecas de la ciudad.

Henrik se puso colorado, pero no protestó. Nada entre ellos era malintencionado.

Jack le hizo un guiño.

—¿Un último trago y un baile?

Henrik empezaba a estar cansado y hecho polvo, pero asintió.

—Claro.

Jack llamó al camarero, que se inclinó hacia delante, le dio la mano e intercambió con él unas palabras. Enseguida nos puso delante cuatro chupitos.

—Invito yo —gritó el camarero, y le dio a Jack una palmadita en el hombro antes de ponerse a atender al siguiente cliente.

Alzamos los vasos para brindar, echamos la cabeza atrás, tragamos y arrugamos la boca al notar el amargor. Cuando Jack dejó el vaso del chupito volvió a ponerme la mano en la cintura y la fue subiendo y bajando por el costado, hasta la barriga. Yo miré a Chris llena de preocupación. Pero ella no parecía haber notado nada, sino que seguía hablando con Henrik. Se los veía animados. Yo ya tenía otra copa en la mano, y el alcohol adormecía los remordimientos. Lo único que importaba allí en ese preciso momento era que me resultaba cálido y agradable tener la mano de Jack en la barriga.

Aun así, yo pensaba en Viktor. En lo inapropiado de estar allí con un chico al que conocía de hacía tan solo unas horas. Porque yo estaba enamorada de Viktor, desde luego que sí.

Tampoco quería malograr mi amistad incipiente con Chris por un flirteo absurdo. Yo la adoraba a aquellas alturas. Chris era una fuerza de la naturaleza. Y Jack parecía ser más importante para ella que para mí.

Al mismo tiempo, había en él algo que me aturdía. La mano se había detenido, ahora los dedos descansaban ligeros sobre la cadera. Y yo quería que siguieran recorriéndome todo el cuerpo. De repente comprendí que tenía que ponerle fin a aquello. Antes de que empezara siquiera. Me solté de la mano de Jack y me di cuenta de que le extrañó, aunque hizo lo posible por ocultarlo.

—Tengo que irme —dije, y dejé en la barra el vaso a medio beber.

—¿Ya? Pero si vamos a ir a casa de Henrik después.

—Yo me voy a casa —dije resuelta—. Con mi novio.

—Vaya, que tienes novio —dijo Jack burlón, aunque creí intuir un destello de decepción en su semblante. Pero claro, también podía ser que viera lo que yo quería ver.

—Sí.

—Yo creo que te voy a acompañar de todos modos.

—¿Qué? Pero ¿por qué?

Señaló a mi espalda y me volví a mirar. Chris y Henrik estaban retorciéndose abrazados y besándose apasionadamente. Chris lo atraía hacia sí con la mano en la nuca.

Me volví hacia Jack.

—Me voy. Nos vemos.

Jack me agarró del brazo.

—Espera. Deja que le acompañe a casa. ¿Dónde vives?

—En Gärdet. O bueno, mi novio vive allí, y allí pienso dormir yo. ¿Por qué quieres acompañarme? Puedes llevarte a cualquiera de esas chicas con las que hablabas antes. Me cuesta creer que ninguna te dijera que no.

Señalé a las chicas que bailaban en la pista coqueteando al ritmo del último éxito de Sugababes.

—Ya, pero yo no quiero. Lo que yo quiero es ir contigo a casa. Tú eres interesante. Y guapa. Eres diferente.

—¿No me digas?

Se me hizo un nudo en el estómago y recordé todas las otras ocasiones en

que me habían llamado «diferente». De un modo distinto al de ahora. Totalmente distinto.

—Sí —respondió Jack—. Y me gusta tu nombre. Te va muy bien.

Me miraba directamente a los ojos. Suplicante, como un niño pequeño. Al final dejé escapar un suspiro.

—Vale. Pero entonces vamos a mi casa, a la calle Villagatan.

Y solo puedes acompañarme hasta la puerta.

A Jack se le iluminó la cara.

Nos abrimos paso a través de la masa en forma de media luna que había creado la gente agolpada en la puerta de la discoteca y echamos a andar por Sturegatan. Jack encendió un cigarrillo y me lo ofreció, antes de ponerse otro entre los labios y encenderlo. No nos habíamos dicho una palabra desde que salimos a la calle. De todos modos, era un silencio agradable.

Un taxi pasó a nuestro lado. Miré de reojo a Jack, que me sonrió. Torcimos hacia los jardines de Humlegården.

—¿En qué tipo de empresa trabajáis Henrik y tú?

—En ninguna todavía. Estamos buscando una buena idea. Pero en cuanto se nos ocurra, iremos a por todas, trazaremos un plan de negocio profesional, encontraremos inversores, nos haremos millonarios.

—¿Inversores?

—Sí, queremos ser independientes. Mis padres no son ninguna opción en ese sentido. Mi padre... Mi padre y yo no tenemos ningún contacto. Mi madre vive en Suiza con su nuevo marido, nos felicita por Navidad, pero poco más. Y nosotros necesitamos capital. Para el local, para contratar empleados, para publicidad y promoción...

Un cambio mínimo, casi imperceptible, en el tono de voz. Me preguntaba qué querría decir. Jack siguió con la mirada a un hombre que caminaba por la otra acera. Dio una buena calada al cigarro. Era el tercero que se fumaba en aquel corto paseo.

—Henrik y yo nos hemos prometido que seremos económicamente independientes antes de cumplir los treinta.

Hizo un anillo de humo en el aire.

—¿Tenéis ya el nombre? El de esa empresa aún inexistente...

Sonreí para que comprendiera que quería chingarle.

Jack respondió muy serio a la pregunta que yo había hecho en broma.

—Tenemos varias propuestas, pero ninguna nos ha enganchado. Yo quiero que el nombre indique que nuestra compañía es la mejor, que no tenemos

ningún oponente digno de tal nombre.

Jack hizo otro anillo de humo.

¿Qué te parece «Compare»? —dije al cabo de unos minutos—. Un nombre que indica seguridad y que la empresa aguantaría una comparación con las demás.

Jack se paró y se me quedó mirando.

—Me gusta —dijo despacio—. Suena muy bien.

—Pues ya me darás las gracias si un día decidís usarlo —le dije con una sonrisa.

Ya habíamos llegado a Karlavägen, y me estremecí de frío. Empezaba a hacer fresco y yo no llevaba ninguna prenda de abrigo.

De una ventana abierta unos metros más allá salía una música, y en ese momento se abrió el portal del bloque. Un hombre y una mujer salieron dando tumbos. Jack se apresuró a dar unos pasos, metió el pie antes de que se cerrara la puerta, la sujetó y se inclinó con gesto teatral.

—¿Qué haces? —dije cruzando los brazos de frío.

—¡Seguimos la fiesta!

—¿Conoces a la gente que vive ahí? —pregunté con asombro, y lo seguí al interior del portal.

—Pronto los conoceré. Y tú también. Venga, vamos. —Jack me dio la mano y subimos por la amplia escalera de piedra—. Nos tomamos algo y luego nos largamos.

—¿Estás de broma? —dije con una risita y dejándome llevar—, ¿Piensas llegar y llamar a la puerta sin más?

—Sí.

Jack subía medio corriendo, conmigo detrás.

—Estás loco.

Me reí.

Jack se volvió y me besó rápidamente, y ese roce fugaz resultó eléctrico.

Tuve que pararme un instante antes de seguirlo hasta el apartamento del que se oía la música.

En la puerta se leía «Lindqvist». Llamamos y nos abrió una mujer de unos treinta años, con las mejillas encendidas por el alcohol. A su espalda: música, murmullos, tintineo de copas y risas. Jack le dedicó su mejor sonrisa y yo me encogí avergonzada detrás de él.

—¡Hombre, hola! —dijo con tono jovial—. No hemos podido evitar oír que teníais una fiesta ¡y tenía muy buena pinta! ¿Te importa que mi novia y yo

entremos a calentarnos un poco?

—Adelante. Me llamo Charlotte.

Nos presentamos. Nadie se había quitado los zapatos para entrar, así que nosotros tampoco lo hicimos. Charlotte entró primero en el salón donde había unas cuarenta personas vestidas de noche dispersas aquí y allá bajo una araña de cristal inmensa. Charlotte se paró justo debajo de la lámpara y alzó su copa.

—¡Eh, atención! Estos son Jack y Faye. Les ha parecido desde la calle que lo estábamos pasando tan bien que han decidido subir.

Risas dispersas. Alguien gritó «¡Bienvenidos!», otro «¡Dales una copa!». Cuando quisimos darnos cuenta, yo estaba hablando con una jurista llamada Amanda que ceceaba y que debía de ser diez años mayor que yo.

Todos eran alegres, abiertos, agradables y gente de mundo. No tardé en olvidar mi vergüenza, lo perdida que se habría sentido allí Matilda. A Faye le encantaba la gente que tenía a su alrededor, las conversaciones, el ambiente, los bucles de sonido que ascendían y descendían bajo aquella araña de cristal enorme. Faye sí encajaba.

Además, sabía que Jack estaba por allí cerca. Con él me sentía segura. Hablaba con Amanda sin dejar de ser consciente ni por un momento de dónde se encontraba él. Como si toda la sala girase en torno al lugar donde él estaba. A todos deslumbraba, iba de aquí para allá bromeando, riendo, llenando las copas vacías como si el apartamento y la fiesta fueran suyos. Había en todo lo que hacía una seguridad fascinante. Yo jamás había estado cerca de una persona que brillara como lo hacía Jack Adelheim.

Nuestras miradas se cruzaron. Él me guiñó un ojo, sonrió y alzó la copa. Las burbujas del champán centelleaban al resplandor de la araña del techo.

Alguien le puso la mano en el hombro y Jack se dio media vuelta. Desapareció. Y de repente, lo eché de menos. Esa mirada, esa compenetración mutua de unos segundos, esa sonrisa. Me di media vuelta y escuché lo que Amanda se empeñaba en contarme sobre las condiciones laborales inaceptables que sufría en uno de los mayores despachos de abogados de Estocolmo. El salón resultaba frío a mi espalda sin la mirada de Jack sobre mí. Alguien me plantó en la mano otra copa de champán.

Una hora después, los invitados empezaron a marcharse. Al otro lado de la ventana empezaba a clarear el día. Fuimos de los últimos en dejar el piso. Jack sacó una botella de vino medio vacía y se la llevó a la boca.

—Para el camino —dijo con una risita.

—Material robado le repliqué yo.

—Bah.

Tomó un par de tragos más y me ofreció la botella. Pensé que sus labios habían tocado la boca de la botella y creí sentir su sabor, mezclado con el del vino blanco algo tibio.

Mientras deambulábamos por la ciudad callada, no parábamos de hablar. Yo apenas tenía tiempo de respirar entre una carcajada y otra. Jack reproducía conversaciones, imitaba a los asistentes a la fiesta con movimientos precisos. Yo le hablé de Chris y el chico del autobús.

Demasiado rápido, llegamos al portal. Silencio repentino. De pronto me parecía irreal y antinatural marcar el código, abrir la puerta y entrar sin él.

—Bueno —dijo Jack, que también parecía algo turbado—. Nos vemos.

—Sí.

—Hasta la vista, Faye —dijo, como en un diálogo de una mala película de Hollywood, y se dio media vuelta.

—¡Espera!

Él se paró en seco, se dio media vuelta, se pasó la mano por el pelo y me miró extrañado.

—¿Sí?

No..., no, nada...

Él se volvió de nuevo. Echó a andar. Empinó la botella.

Yo seguía allí. Esperando a que se diera la vuelta. A que posara en mí su mirada una última vez. Se despidiera con la mano. Volviera corriendo. Me besara de nuevo, pero, esta vez, a fondo. Aún recordaba el roce de sus labios.

Sin embargo, se limitó a encender un cigarro mientras seguía despreocupado bajando por la calle Karlavägen. Luego giró a la izquierda. Y desapareció.

Faye llevaba a Julienne de una mano y empujaba el carrito vacío con la otra mientras recorría los pasillos del supermercado ICA Karlaplan. La criada llevaba dos días enferma, y ella pensaba sorprender a Jack con una comida casera. Sus famosos espaguetis a la boloñesa. El secreto era el apio. Y tres clases de cebolla. Además de dejarla cocer mucho, mucho rato.

Cuando eran jóvenes y pobres, preparaba todos los lunes una cacerola grande que les duraba hasta el jueves. Fue reuniendo cebolla roja, cebolla

blanca, cebolleta y apio.

—Yo quiero llevar la cesta —dijo Julienne.

—¿Podrás con ella?

—Síííí —dijo Julienne con un gesto de impaciencia.

—De acuerdo, cariño.

Faye le pasó el asa de la cesta y le revolvió el pelo. Se quedó observándola unos instantes, en medio del estrés de la tienda. La quería tanto que a veces pensaba que iba a estallarle el corazón.

—Tú avísame si te pesa demasiado —dijo, y echó a andar hacia los expositores refrigerados en busca de la carne picada.

Julienne iba arrastrando la cesta tras de sí.

Pasaron al lado de un señor que ayudaba a una mujer también algo mayor a alcanzar una lata de conservas de la estantería. Faye no podía apartar la vista de la pareja. El hombre le dio la lata a la mujer, que se apoyaba pesadamente en un andador. Ella le dio una palmadita en la mano, y el anillo de casados lanzó un destello a la luz de los fluorescentes.

Faye se preguntó cuánto tiempo llevarían casados. ¿Acabaría siendo así la relación entre Jack y ella? Siempre se lo imaginaba con toda claridad. Cómo iban envejeciendo inseparables, cómo iban amigándose y debilitándose juntos. Nunca renunciaría a esa visión. Aunque ahora lo estuvieran pasando mal como pareja, acabaría siendo así. Si le preguntaba a la pareja del andador, seguro que también ellos podrían hablar de las dificultades que se les habían presentado por el camino. Dificultades que terminaron superando.

Julienne levantó la vista.

—¿Por qué lloras, mamá?

—Porque es tan bonito...

Julienne parecía desconcertada.

—¿El qué?

—Que él... Bah, déjalo, no es nada.

La pareja giró hacia un pasillo y desapareció.

Faye fue eligiendo los últimos ingredientes que necesitaba y se encaminó a la caja seguida de cerca por Julienne. Las primeras páginas de la prensa vespertina aseguraban que acababan de dar con la fórmula de cómo perder peso de la manera más rápida y sencilla. Faye echó en el carrito un ejemplar del *Expressen* y comprobó con un último vistazo que llevaba todo lo necesario. Los zumos ya los había abandonado hacía tiempo, y en tres días había recuperado el peso que había perdido con ellos. E incluso un poco más.

Eligió la cola de la caja en la que una joven muy mona trabajaba con rapidez y eficacia. Una mujer puso en la cinta una caja de tampones. En el mismo momento en que la cajera la escaneaba, Faye comprendió que se le había retrasado. Considerablemente, además. Debería haber tenido la regla hacía dos semanas. Seguramente sería por la dieta, pensó, pero aun así, quería estar segura.

Llegó su turno.

—¿Tenéis...? —Miró de reojo a Julienne, que estaba totalmente atenta a un caniche que había junto a la entrada—. ¿... tests de embarazo?

—En el expendedor de allí —dijo la cajera.

Suspiros y miradas reprobatorias cuando Faye dejó atrás la cola. Seleccionó «Artículos de farmacia» y fue pulsando los botones hasta llegar al test de embarazo. Julienne seguía mirando al caniche de la entrada. Faye cogió dos envases y volvió a la caja.

—Pues son cuatrocientas ochenta y nueve coronas —dijo la cajera después de haberlos pasado por el escáner.

Faye sacó la American Express y pagó.

—Perdona —dijo—. ¿No sabrás por casualidad si..., si Max libra hoy, verdad?

La cajera enarcó las cejas. ¿No había sonreído un poco?

—A Max lo han despedido. No sé qué de que molestaba a los clientes o algo así.

—Ya —dijo Faye—. Pues gracias.

Se apresuró a salir del supermercado con Julienne bien agarrada de la mano.

Jack había procurado que despidieran a Max. Estaba segura. Y eso tenía que significar que ella le importaba, ¿no? ¿A pesar de todo?

Julienne llevaba el periódico y entornó los ojos mientras observaba las fotografías de la primera página.

¿Qué pasaría si estaba embarazada? ¿Cómo reaccionaría Jack? Cuando se conocieron le dijo que quería tener cuatro hijos. Pero desde que nació Julienne no parecía muy interesado en que vinieran más. Ni siquiera habían hablado del asunto. Pero ¿y ella? ¿Quería ella tener más hijos? Pues sí, ella sí quería. Sobre todo, ahora. Una hermanita o un hermanito para Julienne podría ser lo que permitiera que la relación entre Jack y ella volviera a fortalecerse, para que se acabara por fin ese limbo extraño en el que ahora vivían.

Y a Julienne le sentaría bien un hermano. Podrían llegar a ser los mejores

amigos. Ella siempre había querido tener una hermana. Una aliada.

Faye desechó enseguida aquellos pensamientos. Había aprendido a controlarlos, no dejar que se le disparase la imaginación. De nada servía pensar en cosas sobre las que no podía influir.

Cuando llegaron a casa, Julienne dejó el periódico y el chaquetón en el suelo de la entrada. Faye colgó el abrigo en la percha, llevó las bolsas a la cocina y empezó a colocar la compra. Por el rabillo del ojo vio cómo Julienne salía de su cuarto con el iPad en la mano y se tiraba en el sofá, aún con las botas puestas.

—Quítate los zapatos si te vas a tumbar en el sofá —dijo Faye.

La niña no se inmutó. Faye dejó la sartén que tenía en la mano y se dirigió al salón. Empezó a quitarle a Julienne las botas mojadas y sucias.

—¡No quiero!

La niña daba patadas en el aire. Pateó con las botas el sofá, que se manchó de barro y suciedad. Vaya mierda, ahora tendría que lavar y secar a toda prisa la funda antes de que llegara Jack. Empezó a tirar con más fuerza. También había caído barro en la alfombra.

—¡No quiero! ¡No quiero! ¡No quiero!

Julienne seguía dando patadas sin control al aire.

Faye consiguió quitarle las botas y dejó en el suelo a Julienne, que se subió otra vez al sofá chillando. Faye fue a la cocina y volvió con una bayeta. Quizá podría limpiar la suciedad de la tela si se daba prisa. No prestó atención a Julienne. Vio con alivio que lograba eliminar lo más visible de la mancha del sofá y se inclinó para intentar limpiar también la alfombra. Julienne iba a darle una patada, pero ella le agarró la pierna.

—¡Eso no se hace!

—¡Pues sí!

Todo se le ensombreció por dentro. Como algo familiar y desconocido al mismo tiempo. Faye tragó con dificultad. Cerró los puños varias veces.

Julienne debió de notar la variación, porque se la quedó mirando fijamente entre sollozos.

Faye pasó la bayeta por la alfombra una última vez. Se retiró un mechón de pelo y le dio la espalda a Julienne.

—Estás gorda —dijo la niña.

Faye se volvió hacia ella.

—¿Qué has dicho?

Su hija la miraba retadora.

—Gorda. —Lo dijo señalándola con aquella manita—. Eres una gorda.
Faye dio un paso hacia ella.

—De eso nada, no estoy gorda. ¡Y esas cosas no se dicen!

—¡Pues sí, que lo ha dicho papá!

—¿Papá ha dicho que estoy gorda?

Se le debilitó la voz. De repente no sabía qué hacer, se quedó pasmada allí mismo. Julienne pareció darse cuenta de que había ido demasiado lejos y empezó a llorar otra vez.

Faye se alejó paso a paso. Todo le daba vueltas. No sabía ni dónde estaba. A su espalda oyó cómo Julienne la llamaba entre sollozos.

Se encerró en el baño. Echo el pestillo y apoyó la frente en la puerta unos segundos. Dejó que el frescor de la madera amortiguara el dolor, la refrescara. Sacó el test de embarazo. Julienne gritaba y aporreaba la puerta. Faye se bajó las bragas y los pantalones hasta las rodillas. Se sentó en el retrete y abrió el paquete con los dientes. Sujetó la varilla entre las piernas, se relajó y la empapó con la orina caliente sin preocuparse de que le salpicara en los dedos. Al otro lado de la puerta, Julienne seguía gritando.

Estocolmo, septiembre de 2001

Iba en el autobús observando los coches que pasaban a toda velocidad al otro lado de la ventanilla. El aire era agobiante y caliente. El conductor había abierto la ventanilla del techo para permitir que entrara algo de oxígeno, pero apenas se notaba la diferencia, salvo por una leve corriente de aire en el hombro. En el asiento de al lado iba una mujer corpulenta y sudorosa, con un niño llorando sentado en el regazo.

Desde aquel día, aproveché todas las ocasiones a mi alcance para ir a Chinatown, que era como llamaba Chris a la zona que quedaba entre la Escuela Superior de Economía y el instituto de Norra Real, con la esperanza de encontrarme con Jack. Pero él nunca aparecía.

Aparte de eso, la vida resultaba por primera vez divertida y emocionante. Las asignaturas me resultaban fáciles, pero claro, así había sido siempre. Desde que empecé en primaria, el colegio había sido mi refugio, mi sitio en este mundo, el lugar donde destacaba con facilidad. Los profesores me cubrían de alabanzas. Las materias eran divertidas e interesantes, y yo estaba encantada.

Chris y yo pasábamos juntas casi todo el tiempo libre. Ninguna de las dos necesitaba estudiar demasiado. Chris, porque se conformaba con un aprobado. Y yo, porque desde pequeña me había bastado con leer un texto unas cuantas veces para recordarlo en su totalidad.

El papel protagonista que Viktor había desempeñado en mi vida con anterioridad se convirtió en un papel secundario. Yo misma no era capaz de explicarme qué era lo que había cambiado, pero después del encuentro con Jack, mis sentimientos se enfriaron. Me distancié. Me inventaba exámenes inexistentes para justificar por qué no tenía tiempo de quedar. Evitaba sus llamadas y dejaba pasar dos o tres días sin devolvérselas. Los planes de mudarme a su piso se fueron retrasando, hasta que Viktor dejó de sacar el tema.

Mi frialdad lo cambió, lo convirtió en un ser patético e inseguro. Él se mostraba cada vez más interesado, más dependiente, y yo cada vez más fría. Nuestra relación estaba moribunda, pero él se aferraba a mí como un náufrago. Me llamaba a todas horas, me abrumaba con regalos y pruebas de amor, me preguntaba continuamente dónde estaba y qué hacía. De pronto empezó a hacerme preguntas sobre el pasado, sobre mi familia, sobre mi vida antes de conocerlo. Yo me negaba a responder. Porque, ¿qué iba a responder? Pero mi retraimiento, mi negativa a contarle nada de mí lo desesperaba más aún. Me convertí en un enigma que desentrañar. Era como si creyera que si descifraba el código, yo volvería a quererlo.

Lo peor era que no era culpa suya. Viktor era guapo, bueno y ambicioso. Me trataba como a una princesa. Era fiel y leal, cualidades raras en la jungla de Estocolmo.

Pero no era Jack Adelheim. Y me di cuenta de que al final tendría que dejarlo. Aun así, lo había ido posponiendo. Pero ya no era posible seguir.

Cuando el autobús paró en el parque Tessin, no me cabía ya la menor duda. Sería duro tener que herirlo, pero aquello debía acabar.

—Perdona, me bajo aquí —dije.

La mujer del niño se levantó con esfuerzo y me dejó pasar. Se la veía cansada y derrotada. Los michelines se abrían paso debajo de una camiseta demasiado estrecha y colgaban por encima de los vaqueros. El crío babeaba. Los mocos le colgaban verdes de la nariz como racimos de uvas. Por Dios. Yo nunca sería una madre así. Y mi hijo sería perfecto. Un hijo mío y de Jack. Me estremecí y me ruboricé, avergonzada por tales ensoñaciones. Pero, a aquellas alturas, todos mis sueños trataban de Jack. Tanto cuando dormía como cuando estaba despierta. No quedaba espacio alguno para alguien como Viktor.

Las puertas se abrieron como con un soplo y un sol radiante me dio en la cara. Viktor iba a esperarme en el centro del parque, como siempre. Me lo imaginé saliendo del portal. Contento, en la creencia de que íbamos a comernos una pizza. Luego iríamos a casa y veríamos una película, nos enrollaríamos. Después lo haríamos otra vez y nos dormiríamos. Nada de aquello iba a suceder.

En un plano intelectual, me inspiraba lástima, pero no sentía nada. El deseo de ver a Jack ensombrecía todo lo demás y me hacía indiferente. Y la nueva versión de Viktor me irritaba. Él se había criado protegido en una burbuja, para él todo había sido fácil. Su ingenuidad fue lo primero que me atrajo de él, pero ahora no hacía más que molestarme. Viktor no sabía nada de

la vida, mientras que yo sabía demasiado. Él no tenía ni idea de quién era yo. O de *qué* era.

Llevaba una camisa vaquera y unos chinos. Con una gran sonrisa, se inclinó y me dio un beso en la mejilla.

—Te echaba de menos —dijo, y me rodeó con el brazo—. Te estás tomando lo de los estudios demasiado en serio. ¿A qué pizzería vamos? ¿Valhalla o Theodoras?

—Tengo que decirte una cosa —dije—. Ven, vamos a sentarnos.

Lo conduje hasta un banco de color verde. Viktor se volvió hacia mí y se quitó las gafas de sol. Las dobló despacio y se las guardó en el bolsillo de la camisa. Se le notaba la inseguridad en los ojos.

—¿Ha pasado algo? ¿Estás bien? —preguntó, fingiendo no saber lo que estaba a punto de decirle.

A unos metros de donde nos encontrábamos había una panda de borrachos jugando a la petanca y bebiendo vino. Voces alegres, roncadas.

—No quiero seguir contigo. Se ha terminado.

Yo misma oí lo fría que sonaba y me esforcé por parecer apenada. Viktor dirigía al frente una mirada vacía.

—Vale... ¿Es por algo que he hecho?

Se retorció en el banco. Evitaba mi mirada. Tragaba saliva. Y volvía a tragar.

—No. Tú no has hecho nada.

Me costaba mirarlo a la cara, no quería que se me notara el desprecio. Así que me puse a seguir la partida de petanca. El nivel de alcohol de los borrachos hacía que la bola fuese a parar a cualquier sitio, pero ellos gritaban de alegría de todos modos. A su espalda, una niña pequeña tropezó y se cayó en la grava. Su madre acudió corriendo. Le limpió las rodillas sucias y ensangrentadas, la levantó en alto, la abrazó.

—¿Hay algo que pueda hacer de un modo diferente? A lo mejor es solo que necesitas tomarte un tiempo, ¿no?

Se le había puesto la voz ronca. Había empezado a asimilar lo que le había dicho y estaba a punto de llorar. Miré a mi alrededor. Si empezaba a llorar, me levantaría y me iría de allí. No soportaba a la gente que lloraba. Había visto suficientes lágrimas para el resto de mi vida.

—No. Lo siento, es solo que ya no estoy enamorada de ti.

—¡Pero yo sí lo estoy, y mucho! Tú eres lo mejor que me ha pasado en la vida. La mejor persona que he conocido.

Puso la mano sobre la mía. La acariciaba, la apretaba. Como si con ello fuera a conseguir que cambiara de idea. Como si fuera yo y no él quien necesitara consuelo.

El principal problema de la gente, me dije, es que transfieren sus penas a los demás. Quieren compartirlas. Creen que solo porque tenemos un parecido vamos a sentir dolor ante las mismas situaciones. El dolor no resulta más fácil de sobrellevar solo porque sea compartido, al contrario, se vuelve más pesado. Y Viktor no tenía ni idea de lo que implicaba el verdadero dolor.

—Vale, lo entiendo —dijo, y asintió—, Pero ¿no puedes venir conmigo a casa para que podamos hablar tranquilamente? No soporto hablarlo aquí, con tanta gente. Concédeme una última noche. Solo una. Luego desapareceré de tu vida, me iré sin protestar. Por favor...

Me agarraba la mano con tanta fuerza que me dolía, y yo sabía que debería decirle que no. Que aquello no iba a procurarle ningún consuelo. Pero era una salida fácil, y la tomé.

Durante el breve paseo a su apartamento, tuve tiempo de arrepentirme varias veces, pero quizá la ruptura resultara más fácil si dejaba que se desahogara hablando. Al mismo tiempo, tenía ganas de retrasar la desagradable conversación que me esperaba, no tenía ganas de escuchar sus declaraciones de amor y sus reproches. Él necesitaba respuestas, pero yo no tenía ninguna que darle. Lo único que sabía era que mi corazón pertenecía a otro y que debía seguir adelante.

Para tener cierto margen, me ofrecí a ir a comprar la pizza. Sospechaba que sería una larga noche y que los dos necesitábamos comer algo. Viktor no respondió. Se quedó totalmente inmóvil sentado en la cama, con los hombros hundidos de desesperación.

—No tardo —dije evitando su mirada de reproche.

Luego saqué el monedero del bolso y cerré la puerta al salir. Una noche sí que puedo darle, pensé. Luego, seré libre.

Veinte minutos después volví con la pizza. Viktor me miró de una forma extraña cuando dejé las pizzas en la mesa de su apartamento de una sola habitación. Me miró casi triunfal. Aún seguía sentado en la cama sin hacer, pero a su lado había algo que reconocí. Me dio un vuelco el corazón. Era el diario. Viktor había rebuscado en el bolso. Allí estaba también el cuaderno. Lo que iba anotando en él mientras estudiaba y que últimamente había llenado de garabatos infantiles. El nombre de Jack dentro de un corazón. Mi nombre con el apellido de Jack. Ridículo. Absurdo. Pero para Viktor no había nada de

ridículo en ello.

—Ahora sé quién eres de verdad —dijo con calma.

Hablaba con voz neutra. Muerta. Algo se le había roto por dentro.

—Yo sé quién eres. La cuestión es si él también lo sabe...

La palabra *él* resonó como una acusación. El pánico se apoderó de mí. Nadie debía enterarse. Lo que contaba el diario era mi antigua vida. Que la verdad saliera a la luz lo cambiaría todo. Todo el mundo me miraría como me miraban cuando aún era Matilda. Volvería a sufrir la misma humillación. Nadie iba a verme así otra vez. Y mucho menos Jack.

—Me has sido infiel. Te has acostado con Jack Adelheim. Tengo todo el derecho a contárselo. ¿Sabe que estás conmigo? ¿Que tienes novio?

Yo sabía que no valdría la pena explicarle nada. No cambiaría nada el hecho de que no nos hubiéramos acostado, que solo hubiera sido un beso fugaz.

Viktor parecía un animal herido, con los ojos oscurecidos por el odio y la desesperación. Comprendí que sería capaz de hacer cualquier cosa para recuperarme. O para vengarse. Para que yo sintiera el mismo dolor que ahora lo destrozaba a él. Contaría la verdad acerca de quién era yo en realidad, no solo a Jack, sino a todo el mundo. Y entonces, mi nueva vida como Faye habría terminado. Todo se acabaría.

Una frialdad atroz que reconocí de otras ocasiones vino a sustituir al pánico. Una calma extraña me inundó y comprendí que no había alternativa. Viktor no iba a ser un obstáculo.

Cuando lo miré a los ojos, sentí odio. Había pagado un alto precio para llegar a donde me encontraba, y allí estaba él ahora, como si fuera juez. No sabía nada del dolor que había tenido que soportar, las acciones que me había visto obligada a llevar a cabo, las visiones con las que me vería obligada a vivir el resto de mis días.

Pero me guardé todo aquello para mis adentros. Los hombres eran seres muy simples. Los hombres eran fáciles de manipular, y Viktor no constituiría ninguna excepción. Ya lo había hecho antes y podía volver a hacerlo.

Me senté a su lado, con su mano entre las mías. Le hablé con calidez, le pasé el pulgar por la espalda. Y noté cómo se relajaba. A su pesar.

—Puedes hacer lo que quieras. Te comprendo. Comprendo que estés triste y te sientas herido. Pero no te he sido infiel con Jack, y no quiero que nos separemos enfadados. Haremos lo que querías. Pasaremos una última tarde juntos. Incluso una noche. Una mañana. Luego puedes hacer lo que quieras.

Vengarte hiriéndome tú también. Contárselo todo a Jack. Estás en tu derecho. Pero quiero que pasemos una última noche juntos.

Noté que se ablandaba. Que quería creerme. Que no podía rechazar una última ocasión de proximidad. Lo conocía bien. Conocía a los hombres.

Comimos pizza y nos bebimos dos botellas de vino. Yo solo tomé un sorbito de mi copa, y Viktor se bebió la mayor parte. Lo hicimos en el sofá. Me poseyó con dureza y brutalidad. Yo le permití que lo hiciera. Cerré los ojos y pensé en Jack. Recreaba mentalmente su cara, me obligué a salir de mi cuerpo mientras Viktor me embestía sollozando. Luego, me dio la espalda. Yo me levanté y fui a lavarme, hice un gesto al notar el escozor cuando traté de secarme despacio. Cuando volví, él se había dormido. Nada lo despertaría ahora.

Salí al balconcillo y encendí un cigarro. Las luces de la ciudad centelleaban en la noche estival, y oí voces y música. Cuando me terminé el cigarro, encendí otro. Me dirigí adonde estaba Viktor, que se había puesto boca arriba y roncaba con la boca abierta. Lo zarandeeé un poco. No reaccionó. Estaba totalmente fuera de combate por el vino y la tormenta de sentimientos. Puse el cigarro en la cama y me quedé allí para asegurarme de que el fuego prendía en las sábanas baratas y fácilmente inflamables. Al principio solo echaban humo, luego empezó a formarse una llama.

La frialdad que sentía empezó a ceder. El pánico se me metió en el cuerpo, me zumbaba en las sienes. Aparté la vista de las llamas y me dirigí corriendo a la puerta. Cuando la cerré al salir, ardían tanto la cama como las cortinas.

Sentí ganas de vomitar cuando salí a la calle. La gente sonriente con la que me cruzaba se me acercaba demasiado, hablaba demasiado alto. Pero yo llevaba el bolso bien agarrado. El diario volvía a estar a buen recaudo. Y yo seguía siendo libre.

El test de embarazo dio positivo. En las entrañas de Faye había un embrión, un ser humano. Una mitad, ella. Otra mitad, Jack. Él siempre quiso tener un hijo, un heredero. Tal vez ahora pudiera dárselo.

Faye se pasó la mano por el vientre allí sentada a la mesa de la cocina, incapaz de comer nada. Cayó en la cuenta de que llevaba varias horas sin probar bocado. La salsa de carne picada estaba íntegra en la encimera, puesto que Jack no había llegado todavía. Ahora nada le impedía comer. La criatura

necesitaba alimento para desarrollarse. Se levantó y se dirigió a la cazuela. Metió un dedo en la salsa y comprobó que aún estaba tibia. Se sirvió algo de pasta en el plato. La cubrió de salsa de carne y se lo comió todo de pie, junto a la isla de la cocina. Tenía un sabor divino. Masticaba con los ojos cerrados, mientras la sensación de placer se le extendía por todo el cuerpo y la relajaba. Era tan maravilloso poder comer por fin que se le llenaron los ojos de lágrimas.

Ya se preocuparía de los kilos cuando hubiera nacido el niño, ahora su principal tarea era tomar el alimento suficiente para dos.

Exactamente igual que la vez anterior, empezaría a entrenar inmediatamente después del parto, pero también seguiría una dieta estricta en cuanto hubiera dejado de amamantar a la criatura. No pensaba entrar en la burbuja del mundo infantil, sino que daría prioridad a Jack y a su matrimonio. Aquel hijo supondría un nuevo comienzo, para su relación y para ella como mujer y como esposa.

Se sirvió otra ración de pasta y llevó el plato a la mesa.

Una hora después se abrió la puerta del piso, y Faye sintió cómo la expectación le hacía cosquillas en el estómago. Llamó a Jack, y él asomó la cabeza por la puerta de la cocina. Faye se puso de pie y se dirigió hacia él. Aquella arruga que traía en la frente no tardaría en desaparecer.

—Tengo una noticia maravillosa que contarte, cariño —dijo—. Ven, siéntate.

Jack suspiró.

—Estoy cansado, ¿no puede esperar hasta que...?

—No, no, ven.

Faye no veía el momento.

Jack enarcó las cejas, pero se sentó a la mesa de la cocina. Ella sabía que la noticia lo haría muy feliz y no hizo caso de su expresión de estrés.

—¿Qué es...? —dijo Jack.

Faye le sonrió.

—Estoy embarazada, cariño. Vamos a tener otro hijo.

La expresión de Jack no cambió.

—A lo mejor es un niño —dijo Faye—, Y tú querías tener un hijo.

Se pasó la mano por la barriga y sonrió otra vez. A él siempre le había encantado su sonrisa, decía que era contagiosa. Pero ahora se limitó a pasarse la mano por la cara con gesto de cansancio.

—¿Qué pasa? —dijo Faye.

Allí estaba otra vez aquel nudo en la garganta.

—Ahora no es el momento, Faye. No quiero tener más hijos.

—¿Qué quieres decir?

¿Qué le pasaba? ¿Por qué no se alegraba?

—Pues que creo que con Julienne tenemos bastante.

—Pero...

La voz apenas le salía del cuerpo. No reconocía la mirada de Jack.

—No puede ser. Lo siento, pero tendrás..., bueno, ya sabes.

Faye meneó la cabeza.

—¿Quieres..., quieres que aborte?

Jack asintió.

—En fin, es una lástima, claro, pero es que no puede ser, simplemente.

Ella quería abalanzarse sobre él, zarandearlo, pero sabía que aquello era culpa suya. Lo había abrumado, tenía que dejar que lo asimilara.

Jack se levantó.

—¿De acuerdo?

Faye se tragó el nudo. Él estaba luchando tanto por ella y por Julienne... ¿De verdad que podía exigirle más?

—Sí, lo comprendo —dijo.

La expresión de Jack se suavizó. Se inclinó hacia delante y le dio un beso en la frente.

—Me voy a la cama —le dijo.

De camino al dormitorio se volvió.

—Mañana llamo a mi médico, así lo dejaremos zanjado lo antes posible.

La puerta del dormitorio se cerró, y Faye se incorporó de un salto. Fue corriendo al cuarto de baño y levantó la tapa del váter. Vomitó los espaguetis y la salsa, y el sabor del tomate se mezcló con el ácido de la bilis. Después de tirar de la cadena, apoyó la cabeza en la fría porcelana y dejó que las lágrimas corrieran libremente.

Estocolmo/Barcelona, septiembre de 2001

Me había pasado más de veinticuatro horas durmiendo como un tronco cuando me despertó el timbre chirriante del teléfono. Era Axel. Cuando oí cómo me contaba lo ocurrido con voz quebrada, que Viktor había muerto después de haberse dormido en la cama con un cigarro encendido, acudí el llanto. Sollozaba de tal modo que me temblaba todo el cuerpo.

Me había visto obligada a hacer lo que hice, no tenía elección, pero el precio había sido muy elevado. El precio siempre era muy elevado.

Después de la llamada, me quedé en la cama con las rodillas abrazadas contra el pecho. Me concentré en respirar. Inhalar, exhalar.

Aún me resonaban en los oídos las palabras de Viktor. «Yo sé quién eres. La cuestión es si él también lo sabe...». Viktor no habría guardado silencio. Si él hubiera seguido con vida, Faye habría tenido que morir.

Unos días después empezaron a caer grandes gotas de lluvia al otro lado de la ventana. Resultaba liberador. El agua se llevó el calor asfixiante que se había extendido sobre Estocolmo como un filtro.

Chris estaba de viaje. Sus padres le habían dicho que se fuera con ellos al piso que tenían en Mallorca y yo me encontraba de nuevo sola en la ciudad. Cuando le envié un mensaje al móvil contándole lo de Viktor, se ofreció a volver, pero le aseguré que me encontraba bien.

Me sumergí en la microeconomía, la macroeconomía, la estadística y el análisis financiero. Lo único que me importaba era la facultad. Triunfar, ser la mejor. Todo dependía de mí, nadie podía hacer el trabajo en mi lugar. Pensaba forjarme una vida totalmente distinta. Dirigiría empresas, viajaría en primera, ganaría más de lo que necesitara, tendría un marido guapo (Jack), niños buenos y educados, sería propietaria de casas y apartamentos distribuidos por lugares interesantes sobre los que había leído y que había visto en películas. Lo quería todo. Lo tendría todo.

El teléfono, que estaba cargando en la cama, empezó a sonar. Sería Chris, que quería ponerme al corriente de sus aventuras en España. Me tumbé en la cama y miré la pantalla antes de darle a responder. Era un número que no tenía guardado.

—¿Sí, diga?

—¡Hola!

—¿Quién eres? —dije, aunque había reconocido la voz enseguida.

—Soy Jack. Jack Adelheim.

Cerré los ojos. No quería sonar demasiado ansiosa.

—Ah, sí, hola... —dije con calma.

—¿Llamo en mal momento?

Parecía muy animado. Contento. Se oía música de fondo.

—Qué va. ¿Qué se te ofrece?

Yo me esforzaba por sonar indiferente y me puse boca arriba.

—Nada, solo quería saber si te apetecía ir a algún sitio. O sea, esta tarde. Necesito separarme un rato de Henrik.

—Claro. ¿En qué bar quieres quedar?

—¿Qué bar? No, yo me refería a irnos de viaje.

Me eché a reír. Estaba loco.

—¿De viaje?

—Sí, unos días. Volvemos el domingo. Haz una maleta con algo de ropa, nos vemos en la estación Central y nos vamos a Barcelona.

Vale. Me di cuenta de que estaba conteniendo la respiración.

—O sea, ¿quieres venir conmigo?

—Sí.

—Pues nos vemos dentro de media hora.

Colgué sin haber comprendido del todo qué era lo que acababa de aceptar. Luego me levanté de la cama de un salto y empecé a hacer la maleta.

Cuando aterrizamos estábamos borrachos. Habíamos empezado a beber en el aeropuerto de Arlanda, y seguimos tomando copas todo el camino mientras sobrevolábamos Europa. Después de un rato en la cola del taxi, conseguimos un coche. Yo iba riendo y dando tumbos, muy consciente de la sangre que me corría por cada vena, por cada capilar, por todo el cuerpo.

—Hotel Catalonia, por favor —dijo Jack cuando nos acomodamos en el asiento trasero—. Está en el Born, ¿lo conoce?

El coche salió con un rugido y en ese instante noté la mano de Jack en el

muslo, quemándome la piel.

—No sabía que hablaras español.

—Hay muchas cosas de mí que no sabes —dijo Jack con un guiño.

Subió la mano un poco por el muslo y toda la sangre se me agolpó en la entrepierna.

—¿Qué clase de hotel es ese al que vamos?

—No te va a decepcionar.

Yo sonreí y miré hacia fuera. ¿Cómo iba a decepcionarme Jack nunca en la vida?

Era una oscura noche de septiembre, calurosa y húmeda. Gente con ropa ligera paseaba por las calles en busca de algo de fresco, una cena y compañía. Bajé la ventanilla y disfruté del viento que me daba en la cara. Necesitaba refrescarme.

Lo más lejos que había estado de Suecia era Dinamarca, donde fui una vez de vacaciones con mi familia. Unas vacaciones que tuvieron un final abrupto. Pero ahora no quería pensar en eso. Dejé que el viento que me daba en la cara se llevara todos los recuerdos, y me convencí de que podía sustituirlos por otros nuevos. Todas las células del cuerpo se renovaban, se cambiaban por otras. Así que los recuerdos también deberían poder reemplazarse.

—Me encanta esta ciudad. Te darás cuenta de que aquí es más fácil respirar —dijo Jack, y cerró los ojos.

La sombra de las pestañas se dibujó larguísima, como abanicos en las mejillas.

—¿Has estado aquí antes?

El abrió los ojos y me miró con el brillo de las farolas y los letreros de neón reflejado en el azul de sus ojos.

—Dos veces.

Yo quería preguntarle si había sido en viajes similares. Si había ido en algún taxi con un montón de promesas no expresas y con la mano en el muslo de otra mujer. ¿Quién sabe si no sería aquel el truco habitual de Jack Adelheim? ¿Y si estaba siguiendo el manual de seducción al que recurría siempre? Pero eso daba igual. Pasar tres días en aquella ciudad con Jack era algo tan emocionante que no pensaba perder el tiempo con celos absurdos y cavilaciones superfluas. Ahora era yo la que estaba allí. Con la mano de Jack en el muslo.

Giramos hacia una avenida, nos detuvimos en un semáforo en rojo y

entramos en un barrio precioso. Las calles se volvían más estrechas. La goma de las ruedas rozaba los adoquines. Dejamos paso a un coche que venía en sentido contrario. Notaba el sudor pegajoso en las axilas, pero cerré los ojos y me dejé embriagar por los sonidos. Las risas, el tintineo de los cubiertos, la intensidad de las conversaciones y la música. Por todas partes había bares, restaurantes y cafeterías. El aroma dulzón del hachís.

Quería acariciarle la mano a Jack, apretarla entre las mías, mirarlo a los ojos y decirle lo maravilloso que era, lo contenta que estaba de encontrarme allí. Pero había decidido no tomar ninguna iniciativa. No estresarme ni provocar ninguna situación.

—Es aquí —dijo Jack.

Una fachada blanca con puertas de cristal. Sobre ellas, un letrero con el nombre del hotel en grandes letras. Hotel Catalonia Born. Un joven botones se apresuró a rodear el coche y me abrió la puerta.

—Gracias —dije yo sonriendo. Empecé a echar de menos el calor de la mano de Jack cuando me levanté para salir del coche.

—Ya vas aprendiendo —dijo Jack mientras pagaba al taxista.

El botones se hizo cargo de nuestras maletas, entramos y Jack empezó a chapurrear en español con la recepcionista. Iba alternando con el inglés cuando la comunicación fallaba demasiado. Rellenamos unos documentos y dejamos los pasaportes. Oímos el rumor de una fotocopiadora y nos los devolvieron.

—Pues ya está —dijo Jack.

La recepcionista llamó al botones, que nos estaba esperando, y entramos con él en el ascensor, hasta la quinta planta. Cuando entré en la habitación, comprobé que Jack había reservado una suite. Nunca había visto nada parecido.

—Es increíble —dije, y mi intención de parecer una mujer de mundo se esfumó en el acto—. Por Dios, es diez veces más grande que mi piso.

En el centro de la gran sala destacaban unos sofás delante de una tele plana. A su lado se veía un carrito de bebidas bien surtido. La pared exterior la componían unas ventanas panorámicas con una vista amplísima.

Aparté las gruesas cortinas que ocultaban la puerta del balcón, abrí y salí. Noté un calor suave como el terciopelo. La ciudad resplandecía a mis pies. Aromas y sonidos que me alcanzaban. De algún apartamento de la zona llegaban los acordes de una guitarra. El mar se extendía oscuro e infinito desde la orilla.

—¿Qué te parece? —preguntó Jack.

Se colocó detrás de mí, me rodeó con sus brazos y descansó la cabeza en mi hombro.

—No sé qué decir —respondí, y me di la vuelta. Lo miré a los ojos. Quería abalanzarme sobre él, besarlo, despojarnos de la ropa, hundirlo en el *jacuzzi*, montarlo, sentirlo dentro de mí.

—El dueño del hotel es un conocido —dijo Jack. Se adelantó pasando a mi lado y tocó el agua con la mano.

—¿Sueco?

—Sí. Alojarnos aquí me sale gratis.

—¿Estás de broma?

—Yo nunca bromeo sobre el dinero —dijo Jack—, ¿Por qué no salimos a comer algo?

Ya fuera del hotel, giramos a la izquierda. Se me metió el tacón en un hueco entre los adoquines y di un traspié. Jack evitó que me cayera agarrándome del brazo. Antes de salir del hotel, me había retocado un poco el maquillaje, me había cambiado la ropa interior y me había puesto una falda negra. Me sentía guapa. Y no tenía por qué dudar de que Jack me deseaba. Me miraba con ansia ininterrumpida. Una parte de mí habría querido proponerle pasar de comer y quedarnos en la habitación follando hasta perder el sentido. Pero sentía demasiada curiosidad por aquel lugar.

Había grupos de gente por todos los rincones. Risas roncadas resonaban en los callejones. Un hombre de ojos oscuros que llevaba una camiseta de fútbol se nos acercó.

—¿Hachís?

Jack negoció el precio. El hombre gesticulaba. El trato se cerró enseguida, Jack le dio unos billetes y recibió a cambio un paquetito. Desplegó el papel y sacó un pegote marrón.

—Huele.

Cerré los ojos y aspiré el aroma dulzón. Yo no lo había probado nunca. Ni el hachís ni ninguna otra cosa más allá del tabaco y el alcohol. Pero allí, en Barcelona, en compañía de Jack, me parecía perfectamente natural. Él era una droga que me hacía querer probar todas las drogas del mundo.

Dobló el papel con cuidado y se lo guardó en el bolsillo de los vaqueros. La música sonaba cada vez más alto, y llegamos a una plazuela. A lo largo de las fachadas se apiñaban sillas y mesas. La gente fumaba, brindaba y comía.

—¿Aquí? —dijo Jack, y señaló un sitio.

—Claro —dije, demasiado concentrada en asimilar el entorno para poder decidir dónde íbamos a comer.

Nos sentamos a una mesa. Un camarero con camisa blanca y pajarita se nos acercó, y Jack pidió unas tapas. Cerveza para él, mojito para mí.

Nos trajeron las bebidas. Jack se acercó, retiró un poco de hierbabuena de mi bebida y se la llevó a la boca.

—¿Cuál es tu rollo, Faye?

—Tendrás que ser algo más concreto.

—Lo tienes todo. Eres guapa, bebes como un hombre y, según la gente con la que he hablado en la facultad, eres la primera de tu curso. Henrik ha hablado de incluirte como copropietaria en nuestra empresa. Algún fallo tiene que haber. ¿No serás un hombre, en realidad? ¿Eres patizamba?

Bajó la cabeza y fingió que miraba debajo de la mesa.

Yo me eché a reír y le di con el pie. La mesa se movió un poco y él se rio conmigo.

—Además, eres divertida. ¿Te alegras de estar aquí? —preguntó.

Una variación repentina en la cara. Una estela de seriedad y un amago de algo que parecía inseguridad. Sus ojos azules me miraron fijamente, a mí, dentro de mí. Me estremecí. Aparté la mirada. No podía mostrarle lo loca que estaba por él. Todavía no. Los hombres como Jack tenían que luchar, batallar antes de conseguir a alguien. De lo contrario, desaparecían.

Yo sabía además que no podía desvelarle nada sobre Matilda. Pero eso no suponía ningún problema. El recuerdo del pasado iba palideciendo a medida que corrían los días. Solo Sebastian se me presentaba aún en sueños. Pero hasta eso sucedía cada vez con menos frecuencia.

—A la ciudad no le pongo ninguna pega, pero la compañía podría haber sido mejor —dije con una mirada retadora.

—¿No me digas?

Jack daba vueltas al vaso de cerveza y sonreía sin dejar de observarme.

—¿Qué ha sido de tu novio, por cierto? —dijo con curiosidad.

Rememoré la imagen de Viktor tumbado en la cama mientras se prendía fuego en el almohadón.

—Se acabó —dije expeditiva.

Jack no lo había visto nunca ni conocía ningún detalle sobre él. Y yo tampoco pensaba dárselos.

En los ojos de Jack se reflejaba la llama de una vela.

El camarero nos trajo un plato de jamón serrano y unas cuñas de queso. Yo cogí un trozo de jamón. Lo noté algo graso en los dedos, pero se me deshizo en la boca.

—Me gusta estar aquí. No había estado nunca en España.

—¿Y dónde has estado?

—En Dinamarca. Y en Fjällbacka.

—¿Ahí es donde naciste?

—Sí. Bueno, en Fjällbacka, no en Dinamarca.

Pensé en el viaje a Dinamarca. Legoland. Que, como era previsible, acabó en catástrofe.

—¿Cómo es aquello?

—Lo contrario de esto —dije, y señalé la plaza—. Calles vacías. Un único sitio al que ir si quieres salir. Todo el mundo lo sabe todo de todos.

—¿Y tus padres siguen viviendo allí? ¿Y tus hermanos?

Jack alargó la mano para alcanzar un trozo de jamón, pero sin apartar la vista de mí.

Pensé en el rostro de Sebastian. Destrozado, aquella noche horrenda.

Tragué saliva varias veces.

—Mis padres murieron. Soy hija única.

El camarero apareció con más platos de comida. Patatas, gambas al ajillo, aceitunas y albóndigas en salsa de tomate.

Me llevé el vaso a la boca. El ron me quemaba en la garganta. Era un mojito muy fuerte, no como el de Stureplan, que era muy caro pero flojo. Me di cuenta de que se me veía abatida. Luchaba por recuperar el control de la expresión de la cara, pero el alcohol que llevábamos bebiendo desde que salimos de Estocolmo me lo ponía difícil. Encendí un cigarro para ganar tiempo.

—Me gustaría ir allí algún día.

Jack no me preguntó por lo demás. Por eso lo quise más aún.

—No, no te gustaría.

—Que sí. Quiero ir. Quiero ver otros lugares. No me canso de ver otros sitios.

Y otras mujeres, pensé. Pero no dije nada.

—Algunos amigos míos van a Fjällbacka los veranos. Dicen que aquello es una maravilla. —Mojó un poco de pan en el aceite de las gambas.

—¿Cuál es *tu secreto*, Jack? —dije, cambiando de tema.

Bebí del mojito mientras las estrellas del cielo nocturno se acercaban un

poco más.

—Mi padre es alcohólico y ludópata —dijo rápidamente. Cortó otro trozo de pan y lo empapó de aceite con ajo—. Es un perdedor de mierda, que se ha bebido gran parte de la herencia. Y es la vergüenza de la familia. Pero el apellido no ha podido quitármelo. Y, desde luego, te abre muchas puertas. Pero no es por él. Se lo tengo que agradecer al resto de la familia y a mis antepasados.

—No tenía ni idea.

—No, claro, no lo pongo en la tarjeta de visita. No lo sabe mucha gente. Cuando me preguntan, suelo decir que vive en el extranjero. Así es más fácil. Pero en los círculos más elegantes de Estocolmo no es ningún secreto. Todo el mundo conoce a mi padre.

—¿Y tu madre?

—Se volvió a casar Su nuevo marido también es un cerdo, pero al menos es un cerdo sobrio. A mi madre no se le da muy bien elegir hombres. Puede que sea eso lo que pasa cuando los eliges por el dinero que tienen. Viven en Suiza. Yo me fui de casa cuando cumplí dieciséis. Mi tío Carl me prestó uno de sus apartamentos y me dio una cantidad de dinero al mes para los gastos y la comida, si me portaba con los estudios.

—¿Hermanos?

—No. Hijo único, igual que tú.

Jack se retiró el pelo con la mano, pero el flequillo volvió a caerle en la frente de inmediato. Un hombre iba de mesa en mesa vendiendo rosas rojas. Cuando se acercó a la nuestra, Jack negó con la cabeza y el hombre siguió su camino.

—Es fácil hablar contigo —me dijo— Te estoy contando cosas que no suelo contarle a nadie.

—Curioso. A mí me pasa lo mismo contigo. Me pregunto por qué será.

En el mismo instante en que lo dije, comprendí que era mentira. Había muchas cosas que no le había contado a Jack.

—Puede que nos parezcamos bastante. —Encendió un cigarro y le dio una calada—. Yo creo que la gente no se da cuenta de lo solos que estamos tú y yo en realidad.

Me fascinó el hecho de que se viera a sí mismo como una persona que estaba sola. Yo siempre lo había visto rodeado de gente.

—¿Y cómo somos tú y yo? —pregunté llena de curiosidad.

—Nos gustan los demás pero hasta cierto punto. Conocemos su juego.

Nos hacemos los interesantes. Fingimos ser como ellos. Fingimos estar satisfechos. Pero en realidad somos... —Guardó silencio y me miró fijamente—, Faye, tú eres una romántica. Crees que no se te nota. Te haces la desinteresada, la indiferente. Pero en realidad quieres que la vida sea más rica, más hermosa. No vas a conformarte con la vida normal del sueco medio. Quieres llegar a la cima, poseer el mundo. Tienes aspiraciones. Por eso no te quedaste en Fjällbacka, sino que te mudaste a Estocolmo. Y por eso nos sentimos atraídos el uno por el otro. Somos iguales. Tenemos ambición. Pero tú tienes una desventaja para ascender en el mundo. Eres mujer. Y este es un mundo de hombres.

Yo quería protestar, decirle que estaba equivocado. Pero en el fondo, pensaba que tenía razón. Así que tragué saliva. Asentí. Abrí la boca para responder, pero me interrumpió el camarero, que apareció con más bandejas. La mesa no tardaría en estar llena de platos. Calamares, champiñones fritos, paella, costillas de cordero con alioli. Me cambiaron el vaso vacío por una copa enorme de vino tinto, y a Jack le trajeron otra cerveza. Nos abalanzamos sobre aquellas maravillas y caí en la cuenta de que no había mirado el reloj desde que salí de mi casa.

Después de comer seguimos allí sentados una hora aproximadamente. No habíamos podido con todo ni de lejos. Bebimos vino y cerveza y hablamos. A cada segundo que pasaba yo me iba enamorando más y más. Me daba vueltas la cabeza. Por el vino, pero también por todas las impresiones nuevas. Me notaba el estómago pesado por la comida y por la sensación de satisfacción. Nunca había sido tan feliz como en ese lugar y en ese momento. Las estrellas se habían mudado y ahora habitaban mi corazón.

Di una calada al cigarro. El humo ascendió hacia el cielo nocturno.

—Mañana vamos a la playa —dijo Jack— A menos que prefieras bañarte en la piscina que hay en el tejado del hotel.

—Según veamos.

No podía elegir. Lo quería todo.

—Tienes razón, según veamos.

Pagó y volvimos al hotel. Había menos gente pululando por las estrechas callejas de adoquines. Yo iba haciendo eses a propósito a fin de tener una excusa para apoyarme en él.

Cuando llegamos a la suite, caí en la cuenta de que aún no había visto el dormitorio. Empujé la puerta y giré el interruptor de la luz. Igual que en el salón, también allí habían sustituido la pared por un ventanal panorámico. Arte

moderno en las paredes. Dos sillones de piel. Y una cama enorme. Delante de la ventana había una bañera antigua con pies dorados en forma de cabeza de león.

—Jack! Tenemos una bañera en el dormitorio —grité—, ¡Mira!

El apareció detrás de mí.

—Lo sé. Y algún día yo tendré una igual.

—Y yo —respondí.

—Bien. Entonces estamos de acuerdo.

—¿De acuerdo?

—Sí, sobre cómo será el dormitorio de nuestra casa.

Hice como que no lo había oído. No lo conocía lo bastante bien como para saberme sus juegos. No sabía qué iba en serio y qué iba en broma. Y yo no era una de esas muchachas ingenuas y privilegiadas de clase alta que habían vivido sus vidas detrás de imponentes verjas y que estaban acostumbradas a encontrarse siempre barrida la pista para montar a caballo. Yo sabía que la vida no era un cuento con final feliz. Pero en aquellos instantes la vida era un cuento. Lo que resultaba más que suficiente para alguien como yo.

Me acerqué a la bañera, abrí el grifo y puse la mano debajo.

—Vamos a probarla.

—¿Ahora?

—Sí.

Me volví de espaldas a él, me quité la camiseta y dejé caer la falda. Aún con los tacones puestos. Notaba su mirada ardiéndome en la espalda y disfruté sabiendo que lo tenía a mi merced. Muy despacio, me desabroché el sujetador y me quité las braguitas. Luego me deshice de los zapatos y me quedé totalmente desnuda. En los reflejos de la ventana pude ver que se había quedado como helado. Ahora era yo quien tenía el control.

Se sentó en la cama. Empezó a quitarse los zapatos y los pantalones. Sin apartar la vista de mí. Yo disfrutaba de tenerlo para mí sola. A mi merced.

—¿Vienes o necesitas ayuda?

—Me parece que necesito ayuda —dijo.

Me di la vuelta despacio. Noté cómo se me subía el vino a la cabeza. Di unos pasos hacia él y le quité la camiseta y los pantalones. Tenía un cuerpo increíble. Musculoso y bronceado. Los bíceps y los pectorales se le tensaban bajo la piel. Me coloqué delante de él. Me agaché y lo miré a los ojos. Él se inclinó para besarme, pero yo aparté la cabeza y le agarré los calzoncillos. Él

levantó un poco el trasero para que pudiera quitárselos. El pene apareció totalmente erecto. Me incliné y me lo metí en la boca. Un segundo. Dos. Tres. Sin apartar la vista de él. Luego me retiré.

—Nada, toca darte un baño —dije para chincharle, y me dirigí a la bañera.

Él se levantó y se me acercó. La bañera se había quedado medio llena, el agua estaba caliente, con un ligero olor a cloro. Un segundo después noté su mano en el brazo. Lo agarraba con fuerza, en el límite de lo agresivo. Me llevó por la habitación, de vuelta a la cama. Me colocó a los pies y me dio un empujón, de modo que caí hacia delante. Boca abajo. Hundí la espalda para que viera que lo deseaba tanto como él, que yo conservaba el control sobre él. Cuando entró me quedé sin aliento. Medio segundo de dolor. Pero tuvo cuidado y me esperó. Yo me puse a cuatro patas y él empezó a penetrarme. La puerta de la terraza estaba abierta, y fuera se oía música mezclada con risas y voces. Un coche que tocaba el claxon. Yo percibía los sonidos débilmente, lejanos, a través del rumor que me resonaba en los oídos. Notaba sus manos en la cintura mientras me embestía. Por Dios, cómo me gustaba que me follara.

—Más fuerte —gemí—. Más fuerte.

Me agarró la nuca. Me empujó la cara contra la almohada y lo hizo como yo quería. Sentí un estremecimiento y luego el orgasmo, que se me propagó por todo el cuerpo. Un segundo después Jack se corrió con un gemido. Se dejó caer hacia delante con todo el peso sobre mí. Nos quedamos así tumbados unos instantes. Callados, imbuidos de la intensidad de lo que acabábamos de experimentar.

Luego nos dirigimos a la bañera. Jack fue a buscar la marihuana y lio un canuto que nos fuimos pasando.

—Eres de lo más *sexy*, la verdad —me dijo.

—Tú no estás mal —dije yo—. Vales para la guerra.

Me echó agua con la mano y yo solté un grito, que enseguida se convirtió en una carcajada de alegría.

Luego nos metimos en la cama desnudos. Él me rodeó con el brazo, me atrajo hacia sí. Fue deslizando los dedos por mi cuerpo, pero evitando el pecho, las nalgas y el sexo. En cuanto empezaba a bajar, se detenía y cambiaba de dirección. Resultaba frustrante. Empecé a respirar más profundamente. Había dejado de tener el control. Y sentí vértigo al comprender que le había permitido que lo asumiera. Era algo que me asustaba y me excitaba a un tiempo.

—Buenas noches, mi futura querida esposa —susurró.

Al cabo de unos minutos, oí el rumor de sus leves ronquidos.

Yo seguía excitada. Le agarré el pene con la mano y noté cómo se le hinchaba, me metí debajo de la colcha y me lo llevé a la boca. Él se despertó y retiró la colcha. Sin decir una palabra, me senté a horcajadas encima de él, le puse las manos en el pecho y me eché hacia atrás. Él cruzó los brazos por detrás de la nuca. Me miraba con avidez, pero tampoco dijo nada.

Yo volví a correrme. Dejé que él se corriera dentro.

Luego rodé hasta mi lado de la cama.

—A partir de ahora, nos daremos las buenas noches así —dije.

La casa de Henrik y Alice Bergendahl estaba en Gåshaga, en la isla de Lidingö, tenía muelle propio y playa de arena, y casi habría encajado mejor en Los Ángeles. En la casa, de seiscientos setenta metros cuadrados, había de todo, desde cine, gimnasio y piscina interior hasta bodega, cuarto de billar, mesa de ping-pong y nada menos que cinco cuartos de baño. El techo del enorme «salón» —en el interior del cual se habrían podido aparcar varios camiones— estaba a diez metros de altura.

Mientras Jack, Faye, Henrik y Alice cenaban con velas y vistas a la bahía de Höggam, sus hijos jugaban con la niñera en otra parte de la casa. El cuarto de los niños se encontraba tan lejos como era posible de las habitaciones que más frecuentaban Alice y Henrik.

Fuera soplaba un viento frío. Las olas rodaban hacia la orilla, luchaban por alcanzarlos, antes de rendirse y rodar de nuevo hacia el mar.

Alice había encargado la comida, y el bufé libanes estaba servido en la descomunal mesa de comedor. Faye miraba a Alice de reojo. Llevaba un vestido rojo muy ceñido, abierto por los costados, de modo que todos podían ver cómo sobresalían las costillas, que parecían un aparcamiento de bicis. No prestó atención al bufé y se dedicó a mordisquear una hoja de lechuga. Seguramente, pronto se limitaría a chupar las dichas hojas y poco más.

Faye, en cambio, sí comió del plato de *meze*. También bebió el fuerte amarone tinto. De todos modos, la criatura que llevaba dentro iba a acabar su corta vida en un recipiente de metal. Esa noche debería tomarse la pastilla que había ido a comprar a la farmacia. La primera de dos.

—¿Te ha gustado el menú? —preguntó Alice sonriendo.

Había estado observando cada bocado que tomaba Faye. Seguro que fue

contando mentalmente las calorías. Y las habría puesto satisfecha en su columna del menos.

—Mucho —dijo Faye—, Una idea estupenda lo del libanés.

Jack soltó una risa.

—Libanés o no, tú te comes todo lo que te ponen por delante —dijo—. Comes como una lima.

Faye se quedó mirando el plato. ¿Era esa la imagen que tenían de ella? ¿La de una persona que se zampaba todo lo que pillaba?

Henrik se inclinó hacia ella.

—Dime, ¿cómo estás? —dijo—. Ya nunca vienes a vernos.

—No, es que creo que es mejor dejaros trabajar en paz. Tenéis mucho que hacer.

—Sí, desde luego. Pero para ti siempre tenemos tiempo.

—Gracias, Henrik. Pero lo mejor es que os deje a vuestro aire.

¿Por qué se hablaban como extraños? ¿O como conocidos educados que llenaban el vacío con mero parloteo? Antes Henrik, Jack y ella siempre lo pasaban bien juntos. Hablaban de cosas serias. La trataban como a un igual, a veces incluso como si fuera el jefe, cuando les enmendaba la plana en las conversaciones sobre estructuras de negocio e instrumentos financieros. Si incluso al final fue ella quien les presentó la idea sobre la que Jack y Henrik construyeron Compare. Ahora se sentía como un niño al que permitían sentarse a la mesa de los mayores.

—¿Has terminado, Henrik? El taxi llegará en cualquier momento.

Jack se levantó y se limpió con la servilleta. Él y Henrik habían quedado en el centro con un grupo de viejos amigos. Por el camino, las dejarían en casa a ella y a Julienne. Faye oyó a la pequeña bajar corriendo la escalera.

—Yo no quiero irme a casa todavía —dijo, y miró a Jack con cara de súplica—. Quiero quedarme aquí.

—Claro, pues quédate aquí con mamá. No te importa, ¿verdad, Alice?

Faye se mordió la lengua. Estaba deseando llegar a casa y acurrucarse en el sofá con el chándal, una copa y una botella de vino. Abstraerse bebiendo de todos los pensamientos relacionados con el día siguiente.

—Por supuesto que no, y los niños, encantados —dijo Alice.

Como siempre, Alice lo miró aelada. Más que cuando miraba a su marido.

—Estupendo —dijo Jack, y Julienne salió corriendo escaleras arriba.

Faye y Alice acompañaron a sus maridos a la puerta.

—Pues nada, chicos, pasadlo bien. —Alice le dio a Henrik un beso en los labios.

—La canguro llega mañana a las nueve —dijo Faye.

Ah, sí. Muy bien, pues mañana nos vemos —dijo Jack antes de irse.

—Colocaron los platos en el lavavajillas y guardaron en el frigorífico la comida que había sobrado.

—Lo demás puede quedarse ahí —dijo Alice—. Ya lo recogerá mañana la chica.

Sacó otra botella de vino y se sentó en el sofá, ante la ventana panorámica.

—¿Qué vas a hacer mañana? —preguntó Alice.

—Nada, tengo cita con el médico.

—Nada grave, espero.

—No, no, nada grave.

—Pues qué mono, Jack, que piensa acompañarte.

Faye asintió sin llegar a pronunciar palabra.

Alice, con esos ojos enormes de cervatillo y ese cutis perfecto. ¿Era feliz con aquella vida? ¿Habría algo por lo que se muriera de ganas? Faye no tenía fuerzas para más teatro. Las dos estaban presas en una jaula de oro. Como dos pavos reales. Aunque últimamente ella se sentía más bien como una de las palomas maltrechas de la plaza de Hötorget. Ratas voladoras, como Chris solía llamarlas muerta de asco.

Faye no quería hablar con un pájaro enjaulado. Quería hablar con una persona de verdad. Se pimplaron otras dos copas.

Alice le contó una historia extraordinariamente aburrida sobre lo que su hijo Carl había estado haciendo en el colegio de preescolar al que iba. ¿Habría en la vida de Alice algo más aparte de Henrik y los niños? Y del nivel con el que vivían, claro. ¿Habría una persona de verdad detrás de aquello? ¿Sentimientos de verdad? ¿Sueños de verdad? ¿O sería todo fallo suyo, por no poder conformarse con todo eso? La mayoría de la gente soñaba con vivir como ella. Poder comprarlo todo, no tener que trabajar, tener suerte, tener unos hijos guapos, recibir invitaciones a la inauguración de una nueva *boutique* de Louis Vuitton y poder invertir en un bolso que costaba más dinero del que un sueco medio ganaba al mes.

—¿Qué harías si no tuvieras a Henrik? —preguntó.

—¿Qué quieres decir?

—¿En qué trabajarías?

Alice reflexionó un buen rato sobre la pregunta. Como si aquello fuera algo en lo que nunca hubiera reparado. Al final se encogió de hombros.

—En decoración, creo. Me gusta conseguir que una casa sea bonita.

—¿Y por qué no lo haces?

Alice ni siquiera había decorado su propia casa, se lo habían encargado a un decorador carísimo y súper de moda, con una larga lista de chalés de Lidingö en el currículo.

Alice volvió a encogerse de hombros.

—¿Y quién iba a ocuparse entonces de los niños?

Faye abrió los ojos de par en par y miró a su alrededor en el salón.

—La misma persona que los está cuidando ahora. ¡La niñera! De verdad, dime, ¿no sueñas nunca con hacer otra cosa? Con hacer lo que *tú* quieras hacer de verdad, con independencia de los niños y de Henrik. Ser una persona independiente.

Estaba demasiado borracha, lo sabía, pero no pudo contenerse. Quería entreabrir la portezuela de la jaula de oro de Alice, aunque no fuera más que por un segundo. Aunque pareciera que ella llevaba la misma vida que su amiga, la diferencia era enorme. Ella tenía una profesión a la que volver, había hecho una elección consciente junto con Jack, puesto que los dos creyeron que sería bueno para la familia. A diferencia de Alice, ella no dependía de su marido.

Faye tomó otro trago. La criatura se llevaría una buena borrachera como regalo de despedida.

Se le hizo un nudo en la garganta y le dio un golpe de tos.

—Yo soy una persona independiente —dijo Alice—. No quiero cambiar nada.

Se humedeció los labios. Desde luego, era increíble. Las plumas de pavo real resplandecían.

—Eres guapísima —dijo Faye.

—Gracias.

Alice se volvió hacia ella sonriendo, pero Faye no pudo por menos de insistir, no pudo contenerse.

—¿No te molesta pensar que Henrik ni te miraría si no lo fueras? ¿Que por eso estamos aquí, en esta casa? ¿Porque nos pueden enseñar, como si fuéramos muñecas? O bueno, en mi caso, se me podía enseñar antes.

Se sirvió otra copa de vino, ni siquiera se había dado cuenta de que se había bebido la anterior.

—Venga ya. Sabes perfectamente que no es así.

—Pues claro que sí, así es, ni más ni menos.

Alice no respondió, pero acercó la copa para que Faye se la llenara a ella también. Las calorías del vino no parecían contar en su mundo.

Se hizo el silencio. Faye suspiró. Del interior de la casa llegaban las voces de los niños.

—¿Sabías que siempre te he tenido envidia? —murmuró Alice.

Faye se volvió hacia ella sorprendida. En la mirada de Alice había algo nuevo, una tristeza. ¿Sería la verdadera Alice, que estaba asomando a la superficie?

—No —dijo—. No tenía ni idea.

—Henrik siempre habla tan bien de ti, dice que eres la mujer más lista que ha conocido en la vida. Tú entiendes de qué hablan, entiendes la empresa. Comes lo que quieres, bebes cerveza, les haces reír. Yo creo que es eso sobre todo, que puedas hacer reír a Henrik, lo que me da tanta envidia. Él... Bueno, te respeta.

Faye cambió de postura. Pensaba en cuántas cosas de las que decía Alice habían dejado de ser verdad. Su amiga había descrito un tiempo pasado. Ya no quedaba nada por lo que envidiarla. Nada que respetar. A veces se preguntaba si había existido en realidad, o si había construido una imagen de cómo pasaron las cosas.

En ocasiones le venían a la memoria fragmentos de recuerdos desagradables. De todas las veces que no había podido localizar a Jack cuando lo necesitó. Algunas imágenes, como el parto, cuando nació Julienne, le resultaban tan dolorosas que ni siquiera tenía fuerzas para recordarlas. Así que las inhibía. Y perdonaba. Una y otra vez.

Faye cambió de postura. Dejó la copa en la mesita. Julienne apareció corriendo y preguntó si podían bañarse en la piscina.

—¿Carl y Saga también van a bañarse? —preguntó Faye mirando a Alice.

—¡Sí! —Julienne asintió enérgica y ansiosa.

Cuando Julienne se hubo marchado, Alice dejó escapar un suspiro.

—En fin, yo sé que Henrik nunca se habría casado conmigo de no ser por mi físico y por mi familia. No soy una ingenua. Pero él me hace feliz, y es bueno conmigo. Conozco a mujeres que lo tienen peor que yo en este mismo barrio. —Alzó la copa y continuó arrastrando un poco las palabras—. En esta sociedad de mierda, una mujer no puede decir que quiere que la cuiden. Yo sí quiero. Yo quiero que Henrik sea el hombre de la casa. Y me da igual que eche

un polvo por ahí de vez en cuando.

Movió el brazo y estuvo a punto de salpicar de vino el sofá blanco.

Faye no podía apartar la vista de ella.

Todo lo que Jack le había contado de las aventuras de Henrik, ¿cómo le pudo parecer divertido en su momento? Nunca se imaginó que Alice fuera consciente de esos deslices. Se limitó a pensar: «Pobre Alice, tan guapa y tan cornuda».

—Alice, yo... —La conciencia le bombeaba en las sienes.

—Déjalo. Sé que es así. Y seguro que hace mucho que tú también lo sabes. —Alice se encogió de hombros—. Los hombres son así. Pero al final viene a casa conmigo. Conmigo duerme y conmigo desayuna. Y juega con nuestros hijos. Sé que me quiere. A su manera. Yo soy la madre de sus hijos. Sinceramente, para mí ya no es problema. Ya... me he acostumbrado.

Miró por la ventana hacia las aguas oscuras.

—Yo no lo soportaría —dijo Faye.

Esa calidez en el vientre. Jack no era como Henrik. Y ella no era como Alice.

Su amiga la miró.

—Pero Faye, él...

—¡Ni lo menciones! —dijo Faye tan alto que Alice dio un respingo hacia atrás—. Sé que muchos de los hombres de nuestro círculo son infieles. Y las mujeres también, por lo demás. Si tú entras por ese aro, mejor para ti. Pero ¡Jack y yo somos almas gemelas! ¡Hemos construido montones de cosas juntos! Si se te ocurre insinuar lo contrario, arruinaré todo lo que tienes, ¿lo entiendes?

El miedo que vio reflejado en la mirada de Alice obligó a Faye a tomar el control de aquella ira. No podía desvelarle quién era en realidad. Quién había sido.

Se levantó, se tambaleó un poco.

—Gracias por todo. Nos vamos a casa.

Cuando la puerta se cerró al salir con Julienne, se volvió. Miró por el cristal. Alice seguía en el sofá, con la vista clavada en el agua.

Estocolmo, septiembre de 2001

En el taxi, desde el aeropuerto de Arlanda, me fui preparando para que Jack desapareciera y la vida volviera a la normalidad. Para mí la felicidad solo venía en pequeñas dosis. Estaba satisfecha con lo que me había llevado, me decía tratando de convencerme mientras el taxi se precipitaba, o eso me parecía a mí, hacia Estocolmo.

Pero Jack sostenía mi mano en la suya mientras los suburbios del norte de la capital pasaban volando al otro lado de la ventanilla.

—¿Qué vas a hacer hoy?

—No lo sé —dije.

Dejamos atrás el bar Järva, y el viaje empezó a ralentizarse por las colas de las vías de acceso a la ciudad. A mí no me importaba. Al contrario.

—Yo tampoco. ¿Salimos a tomar una cerveza?

Y eso hicimos. Y esa noche dormimos en el piso que Jack tenía en la calle Pontonjärsgatan, en el barrio de Kungsholmen.

Al día siguiente nos quedamos en la cama hasta la hora de comer. Hablando, viendo películas y haciendo el amor. Pero por la tarde me invadió el cargo de conciencia y me senté a estudiar en el balcón. El fin de semana en Barcelona había sido maravilloso, pero ahora tenía mucho que recuperar.

De pronto oí un grito procedente del interior, del sofá en el que Jack estaba sentado viendo las noticias.

—¿Qué pasa? —le pregunté, pero él no respondió.

Cerré el libro, entré y me acerqué.

Jack estaba totalmente inmóvil delante del televisor. Y se había quedado pálido.

Las imágenes de la emisión de noticias de la CNN eran peores que todo lo que había visto con anterioridad. Los aviones. Los rascacielos que explotaban. Cuerpos humanos que caían cientos de metros. Gente que saltaba

al vacío o que deambulaba sin rumbo, cubierta de sangre y de polvo, por las calles de Manhattan.

—¿Qué ha pasado? —Yo miraba la pantalla sin dar crédito a lo que veía. Jack me miró con los ojos llenos de lágrimas.

—Un avión se ha estrellado contra el World Trade Center. Al principio todos creían que era un accidente, pero de pronto un segundo avión se estrelló contra la otra torre. Hay varios aviones secuestrados. Parece que se trata de un ataque terrorista.

—¿Un ataque terrorista?

—Sí.

En el estudio reinaba la confusión. Nos quedamos como hipnotizados sentados delante del televisor. Mudos por la impresión, el pánico. Lo desconocido. Lo impredecible.

Jack se levantó y cerró la puerta con llave. Fue a buscar una botella de whisky y dos vasos. Cuando las torres se derrumbaron, la una detrás de la otra, los dos nos echamos a llorar. La desolación, tanta muerte, contrastaba radicalmente con nuestra felicidad.

De repente, sentí que necesitaba estar cerca de él, recibir su fortaleza, saber que me defendería. Mis cicatrices estaban seguras en sus manos. El ignoraba que estuvieran allí, pero eso no tenía ninguna importancia. Su presencia era un alivio de todos modos. Era como si sus cicatrices encajaran en las mías.

De pronto comprendí el *baby boom* de los años cuarenta. Cómo en tiempos de crisis los hombres y las mujeres necesitan consuelo, buscan lo animal, lo fundamental, lo sencillo. La seguridad de la procreación, la base misma de la supervivencia de la especie.

Alargué el brazo en busca del mando a distancia y quité el volumen.

Jack me miró extrañado.

—¿Qué...?

Algo me vio en la mirada que lo movió a guardar silencio. Lo levanté del sofá. Le fui quitando una prenda tras otra hasta que se quedó desnudo delante de mí. Luego él hizo lo mismo, y nos acostamos en el sofá. Cuando me penetró, sentí una seguridad inmensa. Lo único que tenía importancia en aquellos momentos era poder estar allí tumbada debajo de él, con su sexo dentro de mí. Como si fuera la vida misma dentro de mí. Veía las imágenes en el televisor, me centelleaban en la retina. Una y otra vez mostraban imágenes de personas que caían de las torres en llamas. El humo y el fuego, mientras aquellos

edificios enormes, en apariencia indestructibles, se desplomaban.

Yo estaba llorando.

Pero necesitaba más. No era suficiente. A veces temía eso, precisamente. Que nada llegara a ser nunca suficiente.

—Más fuerte —le dije.

Jack se detuvo. Se acalló su pesada respiración. A través de la pared oímos que el vecino estaba escuchando las mismas noticias.

—Fóllame con tanta fuerza como puedas —le susurré—. Hazme daño.

Noté que él dudaba.

—¿Por qué?

—No preguntes —respondí—. Simplemente, es lo que necesito en estos momentos.

Jack me miró a los ojos extrañado, pero luego hizo lo que le pedía. Me agarró más firme las caderas y me embistió con más fuerza. Empezó a respirar más profundamente y me tiró del pelo. Sin consideración. Sin tratar de ser cuidadoso.

Me dolía, pero yo quería que me doliera. El dolor me resultaba familiar. Era como un bálsamo para mis cicatrices. Me hacía sentir segura. El mundo ardía y el dolor era mi ancla.

El once de septiembre.

Aquella fecha ya tenía un sitio en mi vida. El mismo día, cuatro años atrás, detuvieron a mi padre por el asesinato de mi madre. Un año después de que él encontrara a Sebastian en el interior del armario, colgado de su cinturón.

Yo tenía quince años cuando murió. Tal vez fue entonces cuando me convertí en la persona que soy. Quizá fue ese el día en el que me convertí en Faye.

Jack me embestía cada vez con más frenesí, y entonces oí que él también estaba llorando. Nos unimos en el sufrimiento y el dolor, y cuando por fin cayó encima de mí, supe que habíamos compartido un momento que ninguno de los dos olvidaría.

Nos quedamos un buen rato sentados en el sofá aquella tarde hasta la noche, dándonos la mano mientras veíamos arder el mundo.

El año siguiente sería el mejor de mi vida. El año que sentaría las bases de nuestra vida y de los lazos inquebrantables que nos unían a Jack y a mí.

Me lo contó todo acerca de su vida. De la inseguridad, las broncas, la

falta constante de dinero. Navidades sin regalos, parientes que ya se apiadaban de ellos, ya maldecían a su padre. Cómo todo se derrumbó más aún cuando su madre abandonó a la familia. Aquel hogar, donde todo iba desapareciendo, todo empeñado, la gente que venía a horas extrañas para reclamar deudas o para emborracharse con su padre. El alivio que sintió cuando pudo dejar todo aquello tras de sí.

Yo, en cambio, no le conté nada. Y Jack nunca sacaba a relucir mi antigua vida. Había aceptado que estaba sola en el mundo. Que no quedaba nadie. En cierto modo, creo que le gustaba. Así yo era solo suya. Solo nos teníamos el uno al otro, y él podía ser mi héroe.

Jack y yo nos veíamos después de clase en los barecillos de la calle Hantverkargatan o en Chinatown, a veces solos, a veces con Henrik y Chris, y hablábamos de la vida, de economía, de política y de sueños. Todos éramos iguales. Aunque Chris y yo nos sentíamos como reinas en compañía de Jack y Henrik. A veces veía que Jack me observaba celoso al ver cómo me miraban los demás hombres. Y no le gustaba que hiciera cosas por mi cuenta. Siempre quería saber dónde estaba, qué hacía. A mí sus celos me parecían adorables. Yo quería que él fuera mi dueño. Y dejé de hacer cosas sin él. Chris protestaba a veces, pero salíamos tanto los cuatro juntos que no se notaba demasiado. Dejé de ponerme minifalda y jerséis escotados. Salvo cuando estábamos los dos solos. Entonces él quería que me vistiera con la ropa más ajustada, corta y escotada del mundo.

—Tú no eres como otras mujeres —solía decir. Nunca le pregunté qué pensaba. Simplemente, disfrutaba. Quería ser diferente.

Lo hacíamos en todas partes. A veces quedábamos entre clase y clase, nos encerrábamos entre risas en los servicios y nos quitábamos la ropa a la desesperada. Follábamos en todos los rincones de Estocolmo. En la Biblioteca Municipal, en el McDonald's de la calle Sveavägen, en el Kronobergsparken, en un aula vacía, en la discoteca Sturecompagniet, en el East, en el Riche, en un vagón de metro vacío camino a Ropsten en plena noche, en fiestas en casas de gente, en la casa de los padres de Henrik y en el balcón. Dos o tres veces al día, Jack nunca se cansaba de mí. Yo habría podido pasar algunas veces, pero lo disfrutaba muchísimo y él me hacía sentir la mujer más deseable que se hubiera paseado por la faz de la tierra. Yo me excitaba solo de verlo mirarme, de saber cuánto me deseaba. No le gustaba cuando le decía que no, se irritaba y se sentía frustrado, así que, simplemente, nunca le decía que no. Así de sencillo, pensaba yo. Si él era feliz, yo era feliz.

El hospital Karolinska. Un ventilador zumbaba monótono. Los sillones de felpa hundidos de tantas horas de uso se quejaban cada vez que alguien cambiaba de postura. Una simple tos retumbaba entre las paredes casi desnudas.

Faye trasteaba con el móvil, se puso a ver fotos de su boda. Sus rostros bronceados y llenos de esperanza. Los invitados, elegantes, radiantes. El *Expressen* se molestó incluso en enviar en avión a un fotógrafo que hizo varias fotos en el balcón del hotel. Ella habría preferido una boda más modesta, en Suecia. Incluso habría podido plantearse el juzgado. Pero Jack insistió en una boda por todo lo alto en Italia. En una casa junto al lago de Como. Cuatrocientos invitados, de los cuales ella no conocía más que a un puñado. Extraños que la felicitaban y le besaban las mejillas bajo el velo.

Jack había elegido su vestido. Un sueño de merengue en seda y tul, especialmente diseñado para ella por Lars Wallin. Era muy bonito, pero no era su estilo. Si la hubieran dejado elegir, se habría decidido por algo mucho más sencillo. Pero cuando vio la mirada de Jack mientras se le acercaba camino del altar, se alegró de no haberle llevado la contraria.

Dejó el móvil. Jack llegaría en cualquier momento. Se pasaría la mano por el pelo, se sentaría, la abrazaría y le pediría perdón por haberse retrasado. Por haberla dejado allí esperando sola.

—Juntos sobrellevamos la felicidad y la adversidad —tal y como él dijo en el discurso que pronunció en la boda, tan bonito que hizo llorar a las invitadas; todas miraban a Faye con envidia.

Entre las mujeres de la sala de espera, ella era la de más edad, y la única que no tenía a un hombre a su lado. Aparte de una chiquilla que no parecía tener más de dieciséis, a lo sumo, que iba con su madre. Los chicos abrazaban a sus chicas. Les acariciaban cariñosamente el dorso de la mano. Hablaban en voz baja con mirada seria y cauta. Todos sentían que estaban exponiendo algo extraordinariamente privado a la contemplación pública. Lo único que querían era estar solos. Sin miradas. Sin preguntas. De vez en cuando aparecía una enfermera y llamaba a alguien. Todos se quedaban mirando a quienes se marchaban.

Anunciaron el nombre de Faye, que echó otra ojeada al móvil. Ningún mensaje de Jack. Ninguna llamada perdida. Tuvo que comprobar dos veces que de verdad tenía cobertura.

Se levantó y siguió a la enfermera hasta una consulta. Respondió a unas preguntas de control mientras se preguntaba si la enfermera la habría reconocido. Aunque en realidad, no importaba en absoluto, Faye suponía que estaría sujeta al secreto profesional.

—¿Vendrá alguien a buscarte luego? —dijo la enfermera.

Faye bajó la mirada hacia la mesa. Se sentía avergonzada, sin saber muy bien por qué.

—Sí, mi marido.

Los fluorescentes del techo brillaban fríamente sobre la camilla cubierta de papel.

—De acuerdo. Algunas mujeres prefieren caminar un poco por estos pasillos para acelerar el proceso y mantener el dolor a raya. Avisa si te pasa algo y estaré más pendiente de ti.

—Gracias —dijo Faye.

Seguía sin poder mirar a la enfermera a la cara. ¿Cómo podría explicar por qué se encontraba allí sola? Ni siquiera ella lo comprendía.

—Te tomaste la pastilla ayer, ¿verdad?

—Sí.

—Bien, aquí tienes la otra.

Una pastilla en un vasito de plástico y una mano cálida en el hombro. Faye refrenó el impulso de descansar la cabeza en las rodillas de la joven enfermera y echarse a llorar. Lo que hizo fue meterse la pastilla en la boca sin mirarla.

—Tómate esto también —dijo la enfermera, y le puso delante unos analgésicos.

Faye se los tragó. Estaba acostumbrada a tragar.

Se había tumbado en un mueble amarillo parecido a un sillón y estaba observando el techo. Por lo menos, se había librado de la camilla de color verde y agradecía infinito poder descansar detrás de una cortina sin que la molestaran. Le habían puesto unas bragas que parecían un pañal para retener el feto, y ya notaba cómo empezaba a sangrar. La enfermera del ultrasonido le había dicho cuántas semanas tenía el feto, pero ella no se enteró bien de cuántas semanas estaba exactamente, no quería oírlo.

«¿Dónde estás?», le escribió a Jack.

Sin respuesta.

Tenía que haberle pasado algo. ¿Habría sufrido un accidente? Llamó a la

canguro, le preguntó cómo estaba Julienne.

—Muy bien, estamos viendo una película.

—¿Y Jack? —Faye trataba de sonar impasible. La sangre le brotaba entre las piernas mientras hablaba. El pañal la absorbía—, ¿Ha llamado?

—No. Creía que estaba contigo.

El siguiente al que llamó fue a Henrik. Tampoco respondía. Una idea se le venía y otra se le iba. Se imaginaba a dos policías muy serios que llamaban a la puerta, le daban el pésame y le contaban que Jack había muerto. ¿Qué haría ella entonces? Una sensación de *deja vu*. La misma inquietud que había sentido durante el parto de Julienne.

La esperaba para primeros de junio. Jack se había mostrado muy cariñoso durante todo el embarazo, aunque no había tenido tiempo para las visitas al médico y los demás aspectos prácticos que implicaba el embarazo. Compare se encontraba en una fase de crecimiento intensivo y Faye comprendió que la empresa debía ser algo prioritario ahora que esperaban un hijo, y Jack quería sin duda construir algo para la familia.

Así, cuando se presentaron los primeros dolores, él se encontraba en el despacho. En un primer momento, Faye no comprendió que se trataba de auténtico dolor preparto, lo confundió con los dolores difusos que había sentido a lo largo del último mes. Pero luego se volvieron tan fuertes que tuvo que agarrarse a la encimera de la cocina para no desplomarse.

Doblada de dolor, llamó a Jack. Los tonos sonaban uno tras otro y al final saltó el contestador. Le mandó un mensaje diciéndole que tenía que ir, que suponía que se encontraba en una reunión. Cuando llamó al hospital de Danderyd, le dijeron que tenía que acudir enseguida, pero ella no quería ponerse en marcha sin Jack. Se había imaginado perfectamente cómo él le ayudaba a entrar en el coche y luego iba maldiciendo nervioso a todos los conductores mientras pisaba el acelerador camino de la maternidad. Hacia el primer encuentro con aquel hijo de ambos tan deseado.

Los dolores empeoraban a cada minuto, pero el teléfono seguía en silencio. Ni Jack ni Henrik respondían a sus llamadas ni a sus mensajes. Al final llamó a Chris y le preguntó si podía acompañarla y quedarse con ella hasta que llegara Jack.

Un cuarto de hora después, Chris apareció en el piso, con los tacones y envuelta en un abrigo de leopardo. Llevó medio a rastras a Faye escaleras abajo. Una vez en el taxi, camino de Danderyd, Faye cayó en la cuenta de que había olvidado la maletita que con tanto esmero había preparado y que llevaba

hecha más de dos meses. Le ordenó al conductor que diera la vuelta, pero Chris replicó que no le hiciera caso y que continuara tan rápido como fuera posible. Todo lo que había en aquella maleta se podía comprar, dijo Chris, y observó que los niños habían nacido en todas las épocas sin manual de instrucciones.

Chris se había hecho cargo de la tarea de perseguir a Jack, y lo llamaba y le mandaba mensajes sin parar. Cuando el taxi empezó a frenar delante del hospital, dejó el teléfono en el bolso.

—Sabe dónde estamos —dijo—. Y sabe qué es lo que está ocurriendo. Así que ahora vamos a concentrarnos en llegar a maternidad antes de que la criatura nazca en el taxi, ¿de acuerdo?

Faye asintió sin más. El dolor la recorría como una oleada enorme, y no podía concentrarse en nada más que en respirar.

Se agarró fuerte al brazo de Chris cuando salió del coche, se sentía como aislada. Oyó a lo lejos a Chris dando órdenes y gritándole al personal en cuanto entraron en un pasillo. Seguramente, tendría que pedir perdón después, pero, en aquellos momentos, el falsete estridente de su amiga era la única seguridad que tenía.

Cinco horas después nació Julienne. Cinco horas de dolor que hicieron que a ratos temiera la muerte y a ratos la deseara. Chris estuvo a su lado en todo momento. Le secaba el sudor de la frente, pedía analgésicos, gritaba a la matrona, le masajeaba la espalda, le ayudaba con la mascarilla de oxígeno y controlaba los dolores. Y cuando Julienne nació por fin, fue Chris quien cortó el cordón umbilical, se la entregó cuidadosamente a Faye y se la acomodó bien en el pecho. Fue la única vez que Faye vio llorar a su amiga.

Dos horas después apareció Jack en el hospital, algo avergonzado. Llevaba el ramo de rosas más grande que Faye había visto en la vida. Cien rosas rojas perfectas, para las que el personal del hospital no pudo encontrar un jarrón. Se quedó allí plantado mirándose los zapatos, el flequillo le caía sobre la cara y Faye sintió cómo se esfumaban la ira y la decepción.

Jack balbució algo sobre reuniones, el móvil, que se le había apagado, una serie de circunstancias adversas. Parecía destrozado, y Faye pensó que, después de todo, él era el que más había perdido. Se había perdido el nacimiento de la criatura más perfecta que había contemplado el mundo.

Con mucho cuidado, le entregó a Julienne. Estaba envuelta en una mantita, y dormía plácidamente después de haber comido por primera vez fuera del vientre de su madre. Jack lloraba tanto que no paraba de hipar, pero detrás de

él estaba Chris con los brazos cruzados. Faye apartó enseguida la mirada de su amiga para observar a su marido con su hija recién nacida en brazos. Y es que él la quería. Nadie es perfecto.

Faye respiró hondo y se obligó a desechar tales recuerdos. Había conseguido olvidar el parto, pero aquella situación se le parecía demasiado, aunque hoy no iba a nacer ninguna criatura. Al contrario, iban a extinguir una vida.

El vientre se le tensaba y se le distendía. Se mordió el labio para no echarse a llorar. Tenía que ser fuerte, por ella y por Julienne. Jack estaría orgulloso de ella.

Se notaba la frente caliente, la ropa se le adhería al cuerpo sudoroso. Detrás de la cortina oyó unos sollozos.

—Tranquila, cariño, tranquila.

Era alguien que ofrecía caricias y consuelo.

El vientre se le retorció entre estertores. Pasaron varios segundos. Jadeó cuando cedieron. Se dio cuenta de que había estado conteniendo la respiración. Además, quería que alguien la consolara. No soportaba más aquella soledad. Sacó el teléfono y llamó a Chris. Llorando. Le contó dónde se encontraba. No le importaba que la oyeran. Soltó un grito de dolor al notar otro espasmo, y agarraba el teléfono con tal fuerza que se le quedaron los nudillos blancos.

Notaba el sudor corriéndole por la espalda.

—Voy para allá —dijo Chris. Como siempre.

—¿Seguro? —sollozó Faye.

—Pues claro que sí, cariño.

Media hora después se oía en el pasillo el eco de los tacones de Chris. Se inclinó sobre Faye. Con aquellas manos de manicura perfecta le acarició el pelo. Le secó la frente con una toallita que sacó del bolso de YSL.

—Perdón —susurró Faye—. Perdón por todo.

—No pienses en eso ahora, cariño. Las cosas son como son. Ahora vamos a ver si conseguimos sacarte lo que tienes ahí dentro e irnos de aquí, ¿de acuerdo?

La voz ronca de Chris combinaba objetividad y compasión en una mezcla que consiguió calmar a Faye. Su amiga siempre había tenido esa capacidad. Y hasta ahora no se había dado cuenta de lo mucho que la había echado de menos.

La miró a los ojos.

—Te quiero.

—Y yo te quiero a ti —dijo Chris—. Estuve contigo cuando nació Julienne, así que por supuesto que voy a estar ahora también.

Faye hizo una mueca de dolor y le apretó la mano. Era la mano más bonita que había visto jamás.

Mientras aquella vida se le escapaba, ella apretaba la mejilla contra la mano de Chris.

Estocolmo, febrero de 2003

Vivíamos en un piso de tres habitaciones en el barrio de Bergshamra. El tío de Jack quiso recuperar su apartamento cuando uno de sus hijos volvió del extranjero. Allí llegaba la línea roja del metro: cerca de la ciudad y, aun así, un mundo totalmente distinto. Los vecinos eran una mezcla de suecos y familias de inmigrantes. Madres buenas y amables. Niños que gritaban y armaban jaleo en los parques pero que eran simpáticos y educados.

Jack y Henrik habían terminado los estudios de Económicas. Henrik con la máxima nota, Jack con calificaciones mediocres. Pero ninguno de los dos había buscado trabajo. Al contrario, se desvivían día y noche por poner en marcha Compare. La idea de negocio de la empresa era tener comerciales de venta telefónica a comisión, que estarían más ávidos y se mostrarían más interesados en vender que los de ningún predecesor. Motivación, motivación, motivación, como siempre repetía Jack. Su cita preferida era «Los lobos hambrientos cazan mejor», y el modelo de negocio que yo había diseñado para ellos encajaba con los lobos hambrientos. Sobre todo, encajaba con dos hombres ambiciosos como Jack y Henrik.

Nuestra sala de estar era la oficina. Prácticamente compartían escritorio y trabajaban codo con codo en unas sillas que yo había encontrado en el cuarto de los trastos, aunque le dije a Jack que las había heredado de mi abuela.

Admiraba su entrega y estaba segura de que triunfarían, de que iban bien encaminados. De ahí que me sorprendiera tanto aquella tarde en que llegué a casa y me encontré con Jack sentado en el sofá con la mirada perdida.

—¿Qué ha ocurrido, cariño? —dije, y me senté a su lado.

—Estamos sin blanca. Henrik se ha cepillado sus ahorros y yo me he dedicado a limosnear capital, en vano. He fracasado a la hora de encontrar inversores. No hemos dado la talla, ni más ni menos.

Se pasó las manos por el pelo.

—Bueno, puede que no sea para tanto. Los dos encontraremos trabajo. De

todos modos, Henrik está hablando de irse a Londres a trabajar en el sector financiero. Tal vez sea mejor que nos olvidemos de estos sueños infantiles y nos hagamos adultos de verdad. Mañana le diré que yo lo dejo, es lo mejor. Quizá yo también me vaya a Londres, allí es donde está el dinero de verdad. O a Nueva York. Wall Street. Puede que me vaya a Wall Street.

Con aquel largo discurso Jack debía convencerse a sí mismo, pero yo me di cuenta de que no hablaba en serio en absoluto. Lo último que quería era abandonar aquel sueño. Y a mí me entró el pánico ante la sola idea de que se fuera y me dejara sola. Otra vez.

No podía ni imaginar la idea de una vida sin Jack. Me tragué las náuseas y le dije con toda la calma de la que fui capaz, con la mano sobre la suya:

—Pero ¿cómo es posible? Yo creía que la cosa marchaba bien; ayer noche sin ir más lejos estabais llenos de entusiasmo cuando nos fuimos a dormir. Oí vuestra conversación telefónica.

—Confiábamos ciegamente en unos inversores, pero hoy nos han comunicado que, a pesar de todo, no les interesa. Así que estamos sin blanca, cariño. En estos momentos, tú eres la que nos mantiene a los dos con la beca de estudios y el trabajo en la cafetería, yo este mes ni siquiera he pagado la factura del móvil.

Las esperanzas de varias generaciones descansaban sobre sus hombros, y se le notaba la decepción en la cara. Él debía enderezar lo que su padre había arruinado y recuperar la honra de la familia.

Pero ahora estaba dispuesto a abandonar aquella cruzada.

Le cubrí las mejillas con las manos.

—No, no pienso permitir que abandones tu sueño.

—Pero ¿no lo has oído? Necesitamos dinero. Unos ingresos. Y tú estás estudiando...

Volvió la cara hacia mí. Con la mirada profunda y llorosa como la de un cachorrillo. Jack me necesitaba como nadie me había necesitado hasta entonces.

—Puedo tomarme un año de descanso.

—Pero si Económicas es lo que más querías...

Clavó aquellos ojos azules en los míos y pude ver la chispa que ya se había encendido en ellos, que solo protestaba por decoro.

—A ti te quiero más. Y sé que vas a triunfar, siempre que puedas hacer lo que quieres. Nosotros somos un equipo, tú y yo. Jack y Faye. Tú y yo vamos a apoderarnos del mundo, eso es lo que acordamos. Puedo terminar un año más

tarde, y ¿qué significa un año visto en el contexto de una vida?

Me encogí de hombros.

—¿Estás totalmente segura? —dijo Jack, y me atrajo hacia sí.

—Por supuesto que sí —respondí riendo.

La felicidad me burbujeaba por dentro como si fuera gaseosa. Yo le estaba dando un regalo, y él lo aceptaba porque me quería.

—Sé que tú habrías hecho lo mismo por mí. Y además, creo en Compare, sé que vamos a ser millonarios. ¡Y entonces tendrás que compensarme!

—¡Cuenta con ello! Todo lo mío es tuyo. ¡Nuestro!

Me besó, luego me tomó en brazos y me llevó al dormitorio.

Un año no era para tanto. Sin embargo, para Compare lo significaba todo. Para mis estudios, no mucho. A mí me costaba muy poco estudiar, mientras que Henrik había tenido que matarse para sacar aquellas notas tan altas. Sí, claro, yo detestaba limpiar mesas, servir consumiciones, que a veces me pellizcara el trasero algún tío que pensaba que la camarera iba incluida en el precio de un café y un bollo de crema. Pero Jack era el amor de mi vida. Mi alma gemela. Nos sustentábamos mutuamente. La próxima vez, sería él quien me apoyara a mí.

Comuniqué mi decisión en la facultad esa misma tarde, y llamé al café Madeleine para hablar con mi jefe. Se puso contentísimo. Yo sabía que tenía planes de ampliar el negocio, pero no podía ausentarse mucho del trabajo diario. Me ofreció directamente el puesto de jefa de personal. El salario mensual me parecía una suma de vértigo. Veintidós mil coronas. Acepté.

La única que se opuso a mi decisión fue Chris. Se pasó por el Madeleine a la hora de cerrar. Tenía la mirada sombría.

—Tú y yo tenemos que hablar —dijo.

Me llevó por la plaza de Stureplan, mojada por la lluvia, y entramos en un bar. Le pidió al camarero dos cervezas con un bufido y me sentó en un banco.

—Ya sé que esto no es lo que quieres oír, y puede que hasta te enfades conmigo. Puede que nuestra amistad muera aquí y ahora. ¡Pero alguien tiene que decírtelo! Estás cometiendo un error.

Suspiré. ¿Cómo iba a entenderlo Chris? Lo que hubo entre ella y Henrik no se parecía ni de lejos a lo que nos unía a Jack y a mí.

—Entiendo que tú solo quieres lo mejor para mí, pero es lo que hay que hacer ahora. Jack necesita concentrarse en Compare para que su sueño se haga realidad.

—Pero y *tu sueño* ¿qué? Joder, Faye, si Jack y Henrik juntos tuvieran la mitad de tu capacidad intelectual serían millonarios a estas alturas.

—Mientras tenga a Jack, soy feliz. Y sus sueños son los míos.

—¿Es que temes que te deje si no haces lo que vas a hacer?

—No.

Casi me echo a reír. Era una idea absurda. La historia de Londres y Nueva York me había preocupado un poco, naturalmente, pero nada más. Jack quería estar conmigo tanto como yo con él.

Chris llamó con gesto irritado al camarero para que nos sirviera otras dos cervezas.

—Bueno, pues entonces nada —respondió disgustada—. ¿Por qué no puede congelar el asunto de Compare durante un año y ponerse a trabajar él? ¿Por qué tienes que abandonar tú los estudios por su proyecto?

Chris encendió un cigarrillo con las manos temblorosas.

—Es siempre la misma mierda —protestó indignada.

Yo alargué el brazo en busca del paquete de Chris. A Jack no le gustaba que fumara, así que aproveché para fumarme uno. Tenía que acordarme, eso sí, de comprar chicles de menta antes de ir a casa.

—Un año, Chris. Luego volveré. Para entonces Jack y Henrik habrán puesto en marcha Compare.

Hice un anillo de humo perfecto, que enmarcó la expresión escéptica de Chris. Ella dejó el tema, pero por su mirada sabía lo que pensaba del asunto.

Seis meses más tarde, lanzaron la compañía Compare, que fue un éxito inmediato. Los jóvenes televendedores de Jack y Henrik, y su nueva forma de trabajar, cayeron sobre Suecia como un ejército invasor. Obtenían unos resultados que nadie había conseguido hasta el momento. Las empresas hacían cola para encargar a Compare la venta telefónica de sus productos. Nos llovía el dinero. Al cabo de poco más de un año éramos millonarios.

Ni a Jack ni a mí misma nos parecía que tuviera ningún sentido que yo retomara los estudios. Ya habíamos alcanzado el objetivo. Juntos. ¿Por qué iba a esforzarme con los exámenes de la universidad, cuando nos iba tan bien?

La gente estudiaba para triunfar, y nosotros ya lo habíamos hecho. El futuro era tan luminoso que necesitábamos gafas de sol.

La catástrofe se acercaba cada vez más. Desde luego, ella debería haber

visto las señales. Abrir los ojos. Dicen que nada ciega más a las personas que el amor, pero Faye sabía que nada nos ciega más que *el sueño* del amor.

La esperanza es una droga poderosa.

Decidió cambiar de táctica. En lugar de quedarse en casa como un cachorro tristón a esperar a Jack, le daría algo de espacio y tiempo para que la echara de menos.

Faltaban dos semanas para su cumpleaños. Los de la organización de eventos le habían dicho la hora a la que debía acudir, eso era todo. Aparte del protocolo de la indumentaria: «traje». A ella se le había ocurrido un tema un pelín más divertido, cuando aún creía que organizaría personalmente la fiesta de su marido. «El gran Gatsby», o «Studio 54». Pero era evidente que Jack no quería que fuera así. A veces se preguntaba si lo conocía de verdad o si serían figuraciones suyas. Últimamente parecía meter la pata con todo. Al menos, en lo relacionado con Jack.

Faye dio unos toquitos en la puerta del despacho del torreón, oyó un «sííí» un tanto irritado y entró.

Se colocó una sonrisa. No porque tuviera la menor importancia. Jack tenía la mirada fija en la pantalla.

—Perdona, no quería molestarte. Solo quería decirte que Julienne y yo nos vamos a ir unos días de viaje.

Levantó la vista sorprendido. Su perfil perfecto se reflejó en el cristal de la ventana.

—¿Y eso?

—Bueno, es que como ahora estás tan liado... Y yo..., yo no mucho que digamos. He alquilado una casa en Falsterbo.

Se preparó para oír sus protestas, nunca le había entusiasmado que ella quisiera hacer planes por su cuenta. Sin embargo, para su sorpresa, casi pareció aliviado.

—Es una idea brillante. Te hará bien airearte un poco después de..., bueno, ese asunto desagradable por el que has pasado.

Jack evitaba mirarla. Cuando llegó a casa bastante tarde después de que ella hubiera abortado, no se excusó más que con un comentario sobre una situación de emergencia en el trabajo. Eso fue todo. Nada de rosas en esta ocasión. Nada de lágrimas. Y ella se lo tragó una vez más, aceptó lo que no podía cambiar, aunque le dejó un regusto amargo. Pero aún sentía la mano fresca de Chris en la mejilla cuando se fue a la cama.

—¿En serio?

Mantuvo un tono de voz neutral. Siempre mirando al frente. Nunca mirar atrás. Ella le daría la vuelta a aquella situación. Tenía más fuerza de la que Jack sospechaba. Hasta ahora había jugado a ser el sexo débil. Porque eso era lo que Jack necesitaba. Sin embargo, ya era hora de que ella tomara las riendas sin que él se diera cuenta. No era el tipo de hombre que quería que lo dirigieran.

—Sí, de verdad —dijo Jack, y le sonrió.

Tenía una expresión más juvenil en la cara, más ligera. Ella se relajó. Iba por el buen camino. Sencillamente, necesitaban darse un respiro.

—Y además, estará muy bien pasar un tiempo juntas madre e hija —dijo Jack. Sonó algo forzado, pero Faye recogió las migajas que le daban—. Un viaje solo para chicas, o algo así. Cuando empiece el colegio resultará más difícil hacer ese tipo de cosas.

Jugueteadando con un bolígrafo, preguntó con desinterés:

—¿Cuánto tiempo estaréis fuera?

—Había pensado cinco noches.

Ella alargó la mano hacia él y vio con asombro, y con alivio, que Jack se la estrechaba.

—¿De verdad que no te importa?

—¡Claro que no! Aunque os echaré de menos, por supuesto.

Faye le lanzó un beso antes de irse.

—Nosotras también te echaremos de menos —dijo.

Y lo decía de verdad. De hecho, ya había empezado a echarlo de menos.

El tráfico en la E4 era escaso; circulaban fundamentalmente camiones. Faye disfrutaba conduciendo y Julienne parecía emocionada con la aventura.

—¿Podemos bañarnos?

—El agua del mar está muy fría. Ya veremos qué dices cuando la hayas probado.

Una respuesta diplomática. Sabía que a Julienne le parecería que estaba demasiado fría. Aún faltaba bastante para que el agua tuviera la temperatura suficiente para bañarse.

Julienne se sumergió en el iPad. Faye adelantó a un camión de DHL, cuyo conductor se quedó mirando con anhelo el Porsche Cayenne que ella conducía, y se metió otra vez en la fila de la derecha.

Sonó el teléfono. Era Jack.

—¿Qué tal vais?

Parecía contento y Faye sonrió encantada. Hacía mucho que no le resonaba en la voz otra cosa que irritación.

—¡Papá! —gritó Julienne.

—¡Hola, cariño! ¿Lo estás pasando bien?

—¡Sí, un montón! —dijo Julienne, y volvió al iPad.

—¿Dónde estáis?

—Acabamos de dejar atrás Norrköping —dijo Faye—, Yo creo que pronto haremos un alto, en el sitio ese que tiene unos arcos dorados...

—¡McDonald's! —gritó Julienne encantada.

No había forma de engañarla.

Jack se echó a reír y Faye sintió cómo la risa disipaba los malos recuerdos, los deshacía igual que los vilanos que ella soplaba de niña.

Cuando colgó, se concentró en el volante. Aún les quedaba un buen trecho para llegar.

—Mamá, estoy mareada.

Faye le echó una mirada a Julienne, que tenía una palidez preocupante en la cara.

—¿Por qué no miras por la ventana? Yo creo que te has mareado de ir mirando la pantalla.

Faye soltó la mano derecha del volante y le tocó la frente. La tenía caliente y sudorosa.

—¿Tienes hambre? En la bolsa que tienes a tus pies hay una manzana.

—No, estoy mareada.

—Podemos parar en el McDonald's ahora mismo si quieres.

Julienne guardaba silencio, con la mirada fija en la carretera. Se le pasará, pensó Faye.

Al cabo de unos minutos, la niña empezó a toser, y Faye se apartó en el arcén con una mueca de preocupación. En el mismo momento en que se detuvieron, Julienne vomitó en la guantera.

Faye se apresuró a salir del coche y se dirigió al asiento del acompañante. Sacó a Julienne, que protestó quejumbrosa, y le sujetó el pelo la segunda vez que la pequeña vomitó. Una minúscula columna de humo ascendía del vómito caliente que había caído en la hierba helada.

Un camión pasó a toda velocidad y el viento zarandeó el coche.

Faye volvió a colocar a Julienne en el asiento, vació una bolsa y se la puso en las rodillas. Encontró un rollo de papel en el maletero y limpió con él todo lo que pudo del interior del coche. El olor le revolvió el estómago, y no

se atrevía a imaginarse lo que diría Jack cuando supiera lo ocurrido. Mandaría que limpiaran el coche por dentro y por fuera antes de que pudiera pestañear.

—Si tienes que vomitar otra vez, procura que caiga en la bolsa, cariño.

Faye bajó la ventanilla y empezó a respirar por la boca. El hedor era insoportable cuando arrancó el coche. Whitney Houston cantaba que amaría para siempre, y Faye bajó el volumen. Prefería la versión original de Dolly Parton.

Después de recorridos unos kilómetros, pararon en una gasolinera. Faye dejó a Julienne en una silla mientras ella compraba detergente y una bayeta y se ponía a limpiar la tapicería al mismo tiempo que maldecía la idea de ir en coche por su cuenta.

Podían haber tomado un avión y haber alquilado un coche allí, en el aeropuerto. ¿Por qué tenía que complicarlo siempre todo? Jack tenía razón. Era una inútil total. Como esposa y como madre.

El buen humor se había disipado por completo.

Faye fue a buscar a Julienne, compró un plátano, que se comió camino del coche, tiró la piel a la papelera y las dos se acomodaron en el coche.

—¿Cómo te encuentras, cariño?

—Quiero ir a casa. Por favor, ¿nos vamos a casa?

—Trata de dormir un poco y te pondrás mejor, ya verás.

Julienne estaba demasiado cansada para protestar. Apoyó la cabeza en la puerta y cerró los ojos. Faye le puso la mano en la pierna y salió de nuevo a la autopista.

Cuando les quedaban tres millas para llegar a Jonköping se cansó de Whitney Houston. Con la mirada en la carretera, empezó a tantear en busca del móvil para poner un podcast, pero no lo encontraba. Aminoró la marcha, se puso detrás de un Volkswagen Golf rojo y alargó el brazo en busca del bolso, que había dejado en el asiento trasero para salvarlo del vómito. Rebuscaba a tientas con la mano y el coche dio un bandazo. Julienne gimió un poco, chasqueó adormilada la lengua y volvió a dormirse.

Faye se paró. Rebuscó en los bolsillos, tanteó con las manos debajo de los asientos. Pero el teléfono no aparecía. Comprendió que podía encontrarse en cualquier sitio. En el arcén donde habían parado. En la gasolinera. Ahogó un grifo, para no despertar a Julienne. Golpeó con frustración el volante. En el teléfono tenía el número y la dirección de la vecina que iba a darles las llaves de la casa.

Faye tomó una carretera secundaria y dio la vuelta en dirección a

Estocolmo. Cuando era más joven, nunca se rendía, pero los últimos años había tenido ocasión de practicar mucho.

Matilda no se habría rendido jamás. Pero Faye sabía perfectamente cómo hacerlo.

Faye llevaba a Julienne en un brazo y el bolso del equipaje en el otro. La puerta del ascensor se cerró y ella corrió la reja interior. Se observó la cara en el espejo: bolsas negras debajo de los ojos, la piel rugosa y pálida. Gotas de sudor en la frente y el bigote. Y una mirada de resignación.

Julienne abrió los ojos.

—¿Dónde estamos? —preguntó aún adormilada.

—En casa, cariño. Te has puesto malita, iremos a Escania en otra ocasión.

Julienne sonrió agotada. Asintió.

—Estoy cansada —susurró la pequeña.

—Lo sé, reina. Dentro de un momento podrás dormir tranquilamente.

El ascensor se paró de golpe. Faye abrió la reja y se encajó a Julienne más arriba en la cadera. Le dolían los brazos del peso. La niña se había aferrado a ella con los brazos y las piernas, como un monito, y protestó desganada cuando la dejó en el suelo para buscar las llaves.

Jack detestaba que llamara a la puerta y lo molestara.

Al final consiguió abrir y las dos entraron en casa. Con un último esfuerzo, le quitó a Julienne la ropa de abrigo y las botas, la llevó a la cama y le dio un beso de buenas noches. Luego subió al torreón para ver si Jack estaba trabajando.

El despacho estaba vacío y olía a cerrado. Abrió la ventana para ventilar un poco, colocó un macetero en el vano para que no se cerrara.

Jack estará en el trabajo, se dijo aliviada mientras se dirigía al dormitorio para darse una ducha y cambiarse de ropa. Se alegraba de poder adecentarse un poco antes de que él volviera a casa. Se sentía espantosa y no quería que él la viera hecha un trapo.

Faye abrió la puerta y, de repente, fue como si el espacio que había ante ella se hubiera llenado de agua. Todo se detuvo a su alrededor. Lo único que oía era su propia respiración superficial y un timbre que le resonaba en los oídos con más fuerza a cada segundo que pasaba.

Jack estaba a los pies de la cama, de espaldas a ella. Desnudo. Faye clavó la mirada en el trasero. Vio el lunar del cachete derecho, que tan bien

conocía. El lunar se movía adelante y atrás mientras él empujaba entre gemidos las caderas. Delante de él, a cuatro patas, había una mujer con la espalda hundida y las piernas muy separadas.

Faye se tambaleó y apoyó la mano en el marco de la puerta para no caerse.

Todo transcurría con una lentitud extraordinaria. Los sonidos se oían amortiguados, apagados. Se veía la ropa esparcida alrededor de la cama, como si se la hubieran quitado a toda prisa.

No sabía cuánto tiempo llevaba allí cuando ellos se percataron de su presencia.

Tal vez lanzó un grito sin ser consciente de ello. Jack se volvió, Ylva Lehndorf se incorporó de un salto y trató en vano de cubrirse con un cojín.

—Pero qué demonios... ¡Yo creía que estabais en Escania! —gritó Jack—. ¿Qué puñetas haces aquí?

Faye trató de articular palabra. ¿Cómo podía estar enfadado con ella? Al principio se quedó muda. Luego soltó un torrente de palabras. Sobre Julienne, el móvil, el viaje de vuelta. Trataba de explicarse, de encontrar excusas. Jack levantó una mano y ella calló de inmediato.

Luego le indicó a Ylva que se vistiera y él se puso un albornoz. Seguramente, se sentiría decepcionado por no haber tenido tiempo de correrse. Detestaba que lo interrumpieran. El orgasmo frustrado se le quedaba luego en el cuerpo todo el día, decía.

Se sentó en el borde de la cama. Se la quedó mirando con una expresión firme y fría.

—Quiero el divorcio —dijo.

Faye se quedó sin aire.

—No —respondió ella, y se apoyó en el marco de la puerta—. No, Jack. Te perdono. No tenemos que hablar de esto nunca más, simplemente, has cometido un error. Lo superaremos.

Las palabras le resonaron en la cabeza. Recorrieron de un lado a otro los dos hemisferios cerebrales, rebotando sin encontrar arraigo. Pero se había oído a sí misma pronunciarlas. De modo que seguro que fue eso lo que dijo. Y seguro que así lo pensaba.

Jack meneaba la cabeza de un lado a otro. A su espalda, Ylva ya se había puesto la ropa interior y ahora miraba por la ventana.

Jack miraba directamente a Faye, la examinaba de arriba abajo, y ella se pasó una mano nerviosa por el pelo. Totalmente consciente del aspecto que

tenía. Él se ató más fuerte el albornoz a la cintura.

—No es ningún error. Ya no te quiero, no quiero vivir contigo.

—Tú y yo podemos superarlo —repitió Faye.

Las piernas casi no le aguantaban el peso. Las lágrimas le rodaban por las mejillas. Ella misma oyó la desesperación que le resonaba en la voz.

—¿Es que no me has oído? Ya no te quiero. Ahora... la quiero a ella.

Señaló a Ylva, que se volvió y miró a Faye. Aún estaba en ropa interior. La Perla, color gris. El vientre plano, el pecho perfecto y las caderas estrechas de niño se burlaban de Faye. Ella era todo lo que Faye había dejado de ser.

Jack suspiró y, en la mirada de Ylva, la expectación se tornó desprecio al ver que Faye caía de rodillas ante Jack. Notaba el duro suelo de madera en los huesos. Cuando se mudaron allí, cambiaron todos los suelos. Faye habría querido lijar y dar aceite al viejo suelo original, pero Jack resopló al oír la propuesta. Lo que hicieron fue importarlo de Italia. Por varios miles de coronas el metro cuadrado. Pero aquel suelo tan costoso le provocaba tanto dolor en las rodillas como habría hecho el antiguo. La humillación era la misma.

—Por favor —suplicó—. Dame otra oportunidad. Cambiaré, seré mejor. Sé que la convivencia conmigo ha sido difícil, que he sido mala, torpe, tonta. Pero voy a hacerte feliz. Por favor, Jack, dame una oportunidad. Tú y Julienne sois todo lo que tengo. Tú eres toda mi vida.

Faye trató de darle la mano, pero él se apartó. Parecía asqueado. Y ella lo comprendía. Ella también estaba asqueada de sí misma.

Jack se acercó a Ylva, que estaba sentada en la cama con una pierna larguísima cruzada sobre la otra. Con una expresión de orgullo y de derecho de propiedad, él se colocó a su lado. Le puso la mano en el hombro desnudo. Ella puso su mano sobre la de él. Juntos observaban a Faye, que seguía arrodillada en aquel suelo expresamente encargado en Italia.

Jack meneó la cabeza y, sin que le temblara la voz, dijo:

—Se ha terminado. Ahora lo que quiero es que te vayas.

Muy despacio, Faye se levantó del suelo. Salió del dormitorio retrocediendo, incapaz de apartar la vista de la mano que Jack tenía apoyada en el hombro huesudo de Ylva. No se volvió hasta haber dejado atrás la puerta cerrada del dormitorio de Julienne. Sabía que debería pensar en su hija, tomar algún tipo de decisión, llevársela, no llevársela, decirle algo, no decirle nada... Pero el único pensamiento que su cerebro logró formular fue que debía irse de allí. En el acto.

Con la imagen del trasero desnudo de Jack entre las piernas de Ylva en la retina, salió por la puerta y dejó que se cerrara a su espalda. Solo al llegar al rellano se dio cuenta de que se había olvidado de ponerse los zapatos.

Faye estaba sentada delante del piso de Chris. Lloraba tanto que no paraba de temblar.

De alguna forma, había logrado llamar a un taxi y, después de echarle una mirada, el taxista le ayudó a acomodarse en el asiento trasero sin decir una palabra.

Aporreó la puerta con la vana esperanza de que Chris pudiera salvarla de todo, pero al ver que nadie abría, se desplomó en el suelo. Y no sabía si sería capaz de volver a levantarse.

—¿Faye? Por Dios, ¿qué es lo que ha pasado?

Por fin.

Faye levantó la vista y vio que Chris se le acercaba despacio. Extendió los brazos hacia ella, llorando tan desconsoladamente que no podía ver nada.

—Ayúdame —fue lo único que logró articular.

SEGUNDA PARTE



—¿Cómo podéis estar tan seguros de que..., de que de verdad fue él quien lo hizo?

—En este estadio, no puedo decir nada —dijo la agente de policía sin mirar a Faye a los ojos.

—Por favor, he perdido a mi hija. Que Jack fuera capaz... En fin, sí, tuvimos nuestros problemas, pero aun así no puedo creer... Tiene que ser un error...

—La verdad es que no debería...

La policía miró alrededor. El otro agente había ido a buscarle a Faye un café. Bajando la voz, le dijo:

—No solo hemos encontrado sangre en el coche. El GPS indica, además, que Jack se dirigió a media noche a un puerto deportivo junto al lago Vättern. Allí encontramos un barco con manchas de sangre que, probablemente, sean de Julienne.

Faye asintió con una mueca, pues el movimiento hizo que le dolieran las heridas de la cara. Estaban grabando el interrogatorio, y ella era consciente de que no debía saber nada que no estuvieran dispuestos a desvelar. Querían que confiara en la mujer que había sentada frente a ella y que la miraba comprensiva, y que estableciera un vínculo con ella. Querían que colaborase. No entendían que no tenían por qué representar ningún teatro. Ella pensaba colaborar. Jack no debía librarse.

—¿Hay alguien a quien podamos llamar? ¿Alguien a quien quisieras tener aquí?

Faye negó con la cabeza. Volvió a lamentarse de dolor. En el hospital la habían vendado y le habían dado unos puntos.

—En ese caso, podemos terminar por hoy. Sin embargo, volveremos con más preguntas, eso es seguro.

—Mi número ya lo tenéis —murmuró Faye.

—El pastor está en camino. Si quieres, puedes irte a casa, naturalmente. Pero no sé si será buena idea que te quedes sola en estos momentos.

—¿El pastor?

En un primer momento, Faye no entendió a qué se refería la policía.

¿Para qué quería ella un pastor?

—Sí, las personas que... sufren este tipo de trances necesitan consuelo, alguien con quien hablar.

Faye levantó la vista y la miró.

—¿Te refieres a las personas cuyos hijos mueren asesinados?

La agente dudó un instante, pero al final respondió:

—Sí.

Un movimiento en la cama. Alguien se había sentado encima. Faye se obligó a abrir los ojos y se encontró con la mirada de Chris. Tan preocupada como resuelta.

—Faye, tú sabes que te quiero, pero ya llevas en la cama dos semanas. Solo con mencionar a Jack o a Julienne te echas a llorar. No puedes seguir así.

Señaló la puerta.

—Si quieres algo, tendrás que venir a buscarme. Si quieres comer, a partir de ahora tendrás que ir a la cocina y preparártelo tú. Yo no vuelvo a entrar en este cuarto ni aunque me digas que tienes a Denzel Washington desnudo y encadenado a la cama.

Al día siguiente, Faye entró dando traspiés en la cocina, vestida solamente con unas bragas y una camiseta de Nirvana.

Chris tenía en la mano una taza de café y un ejemplar de *Vanity Fair* encima de la mesa. Miró a su amiga por encima del borde de la taza.

—En el frigorífico hay para desayunar. Yo sigo con la dieta de Lindsay Lohan.

Faye se dejó caer en una silla.

—Que es... ¿cuál?

—Café, cigarro y la pastilla del día después.

Sonrió con ironía.

—Come algo. Yo me voy al trabajo dentro de un momento. ¿Quieres venir conmigo?

Faye negó con un gesto.

—Pues nada, quédate en casa. Ve una película, llora un poco, compadécete de ti misma. Yo estoy encantada de ver que por fin has salido de la habitación. Ya empezaba a oler mal.

Faye puso la mano sobre el brazo de Chris y la miró a los ojos.

—Gracias —dijo—. Por todo. Porque... Bueno, ya sabes.

—No pienses en eso ahora. En «casa de Chris» puedes quedarte hasta que te repongas. Siempre y cuando te duches con regularidad.

Asintió. Le parecía un acuerdo que podría sobrellevar.

Faye se sentía miserable. Como si tuviera resaca. Cuando Chris se hubo

marchado, se tumbó en el sofá, sacó el móvil y llamó a Jack. Lo había llamado. Porque quería hablar con Julienne, naturalmente, pero quizá principalmente para poder oír su voz. Cada vez respondía más irritado y las conversaciones iban siendo cada vez más breves. Era como hablar con un extraño.

—¿Sí? —respondió Jack sin más.

—Hola, soy yo.

—Ya, ya lo he visto. Julienne no está aquí en estos momentos. Acaban de irse a la guardería.

—¿Quiénes?

Jack se aclaró la garganta. Se oían ruidos y voces de fondo.

—Hoy no me ha dado tiempo de llevarla yo, tenía bastante que hacer, así que la ha llevado Ylva.

Faye no daba crédito. Solo habían transcurrido dos semanas, e Ylva y Jack ya habían empezado a jugar a papás y mamás. Habían sustituido a Faye. La habían cambiado por ella. Como a una empleada de hogar o una canguro cualquiera.

Había sido una tortura no poder ver a Julienne, pero hasta el momento no había tenido fuerzas. Se había convencido de que lo mejor para su hija era continuar en la seguridad de su medio habitual, y de que sería perjudicial para ella ver a su madre rota de dolor.

—¿Hola? —dijo Jack.

—Tengo que pasarme por ahí a recoger unas cosas —dijo Faye, y se esforzó por que la voz sonara normal—. Y quiero ver a Julienne.

—Ahora mismo no me viene muy bien.

—¿El qué?

—Que vengas a llevarte tus cosas. Todo está revuelto. Hemos... He comprado una casa. Estamos en plena mudanza.

Faye cerró los ojos. Se concentró en su respiración. No podía venirse abajo.

—*¿Adónde os vais a mudar?*

—A Gåshaga. Cerca de donde viven Henrik y Alice, por cierto. No lo habíamos planeado, pero... En fin, vimos una casa fantástica en la página de Hemnet.

Hablaba de los dos como un «nosotros». Jack e Ylva. Desde 2001, había sido Jack y Faye, pero ahora era «nosotros» con una persona totalmente distinta. Faye tuvo que apartar el auricular para no tener que seguir oyéndolo.

Se había pasado años insistiéndole en que se mudaran a una casa, que sería bueno para Julienne, pero él no quería. Le gustaba estar cerca del centro y del despacho. Pero al parecer ahora Ylva y él habían encontrado una «casa fantástica en Hemmet». Así, sin más.

—... envíame un mensaje de móvil con la lista de lo que necesitas, y te lo mando por mensajero.

—Eso haré —dijo Faye resuelta—, pero ¿y qué pasa con Julienne? Tengo que poder verla.

—En realidad yo creo que habría que esperar hasta que hayas encontrado dónde vivir, pero bueno, vale. Puedes venir la semana que viene, cuando hayamos terminado la mudanza —dijo magnánimo antes de colgar.

Faye se imaginó para sus adentros cómo Ylva jugaba con Julienne, le daba todo lo que pedía, la desvestía, le hacía mimitos, veía con ella una película, le hacía trenzas en el pelo.

Seguro que era una experta en hacer trenzas de espiga. Incluso la de raíz, que Julienne solía pedirle y que a Faye nunca le salía bien.

Y cada vez que cerraba los ojos se imaginaba a Jack y a Ylva. Ella, con esos labios perfectos y ese pecho respingón. Cómo Jack la penetraba, le decía lo guapa que era, cómo gritaba su nombre cuando se corría en ella.

Lo más irónico de todo era que Ylva Lehndorf era todo lo que Faye habría podido ser, si Jack no le hubiera dicho que lo que él quería era un ama de casa que estuviera para cuando él la necesitara. ¿Por qué había cambiado de idea?

Después de todo, fue él quien la convirtió en otra persona. En alguien a quien ni ella misma reconocía. Y si ya no era la mujer de Jack Adelheim, ¿quién era? Durante los años transcurridos con Jack, ella había ido eliminando todo lo demás, capa a capa. No quedaba nada.

Chris le había prestado el coche. Le temblaban tanto las manos que a duras penas podía mantenerlas en el volante. Iba a ver a Julienne. Por fin.

Apenas había tráfico por la carretera de Lidingövägen. Brillaba el sol y unas nubes delicadas surcaban el cielo azul. Siguió las indicaciones del GPS y se detuvo delante de una colina. En la cima se veía una casa de piedra semejante a un palacio. Un edificio espléndido. Exactamente igual que la casa con la que ella había soñado siempre.

El Tesla de Jack estaba aparcado a la entrada. Unos hombres sacaban las

cajas de la mudanza de un camión enorme.

Tocó un timbre que había en la cancela, miró a la cámara y tuvo que esperar un par de segundos hasta que la verja se abrió con un ronroneo sordo. Entró y aparcó detrás del camión.

Un capataz calvo le rugió que apartara el coche para que no estorbara. Faye levantó una mano como excusándose e hizo lo que le decía.

Julienne apareció corriendo, y Faye se quitó el cinturón y salió del coche. Abrazó fuerte a su hija, aspiró su aroma. Las lágrimas le ardían en los párpados, pese a que se había prometido no llorar. Se mordería la lengua, pasara lo que pasara.

Jack salió a la escalera. Llevaba unos chinos beis y un jersey verde, por cuyo escote asomaba el cuello de una camisa celeste. Estaba más guapo que nunca.

—Cariño, te he echado tantísimo de menos... —dijo Faye, y besó a la niña en la cabeza—, pero ahora tengo que hablar un momento con papá. ¿Puedes jugar un ratito sola? Volveré enseguida.

Julienne asintió, le dio un beso en la mejilla y entró otra vez corriendo en la casa.

Jack le sonreía con despreocupación. Ella buscó en él algún signo de culpa, por nimio que fuera, pero no encontró ni rastro. Una parte de ella quería arrancarle la cara a arañazos. Otra, arrojarse en sus brazos y pegar la cara a aquel jersey.

—¿Cómo lo ves? —dijo, y señaló con un gesto la fachada que tenía a su espalda.

Era de lo más extraño. Se comportaba como si nada hubiera ocurrido.

—Tenemos que hablar —dijo ella secamente.

La adrenalina le recorría el cuerpo, la hacía balancearse sobre los pies adelante y atrás.

—¿De qué?

—De lo que ha pasado. Y... bueno, de esto.

—Pero tú has tenido que intuir que estaba ocurriendo, ¿no? Por favor, no es posible que fuera una sorpresa para ti.

Jack suspiró.

—Bueno, en fin, pasa un momento.

Entró en la casa él primero. Había cajas de la mudanza apiladas en la entrada. Dos hombres llevaban un sofá escaleras arriba.

—Ven, vamos a sentarnos aquí —dijo Jack, y la condujo por un salón

hasta una terraza acristalada con vistas al mar.

Faye se sentó en una silla que no reconocía. Ylva debía haberla llevado de su casa. O a lo mejor era todo recién comprado. Fuera lo viejo, paso a lo nuevo. Ya se tratara de esposas o de muebles.

—Necesito dinero, Jack. No mucho. Solo hasta que me recupere.

Él se miró las manos, asintió.

—Por supuesto. Te ingresaré unos miles de coronas.

Faye resopló y Jack enarcó una ceja con expresión de sorpresa.

Detrás de él se veía el agua clara. A Julienne le encantaría bajar corriendo a bañarse allí en verano.

—Tengo que comprar un piso. Supongo que querrás que Julienne viva bien cuando esté conmigo, ¿no?

—No entiendo por qué razón tu vivienda debería ser responsabilidad mía. Eso es algo que debes resolver tú. Pero sí, claro, entiendo que mi hija debe disfrutar de ciertas comodidades, aunque su madre no haya dado prioridad al hecho de tener una fuente de ingresos propia. Te transferiré algo de dinero para que podáis alquilar un piso. Pero te sugiero que procures buscarte un trabajo.

A Faye le rechinaron los dientes de tanto como los apretó. Le costaba un mundo ir mendigando. Pero todos sus bienes eran propiedad de Jack. Ella no tenía nada ahorrado, ningún trabajo... Y debía pensar en Julienne. La maternidad era más importante que el orgullo. Tendría que buscarse una vivienda provisional y económica hasta que consiguiera el dinero del divorcio. De cuánto se trataba... No tenía ni idea, pero debería corresponderle una cantidad bastante decente de la fortuna de Jack, ¿no? Después de todo, ella había contribuido considerablemente a forjarla. Él le decía que todo lo suyo era de ella, que el éxito era mérito de los dos. ¿Cómo iba a haberlo olvidado de repente?

Observó a Jack. Llevaba el pelo algo más corto que de costumbre. Recordó cuando acababan de conocerse y ella le cortaba el pelo en la cocina de Bergshamra. «Por rico que llegue a ser, siempre querré que me cortes el pelo, es tan agradable cuando me tocas...», le decía. Otra más de las muchas promesas que había roto. Los tres últimos años, Jack siempre iba a Marre, el peluquero de famosos más popular de Estocolmo, con diferencia.

—¿Cómo hacemos con Julienne? —preguntó.

—Se quedará aquí hasta que hayas conseguido una vivienda en condiciones, no consentiré otra cosa. Se lleva de maravilla con Ylva, así que

por eso no tienes que preocuparte.

Jack sonrió satisfecho. Al otro lado de la ventana de la terraza paseaban unos gansos por la orilla. Espero que se caguen por todas partes, pensó Faye.

Apartó la vista del vaivén de las aves.

—¿Te has decidido? —preguntó en voz baja.

—¿Que si me he decidido?

—Por ella. Si has decidido que eso es lo que quieres.

Jack se rascó la frente. Se la quedó mirando como si no entendiera la pregunta.

—¿No te parece bastante evidente? —dijo—. No era feliz contigo, Faye.

Faye notó una punzada en el pecho, como si le hubiera clavado un cuchillo en las costillas. Quería preguntarle cuándo había empezado la aventura con Ylva Lenhdorf, pero se contuvo. Con una cuchillada en el corazón tenía suficiente por esta vez.

Se levantó y llamó a Julienne.

—Entonces, ¿la traerás aquí hoy a las seis de la tarde?

—Sí.

Julienne llegó corriendo. Faye le dio la mano y la llevó fuera de la casa. Mientras se alejaban en el coche, la pequeña iba parloteando alegremente sobre su cuarto nuevo. Al parecer era «más bonito todavía que el de la Barbie Princesa».

Faye pisó el acelerador.

Transcurrían las semanas. Se sucedían en una bruma de inmovilidad. Todas las tardes, Faye tomaba prestado el coche de Chris, iba a Lidingö y se detenía a un trecho de aquella casa espléndida. En las ventanas panorámicas podía ver su vida desde fuera, como una película, con la diferencia de que ya no era ella quien tenía el papel protagonista. Y de que ya no era su vida. Jack e Ylva desembalaban las cajas de la mudanza, bebían vino, se besaban, cenaban, reían. Las llamas de las velas aleteaban en su dormitorio, seguramente junto con alguna vela aromática de Bibliothèque. «Cosas rebajadas, jamás en la vida; solo lo más caro siempre», como solía decir Jack en broma, aunque lo pensaba en serio. A veces veía a Julienne. Siempre sola. O con la niñera que Jack había contratado a jornada completa.

A Chris le decía que simplemente se limitaba a dar vueltas por la ciudad, pero su amiga la conocía demasiado bien para dejarse engañar. La tristeza aún

la superaba a veces, pero se decía a sí misma que era pasajera. Jack era su droga, y cuando hubiera logrado superar el síndrome de abstinencia, se alzaría de nuevo, el dolor acabaría muriendo con el tiempo. Exactamente igual que había ocurrido antes.

Recordaba vagamente que hubo un tiempo en que ella fue la fuerte de la familia. Esa fuerza debía existir en alguna parte. No era posible que Jack le hubiera arrebatado eso también.

Faye estaba sentada a la mesa de la cocina de Chris cuando llamó Jack. Por un segundo se figuró que iba a decirle que todo había sido un error y que iba a pedirle que volviera a casa. O que las últimas semanas habían sido una larga pesadilla. Ella lo acogería de nuevo sin dudar. Se sentiría feliz como un cachorro. Ladrando y saltando a su alrededor y meneando el rabo.

Pero Jack llamaba para decirle que no le daría un solo céntimo.

—Se aplica el acuerdo matrimonial —concluyó para rematar una explicación interminable—. Y tú misma lo firmaste. Yo tenía el convencimiento de que no había fisuras, pero he querido comprobarlo con mis abogados y sí, tiene plena vigencia.

Faye contuvo la ira como pudo, pero oyó lo forzado que resultaba su tono de voz al decir:

—Dejé la universidad para mantenerte mientras Henrik y tú poníais en marcha Compare. ¿Lo recuerdas? Y después, cuando quise buscar trabajo, dijiste que no era necesario y que no debía preocuparme. Me prometiste que el acuerdo matrimonial era solo una formalidad. De cara al consejo de administración. Que por supuesto que yo recibiría mi parte. ¡Si precisamente la idea de cómo había de construirse la compañía os la di yo!

Jack no respondió.

—Ha sido ella, ¿verdad? —dijo.

—No sé qué quieres decir.

—Es ella, Ylva, que no quiere que yo me lleve nada de dinero. ¿No te parece que ya me humilláis bastante? No tengo nada de nada, Jack. Mi vida está hecha añicos.

—No mezcles en esto a Ylva. El dinero es mío, soy yo quien lo ha ganado mientras tú te quedabas en casa disfrutando. No serán esos largos almuerzos con las chicas en el Riche los que han contribuido a ganarlo. —Jack resopló con desprecio—. Ya puedes ponerte a trabajar como cualquier persona normal, joder. Vivir un poco en el mundo real, para variar. La gente no vive unas vacaciones permanentes como las que tú has tenido los últimos

años. Mientras yo me mataba trabajando y mantenía a la familia.

Faye se esforzó por conservar la calma. Respiró hondo. Se negaba a creer que Jack pudiera simplemente tachar con una raya los años que habían compartido. Todo lo que habían vivido y lo que habían conseguido.

Jack interrumpió sus pensamientos.

—Si sigues creando problemas te aplastaré. Déjanos en paz a Ylva y a mí.

Cuando colgó, Faye se quedó un buen rato con el auricular en la mano. Luego, para su sorpresa, empezó a aullar. Un grito primario que llevaba sin oír muchos años, muchos, que pertenecía a otra vida. Y que ahora rebotaba entre las paredes como un eco violento.

Luego guardó silencio jadeando. Se retrepó en la silla. Disfrutaba del dolor que le producía el duro respaldo. Dio la bienvenida a la ira que la recorría por dentro como una fuerza primigenia.

Sintió cómo aquella negrura que tan bien conocía se le filtraba por cada poro del cuerpo, la misma negrura que había logrado mantener escondida. Había hecho como si no hubiera existido nunca, como si nunca hubiera formado parte de ella. Pero ahora, lentamente, empezaba a recordar quién era, quién fue en su día.

El odio le resultaba familiar y protector. La envolvía en una concha cálida, le brindaba un fin y un sentido, le proporcionaba arraigo una vez más. Pensaba darle una lección a Jack. Pensaba volver a levantarse.

Viajaba en metro por primera vez en muchos años. Se subió en la plaza de Östermalmstorg, llegó hasta la barriada de Norsborg y dio la vuelta. Se bajó en la Estación Central y deambuló por la plaza de Sergel, donde aún seguían con la venta de droga, exactamente igual que cuando llegó a Estocolmo trece años atrás.

Pero Estocolmo se le antojaba un lugar nuevo. Había tantas cosas que ver y que explorar, ahora que ya no tenía que preocuparse por el eterno «eso no es adecuado» de Jack... Faye tenía treinta y dos años, pero se sentía renacida.

A la altura de la placa conmemorativa de Olof Palme, dobló hacia la calle Sveavägen.

En la terraza de un bar al lado del cementerio había un puñado de espíritus valientes inclinados sobre sus cervezas y fumando expuestos a las ráfagas del viento primaveral. Pobres, desempleados, marginados. Chusma, como los llamaba Jack.

Faye abrió la puerta y entró en el local. El camarero enarcó las cejas, examinó el abrigo, que era manifiestamente caro. Al menos Jack le había permitido que se quedara con la ropa cuando hizo limpieza en el piso antes de mudarse.

Pidió una cerveza y se sentó en un rincón. Estaba como aguada. En la cabeza no paraba de dar vueltas a sus pensamientos. ¿Hasta qué punto la había humillado? ¿Era mentira todo lo que le había dicho Jack? ¿Fue Ylva la única, o habría habido otras? Ideas que no se había atrevido a pensar hasta el momento. Ahora necesitaba regodearse en esos pensamientos, alimentar la ira. Claro que había habido otras. Ella conocía a Jack. En el fondo.

Sacó el móvil del bolso y marcó el número de Alice.

—¿Tienes un momento? —dijo, cuando Alice respondió por fin.

Faye oyó cómo dudaba.

—Quiero preguntarte unas cuantas cosas. Y quiero que me respondas con sinceridad.

—Espera un poco...

A su espalda se elevaba el ruido de unos niños chillando. Alice llamó a la niñera, cerró una puerta y el ruido se fue alejando.

—De acuerdo, te escucho —dijo.

—Ya sabes lo que ha pasado con Ylva. Supongo que llevaban ya un tiempo. Quiero saber cuánto, y si ha habido otras.

—Faye, yo...

—Ahórrate el rollo, Alice. Entiendo que tú lo has sabido desde siempre. No pasa nada. No quiero discutir. Solo quiero saber la verdad.

Alice se quedó en silencio un buen rato. Faye aguardó paciente. Al final, Alice respiró hondo.

—Jack te ha engañado desde que conozco a Henrik. Con todas, Faye. Jack se follaba todo lo que veía. A veces me daban ganas de restregártelo, de bajarte de esas alturas en las que vivías encaramada y desde las que juzgabas a Henrik. Y a mí. Pero nunca lo hice. Porque sé muy bien cómo sienta.

Alice guardó silencio. Comprendió que acababa de desvelar lo falsa que era la indiferencia que tanto se había empeñado en demostrar hasta el momento. Una indiferencia en la que Faye nunca llegó a creer de verdad.

Dejó que aquellas palabras se asentaran en su conciencia. No resultaban tan dolorosas como había creído. Se sintió más bien aliviada. De alguna forma, ella siempre lo supo.

—Lo siento —dijo Alice vacilante.

—No pasa nada. En realidad, lo presentía.

—No le dirás nada a Jack de esta conversación, ¿verdad?

—Te lo prometo.

—Gracias.

—Tú deberías dejar a Henrik —continuó Faye con voz seca y firme—. Somos demasiado buenas para esta basura, para que nos pisen y nos utilicen de este modo. Y creo que un día lo comprenderás. En mi caso no ha sucedido de forma voluntaria, pero ya lo he comprendido. Y lo cierto es que, cuando llegas al otro lado, resulta liberador encontrarse aquí.

—Pero es que yo soy feliz.

—Y yo también lo era. O eso creía. Pero el tiempo todo lo revela, Alice. Tarde o temprano tú te encontrarás donde yo estoy ahora, y lo sabes.

Faye colgó sin esperar respuesta de Alice. Sabía que no tenía ninguna respuesta que darle. Que nada de lo que le había dicho era una novedad para Alice, que seguramente se debatía con esos mismos pensamientos mil veces al día. Pero eso era problema de Alice, no suyo.

Ella ya estaba lista para la guerra.

Faye sabía que en su arsenal se encontraba la mejor arma: su feminidad. Que movía a los hombres a subestimarla, a cosificarla y a considerarla idiota. Jack jamás podría vencer esta partida. Ella era más lista que él. Siempre lo fue. Solo que había permitido que él lo olvidara, y ella misma también.

En cualquier caso, ahora pensaba recordárselo. Se lo recordaría también a sí misma.

Al principio se vería obligada a dejar que siguiera creyendo que todo seguía igual, que ella era la misma Faye sometida, irremediabilmente enamorada e ingenua. Esa era la parte fácil. Era un papel que había representado durante tanto tiempo que se lo sabía de memoria.

Pero pensaba fundar una empresa propia en secreto, hacerse rica y finalmente aplastar a Jack. Aún no sabía cómo lo haría, y había una serie de problemas de tipo práctico que debía resolver. Ante todo, necesitaba una vivienda. No podía seguir abusando de Chris. La cuestión era en qué barrio. Era demasiado pobre para el centro, pero tampoco podía vivir demasiado lejos de la guardería de Julienne. Además, necesitaba reunir un capital, ponerse en forma, actualizarse en el mundo de las finanzas, agenciarse una red propia. Había miles de cosas que hacer. Miles de objetivos que alcanzar, antes de acabar con Jack. Se sentía eufórica.

—¿Me puedes dar un papel para escribir? —le dijo al camarero—. Y un

bolígrafo.

Él le puso un bolígrafo en la barra y señaló una pila de servilletas. Faye escribió una lista de cosas que tendría que organizar. Cuando la hubo terminado, llamó a Jack para negociar la paz. Ni siquiera le costó trabajo, solo era un juego. Un primer movimiento de ajedrez. Necesitaba un alto el fuego para reunir fuerzas y reorganizarse.

Le habló con voz aterciopelada y quebradiza. Tal y como él la recordaba.

—He estado muy triste —dijo—. Por eso me he comportado tan mal contigo. Pero ya he aterrizado y he tomado conciencia de que tenías razón en muchas cosas. ¿Podrás perdonarme?

Tomó un trago de la cerveza. Estaba casi vacía, y le indicó al camarero que quería otra.

—Ya, claro, comprendo que ha sido duro para ti —dijo Jack con una mezcla de sorpresa y de magnanimidad pomposa.

Faye tomó el último trago de cerveza al mismo tiempo que le ponían otra delante. Se puso a dibujar círculos en la espuma. Recordó aquella vez que Chris dibujó un corazón en el vaho del vaso.

—Sí, es verdad. Pero eso no es excusa. A partir de ahora pienso espabilarme. Por Julienne. Y por ti. La madre de tu hija no debe comportarse de forma indigna y andar mendigando dinero. No sé qué me pasó por la cabeza. Es que..., es que no he sido yo misma.

Guardó silencio. Sintió que tal vez se estuviera excediendo. Pero Jack solo la había oído confirmar lo que él llevaba pensado todo aquel tiempo, que él era el que tenía razón y que ella estaba equivocada.

Jack quería verse como el héroe, como alguien sublime. Y ella le estaba dando la posibilidad de confirmar esa imagen de sí mismo. Tal como siempre habían hecho todos a su alrededor.

—No pasa nada. Simplemente, piensa en no ser tan... petarda —dijo Jack.

Cuando colgaron, Faye apuró la cerveza y pidió otra. Ya nadie la censuraría por ello. Empezó a reír, y no podía parar. Ebria de alcohol y de libertad.

La casa roja de dos plantas se había construido en la década de 1920 y se encontraba en una zona idílica de Enskede. Faye abrió una cancela pintada de verde, cruzó un jardín bien cuidado y llamó a la puerta.

La mujer que le abrió tenía los pómulos muy marcados, el pelo blanco recogido en un moño en la cabeza y llevaba un pantalón de traje y un jersey de cuello alto de color negro. Tenía un aspecto severo, casi militar. Le tendió una mano huesuda.

—Kerstin Tellermark —se presentó— Adelante —dijo, y se hizo a un lado.

Condujo a Faye desde el pequeño vestíbulo lleno de fotografías en blanco y negro hasta un salón con un mobiliario de lo más acogedor. Cuadros antiguos con motivos marinos y campestres adornaban el papel marrón de las paredes, delante de una de las cuales había encajado un tresillo desgastado y en un rincón, un viejo piano.

—Qué bonito —dijo Faye, y lo decía de corazón.

—Es un poco anticuado todo —respondió Kerstin como disculpándose, pero Faye se dio cuenta de que la alegraba el elogio—, ¿Quieres un café?

Faye negó con la cabeza.

—De acuerdo. Entonces, quienes vais a vivir aquí sois tu hija y tú.

—Sí, Julienne. Tiene cuatro años.

—¿Divorcio?

Faye asintió.

—¿De los que van bien?

—No.

Kerstin enarcó las cejas.

—¿Tienes trabajo?

—Todavía no. Pero lo tendré. Yo... Estudié Económicas. Es solo que primero tengo que reponerme.

Kerstin se levantó y le indicó a Faye que la siguiera escaleras arriba. La primera planta tenía una salita y dos dormitorios. Era perfecto, justo lo que ella necesitaba.

—Quince mil coronas al mes.

—Me quedo.

Dos días después, Chris le ayudó a mudarse. Kerstin estaba en la escalera con los brazos cruzados y viendo cómo llevaban dentro las tres cajas que contenían todas las posesiones de Faye. La mayor parte de la ropa que se había llevado del piso la había vendido en una de las tiendas elegantes de segunda mano que había en la calle Karlavägen. Para conseguir algo de dinero.

No quería que Jack le diera nada. Solo quería quitarle cosas. Así viviría mejor.

Cuando Chris se hubo marchado, Kerstin llamó a la puerta. Faye estaba sacando la ropa y la invitó a pasar, pero Kerstin se quedó en el umbral.

—La hija que has mencionado, ¿dónde está?

—Con su padre. Vendrá el fin de semana —dijo Faye, y sostuvo en el aire una camisa.

—¿Te dejó él?

—Sí.

—¿Quién tuvo la culpa?

—¿La culpa?

—Siempre es culpa de alguien.

—Pues entonces, suya. Andaba metiendo la polla en todas partes, y yo fui demasiado tonta para verlo.

Faye se estremeció al oír lo que acababa de decir, pero Kerstin se limitó a asentir.

Faye colgó la ropa en el armario, pasó la aspiradora, hizo la cama con sábanas limpias y se tumbó con las manos cruzadas en la nuca. Tenía que encontrar una forma de ganarse la vida. Y rápido. En un principio, para sobrevivir. Para poder pagar el alquiler a Kerstin, la comida, lo que necesitara Julienne. Pero tenía que ser tan flexible que le permitiera empezar a desarrollar su plan de trabajo al mismo tiempo. No podía tener un jefe siempre encima.

Se acercó a la ventana. Un hombre rubio de unos cincuenta años venía paseando con un crestado rodesiano que parecía atender al nombre de *Hasse*. El perro tiraba y sacudía la correa y el hombre parecía más que ocupado con la tarea de no caerse.

Faye los siguió pensativa con la mirada.

Unas horas más tarde, Kerstin la invitó a una cena de bienvenida. Había preparado filetitos de carne picada con patatas y salsa. En la mesa redonda del comedor había puesto confitura de arándanos rojos y pepinillo en rodajas.

—Riquísimo —dijo Faye.

—Gracias.

Kerstin le puso un poco más de comida en el plato.

En la ventana había una fotografía de Kerstin de joven. Tenía el pelo castaño en una melena redonda y llevaba un vestido corto de color blanco.

La mujer siguió la mirada de Faye.

—Londres, finales de los sesenta. Era niñera de una familia londinense, y estaba enamorada de un inglés, lord Kensington. Unos años estupendos.

—¿Por qué no te quedaste allí?

—Porque la madre de lord Kensington, lady Ursula, no consideraba adecuado que su único hijo quisiera vivir con una niñera sueca. Unos años después, él se casó con una joven de la alta sociedad llamada Mary.

—Qué lástima —dijo Faye.

—Así son las cosas. No me quejo.

—¿Has estado casada?

—Pues claro. Con Ragnar.

Kerstin apartó la vista. Se tiraba del cuello del jersey, aunque no parecía muy consciente de ello.

Faye la observó y miró alrededor con curiosidad. No había ninguna fotografía de Ragnar. Ni de Ragnar y Kerstin.

Los cubiertos tintinearono cuando Kerstin los dejó en el plato. Se levantó, fue al salón y volvió con una fotografía. La puso en la mesa, delante de Faye. Mostraba a un hombre sentado en una tumbona con el torso desnudo y un pantalón corto de color blanco.

—Ragnar —dijo—. Palma, 1981.

—Muy bonita —dijo Faye—, Tiene que ser difícil perder a alguien con quien se ha vivido tantos años. ¿Cuánto hace que falleció?

—¿Que falleció? —Kerstin la miró extrañada con los ojos como platos—. No, no, Ragnar vive. El muy granuja se está pudriendo en una residencia de ancianos del barrio de Södermalm.

—No te entiendo...

—Sufrió un ataque de apoplejía hace tres años.

—Y ahora vives sola, ¿no?

Kerstin asintió.

—Sí. Pero me gusta —dijo, y se metió una patata en la boca—. Me resulta apacible y agradable. Lo único que altera mi paz interior es el hecho de que siga respirando.

Se quedó mirando la foto. Luego la puso boca abajo y dijo:

—Ponte un poco más de carne. La buena comida es como un bálsamo para el alma.

Faye asintió y se sirvió un poco más de la fuente. Por primera vez desde hacía mucho, le encontraba sabor a la comida.

A la mañana siguiente, Faye se levantó temprano. Bajó la escalera, que crujía bajo su peso, y la recibió el aroma del café recién hecho.

Kerstin ya estaba en pie. Tenía el periódico *Dagens Nyheter* abierto en la mesa, y delante de ella había un ejemplar doblado del *Dagens Industri*. La foto de Ragnar, que se quedara el día anterior en la mesa de la cocina, había desaparecido.

—Buenos días —dijo Kerstin—, Trae una taza.

Faye se sentó a la mesa y alargó el brazo en busca del *Dagens Industri*. Leyó el editorial. Se terminó un artículo de opinión. En la página siguiente se vio mirando fijamente los ojos azules de Jack. Se sobresaltó, sopesó por un instante si seguir pasando las páginas, pero el titular llamó inmediatamente su atención. Combustible. Necesitaba combustible.

«Adelheim desmiente los rumores sobre la cotización en bolsa», decía. Kerstin debió de notar que contenía la respiración, porque apartó la vista de su periódico y la observó.

—¿Malas noticias? —preguntó.

—No, nada. Es que he visto a una persona a la que conocí hace un tiempo.

En el artículo, Jack se pronunciaba brevemente y aseguraba que no cabía esperar que Compare cotizara en bolsa. Pero confirmaba que la jefa de finanzas, Ylva Lehndorf, dejaba la empresa para empezar a trabajar en la empresa de servicios musicales Musify. Jack decía que había sido de mutuo acuerdo y que le deseaba mucha suerte en su carrera. Ni una palabra sobre el hecho de que vivieran juntos. El *Dagens Industri* lo sabía sin duda, pero eran demasiado elegantes para mezclar el cotilleo con los negocios.

Ya ha empezado a transformar a Ylva, pensó Faye. El siguiente paso será que deje de trabajar por completo. Faye no sabía exactamente qué actitud adoptar ante aquello. ¿Debía alegrarse del mal ajeno? ¿Lamentarlo? En cierto modo, habría sido más sencillo si de verdad pensara que Ylva era mejor que ella. Más inteligente, más fuerte. Pero Ylva ya había empezado a supeditarse. Lo que la inducía a verla aún más como la puta de Jack. Comprada con su dinero y su encanto.

Faye le echó otro vistazo al artículo, antes de seguir hojeando el periódico. Aún ignoraba qué podría serle de utilidad, no tenía ningún plan concreto. En aquellos momentos, se limitaba a reunir información.

—¿Qué vas a hacer hoy? —preguntó Kerstin.

—Pensaba dar un paseo. Por cierto, ¿sabes de algún sitio por aquí cerca donde pueda imprimir unos anuncios?

—¿Unos anuncios?

—Sí, había pensado poner en marcha un pequeño negocio.

—¡No me digas!

Kerstin dejó el periódico en la mesa y la miró con curiosidad.

—Sí, servicios de compañía canina. Parece que todo el mundo tiene perro en este barrio. Y he pensado que puedo sacarlos a pasear mientras reflexiono sobre lo que voy a hacer. Para ganar un dinero rápido y sencillo. Y ya veremos qué hago después. Eso me dará algo de tiempo, en todo caso.

Kerstin la examinó atentamente. Luego volvió a centrarse en el periódico.

—Prueba en la biblioteca de Dalen —dijo.

Faye imprimió veinte anuncios, que colocó por Enskede en lugares estratégicos. Pensó en lo que habrían dicho Alice y sus amigas si la hubieran visto. Y comprendió con alegría que le daba igual. No podía permitirse un gimnasio y dedicarse a pasear perros cada día le proporcionaría el ejercicio que necesitaba para perder peso. Al mismo tiempo, ganaría un poco de dinero, algo que, desde luego, necesitaba para seguir adelante.

Chris le haría un préstamo sin vacilar, si ella se lo pidiera. Pero su amiga ya había hecho bastante. Debía arreglárselas sola, para demostrarles a todos y a sí misma también que era capaz de hacerlo. Y por primera vez en muchos años, se sentía llena de ganas de luchar. El pasado había resultado ser una experiencia útil, finalmente. No solo algo que la despertaba con un sudor frío y la imagen de Sebastian grabada en la retina. En su padre se negaba a pensar. Eso aún podía controlarlo.

Apremió el paso, se detuvo junto a una farola que había delante de una casa amarilla y sacó el rollo de cinta adhesiva que había comprado en el ICA.

En una cama elástica que había en el jardín de la casa amarilla había dos niñas saltando. Tenían la edad de Julienne. Reían y gritaban.

Faye se quedó mirándolas un buen rato.

¿Cuántas veces las engañarían? ¿Cuántas verían sus sueños frustrados? Delante de ellas se extendía un largo collar de maldades que los hombres les harían sufrir. La experiencia de sentirse apartado, de que te juzguen por el aspecto físico, la ambición de encajar, de agradar: eso era lo que unía a las mujeres de todas las edades, de todos los países y de todos los tiempos.

Y entonces lo vio. Había un ejército entero allí fuera. Que solo esperaba

poder emprender el ataque. La mayoría de las mujeres, por ricas y triunfadoras que fueran, se han visto engañadas por algún hombre. La mayoría tenían ese ex, ese canalla infiel, ese mentiroso, ese traidor que les había roto y pisoteado el corazón. Aquel jefe que permitía que se llevara el ascenso un colega con menos méritos y peor capacidad, solo porque era hombre. Los comentarios, las manos pegajosas en la fiesta de Navidad de la empresa. La mayoría de las mujeres han sufrido heridas de guerra. De alguna forma. Y todas han soñado con machacarlo *a él* por completo.

Aun así, se han contenido. Se han mordido la lengua. Se han comportado como un ser humano mejor. Han mostrado comprensión y han perdonado. Han consolado a los niños cuando él no aparecía, tal como había prometido. Le han quitado hierro al asunto cada vez que ha dicho algo humillante. Han seguido invitando a los padres de él a los cumpleaños de los niños, a pesar de que han elegido bando con motivo de la separación y siempre se dejan caer con comentarios sobre lo estupenda que es la nueva pareja de su hijo. Porque así actúan las mujeres. Vuelven la ira hacia dentro. Hacia sí mismas. No llaman la atención ni piden justicia a gritos. Una buena chica no pelea. Una buena chica no levanta la voz. Es algo que las mujeres tienen que aprender desde el principio. Las mujeres son receptivas, quitan hierro, llevan la responsabilidad de todas las relaciones, se tragan el orgullo y se destruyen hasta casi extinguirse.

Faye no era la primera mujer de la historia universal a la que su marido humillaba, trataba como a una idiota, sustituía por otra más joven.

Pero eso se ha terminado, pensó Faye. Juntas somos fuertes y no tenemos intención de seguir guardando silencio.

Faye no había tenido tiempo de entrar por la puerta cuando le sonó el móvil. Durante aquella tarde, otros cuatro propietarios de perros la habían llamado para preguntar si tenía tiempo de pasear a sus animales. Había acertado con su corazonada: era un servicio muy necesario.

En la planta baja se oía ruido en la cocina. Faye se había ofrecido a preparar la cena, pero Kerstin insistió en hacerla ella personalmente. En todo caso, había aceptado que Faye aportara dos mil coronas todos los meses a la caja común de la comida. Era una solución con la que las dos estaban satisfechas.

Faye levantó la tapa del ordenador, abrió un documento de Excel y creó

un horario sencillo para su futura actividad. Ya tenía reservados dos paseos para el día siguiente. Cobraba ciento veinte coronas por hora. Cuando terminó el horario, registró a su nombre una empresa unipersonal. Para el día en que la convirtiera en sociedad anónima, ya tenía pensado el nombre.

Llovía a mares, el agua le entraba por el abrigo, llegaba a todos los rincones. No recordaba la última vez que se había empapado de ese modo. *Zorro* y *Alfred* iban andando con la correa tensa, a ellos no parecía molestarles la lluvia.

Si unos meses atrás, alguien le hubiera dicho que iba a celebrar su cumpleaños bajo un diluvio junio con dos golden retriever, habría pensado que la persona en cuestión estaba loca.

Pero la vida podía dar giros inesperados. Ella lo sabía mejor que nadie.

Las últimas semanas había adquirido nuevos hábitos. Se levantaba a las cinco y media todas las mañanas, se duchaba, se tomaba un desayuno que consistía en un huevo con huevas de arenque y salía. Los dos paseos caninos diarios pasaron pronto a ser ocho, algunos de los propietarios le pedían dos rondas diarias. Además, a Kerstin no le importaba que algunas noches hiciera de canguro de algún perro.

Faye estornudó. Estaba deseando llegar a casa y meterse en la bañera llena de agua caliente, como hacía todos los días después del último paseo.

—Chicos, ya está bien —dijo cuando vio que el cielo se abría más aún.

Después de dejar a los perros con su dueña, la señora Lönnberg, Faye volvió a casa tan rápido como pudo. Hacía mucho que no sentía en los pies un cansancio como aquel.

Abrió la puerta despacio para no molestar a Kerstin, que solía estar sentada leyendo a esas horas, y subió silenciosamente la escalera. Cuando entró en el baño descubrió que la bañera ya estaba preparada. En el lavabo había un jarrón con un ramo de flores recogidas del jardín.

Kerstin apareció a su espalda.

—Gracias —dijo Faye emocionada.

—Se me ha ocurrido que podría verte bien —dijo—. Y... te he comprado una cosa. Un regalo sin importancia. Está encima de la mesa de la cocina.

—¿Cómo lo has sabido?

—¿Que era tu cumpleaños? Tu fecha de nacimiento está en el contrato de alquiler. Soy vieja, pero no ciega. Anda, métete en la bañera.

Cuando Faye salió del baño, el estómago le rugía de hambre.

Bajó sigilosamente las escaleras, abrió el frigorífico y sacó unos huevos ya cocidos, los hizo rodajas, los puso en una tostada y los cubrió de huevas de arenque. Se sentó a la mesa con el pan en un plato y abrió el regalo envuelto en papel de color verde.

Eran un par de Nike negras.

Se le llenaron los ojos de lágrimas.

Se puso las zapatillas y dio unos pasos por el salón. Eran suaves y se adaptaban perfectamente a sus pies. Se detuvo ante la puerta del dormitorio de Kerstin. Se veía luz por la rendija, así que llamó.

Kerstin estaba en la cama, con un libro. Faye se sentó en el borde y levantó el pie para que Kerstin pudiera ver las zapatillas.

—Me quedan perfectas, gracias.

Kerstin cerró el libro y lo dejó en el regazo.

—¿Te he contado cómo conocí a Ragnar?

Faye negó con la cabeza.

—Yo era su secretaria. Estaba casado. Diez años mayor que yo, directivo y millonario, tenía una sonrisa que casi hacía que me desmayara. Me llevaba a comer a sitios elegantes, me regalaba flores, me abrumaba con sus cumplidos.

Hizo una pausa. Pasó la mano por el edredón.

Me enamoré. Y él también. Al final dejó a su mujer, ella se llevó a los niños y se fue de la casa común. Y allí me mudé yo, pobre de mí. Me despedí del trabajo. Dedicaba los días a jugar al tenis, llevar la casa y cuidar a Ragnar. En verano viajábamos a España, a Grecia... Un año fuimos a Estados Unidos. Transcurrieron cuatro años. Cinco. Seis. Yo ni siquiera tenía el sentido común de comprender lo que le había hecho a su primera mujer. No tuve el valor de oponerme cuando veía cómo los trataba a ella y a sus hijos. Al contrario, me parecía estupendo no tener que compartir su atención con ellos. Me decía que ellos se lo habían buscado. Que nunca lo habían querido como lo quería yo.

Se pasó la lengua por los labios.

—Lo otro... Lo otro fue viniéndose sin sentir. El lado oscuro. La violencia. Las primeras veces las consideré casos aislados. El venía con sus excusas. Con sus explicaciones. Y yo las aceptaba de buen grado. Pero poco a poco, la cosa fue a más. Y me vi incapaz de salir. No me preguntes por qué, ni yo misma lo sé.

Kerstin tosió y se cubrió la boca con el puño.

—No tuve el valor de irme —continuó. Le sonaba la voz débil y fuerte al mismo tiempo—. A pesar de que llegué a odiarlo con cada fibra de mi cuerpo. Con la infidelidad podía vivir. Eso no era nada en comparación con los golpes a este pobre cuerpo, cada vez más destrozado. Y con lo que me arrebató. Íbamos... Yo estaba embarazada. Pero me maltrataba con tal brutalidad que perdí al niño. Desde entonces, le he deseado la muerte. Cada segundo de vigilia sueño con su muerte. Sueño que deja de respirar. Cuando sufrió la apoplejía, pensé por un momento en no llamar a la ambulancia. Me quedé sentada mirándolo mientras él se retorció en el suelo. Me suplicaba ayuda con la mirada. Yo me alegré de verlo débil, necesitado de mi ayuda. Pensé dejarlo allí tirado, pero una vecina lo oyó gritar y llamó a la puerta. Tuve que abrir y, finalmente, tuve que pedir una ambulancia. Representé bien el papel de esposa conmocionada, pero cuando metieron a Ragnar en la ambulancia, pude leerle en los ojos que se había dado cuenta. Y que si se recuperaba, me mataría.

Faye no sabía si Kerstin pensaba que ella se sorprendería, pero nada de lo relacionado con la brutalidad de los hombres la sorprendía ya.

Kerstin se colocó bien un mechón de pelo blanco que se le había soltado del moño.

—Sé quién eres —dijo—. Y me figuro más o menos lo que ha pasado. Estabas casada con Jack Adelheim.

Faye asintió.

Kerstin se puso a alisar la colcha. Luego volvió la mirada hacia Faye.

—Me he dado cuenta de que tienes un plan. Te he visto con esas notas que tomas, esas listas y bocetos para el futuro. Dime qué quieres que haga y te ayudaré.

Faye se subió bien en la cama, echó hacia atrás la cabeza, la apoyó en el cabecero y observó a su casera. Lo que Kerstin acababa de contarle era tremendo, por más que ella ya se hubiera imaginado la mayor parte. El que también Kerstin había sufrido lo suyo quedaba fuera de toda duda, pero ¿podía confiar en ella? Faye sabía que dependería de la ayuda ajena, y había decidido confiar en los lazos de hermandad entre mujeres. Pero eso no significaba que se pudiera confiar en todas. Tan ingenua no era. Sin embargo, el odio que palpitaba en la voz de aquella mujer anciana tenía la misma negrura que el suyo. Así que cerró los ojos, se lanzó y le contó cómo había pensado proceder para aplastar a Jack.

El plan se había ido forjando durante las muchas horas de paseo canino por el barrio, durante las que pudo ingeniar su estrategia tranquilamente.

Kerstin escuchaba y asentía. Sonreía de vez en cuando.

—A mí se me da bien la organización. Te seré de gran ayuda —dijo.

Con sequedad. Con serenidad. Luego retomó el libro y siguió con lo que estaba haciendo. Faye lo interpretó como una señal de que debía retirarse a su cuarto.

Todo estaba en marcha. No había vuelta atrás. Ya no estaba sola.

Con la ayuda de Kerstin, Faye desarrolló el negocio. Los meses pasaban volando y la empresa crecía. Contrataron a dos mujeres a media jornada, incrementaron el campo de acción, reformaron el sótano para poder tener allí a los perros por las noches.

Kerstin ayudaba a Faye con todo el trabajo administrativo, y lo que no sabía después de tantos años de ama de casa, lo aprendía en internet. Era un prodigio de eficacia y, con su ayuda, los números no tardaron en aparecer en negro. Llevaba su tiempo reunir el capital que Faye necesitaba, se había puesto la meta de conseguir doscientas mil coronas, pero se decía que debía tener paciencia. Le llevaría el tiempo que fuera necesario.

Lógicamente, no podría reunir ese capital solo con los ingresos del negocio de los paseos caninos, pero invertía cada corona que le sobraba. Se informaba en la prensa financiera y seguía todos los grandes noticiarios para mantenerse al día, y poder utilizar esos conocimientos cuando hacía sus inversiones. Tenía un talento natural para la economía, pero no corría riesgos innecesarios. Se mantenía en un nivel en el que el capital iba creciendo lento pero seguro.

Había perdido quince kilos desde que Jack le dijo que quería separarse. No es que le importara a aquellas alturas, pero conocía los puntos flacos de su exmarido. Los puntos flacos de los hombres. Estar delgada era un paso necesario para alcanzar los objetivos que se había propuesto.

La ropa le colgaba, y Kerstin había tenido que hacerle un par de agujeros extra en el cinturón que le sujetaba los vaqueros. Faye se echó a reír cuando Kerstin le dijo que merecía la pena comprarse ropa nueva. Jamás en la vida. Doscientas mil coronas. Hasta entonces, no gastaría un céntimo en futilidades.

Desde que se mudó a casa de Kerstin, Faye solo tenía a Julienne cada dos semanas, pero ahora ya estaba claro que, en la casa de Lidingö, Ylva Lehndorf se había cansado de jugar a los papas y las mamas. Y que a Jack no le interesaba tener a su hija más de lo necesario era algo que ella ya sabía.

Dificultar la relación con su hija fue solo una forma de hundir a Faye. Jack llamaba cada vez con más frecuencia para pedirle que se quedara con Julienne.

Kerstin estaba encantada de tener un niño en casa. Hacía todo lo que le pedía la pequeña e iba de mil amores a llevarla al colegio por las mañanas.

Kerstin y ella compartían la responsabilidad de la niña. Como una familia. Cuando Faye le preguntó si Julienne no le robaba demasiado tiempo, Kerstin la miró como si estuviera loca.

—Tu hija es la niña con la que siempre he soñado, para mí es una alegría no tener que estar sola —dijo, y señaló el salón, en el que Julienne estaba acucillada dibujando—. Esa niña es un milagro, un ángel, y ya estoy temiendo el día en el que os vayáis de aquí.

Faye comprobó con asombro que a ella le pasaba lo mismo.

El sol de agosto brillaba sobre Faye y Chris mientras paseaban por delante del estadio deportivo Enskede IP con tres perros: un schnauzer miniatura y dos golden retriever. Para sorpresa de ambas, Chris llevaba la correa del schnauzer, que se llamaba *Ludde*. Y ella siempre había detestado a los animales.

—La verdad, podría plantearme tener uno como este —dijo Chris—. Así no tendría que andar a la caza de un hombre con el que compartir mi vida.

—No es ninguna tontería. Ahora que tengo con qué comparar, prefiero a los perros antes que a los hombres a cualquier hora del día.

—A propósito de los neandertales. ¿Cómo va la cosa? Por tu aspecto diría que te va asquerosamente bien.

Faye la miró a los ojos.

—Y así es.

—Me gusta verte así, aunque me figuro que no querrás pasarte el resto de tus días paseando perros. Pero fíjate lo que has conseguido en estos meses sin ese petardo.

Faye se quedó observando cómo uno de los golden retriever de la señora Lönnberg rociaba de orines un poste.

—Tengo una propuesta que hacerte —dijo—. Una posibilidad de inversión.

—¿No me digas? A ver.

—No, aquí no, ni de esta forma.

Señaló con la cabeza al perro babeante que había empezado a embestir al

schnauzer. Tiró de la correa para separar a los dos animales.

—¿Tienes tiempo de cenar este fin de semana? Quiero enseñarte mi plan de negocio.

—Claro. Con una condición.

—A ver.

—Que luego salgamos por ahí. Nos tomemos un vino, estemos un rato juntas, charlemos, liguemos... Yo reservo mesa. Y yo invito. Lo único que tienes que hacer es presentarte con ese plan y con esa sonrisa tan preciosa que tanto he echado de menos. Y preferiblemente, vestida con una prenda bien ajustada. Si no tienes ninguna, yo te la presto. Luego te mando algunas por mensajero. Ya es hora de que empieces a sacudirte el polvo. Pronto va a hacer falta un abrelatas para poder separarte las piernas. Sabes que se cierra si no se usa en mucho tiempo, ¿verdad?

Chris le lanzó un guiño y Faye le respondió con una amplia sonrisa. Salir una noche con Chris le parecía algo aceptable. Por fin empezaba a recuperar las ganas de vivir.

Cuando Jack, como de costumbre en el último minuto, llamó para preguntarle si podía quedarse con Julienne, Faye le dijo que no por primera vez.

—¿Por qué no?

—Porque voy a salir con Chris.

—Pero es que Ylva y yo nos vamos de viaje. Hemos reservado la suite del Seglarhotellet en Sandhamn.

—Pues qué suerte que tengan un bufé infantil tan magnífico.

—Pero...

—Nada de peros, Jack. Lo siento, no puedes llamar el viernes por la mañana para pedirme algo así. Pásalo bien en Sandhamn.

Sin escuchar sus protestas, Faye colgó el teléfono.

En el restaurante Teatergrillen el chef le hizo un gesto amable y la condujo hasta la mesa. Faye notaba las miradas en la espalda mientras recorría el comedor. Llevaba un vestido corto de color negro ajustado a la cintura y zapatos de tacón. Todo de Chris. Se había dejado el pelo suelto. Hacía una eternidad que no se sentía tan guapa.

Chris se levantó y se puso a aplaudir con gesto teatral. Los señores de

traje y chaleco y de barriga prominente las miraban mientras ellas se disponían a darse un atracón de ostras y paté.

—Por Dios, qué guapa estás.

—Tú tampoco estás nada mal. —Faye pasó la mano por el vestido de lentejuelas de su amiga.

—Chanel —dijo Chris, y se sentó—. Puesto que el plan era mezclar negocios y placer, yo creo que podemos empezar. Porque luego quiero emborracharme sin correr el riesgo de que me engañes y me metas en las locuras que se te ocurren. Nunca he tomado mis mejores decisiones después de beber mucho. Las más divertidas, sin duda, pero no las mejores.

Faye se sentó enfrente de Chris en el cubículo circular con sofás tapizados de terciopelo rojo.

Un camarero le llenó la copa mientras ella sacaba el folio que contenía su plan de negocio.

—Aquí lo tienes —dijo, y se lo pasó por encima de la mesa.

Chris desplegó el papel y leyó la única palabra que había escrito: «Revenge». Y empezó a reír a carcajadas.

—¿Qué...?

—¿Recuerdas lo que me dijiste cuando querías contratarme? Dijiste que yo entendía a las mujeres. Estos últimos meses me he dedicado a analizar las necesidades y los deseos de las mujeres. ¿Y sabes lo que quieren? Venganza. Por todas las hermanas que han hundido unos idiotas, por todos los maridos infieles que nos han tirado a la basura por otra más joven. Por todos los chicos y los hombres que nos han utilizado, que nos han minusvalorado y nos han engañado.

A Chris se la veía muy divertida.

—¿Y cómo te piensas vengar? —dijo, y tomó un traguito de champán.

Parecía rica e inteligente. Una combinación peligrosísima.

—Pienso demostrarle a Jack que soy más lista que él y quedarme con su empresa. Y lo haré construyendo un imperio. Con otras mujeres. ¿No has pensado en las empresarias fantásticas que tenemos en este país? Propietarias de grandes almacenes, agencias publicitarias y compañías financieras. Aunque, por desgracia, sean muy pocas, están ahí. Y han empezado a cobrar protagonismo. Voy a crear un modelo de negocio en el que yo seré propietaria del cincuenta y uno por ciento, y el cuarenta y nueve por ciento restante lo venderé a inversores. Incorporaré a cuarenta y nueve empresarias y les daré un uno por ciento del negocio. Iré a verlas una a una, les contaré mi historia,

escucharé la suya, y las convenceré de que inviertan. Pero lo más importante son las redes sociales. Todas las chicas que tengan Instagram y blog enlazarán a mi serie de Revenge, sencillamente porque estarán conmigo. No será ningún problema en absoluto crear algo que se convierta en viral en torno a este asunto.

—Pero ¿qué es lo que piensas vender?

Chris le hizo una seña al camarero para que le sirviera más champán. Había apurado la copa de tres tragos. Un grupo de hombres de negocios que ocupaba el cubículo de al lado había empezado a lanzarles miradas ansiosas, y Chris les dio la espalda.

—Perfume y productos para el cuidado de la piel —dijo Faye.

Chris asintió despacio, pero aún se la veía escéptica.

—Un mercado difícil —dijo secamente—. Más que establecido. La competencia es durísima. Y es un negocio que exige mucha inversión y mucho capital sobre todo en promoción y publicidad. Es un riesgo enorme.

—Sí. Todo eso ya lo sé. Y puede que esto se vaya al garete. Pero no lo creo. Y lo que quería preguntarte es si quieres ser mi primera accionista con un uno por ciento.

—¿Qué me costará?

—Cien mil coronas.

—¿Dónde tengo que firmar?

Chris levantó la copa hacia el camarero, que la llenó hasta el borde. Faye levantó también la suya. Sabía que Chris lo iba a entender. El primer uno por ciento ya estaba. Ya solo le faltaba el cuarenta y ocho restante.

Después de comer le pidieron al camarero que les preparase una mesa en el Riche. Las llevó por la cocina, la vía de escape que solo conocían los iniciados. Luces blancas, las órdenes de los cocineros por la ventanilla, el sonido de la vajilla, pasos acelerados.

El Riche estaba lleno, como siempre. Chris pidió enseguida una botella de cava. A aquellas alturas estaban demasiado borrachas para beber champán. Era tirar el dinero, y Faye prefería el *prosecco*. En una prueba a ciegas, ni siquiera notaría la diferencia, seguramente.

En la barra, una masa de gente se mecía borracha. La mayoría eran unos años mayores que ella. No era de extrañar que a aquel lugar lo llamaran «la cuneta de los divorcios». Era un mercado de carne fresca para los separados de mediana edad. Donde el tamaño de la cartera importaba más que el de la

polla. Y en el que mujeres con exceso de bótox trataban desesperadamente de aferrarse a la ilusión de que, bajo la iluminación adecuada, aún aparentaban veinte.

La botella apareció en un cubo de hielo, y Faye levantó la copa hacia Chris.

—Por la libertad —dijo, y sintió que sonaba más solemne de lo que pretendía.

El alcohol le había reducido la capacidad de distinguir entre lo importante y lo banal.

Pero Chris la miró muy seria a los ojos.

—Sí, aunque te ha costado unos años comprenderlo —dijo—. Pero ahora eres libre. Salud. ¡Por Jack! Que Dios se apiade de él.

Soltó una risita.

—¿Crees que puedo lograrlo? —dijo Faye, y dejó la copa en la mesa—. ¿Lo de Revenge?

—Yo creo que la primera parte, la de buscar inversoras, es lo fácil. Como has dicho antes, nos han engañado a todas. De una forma u otra. Todas queremos devolver el golpe y podemos identificarnos con tu mensaje, es una perspectiva genial de promoción y publicidad. La venganza vende.

Chris sonrió y apuró la copa. El camarero apareció al instante y la llenó. Allí estaban acostumbrados a las mujeres sedientas de vino.

—Llevará años. ¿Es de locos que esté dispuesta a invertir tanto tiempo en vengarme?

Faye sintió una punzada de duda.

—No. Sobre todo teniendo en cuenta lo que te ha hecho. ¿Empiezas a tener cargo de conciencia?

Antes de que Faye pudiera responder, Chris continuó con la copa en alto.

—No olvides que tú contribuiste a construir Compare. Sin ti, Jack y Henrik no lo habrían logrado jamás. Separarse, vale, pero no está bien dejar a tu compañera y madre de tu única hija en la pura ruina. Sobre todo después de lo que has hecho y de lo que has aguantado. Toda la mierda a la que te ha expuesto. Y no me refiero solo desde que os separasteis.

—Tienes razón. Sé que tienes razón.

—Un hombre no se habría planteado hacer lo que hiciste tú. Habría seguido adelante, no habría dudado un segundo.

En ese momento, apareció alguien junto al borde de la mesa. Faye levantó la vista. Un chico de unos veinticinco años la miraba a los ojos. Llevaba una

camiseta negra muy ceñida y pantalones oscuros. Tenía los brazos cubiertos de tatuajes. La cabeza rapada, los labios carnosos. Era insoportablemente guapo. Como Jack de joven.

—Perdonad que os moleste —dijo—, pero mis amigos y yo nos hemos cansado de estar en la barra apretujándonos con los demás perdedores. Nos preguntamos si podemos buscar asilo en vuestra mesa. O al menos, un permiso provisional de residencia.

Unos metros más allá saludaban otros dos chicos.

—Espera un momento —dijo Chris.

—Claro, espero —dijo, y se volvió con sus compañeros.

Chris se echó a reír.

—¿Qué me dices? —preguntó.

Faye se encogió de hombros.

—¿Por qué no?

—Porque hace tan solo unos meses habrías pensado que sería una vergüenza estar aquí sentada con unos chicos tan jóvenes y tan guapos.

—Entonces estaba casada. Además, los hombres siempre se han relacionado con mujeres más jóvenes sin avergonzarse. Ya es hora de que nosotras empecemos a hacerlo también, y...

Guardó silencio al descubrir que Alice la estaba mirando. Estaba sentada con un grupo de gente unas mesas más allá. Al ver que Faye la había visto, apartó la mirada.

—En fin, sí, que vengan, lo pasaremos bien —dijo, y alzó la copa.

Sentía la mirada de Alice ardiéndole en el costado mientras le servían más cava, y notó que en la mesa en la que estaban se ponían a cuchichear.

Chris pidió otras dos botellas y se movió en el asiento para hacer sitio a los chicos. Los tres tenían los ojos grandes, eran simpáticos e impresionantes. Faye pensó que los hombres de esa generación eran distintos a los de la generación de Jack. Para ellos las mujeres con éxito no eran nada aterrador. Las trataban con curiosidad amable y empezaron a hacer preguntas sobre el negocio de Chris. Y solo mostraban admiración por lo que había conseguido.

Al mismo tiempo, Faye comprendía el encanto que tenía el hecho de verse rodeada de gente joven y guapa. Era embriagador.

La conversación fluía con facilidad. Se mantenía en la superficie. Nada era complicado para aquellos chicos a los que la vida aún no había cargado con sus pesadumbres. Flirteaban sin cortarse un pelo. A Faye se le sonrojaban las mejillas, tanto por el vino como por los cumplidos. Era consciente de que

Alice y sus acompañantes no apartaban la vista de lo que ocurría en su mesa. Ni todo el bótox del mundo habría podido ocultar el espanto que reflejaban sus caras. La cuestión era si luego podrían bajar las cejas.

Jack se sorprendería, la criticaría, pero no podría hacerle daño. Ya no tenía nada que ver con lo que ella hiciera. Ni con quién lo hiciera. La idea la embriagó más aún que el vino. Y por primera vez en muchos meses, sintió un calor entre las piernas. Agarró al chico de la camiseta negra, el que se les había acercado a la mesa, y lo besó. Se mojó toda solo de sentir el roce de su lengua, las manos de él en los muslos. Sin dejar de mirar a Alice en ningún momento.

El beso duró solo unos segundos. Cuando sus caras se separaron, Faye asintió sin apartar la vista de Alice, levantó la copa y la alzó como brindando. Alice la miró un instante, pero luego le dio la espalda ostensiblemente y dirigió la mirada a su vecina en la mesa.

—¿Cómo te llamas? —Faye rio, y centró su atención en el chico de la camiseta negra.

Se le notaba en la mirada que quería acostarse con ella, y al bajar la vista, Faye descubrió el bulto que se adivinaba en la entrepierna. Tuvo que contenerse para no acariciarle el miembro empalmado allí mismo, por debajo de la mesa del Riche. Lo que sí hizo fue inclinarse hacia delante, para que el joven tuviera una vista más amplia de su escote. Sabía que se le notaban claramente los pezones, que apuntaban duros por debajo del tejido. Como de costumbre, Chris la había convencido de que pasara del sujetador.

—Robín —dijo él al tiempo que le miraba los pechos—. Me llamo Robín.

—Yo me llamo Faye. Y esta noche pienso irme contigo a casa.

Dicho esto, se inclinó hacia delante y volvió a besarlo.

Faye se despertó con un dolor de cabeza monumental. Los recuerdos de la noche anterior le pasaban por la cabeza como rayos mientras se estiraba. La mano se topó con un brazo tatuado, duro de tanto músculo. Faye se levantó de la cama, se acercó a una ventana y miró la calle. Un aparcamiento y unos bloques de pisos. El cielo se veía gris moteado.

A su espalda, el chico del brazo tatuado empezó a moverse. ¿Robert? ¿Robín?

—¿Qué hora es? —preguntó adormilado.

—Ni idea —dijo Faye—. Pero seguro que es hora de que me vaya.

Se sentía incómoda en aquel apartamento minúsculo de Solna.

—Lástima.

El chico se estiró en las sábanas de color negro y la miró con ojos de perro. A la cabeza de Faye acudieron entre las sacudidas de dolor nuevos flechazos de imágenes de la noche pasada. Por Dios, el tiempo que hacía que no se acostaba en una cama sencilla de un apartamento enano con todos los ingredientes del soltero: mesa de cristal, sofá negro de piel, palmera de yuca y la obligada colección de botellas de vodka Absolut en un estante de la pared. Los chicos jóvenes parecían capaces de resistir todos los caprichos de la moda.

—¿Ah, sí, te parece una lástima? —dijo, mirando alrededor en busca de su ropa—, ¿Qué vas a hacer hoy?

—Pensaba relajarme. Ver el fútbol un rato.

—Relajarte. —Faye lo imitó sin poder contenerse—. Sintiéndolo mucho, esta anciana hoy no tiene tiempo de relajarse. Tengo que volver a casa.

—Tú no eres ninguna anciana... —El chico le sonreía, adorable y *sexy* al mismo tiempo—, Pero me darás tu número, ¿no?

—Lo siento, rey. Lo he pasado muy bien, pero en estos momentos no me interesan nada los hombres.

Ella misma se dio cuenta de que aquello sonaba a amargura. La noche anterior se le antojaba lejana, la resaca le retumbaba en la frente y se notaba la lengua almidonada.

Él se rio y le lanzó un cojín. Ella se apartó de un salto.

—Eres muy *sexy*, ¿lo sabías? —le dijo Robín.

Se levantó de la cama. Desnudo. Los abdominales la miraban relucientes. Ella posó la mirada sobre él. Se le había olvidado lo rápido que recargaban los chicos jóvenes. La noche estaba sumida en una niebla, pero Faye recordaba que había perdido la cuenta de cuántas veces lo habían hecho.

Él empezó a caminar hacia ella, que retrocedió sonriendo hasta la ventana. Notó el cristal fresco en el trasero. Robín la besó. Se le pegó. Ella sintió el miembro empalmado en el muslo. Su cuerpo gritaba pidiendo más. Se sentó en el alféizar de la ventana. El chico le recorrió con la boca todo el cuerpo. La mordisqueaba, la besaba, le hacía cosquillas. Los muslos, las ingles, el vientre. Ella soltó un gemido, le agarró la cabeza y la empujó entre las piernas. Se echó hacia atrás y se permitió simplemente disfrutar. Sin sentir que necesitaba ser complaciente. Él estaba feliz de poder satisfacerla a ella, se encendía viéndola disfrutar. Algo que Faye llevaba tiempo sin

experimentar.

Cuando se corrió, le acarició a Robin la nuca y se rio de buena gana. Era un nuevo período en la vida, ahora le tocaba disfrutar a ella.

Faye miraba por la ventanilla, los árboles pasaban volando. Iba en el tren a Västerås, con los bocetos en un maletín. Ayer dejó el cuidado del negocio de los perros en manos de Kerstin, y ahora iba a ver una empresa que diseñaba envases.

Sus productos tenían que ser buenos, pero había algo más importante aún si quería triunfar de verdad. Las redes sociales. Todo consistía en que el mensaje llegara, en ser visible en medio de la masa, en convertirse en viral. Y el envoltorio era una forma sencilla de despertar el deseo de tener algo y de conseguir que *influencers* importantes hicieran publicidad de sus productos en Instagram y en Facebook. El producto debía conseguir que el consumidor se sintiera elegido, y tenía que quedar bien en fotografías hechas con los móviles.

Faye había decidido que los botes de crema para la piel serían negros, y que la tapa redonda iría decorada con una erre dorada y sinuosa. Pero el envoltorio no se reducía al aspecto del recipiente. Debía haber un relato detrás. Todos los productos de éxito lo tenían. Como la Eight Hour Cream de Elisabeth Arden. No tenía la menor importancia si era verdad o no que hubiera fabricado aquella crema para curarle la pata a uno de sus caballos de carreras y que la herida se hubiera curado en ocho horas. Lo único que importaba era que los clientes *quisieran creer* aquella historia. A todo el mundo le gustaba un buen relato. Y Faye tenía uno cojonudo.

Mientras el tren cruzaba la región de Mälardalen la embargaba una felicidad pura y cristalina. Aquello era lo que había añorado: poder construir una empresa desde la base. El sueño que Jack le había robado. Sin que ella protestara. ¿Cuándo habría sido la primera vez que Jack le fue infiel? ¿Le habría sido fiel alguna vez? ¿Siquiera cuando ella estaba segura de que la quería y la deseaba?

Llevaba un tiempo preguntándose por qué Jack la habría sustituido por una mujer como Ylva, que trabajaba fuera de casa, cuando él quería que ella se quedara en el hogar, pero había empezado a comprender que para los hombres como Jack lo interesante era la caza. Siempre querían algo nuevo con lo que jugar.

También comprendió que Jack había disfrutado con el poder. El hecho de

haberla convertido en una persona que no era ella en realidad.

Jamás volvería a permitir que ningún hombre se convirtiera en su dueño.

Una fina lluvia caía sobre Västerås cuando se bajó en la estación. Encontró un taxi, se subió y le dio la dirección al conductor. Västerås era mucho más grande que Fjällbacka, pero por alguna razón la gente de allí le recordaba su ciudad natal. Antes siempre reprimía esos recuerdos cuando le afloraban a la memoria. Pero tras las turbulencias de los últimos meses, algo había cambiado. Las personas de su infancia y su adolescencia desfilaban a menudo por sus recuerdos. La mirada de su padre cuando algo no estaba como él quería. La expresión resuelta de Sebastian. El accidente que había afectado a todo el pueblo. Los brazos pálidos de su madre y su llanto desesperado. Las miradas de los compañeros de clase después de lo que ocurrió más tarde. Compasivas. Curiosas. Entrometidas.

Todo aquello lo había dejado tras de sí. Pero ¿llegaría a librarse realmente de esas imágenes algún día?

Mientras se perdía entre los recuerdos, el taxi se había detenido. El taxista se volvió hacia ella. Faye veía cómo se movía la boca, pero no oía un solo sonido.

—¿Perdón?

—¿Con tarjeta o en metálico?

—Tarjeta —dijo mientras buscaba la cartera en el bolso.

Cuando se bajó del taxi, vio el edificio beis de una fábrica que se alzaba ante ella. La lluvia había remitido un poco, pero aún caían unas gotas frías y diminutas. Abrió la puerta y entró en un vestíbulo. Una recepcionista con el pelo permanentado y teñido de rojo, que estaba completamente concentrada en limarse las uñas, levantó la vista.

—Bienvenida —dijo la joven, aunque pareció que quisiera decir «por favor, sácame de aquí».

—Gracias, tengo una cita con Louise Widerström Bergh.

La recepcionista asintió. Tecleó algo en el ordenador.

—Puedes sentarte ahí. —Señaló un sofá junto a la ventana—. ¿Un café?

Faye meneó la cabeza. En el alféizar de la ventana, detrás del sofá, había una pila de revistas. Eligió un ejemplar de *Se&Hör* de hacía tres semanas y empezó a hojearlo. Según un artículo, John Descentis había roto con su novia. Faye examinó la foto. Era la misma mujer con la que estuvo en el Riche. Se llamaba Suzanne Lund, al parecer. La periodista aseguraba que era modelo y, además, cantante.

«No es fácil convivir conmigo», declaraba John en una cita. No, claro, ¿y con quién demonios lo es?, pensó Faye, y recordó el polvo desesperado e insulso del cine. Lo sucio y lo asqueroso de aquello. Recordó que, en aquel momento, ella creía que no merecía otra cosa. Ahora desearía habérselo contado a Jack, haber podido tirárselo a la cara. Estuvo a punto varias veces, pero se abstuvo. Por miedo a que él respondiera solo con indiferencia.

Se oyeron pasos en el pasillo. Una mujer con blusa y pantalón de traje se acercaba a ella. Un talante frío, una mirada que la examinaba de pies a cabeza.

—Louise Widerström Bergh —dijo la mujer, y le dio una mano floja y algo húmeda.

—Faye. Faye Adelheim.

En el mismo momento en que entraron en el despacho, le sonó el teléfono.

Era Jack. Seguramente, querría echarle una bronca por su actuación en el Riche. Rechazó la llamada y sacó los bocetos. Ella no sabía dibujar bien, pero Chris le había ayudado y lo haría hasta que pudiera contratar a un profesional. Louise se había sentado detrás del escritorio, mientras que Faye se acomodó en la silla para las visitas.

—Esto no debería entrañar ningún problema —dijo Louise, y se plantó unas gafas en la nariz—, ¿Un proyectito entretenido con el que pasar el tiempo?

—¿Perdón?

—Bueno, como comprenderás, sé quién eres. Supongo que es para alguna fiesta o algo así.

Faye respiró hondo.

—Quiero treinta mil unidades de cada uno de los tres envases que ves en estos bocetos. ¿Puedes hacerlos o debería acudir a otro proveedor?

Louise arrugó el morro.

—¿Treinta mil unidades? ¿De esto? Supongo que tendrás garantías, ¿no? El mercado de este tipo de productos está saturado, ¿entiendes?, y no podemos permitirnos un descubierto por una mercancía que no podamos cobrar después, espero que lo comprendas. En fin, si siguieras casada, la situación sería totalmente distinta. Jack Adelheim es buena garantía de pago, pero ahora estáis separados, por lo que sé...

—¿No has leído la descripción del concepto de negocio que te envié por correo electrónico? ¿No comprendes la condición única del producto que voy a ofrecer a un mercado de lo más exigente?

Faye sintió el ardor de la frustración en la garganta.

Louise Widerström Bergh resopló y se quitó las gafas. Le sonrió con condescendencia.

—Ya, pero, como te he dicho, creía que se trataba de algún tipo de fiesta temática. Sé muy bien la vida que lleváis las señoras del barrio de Östermalm, y no puede decirse que se corresponda con la realidad de las demás mujeres. Sinceramente, yo creo que la idea de vender una marca basada en una especie de *girl power* indica que estás totalmente en tu mundo. Eso solo os lo podéis permitir en la capital. Aquí, en las afueras, dejamos que las mujeres sean mujeres y los hombres, hombres. Lo siento, pero no pienso arriesgarme a producir estos envases para luego tener que perseguirte y cobrar a través de la agencia de impagos.

Empezó a reírse, y Faye se levantó. Sentía un golpeteo en las sienes.

—Lo cierto es que dispongo de capital con el que pagar todo el encargo por adelantado. Y si la cosa va como yo creo, habría podido convertirse en una fuente de ingresos buena y regular para vuestra empresa. Tal vez hubiera podido costear un par de viajes extra al año para ti y tu familia. O una casa de verano junto al mar. O aquello con lo que sueñes tú, sea lo que sea. Pero ahora buscaré otra empresa. Y costearé la casa de veraneo de otro, o su viaje navideño a las Maldivas. Y créeme, les pediré que te manden una postal desde allí.

Se dio media vuelta y se fue. A su espalda notaba las miradas de Louise como agujas.

Faye tenía veinte llamadas perdidas de Jack, pero esperó a llamarlo hasta que el tren hubo salido de Västerås. Después de un largo discurso de los de «¿Qué coño te crees que estás haciendo?», empezó a darle la tabarra con lo impropio que resultaba relacionarse en público con un tío que era un caso típico de asuntos sociales.

—Pero vamos a ver, ¿por qué estás tan enfadado, en el fondo? —preguntó Faye cuando él paró para tomar aire.

La irritación y la frustración provocadas por el fracaso de la reunión aún persistían.

Al otro lado de la ventanilla, el paisaje iba pasando cada vez más rápido. La ira de Jack no provocó en ella ningún sentimiento en absoluto. Cerró los ojos y recordó la noche con Robín. Finalmente, y en contra de lo que dictaba el sentido común, le había dado el número de teléfono, y ya tenía cinco mensajes suyos en los que describía cosas que quería hacer con ella. La voz

de Jack se abrió paso por entre sus fantasías, y Faye abrió los ojos irritada. El seguía dándole la murga con voz chillona y quejumbrosa. Como un niño al que le hubieran arrebatado su juguete favorito.

—Te vas al Riche a morrearte con un chico que habría podido ser tu hijo. En público. Con ese tipo de basura ensucias mi persona.

—Ah, ¿te refieres a Robín? Tiene veinticinco. Y yo treinta y dos. Así que debería haberlo tenido a los siete años. A ti te gustan los números, ¿no, Jack?, pues mira: entre Ylva Lehndorf y tú hay más diferencia de edad que entre Robin y yo. ¿Qué te parece?

—¡Pero, joder, no es lo mismo!

—¿Por qué no? Qué curioso.

—Por lo menos yo no me comporto como una puta de mierda en un bar, sin pensar en la reputación de la familia.

—No, es verdad, tú solo te la follaste a mis espaldas en nuestra casa, en nuestra cama. Y, sinceramente, no sé de qué familia me hablas, Jack.

El masculló algo. Un poco más sumiso.

—En fin, qué más da, joder, pero no vuelvas a hacerlo.

—Yo hago lo que quiero, Jack, ni más ni menos. Tú no tienes potestad para decirme cómo debo vivir la vida, con quién me acuesto o dónde. Adiós, Jack.

Y colgó el teléfono. Cerró los ojos. Sintió la lengua de Robin aleteándole en el clítoris. El teléfono emitió un pitido. Otro mensaje de Robin. Faye dudó un instante, pero luego se lanzó con una respuesta: «Voy camino de vuelta de Västerås. Estaré en tu casa dentro de un par de horas. ¿Quién puede rechazar semejante propuesta?».

Faye tomó otro trago de vino. Podía sentir la mirada de varios de los clientes del restaurante Sturehof, pero no hizo caso. Deja que se pregunten qué habrá pasado entre Jack y yo, pensó, deja que cuchicheen todo lo que quieran. Un día se van a enterar de quién soy.

Para encontrar un nuevo colaborador ahora que Louise Widerström Bergh se había negado, necesitaba demostrar que contaba con inversores. Inversores que no solo iban a participar con capital, sino que también contribuirían al mito de Revenge.

Faye había coincidido con Sophie Duval en varias ocasiones, en compañía de Jack. Siempre había sido de lo más efusiva con ella, y sería una

primera inversora perfecta, después de Chris. Era un personaje archiconocido en el mundo de los negocios, era joven, guapa y objetivo permanente de los medios. Era la mujer que copaba todos los titulares, cada vez con un hombre nuevo a su lado, siempre hablando de una nueva inversión.

A Faye nunca le gustó Sophie, pero esto eran negocios, y estaba convencida de que podría convencerla del valor de invertir en Revenge.

Faye ya se había tomado la primera copa cuando llegó Sophie.

—Una copa de champán, por favor. Y hoy creo que me apetece una bandeja de marisco —dijo sin mirar al camarero mientras se sentaba.

Se apartó de un solo movimiento la negra cabellera y se volvió hacia Faye.

—¡Qué alegría que me hayas llamado! La última vez que nos vimos fue en Cannes, en el cumpleaños de Oscar, ¿verdad?

Antes de que Faye pudiera responder, Sophie ya se había dado media vuelta para, con una palmada, reclamar la atención del camarero.

—Cómo pueden tardar tanto en traer una copa de champán. —Miró con encono al camarero, que se acercó corriendo con una copa y una botella—. Puede que todavía no sean las «champán en punto», pero llegué ayer de Hong Kong, así que yo sigo funcionando con el horario de allí.

Faye suspiró para sus adentros al oír la risa chillona de Sophie. Pero si invertía, podía ser todo lo artificial que quisiera.

La bandeja de marisco llegó al mismo tiempo que la trucha ártica de Faye.

—Pooooor Dioooooos, qué rico está esto —dijo Sophie, antes de engullir con fruición una ostra—. Mejor que la cama, en mi opinión.

Tomó un buen trago de la tercera copa de champán y luego miró a Faye.

—Cuéntame, querida, ¿cómo te va? ¿Has aterrizado ya? Las separaciones nunca son agradables, quién va a saberlo mejor que yo. Vi a Jack con Ylva en Bastad el fin de semana pasado y la verdad es que son encantadores. Y por lo que dicen, la pequeña Julienne es una monada. Bueno, estaban apenadísimos de no haberse podido poner de acuerdo contigo para quedarte con la pequeña.

Se limpió la boca con la servilleta de hilo.

—Si quieres que te dé un consejo, en estas situaciones hay que pensar en el bien de los hijos, por triste y herida que una se sienta. —Sophie puso la mano sobre la de Faye—, El bienestar de nuestros hijos es lo más importante de todo, ¿verdad?

Faye tragó saliva varias veces, no podía dejar entrever lo irritada que

estaba. Aquel fin de semana le tocaba a Jack, pero él le mandó un mensaje con tres horas de margen para decirle que, sintiéndolo mucho, no podían quedarse con Julianne por culpa de un repentino viaje de trabajo.

Le sonrió a Sophie. Lo más importante era no perder de vista el objetivo, conseguir el dinero y los inversores que necesitaba.

—Gracias, Sophie —dijo, y se inclinó para sacar la carpeta con el folleto de Revenge.

Sophie se sirvió medio bogavante y agitó la mano con gesto disuasorio.

—Primero vamos a comer un poco, ya veremos los negocios después.

Faye volvió a dejar la carpeta en el bolso y, algo contrariada, tomó un bocado de la trucha. Empezaba a perder el apetito, pero Sophie estaba como absorta en la comida. Se chupaba ruidosamente los dedos y, de vez en cuando, cada vez que veía a algún conocido, gritaba «¡Hoooola, cariño!».

Le dio tiempo de pedir otras dos copas de champán antes de haber dado cuenta de la bandeja, y entonces se retrepó en el asiento satisfecha.

—Bueno, ¿qué me dices? ¿Quieres que hablemos de negocios ahora? —dijo Faye, y alargó el brazo en busca de la carpeta.

—Por supuesto, querida —dijo Sophie.

Echó un vistazo al reloj.

—Pero por Dios santo, ¡qué tarde es! ¡Voy con retraso a la siguiente cita! ¡Querida! Ha sido maravilloso, sencillamente. ¡Tenemos que quedar otra vez! Llama a mi secretaria y ya verás como encontramos otro hueco. Pero cuenta con que no será hasta dentro de tres o cuatro semanas, próximamente estaré en París, Londres, Nueva York y Dubai. ¡Madre mía, puede decirse que, hoy por hoy, vivo en la sala vip del aeropuerto de Arlanda!

Otra risa chillona, y desapareció.

Faye se quedó allí sentada muda de asombro. Con una cuenta que ascendía a lo que ella gastaba en una semana.

Al principio Faye no supo identificar la sensación de vacío que experimentaba. Luego lo comprendió. Era la resignación. Por primera vez en su vida, sentía una resignación profunda y poderosa.

Julianne dormía a su lado plácidamente. Las pestañas parecían abanicos sobre las mejillas, tenía la expresión relajada y apacible, y arrugaba un poco la naricilla en sueños. Exactamente la misma expresión que cuando era pequeña y dormía en la cuna. Faye se reía entonces al verla, pensaba que

parecía un conejillo arrugando el hocico. Pero ahora solo tenía fuerzas para una leve sonrisa. No podía con su alma de cansancio, las reuniones con Louise y Sophie la habían dejado hecha trizas.

No sabía qué esperaba. Como era lógico, no podía contar con que todas las mujeres, por el mero hecho de serlo, comprendieran automáticamente lo que perseguía, lo que quería decir. Pero aunque fuera una ingenuidad, era lo que ella había esperado. Ahora no sabía exactamente cómo recargar las baterías. Aún faltaba la reunión más importante. ¿Y si esa también fallaba? Entonces todo se vendría abajo. No podría llevar a cabo lo que se había propuesto. Jack podría seguir con su vida, incólume, sin tener que pagar ningún precio. La sola idea la encendía de rabia.

El ruido que hacía Kerstin en la cocina interrumpió sus cavilaciones. Kerstin había insistido en preparar la cena, y Faye sabía perfectamente que haría uno de sus platos favoritos. Seguramente, col rellena.

Julienne había cenado antes de dormirse, Kerstin quería poder hablar tranquilamente las dos solas. En cuanto vio a Faye entrar por la puerta aquella tarde comprendió que venía desinflada. Normalmente, Kerstin solía animarla, pero esa noche Faye se preguntaba si no fallaría. La duda se aferraba a ella como una arcilla pegajosa.

Julienne se revolvió nerviosa en sueños. Por lo general, nunca la dejaba dormir en su cama, pero esa noche quería tener cerca a su hija. Cenaría con Kerstin, hablarían de lo ocurrido y luego se metería otra vez en la cama con Julienne, y se dormiría al compás de su respiración. Observó a la pequeña, que descansaba con su camisón blanco con un unicornio estampado, le puso en el pecho la palma de la mano y notó cómo le latía el corazón. Bum. Bumbum. Bumbum. Poco a poco, su corazón empezó a acompasarse al mismo ritmo. Y eso le aclaró las ideas. Desde la cocina se oía a Kerstin trajinando con sartenes y cacerolas. El olor a comida se extendió por el dormitorio, y Faye oyó cómo le rugían las tripas. Una vez más, notó en la mano los latidos de la pequeña. Bum. Bumbum. Bumbum. La resignación y la frustración del mal resultado de las reuniones celebradas hasta ahora se fueron esfumando gradualmente. En realidad, todavía no estaba todo perdido. Aún le quedaba la reunión más importante. Y no tenía intención de fracasar.

Faye avanzaba como podía por las calles adoquinadas en dirección a Blasieholmen. Tomó conciencia de que estaba nerviosa. La reunión con Irene

Ahrnell era de capital importancia. A través de su agencia de inversiones, Ahrnell Invest, era propietaria de buena parte de tres de las cadenas de grandes almacenes más importantes de Suecia. Aparte de invertir en Revenge, podría, a través de los grandes almacenes, colocar los productos en el mercado. Ya desde el principio, Faye supo que Irene podía decidir si Revenge sería un éxito o solo uno más de los miles de proyectos fracasados de productos de belleza y perfumería.

En realidad, era un mercado de locos. Uno de los más difíciles que existían. Sobre todo para alguien como Faye, que no tenía la menor experiencia ni tampoco ninguna base en ese ámbito.

Aunque las reuniones con Louise Widerström Bergh y Sophie Duval no habían ido como ella quería, Irene Ahrnell era mucho más trascendente para el éxito o el fracaso de su proyecto. Con el apoyo de Irene, todo sería posible. Incluso en el plano internacional.

Faye se había informado sobre Irene Ahrnell hasta saberlo todo de ella. Se crio en Gotemburgo, hija de padres acaudalados, estudió en Yale y en Oxford. Donaba sumas generosas a organizaciones de mujeres y apoyaba proyectos empresariales de mujeres. Contaba con una red impresionante, que se extendía por toda Europa y llegaba a Estados Unidos. El hecho de que a Faye le hubieran concedido una cita se debía seguramente a que Irene tenía curiosidad por conocerla, después de todos los cotilleos sobre la separación de Jack.

Con independencia de las razones, tenía su reunión. Le daba exactamente igual cómo y por qué. Lo que venía ahora dependía de ella.

Ahrnell Invest se encontraba en la quinta planta de un hermoso edificio cuyos orígenes se remontaban a principios del siglo XIX. La vista al mar era espléndida. A Faye le pusieron un café en la mano y la condujeron a una salita de reuniones.

Alrededor de la mesa había seis sillas. Faye se quedó de pie, sin saber dónde sentarse. Había planeado un comienzo audaz. La cuestión era cómo reaccionaría Irene Ahrnell. Existía el riesgo de que lo viera como algo poco profesional. Pero, gracias a la reunión con Sophie, había comprendido que no podía permitirse que la rechazaran. Necesitaba empezar con fuegos artificiales y reclamar la atención que merecía. No esperar amablemente a que se la concedieran.

Faye notaba cómo le corría el sudor por la espalda. Y empezó a hacer precisamente lo que no debía en aquellos momentos. Dudar y cuestionar.

Cuestionarse a sí misma y cuestionar la idea en general.

Irene entró en la sala vestida con un traje de chaqueta y pantalón azul marino. Una blusa de seda color crema asomaba por debajo. Faye supuso que era una blusa de lazo de Vesna W. Ella misma estaba deseando poder comprarse una así, pero no podía permitírsela hasta haber reunido el capital inicial para el negocio. El traje de Stella McCartney que llevaba puesto se lo había prestado Chris. Dos meses atrás, el pantalón no le habría pasado de las rodillas, pero ahora le quedaba como un guante. No se había atrevido a preguntarle a Chris lo que costaba.

Irene colocó en la mesa una taza de café del mismo modelo que la de Faye y le dio la mano.

—Irene —dijo con tono neutro—. Tenemos diez minutos, luego he de irme.

Las patas de las sillas arañaron el suelo y las dos se sentaron, una enfrente de la otra.

Faye respiró hondo para aplacar los nervios. Se recordó por qué estaba haciendo aquello. Invocó la imagen del culo de Jack empujando entre las piernas de Ylva, en su casa, en la cama de ambos.

—¿Cuántas veces te ha engañado un hombre a lo largo de tu vida? —preguntó Faye, y se obligó a mirar a Irene a los ojos.

En la retina aún seguía la imagen de Jack. Los latidos se fueron ralentizando. La inseguridad desapareció. Había disparado la primera salva.

Irene parecía aturdida, pero se repuso rápidamente. Su expresión pasó de la sorpresa a la ofensa.

—Esa es una cuestión que considero demasiado privada para responderla en este contexto.

Parecía ir a levantarse de la silla.

Faye la retuvo con la mirada. Se negaba a dejarse intimidar por la primera reacción de Irene. Tenía intención de impactar, y ahora no cabía la menor duda de que había captado la atención del inversor. Se inclinó hacia delante y cruzó las manos sobre la mesa.

—La respuesta a esa pregunta es la base de mi concepto de negocio —dijo Faye—, Pero, en primer lugar: toma nota de que no he preguntado *si* te han engañado. He dado por hecho que sí. Y ¿por qué es algo tan vergonzoso que te hace reaccionar así? No eres tú quien ha hecho algo mal.

Irene se irguió y se inclinó hacia delante. Se la veía divertida y, al mismo tiempo, un tanto impresionada. Pareció tomar una decisión.

—Dos veces —murmuró.

Se le relajaron los rasgos de la cara por un instante, pero se recompuso enseguida. Fuera, en la avenida de Strandvägen, se oía el claxon iracundo de unos coches.

Faye asintió.

—Y desde luego, no eres la única. A las mujeres, con independencia de su posición social, las ha engañado un hombre por lo general una vez en la vida, como mínimo. Y aun así, somos nosotras las que nos sentimos avergonzadas. Las que nos preguntamos qué error *cometimos*. ¿Por qué?

—No lo sé. ¿Lo sabes tú?

Era evidente que había conseguido despertar el interés de Irene. La puerta estaba entornada, y Faye necesitaba poder cruzarla. Y que la invitaran a quedarse.

—Pues verás, he tenido motivos para reflexionar al respecto —dijo—. Es porque resulta humillante que te desechen y te abandonen. Unas veces porque nuestros hombres encuentran a otra persona con la que quieren compartir el resto de sus vidas, otras por un polvo cutre de hotel durante un congreso en Örebro. El amor, los hijos, el tiempo y el trabajo que hemos invertido... Todo eso se puede ir al garete por un polvo en plena borrachera en el marco de un congreso. Somos sustituibles. Y ni siquiera parece que se arrepientan. Ni tienen el sentido común de avergonzarse. Es como si pisotearnos fuera un derecho que les pertenece. Y tienen una red invisible a la que no nos permiten acceder. Donde se conceden mutuamente ventajas que nunca nos dan a nosotras. Porque nos consideran inferiores.

Irene no dijo nada cuando Faye hizo una pausa para tomar aliento. Pero la dureza de su semblante se había dulcificado. Ahora se la veía llena de curiosidad.

—¿Has soñado alguna vez con vengarte de un hombre que te haya engañado, te haya pisoteado o te haya tratado mal? —preguntó Faye.

—Pues claro, como todo el mundo —dijo Irene, con un semblante que, de repente, parecía desnudo y vulnerable.

Faye adivinó que veía pasar imágenes por su memoria. Ese tipo de imágenes con las que uno tiene que convivir el resto de sus días, como heridas de guerra, solo que se encontraban en el corazón, no en la piel.

—¿Y llegaste a vengarte?

—No.

—¿Por qué no?

Irene reflexionó un poco.

—La verdad, no lo sé.

—Mi exmarido, Jack Adelheim, hombre de negocios, me engañó durante años. Con cuántas mujeres tuvo tiempo de engañarme es algo que ignoro. La primavera pasada lo sorprendí con su jefa financiera, Ylva, en nuestra cama. Y eso es solo una parte de la traición. En realidad, la menor. Yo le ayudé a construir su imperio. Puedo contarte toda la historia en otra ocasión, tomando unos vinos. Pero en resumidas cuentas, es a mí a quien tiene que agradecer gran parte de lo que tiene ahora. Aun así, no solo me ha engañado con otra, sino que además, me ha dejado sin blanca. ¿Y sabes qué, Irene? Rogué y supliqué que me permitiera perdonarlo para que todo volviera a la normalidad. Hasta ese punto habría querido salvar nuestra familia. A pesar de que él se lo había llevado todo. Mi carrera, mi hogar, mi seguridad, mi amor propio. Al final, decidí que se acabó.

—¿Y ahora?

—Ahora voy a recuperarlo todo. Y más.

—¿Cómo?

Habían cambiado los papeles. Irene hacía las preguntas. Un signo seguro de que le interesaba. Se inclinó más aún para acercarse a Faye.

—Dejando de sentir vergüenza —dijo Faye, y empujó sobre la mesa un boceto del envase de Revenge—. Y captando un colectivo enorme. Una comercialización inteligente que ponga el acento en un punto en el que nadie lo ha puesto hasta ahora. Marketing personal, llevado a sus últimas consecuencias. Contar una buena historia en relación con unos productos de calidad.

Irene sostenía el boceto en alto y lo examinaba con atención.

—¿Qué significa la erre?

—*Revenge*.

—Comprendo —dijo con una sonrisita—. ¿Para qué me necesitas a mí?

—Distribución y campañas publicitarias en los grandes almacenes de los que eres copropietaria. Del resto me encargo yo. Vincularé al proyecto a tantas mujeres de éxito como pueda, y he ideado una estrategia de campaña que no se parecerá a nada de lo que se ha hecho hasta el momento. Sobre todo, en relación con este tipo de productos. Y no te pido que inviertas en esto como una especie de contribución ideológica. Te he explicado el concepto para que comprendas el enorme potencial que tiene este proyecto. El colectivo al que van dirigidos nuestros productos no son solo mujeres, sino mujeres cansadas

de que las engañen los hombres.

A Irene le brillaban los ojos. Volvió a observar el boceto, pensativa.

Faye guardó silencio. La dejó reflexionar.

Había decidido no hacerle ninguna oferta, sino dejar que ella abordara esa cuestión. El porcentaje de acciones de Irene sería superior al uno por ciento que había pensado ofrecer a las mujeres que invirtieran. Irene recibiría más. Faye ya le había dado a Kerstin el cinco por ciento de la empresa. En realidad, ella le ofreció el diez, pero Kerstin lo rechazó.

—Quiero el diez por ciento —dijo Irene.

—Te doy el cinco —dijo Faye. Sintió que el corazón le latía en el pecho.

—Siete.

—Hecho.

Tuvo que hacer un esfuerzo para no ponerse a gritar y saltar de alegría. Lo que sí hizo fue ponerse de pie. Irene la imitó. Se encontraron en el centro de la sala y se estrecharon la mano.

Irene sacó una tarjeta del bolso.

—Llámame, para lo que necesites. Este es mi número directo. No tienes que pasar por la secretaria.

Cuando Faye salió a la calle, le vibró el móvil. En realidad, no quería que la molestaran, quería disfrutar del momento, pero al ver que era Chris, respondió.

—¡Está dentro, Chris! ¡Nada menos que Irene Ahrnell está dentro!

—Maravilloso —dijo Chris con entusiasmo—. Entonces, estarás contenta, ¿no?

—¿Contenta? —Faye echó a andar rumbo a la plaza de Stureplan—. Estoy superfeliz. «Revenge» estará en todas y cada una de sus tiendas. Y ha prometido involucrar a sus contactos internacionales si el lanzamiento tiene éxito en Suecia. ¿No comprendes lo maravilloso que es?

—Sí, claro. Pero ya lo celebraremos después. En estos momentos tengo aquí a dos personas que quieren hablar contigo.

—¿Aja...? —dijo Faye vacilante.

—Espera un poco, voy a poner el altavoz.

—Hola, Faye, me llamo Paulina Dafman —dijo una voz algo ronca—. Estoy aquí con una amiga, Olga Niklasson. ¿Tienes un momento?

A Faye se le disparó el corazón. Olga Niklasson y Paulina Dafman eran dos de las principales *instagramers* de Suecia. Las dos juntas sumaban tres millones de seguidores.

—Sí, claro.

—Verás, estábamos tomando un cava con Chris en el Grand Hotel. Olga y yo *adoraaamos* a Chris. Y ella nos ha contado lo que te pasó con ese cerdo infiel y nos ha hablado de tu idea de negocio, que nos ha parecido de lo más interesante. ¿Hay alguna forma de que nosotras participemos y te ayudemos con este asunto?

—¿Queréis participar?

—Pues claro que sí —dijeron las dos a coro—. Y seguro que podemos atraer a más tías estupendas con una buena cuenta corriente. Nosotras conocemos a todas las que son algo, ¿sabes?

—Eso es verdad —dijo Chris—. Me conocen a mí, por ejemplo...

Faye ahogó una risita.

Al colgar, dio un salto de alegría. Una señora mayor con un perrito en el regazo la miró sorprendida. Ella se limitó a corresponderle con una amplia sonrisa, y la señora apremió el paso.

Faye se detuvo un instante, vio su imagen en el escaparate de Svenskt Tenn y supo que estaba viendo a una ganadora.

TERCERA PARTE



Un ventilador zumbaba demasiado alto en alguna parte, mermaba un poco la sensación de lujo que el despacho de abogados trataba de transmitir.

Jack había pedido verla mientras estaba detenido. La representante legal de Faye resopló y meneó la cabeza cuando esta se lo contaba.

—No me explico cómo tiene el valor de pedir verte. ¿Cómo se le ocurre pensar que tú querrías verlo? Después de lo que ha hecho...

Faye no respondió. Sentada en la sala de reuniones, removía despacio el líquido de la taza. Observaba como hipnotizada los remolinos del té rojo, el torbellino con aquel centro que parecía engullirlo todo.

La representante legal le puso una mano en el hombro, como consolándola.

—El fiscal pedirá cadena perpetua. No existe riesgo de que le caiga menos, teniendo en cuenta las pruebas. Después del juicio, no tendrás que volver a verlo jamás.

—Pero ¿será posible demostrar algo? Sin su...

La voz de Faye se quebró.

—¿Sin el cadáver?

—Hay pruebas suficientes de todos modos. Y luego tenemos la agresión contra ti. Créeme, tardará mucho en salir.

Faye dejó de remover el té. Puso la cucharilla en una servilleta, se llevó despacio la taza a la boca. La bebida le quemó la lengua, pero ella agradeció el dolor. En la actualidad se había convertido en su amigo. El dolor habitaba en aquellas aguas turbias en las que ella guardaba todos sus secretos.

La periodista del diario financiero *Dagens Industri* pinchaba discretamente con el tenedor en la ensalada César. Faye se dio por satisfecha con un té verde. El dictáfono estaba colocado entre las dos, el botón de grabación estaba encendido.

—Desde luego, es un viaje increíble el que habéis hecho Revenge y tú —dijo Ingrid Hansson—. Después de divorciarte de Jack Adelheim, pasaste de ama de casa a directora ejecutiva y propietaria de una empresa que, según las previsiones, facturará este año más de un billón y medio de coronas. ¿Cuál es el secreto?

Faye se llevó la taza a los labios y tomó un sorbito.

—Trabajo duro, diría yo. E inversores expertos e involucrados.

—Pero todo empezó con el divorcio, ¿no?

Faye asintió.

—Cuando Jack y yo nos separamos, no sabía muy bien qué hacer con mi vida. Puse en marcha un negocio de acompañante de perros en el que trabajaba durante el día. Por las tardes, fui afinando mi plan de negocio.

—¿Fue un divorcio sucio, teniendo en cuenta el nombre? Me refiero a Revenge, claro.

Hizo la pregunta de forma neutral, pero Faye intuía que era una mina que podía explotar. A aquellas alturas, conocía bien el juego mediático. Los peores eran los periodistas que fingían ser colegas, que trataban de hacerse los simpáticos. Los que, después de apagar la grabadora, querían seguir charlando un rato *off the record*.

Solo que en el mundo de los medios de comunicación, nada era *off the record* ni servía decir «esto no lo escribas». Eran despiadados. Pero Faye sabía cómo utilizarlos. Cruzó las piernas y luego puso las manos sobre las rodillas. Ahora podía permitirse tener un armario de lujo, para ella la ropa era un uniforme, un equipamiento. Con esa ropa transmitía poder y éxito. Hoy había elegido una americana de Isabel Marant y una falda de Chanel. La blusa, en cambio, era una ganga de Zara. Le gustaba mezclar y no vestirse exclusivamente con prendas caras de diseño de pies a cabeza.

—Sucio, no. Pero sí difícil. Igual que todas las separaciones.

—¿Cómo describirías vuestra relación actual?

—Tenemos una hija, y compartimos más de diez años de nuestra vida. Y ahora que Compare cotiza en bolsa, supongo que compraré unas acciones.

—¿Ah, sí?

—Sí, yo participé en los primeros años de la compañía, es lógico que quiera apoyarla ahora.

Ingrid Hansson se limpió la boca.

—Entonces el nombre, Revenge, ¿no tiene nada que ver con el divorcio? —preguntó—. He oído muchos rumores de cómo vendiste la idea a tus inversores.

Faye se rio.

—Todos los buenos productos tienen detrás una buena historia. *Stories* que vuelan y se difunden a la velocidad del viento por internet y las redes sociales. No diré que eso haya sido un inconveniente. No es ni más ni menos que un modo inteligente de hacer negocio el encontrar un factor común que comparten muchas mujeres.

Ingrid asintió, cambió de tema y empezó a hablar de cifras clave, del último estado de cuentas, de la expansión internacional y de los prestigiosos premios que había logrado Revenge por su promoción. Así como una serie de preguntas sobre las inversiones privadas de Faye, sobre todo las inmobiliarias, que habían contribuido a incrementar rápidamente su fortuna. Faye compartía sin problemas información y consejos. No tenía nada que ocultar. Al menos, no en lo tocante a su economía.

Media hora después, la entrevista había terminado. Ingrid Hansson dejó el despacho de Faye, en el antiguo edificio noble de la calle Birger Jarlsgatan. Faye observó pensativa a la periodista desde el alféizar de la ventana y, contra su costumbre, se permitió unos minutos de descanso.

Una vez que empezaba a girar el carrusel, todo cobraba una velocidad de vértigo. Los tres años transcurridos desde el divorcio habían superado todas las expectativas. Revenge era un éxito monumental. Incluso mucho mayor de lo que ella habría podido soñar. Había subestimado el impacto que tendrían sus campañas y sus productos. A las mujeres les encantó el enfoque, y tan solo seis meses más tarde ya había grandes almacenes de Francia y de Gran Bretaña con licencia para vender sus productos. En Estados Unidos acababan de firmar un contrato con uno de los mayores distribuidores.

La verdadera irrupción de la marca vino de la mano de Instagram. La influencia que Paulina Dafman, Olga Niklasson y sus amigas *instagramers* ejercían sobre la nueva generación joven de mujeres había resultado ser mayor

de lo que ella se habría atrevido a esperar. Ellas eran el nuevo ideal para cientos de miles de mujeres de toda Suecia. Eran la Sophia Loren, la Marilyn Monroe y la Elizabeth Taylor de la década de 2010. Todo lo que llevaban, querían llevarlo las demás. Todo lo que compraban, querían comprarlo ellas. Como embajadoras de Revenge, habían escrito textos muy inspiradores *sobre girl power*, y habían hecho publicidad de productos que estaban en la línea de los vientos feministas que soplaban en Suecia. Revenge no había podido llegar en mejor coyuntura.

En momentos de cinismo, Faye podía preguntarse dónde estaba el mensaje feminista de las imágenes de un culo bien entrenado mirando a la cámara en biquini o en la publicidad de té de adelgazamiento. Pero Chris apuntaba tajante que a veces había que aceptar el feminismo que se ofrecía, y que el camino nunca era totalmente recto. Por lo demás, la red era un hormiguero de *influencers* masculinos que hacían fotos de su torso desnudo y publicitaban proteínas en polvo. Así que, en realidad, ¿dónde estaba la diferencia?

La tienda *online* que había lanzado, con un foro especial en el que las mujeres podían compartir su relato de cómo se habían vengado de sus maridos, no daba abasto para poder satisfacer la demanda. Y el foro estaba desbordado de historias. Todos los días entraban montones de relatos nuevos, parecían no acabar nunca. Otra herramienta que resultó ser decisiva fue Facebook. Pudieron dirigir sus anuncios directamente hacia el colectivo que querían alcanzar: mujeres conscientes y de alto nivel cultural y educativo. Clientes que, además, tenían recursos, lo que le permitía a la empresa imponer un precio más alto y aumentar el margen de beneficio en cada producto vendido.

En un principio, todas las ventas se hicieron a través de la red. Cuando llegó la hora de que los grandes almacenes de Irene Ahnrell incluyeran Revenge en su gama de productos, Faye comprendió que haría falta algo más para mantener la expectación y el misterio que se habían creado en internet. Se puso en contacto con una decena de artistas, escritoras y actrices y les pidió que diseñaran un envase cada una. Con total libertad artística. Apoyadas por una campaña enorme en las redes sociales. Y todo lanzado con el concepto mágico de *limited edition*.

Las jóvenes hacían cola delante de las tiendas para poder adquirir aquel producto de Revenge, que contenía impreso el mensaje de hermandad femenina que habían creado sus ídolos. De pronto llegaron a otros colectivos.

Dentro de las limitaciones de su modesto foro, habían creado una sensación de revolución.

Kerstin llamó la atención desde la puerta con una tosecilla.

—Hoy recoges a Julienne a las cuatro.

—¿Alguna reunión concertada antes de esa hora?

—No, querías tener la tarde libre.

—Exacto. Gracias.

—Nos vemos en casa esta tarde —dijo Kerstin, y cerró la puerta.

Parecía un poco más tensa que de costumbre, y Faye se preguntaba por qué. Luego cayó en la cuenta de que había visitado a Ragnar durante el almuerzo. Siempre volvía desanimada de esas visitas. Cuando Faye le preguntaba por qué seguía yendo a verlo, ella le respondía: «Después de todo, soy su mujer. Voy solo para que el personal no empiece a darme la tabarra llamando por teléfono. Además, me produce cierta satisfacción verlo allí postrado. Desvalido. Pero siempre sueño que un día le pondré el almohadón en la cara hasta que deje de respirar».

Faye volvió a mirar por la ventana. Al otro lado discurría el tráfico. No faltaba mucho para que llegara octubre, cuando Compare empezaría a cotizar en bolsa, después de años de especulaciones. Y cuando eso ocurriera, podría ponerse en marcha la segunda parte del plan. Tras años de duro trabajo, todo dependía de lo que hiciera próximamente. Echó mano del maletín, donde tenía un Dell recién comprado, y dejó el despacho. En el centro comercial y de ocio de Sturegallerian encontró un café, cuya clientela eran en su mayoría alumnos que se habían saltado las clases, todos ellos procedentes de los institutos de clases altas que había en la zona.

Los oía distraída: qué bolso de Gucci quería no sé quién para el cumpleaños y alguien que se quejaba de tener que ir con la familia a las Maldivas por Navidad, «allí no hay naaaada que hacer...». Pidió un café a una camarera algo indiferente, se sentó en un rincón, levantó la tapa del ordenador y se conectó a la red inalámbrica. Jack había tenido la misma contraseña desde que Julienne nació. Durante los años que estuvieron juntos no la había cambiado más de dos veces. Además, era nostálgico.

Al menos, siempre lo había sido.

Los primeros documentos de Compare estaban guardados en formato pdf en su dirección de Gmail. Pero el que pudiera acceder a ellos dependía de que la contraseña fuera la misma que la del ordenador, Julienne 100730. Faye se llevó a los labios la taza de color blanco y tomó un sorbito. Le temblaba la

mano. Todo lo que había hecho los últimos años la había conducido a aquel momento. Todo dependía de que Jack siguiera siendo un animal de costumbres, demasiado perezoso para cambiar la contraseña.

Escribió las letras y los números en el recuadro y pulsó «Entrar».

Contraseña incorrecta.

Lo intentó otra vez.

Contraseña incorrecta.

Ahogó un grito de frustración. Ese cerdo había cambiado la contraseña al final. Bajó de un golpe la tapa del ordenador y dejó la cafetería.

¿Qué podía hacer ahora? Era imprescindible que pudiera acceder al correo de Jack.

Diez minutos después, estaba de vuelta en el despacho. En el mismo momento en que cruzó la puerta, empezaron a caer las primeras gotas. Kerstin la miró esperanzada.

Faye meneó la cabeza.

—Dile a Nima que venga a mi despacho —dijo, y se apresuró en esa dirección.

Nima, un chico flaco como un fideo, pálido y con los brazos velludos, era el técnico informático de Revenge. Un incompetente social, pero absolutamente brillante para todo lo relacionado con las tecnologías de la información.

Faye se quitó el abrigo y esperó sentada ante su mesa.

Unos minutos después, apareció Nima en el umbral.

—¿Me necesitabas? —dijo.

Faye sonrió.

—Entra —dijo, y le señaló una silla.

Él se sentó. Empezó a retorcerse las manos, inquieto.

—¿Hay algo que esté mal?

—No, en absoluto —respondió ella, y le sonrió para tranquilizarlo—, Al contrario. Es que necesito que me ayudes con una cosilla. Es un poco embarazoso.

—¿Ajá...?

—Es Julienne, mi hija. Ya tiene ordenador, y estoy un poco inquieta por si estuviera entrando en páginas inapropiadas. Quiero poder controlar lo que hace con el ordenador. Una madraza, eso es lo que soy, todo me preocupa.

Nima asintió.

—Ya.

—¿Se puede hacer algo?

—¿Qué información te interesa conseguir?

—Su contraseña de Facebook y cosas así. Es normal preocuparse, los niños pueden ponerse a conversar con cualquiera, y son tan ingenuos...

Nima frunció el ceño.

—Facilísimo. Lo que puedes hacer es instalarle en el ordenador un *keylogger*. Así puedes verlo todo sin tener que registrarte tú en sus redes sociales.

—¿Cómo funciona un...?

—*Keylogger*. Pues sí, lo activas en su ordenador. Luego puedes descargarte todo lo que se haya escrito con el teclado cuando quieras, en un archivo de texto. Sencillamente, registra todas las teclas que haya pulsado. Así no tienes que acceder a su Facebook o a su Snapchat.

—¿Y no hay posibilidad de que lo descubra?

—No, si lo escondes entre otros ficheros. Como un fichero oculto. Y lo registra todo sin que se den cuenta.

—Estupendo. ¿Y cómo me hago con uno?

—Un momento —dijo Nima, y se levantó.

Volvió enseguida con una memoria USB de color negro.

Faye apartó la silla y él enchufó la memoria en uno de los puertos del ordenador y le mostró cómo podía instalarse.

—Yo también tengo hijos, así que sé perfectamente lo que quieres —dijo.

Faye lo miró sorprendida. Ni se había imaginado que tuviera pareja.

—No lo sabía.

—Astrid. Diez años, siempre en la red. Claro que uno se preocupa.

—Debías de ser muy joven cuando nació.

—Veinte. Planificado al cien por cien, curiosamente. Yo siempre he sido un viejo.

—¿Y sigues con...?

—Johanna. —Se le iluminó la cara al decir su nombre—. Sí, claro, estamos casados.

Faye enarcó las cejas. La gente nunca dejaba de sorprenderla.

Algo le hace el dinero a la gente. En la época en que Faye era todavía la señora Adelheim, los padres de los demás niños llamaban prácticamente todos los fines de semana para invitar a Julienne a merendar o a jugar. Se esforzaban

tanto que casi se lo hacían encima para que pareciera que eran sus hijos los que querían verla. Cuando lo que querían era codearse con ella y con Jack. O solo con Jack, para ser realistas. Ella era más bien un apéndice, un camino hacia un hombre de éxito.

A través de Julienne, querían que los invitaran a cenas, poder reflejarse en la luz que irradiaban los Adelheim, con la esperanza de que se les pegara parte del éxito.

Después del divorcio, dejaron de saludar. El teléfono ya no sonó más. A sus ojos, Enskede, el barrio en el que vivían ahora, habría podido ser Mogadiscio o Bagdad. No había un solo padre en Lidingö que quisiera enviar allí a su hijo, no sin guardaespaldas y sin vacunarlos antes. En cambio, llamaban a Jack. Y él pasaba la conversación a Ylva, que se veía obligada a dedicar buena parte de su tiempo a coordinar las meriendas y las citas los fines de semana que tenían a Julienne, que era algún que otro al mes.

Nada había cambiado tanto después de los éxitos de Faye con Revenge.

Julienne empezó en el colegio público de Östermalm. Jack quería que fuera al Carlsson, un colegio privado donde habían ido los hijos del rey, o al del Palacio de Fredrikhov, adonde, según los rumores, había pensado mandar a sus hijos el futbolista Zlatan Ibrahimovic, pero Faye se negó. No quería que, cuando fuera adolescente, Julienne se dedicara a quejarse a gritos de tener que pasar unas vacaciones de lujo.

En el colegio de Östermalm no abundaban los marginados sociales, pero desde luego había niños para los que pasar el verano en Marbella o en Nueva York, la Navidad en las Maldivas y la semana del deporte en la cabaña de Verbier o de Chamonix no era lo más normal del mundo.

Y Julienne estaba encantada. Con Faye y Kerstin se sentía en la gloria. Se alegraba al pensar en los fines de semana que le tocaban en casa de Jack, pero luego volvía taciturna. Como siempre, Jack le prometía más de lo que era capaz de dar.

Faye aparcó el coche en la calle Banérgatan. Julienne la esperaba sentada en un banco junto al ascensor, con la cabeza hundida en el iPad. Faye se sentó a su lado sin que ella se diera cuenta. Hasta que no le dio suavemente en el costado no levantó la vista.

Julienne se echó a reír y abrazó a Faye.

—¿A qué juegas?

—A Pokémon —dijo, y guardó el iPad en la mochila.

Faye le dio la mano.

—¿Te ha ido bien? —le preguntó mientras se dirigían al coche.

—Sí.

—Ya sabes que este fin de semana vas con papá, ¿verdad? —Sí...

Le abrió la puerta y le puso el cinturón de seguridad.

—Pues qué bien, ¿no?

—Pues sí.

—¿Es que no te gusta estar allí?

—A veces. Discuten mucho, y eso no me gusta. Y papá casi siempre está fuera trabajando.

—Los adultos discutimos a veces, Julienne. Papá y yo también discutíamos. Pero eso no tiene nada que ver contigo, aunque entiendo que sea difícil verlo. Y si papá trabaja tanto es por ti.

Le acarició la mejilla.

—¿Quieres que hable con él?

Julienne sacudió la cabeza con vehemencia.

—Se enfadaría.

—¿Por qué se iba a enfadar? —le preguntó Faye al tiempo que la abrazaba.

—Bah, no, por nada —dijo Julienne en voz baja.

—¿Seguro?

Julienne asintió, muy pegada a su pecho.

Cuando Faye abrió la puerta, Julienne se adelantó y entró corriendo en la cocina.

El piso de ciento setenta metros cuadrados y cuatro habitaciones que se había comprado en la calle Karlavägen, enfrente del supermercado ICA Esplanad, le había costado quince millones, pero era solo suyo. Suyo y de Julienne.

—¡Ya estamos en casa, Kerstin! —gritó Julienne, y Faye la siguió hasta la cocina.

—Hola, cariño —dijo Kerstin, y levantó a Julienne en brazos.

Faye sonrió. Había ayudado a Kerstin a comprar el piso de al lado, y cenaban juntas casi todas las noches. Si Faye tenía que trabajar hasta tarde, ella se quedaba con Julienne de mil amores. La figura de la canguro había desaparecido de sus vidas.

Kerstin mimaba demasiado a Julienne. En realidad, a Faye no le gustaba, pero no tenía valor para decírselo. Kerstin era sus pies y sus manos.

Mientras Faye ponía agua a hervir y llenaba el lavavajillas, Julienne fue corriendo al salón.

—¿Cuál ha sido el problema? —preguntó Kerstin en un susurro.

—Ha cambiado la contraseña. Lo he arreglado de otra forma, pero puede que tardemos más de lo que había calculado.

En el salón se oyeron las voces de la tele.

—Solo hay una pega —continuó Faye.

—¿Que es...?

—Tengo que recurrir a...

Señaló con la cabeza hacia el origen del ruido del televisor.

Kerstin abrió los ojos de par en par.

—¿No le habrás dicho nada de...?

—Naturalmente que no. Ella no debe estar involucrada. Al menos, no conscientemente.

—Mira, Faye, yo no tengo nada en contra de lo que decides hacer, te apoyo y te admiro en general, pero esto no me gusta nada.

—A mí tampoco —dijo Faye—, Pero no tengo otra forma de acceder a su ordenador.

Se oyó el clic del calentador de agua. Faye sacó dos tazas y las colocó en la mesa.

—No tenemos garantías —dijo en voz baja—. Ni siquiera sé si los documentos siguen ahí. Pero es nuestra mejor oportunidad. Lo más importante es no cometer ningún error que pueda conducir hasta mí.

—Hasta nosotras —dijo Kerstin, y sopló para enfriar el té—. En esto somos dos. Yo te apoyo en todo, pero esto concretamente no me gusta.

Faye asintió. Ella misma sentía un rechazo enorme ante el hecho de utilizar a Julienne. Pero no tenía elección.

Estaban tumbadas en la cama de Julienne, leyendo *Los hermanos Corazón de León*. En la cocina se oía el runrún del lavavajillas.

Antes de irse a dormir, Faye le había enseñado a Julienne la memoria USB.

—Cariño, tengo que pedirte que me ayudes con una cosa — dijo cuando aún estaban sentadas en la cocina—. Estoy preparándole una sorpresa a papá.

—¿Qué sorpresa?

Faye le enseñó el USB.

—Todavía no te lo puedo contar, pero quiero que metas esto en su

ordenador, el grande, ya sabes, el que tiene en el despacho. Y luego, cuando lo hayas hecho, tienes que pulsar este botón.

Señaló en la pantalla.

—Y eso es todo, ya está. Luego lo sacas.

—¿Por qué no se lo puedo decir a papá? Dice que no debe haber secretos entre nosotros. Solo tenemos secretos para ti.

Faye frunció el ceño al oír las palabras de su hija. ¿A qué se refería con aquello?

—Porque entonces se estropeará la sorpresa —respondió—. Y luego, cuando ya lo hayas hecho y yo vaya a recogerte, llevaré una sorpresa *para ti*.

—¿El qué?

—Algo que hace tiempo que quieres que te compre.

—¿Un móvil?

—Vaya, qué lista eres. Sí, tu propio móvil. Así no tendrás que llevarte el mío.

—¿Cuándo me lo vas a dar?

—El domingo. Te estará esperando. Si me ayudas.

Faye se sintió una miserable, pero no había otro remedio. Tenía que conseguir aquellos archivos.

Julienne ya se había dormido y Faye dejó el libro en la mesita de noche y le dio un beso en la coronilla, que notó algo húmeda. Así, dormida, tenía en la cara un aspecto apacible, pero últimamente, había cambiado un poco. Se había retraído, era más silenciosa. Faye notó cómo la corroía la preocupación, y no podía por menos de preguntarse qué secretos compartirían Jack y la niña. Seguro que le habría dado helado para desayunar, o algo así de trivial. Pero ¿y si se trataba de algo importante, algo que le estuvieran ocultando?

Faye estaba tumbada en la cama. Después de la operación del pecho, le costaba dormir boca abajo. El aire del dormitorio se le hacía pesado de respirar. Se levantó, se puso la bata y abrió la puerta del balcón. Notó en la piel la frescura del viento otoñal. Encendió un cigarro y se hundió en el sofá de ratán. De vez en cuando pasaba algún coche por Karlavägen, por lo demás, Estocolmo dormía.

Habían transcurrido tres años. Tres años maravillosos, llenos de trabajo, felices. Cuando se permitía hacer un alto y reflexionar sobre todo lo ocurrido, siempre se sentía abrumada.

Había fundado una empresa de éxito, había invertido con sensatez, había

comprado un piso para ella y para Julienne, e incluso Kerstin se había recuperado. Pero, por absurdo que pareciera, a veces se preguntaba si, a pesar de todo, no echaba de menos a Jack. O por lo menos el sueño de Jack.

¿Sería esa la razón por la que su odio nunca se veía colmado? ¿Sería la razón de que siguiera con el mismo plan que había fraguado tres años atrás? Claro que había habido otros hombres durante aquel tiempo, pero antes de haber borrado del mapa a Jack, no se atrevía a meterse en nada serio. No podía despistarse. El objetivo era el sentido de todas las cosas.

A veces se preguntaba si no debería darse por satisfecha. Porque ahora ya lo tenía todo. Había reconquistado el éxito. Dinero. Estatus social. A Julienne. Pero, en cierto modo, sabía que no era suficiente. Él le había arrebatado mucho más. La había pisoteado hasta que casi no pudo volver a levantarse. No podía perdonar.

Y el odio se había ido nutriendo de todas las historias de mujeres que le habían llegado durante esos años. Solía empezar el día entrando en internet y leyendo los nuevos relatos del foro de la tienda *online* y de la cuenta de Instagram de Revenge. ¡Qué necesidad de justicia había en el mundo, de restablecimiento del orgullo perdido, de devolver, de recuperar, de vengarse!

Latía en ese anhelo algo primitivo. Ya en el Antiguo Testamento hablaban de la venganza. Ojo por ojo, diente por diente. Hacer justicia. Ya no solo la impulsaba su odio, sino que este se veía reforzado por las voces de miles y miles de mujeres. Ella había despertado algo que llevaba adormecido demasiado tiempo.

La ira de esas mujeres era la suya. Y su ira era la de ellas.

Faye sopló para eliminar un poco de ceniza que le había caído en la bata, alargó la mano en busca del teléfono y puso en marcha Spotify. La canción «Alice», de la banda Eldkvarn, muy bajita.

A su madre siempre le gustó Eldkvarn. ¿Cuántas veces no le había contado la primera vez que los vio en directo y atrapó en el aire la púa del vocalista Plura Jonsson? Eso fue antes de que conociera a su padre. Después, la música dejó de sonar para ella.

La canción, y también el cigarro, lanzaron a Faye a un viaje en el tiempo, a treinta años atrás. De vuelta a la infancia, a Fjällbacka, de vuelta a la casita en la que vivían. Ella, Sebastian, su madre y su padre.

En la mesita que tenía delante había puesto el correo del día. La primera del montón era una carta de su padre. Todas las personas que conocía habían desaparecido ya. Solo quedaba su padre. La había reconocido cuando los

periódicos empezaron a escribir sobre Revenge. Y sus cartas empezaron a llegar otra vez, después de un intervalo de muchos años. Al principio una a la semana. Luego, dos. Luego, tres. Faye nunca las abría.

Le había pedido a su abogado que vigilase atentamente el tema jurídico. Su padre no podía salir ahora. Ya sabía ella cómo eran las cosas en Suecia, en realidad no existía la cadena perpetua. Ni siquiera para su padre. Tarde o temprano lo soltarían. Pero no ahora. De ninguna manera. Primero ella tenía que poder hacer lo que se había propuesto.

Sostuvo la carta en el aire y acercó el cigarrillo. El alivio que sintió cuando empezó a arder era indescriptible.

Fjällbacka. El pasado

El rumor del mar al otro lado de la ventana de mi dormitorio no podía acallar los ruidos de la cocina. Las voces, que sonaban cada vez más altas. La de papá, llena de ira; la de mamá, de súplica. Aún con la esperanza de poder detener lo inevitable. Era culpa mía que estuvieran discutiendo. Se me había olvidado recoger los platos de la merienda que me tomé al llegar del colegio. ¿Cómo pude hacerlo? Cuando yo sabía que papá no consentía que hubiera nada fuera de su sitio. Salvo cuando era él quien comía. Él nunca recogía después, pero los demás debíamos procurar que todo estuviera limpio, recogido, desinfectado. Mamá, Sebastian y yo.

Mamá se culpó a sí misma, como siempre. Yo la quería por eso. Y deseaba con todas mis fuerzas crecer y ser más grande, más alta y más fuerte, para que ella no tuviera que recibir el castigo de algo que hubiera hecho yo. Pero por el momento yo era muy pequeña, y a mí papá no se atrevía a castigarme. Cuando hacía algo mal, él podía cerrar los puños, pero temía romperme los huesos aún frágiles, pegarme tan fuerte que nadie pudiera salvarme. Así que se conformaba con mamá. Ella tenía más aguante.

La primera vez que comprendí que todo el mundo le tenía miedo a papá fue un día en que, a la edad de cinco años, lo acompañé al supermercado. Había comprado lo de siempre: un par de cajetillas de tabaco, una tableta de chocolate grande y el *Expressen*. Por lo general, ni Sebastian ni yo podíamos probar el chocolate.

Ya en la caja, mientras estábamos esperando, un hombre se coló delante de mi padre. Justo antes de que mi padre se colocara junto a la cinta, el hombre puso sus cosas encima. Se veía por la ropa que era un veraneante. La mirada de terror de la cajera me sobrecogió. Su miedo por la ira de mi padre.

El no aceptaba que ningún «puto bañista», como los llamaba, se le colara. Más tarde supe que el hombre había acabado en el hospital de Uddevalla, con dos costillas rotas. Yo solo tenía cinco años, pero la historia

siguió viva, y tuve ocasión de oírla a menudo, esa y otras muchas, a lo largo del tiempo.

El libro de matemáticas llevaba abierto por la misma página desde que empezaron los golpes abajo, en la cocina. División. Muy sencillo, en realidad. Se me daban bien los números. Pero cuando empezaban los golpes, dejaba el lápiz y me tapaba los oídos con las manos.

Me tocaron en el hombro y di un respingo. No hice caso de Sebastian. Seguí tapándome los oídos. Con el rabillo del ojo vi que se sentaba en mi cama. Se apoyó en la pared con los ojos cerrados, como si tratara de mantener fuera la realidad.

Yo me quedé en mi burbuja. Allí dentro no había sitio para nadie más.

Faye había quedado con Chris en el Grand Hotel para almorzar y tomar unas copas. En realidad, no le apetecía nada, solo quería que pasara el fin de semana, para así averiguar si Julianne lo había conseguido. Pero comprendió que era mejor salir con Chris, emborracharse, ligar o dejarse ligar, que estar en casa subiéndose por las paredes. El chef había preparado una mesa en la terraza, con vistas al mar y al castillo. Un murmullo recorría el local. En el bar, al otro lado del comedor, una hermosa voz cantaba «Heal the World».

Chris pidió una hamburguesa y Faye optó por una ensalada César. Cuando les traían los mojitos, dos chicas de unos veinticinco años se acercaron a su mesa y le preguntaron si podían hacerse una foto con ella.

—Nos encantas —chillaron exaltadas antes de marcharse—. Eres un modelo cojonudo.

—La próxima vez habrá que reservar una *chambre séparée*, para poder hablar contigo —dijo Chris riéndose, mientras removía el mojito con el palillo.

—Bueno, no puede decirse que tú seas una desconocida —dijo Faye.

Chris sonrió satisfecha.

—¿Qué tal las tetas?

—Raras —dijo Faye sin más.

En realidad, ella estaba muy contenta con las que tenía, pero hizo lo que había que hacer. Su cuerpo era una de las herramientas que debía utilizar para alcanzar su objetivo.

—¿Las has probado en la situación límite?

Faye enarcó las cejas.

—O sea, con un hombre.

—No, todavía no.

—Pues procura darte un homenaje. Es bueno para el alma. —Chris echó un vistazo al público del local—. Pero claro, aquí será difícil. A la mayoría de los que hay aquí no se les habrá empujado por vía natural desde la caída del muro de Berlín.

Faye se echó a reír y observó a la clientela. Chris tenía razón. Mucho dinero, poco pelo y mucho comprar la pastillita azul, así podía resumirse la situación.

Chris se inclinó hacia ella.

—¿Y cómo va el asunto de Jack? Ya falta poco para la entrada en bolsa.

—Después de un problemilla transitorio, deberíamos estar ya en el buen camino —dijo, y le contó a Chris lo que era un *keylogger*—. Pero bueno, se acabó hablar de mí. ¿Cómo te va a ti la vida?

Chris tomó un buen trago de mojito, chasqueó un poco la lengua.

—Hace un par de meses me planteé seriamente jubilarme y mudarme a algún lugar cálido. El grupo Queen funciona solo, y la verdad es que no necesito más dinero. Pero ahora he tenido una idea mejor.

—¿No me digas?

—Sí —dijo Chris, sin mirarla a los ojos.

—¿Y me lo piensas contar o voy a tener que sacártelo con sacacorchos?

—Resulta que estoy enamorada, para mi vergüenza. Total e irremediamente rendida de amor.

Faye estuvo a punto de atragantarse con una hoja de menta. Tosió un poco.

—¿Enamorada? —repitió con un tono bobalicón ¿De quién?

—No te lo vas a creer. Pero se llama Johan y es profesor de sueco en secundaria.

—Suenan muy... normal... —dijo Faye, que se esperaba a algún participante del reality *Paradise Hotel*, tatuado y con los bíceps inflados, que aún compraba billetes de avión con descuento juvenil.

—Pues eso es lo raro, precisamente —suspiró Chris.

—¿Y cómo os conocisteis?

—Vino a nuestro salón de peluquería de Sturegallerian con su sobrina. Si hasta llevaba una americana de esas tan ridículas con coderas y todo. Cuando la sobrina se sentó en la silla, dijo que quería una cresta. Entonces me entró curiosidad. ¿Cómo reaccionaría él? Pero asintió con la cabeza y dijo: «Eso

mismo habría querido hacerme yo, es muy chulo».

Chris guardó silencio y miró por la ventana.

—Lástima que el tío esté ya pillado, pensé, porque supuse que era su hija. Aunque me quedé allí, solo para poder hablar con él. Y cuando iba a pagar, le preguntó a la niña que cuándo iba a recogerla su padre. Entonces me hundí de verdad, porque supuse que sería gay.

—¿Pero?

—A la niña la recogió en la puerta de la peluquería un señor calvo que se puso colorado al ver el peinado de su hija. Se despidieron y... Joder, en fin, mejor será que te cuente lo que pasó. Cancelé todas mis citas y empecé a seguirlo.

—¿En plan, a perseguirlo?

Faye miraba muerta de risa a su amiga. Aquello era una locura incluso para Chris.

—Sí, un poco más o menos.

—¿Qué es un poco más o menos?

—Hasta Farsta.

—Pero si tú no habías estado fuera del centro...

—Desde el año de gracia de 2006, lo sé. Bueno. El caso es que al llegar al centro del pueblo se volvió por fin a mirarme. Se ve que no soy ningún James Bond, vamos, se había dado cuenta de que lo iba siguiendo desde la plaza de Stureplan.

—¿Y qué te dijo?

—Que se sentía muy halagado por la atención prestada y que suponía que debía de estar sedienta después de tanta persecución furtiva. Reconocí que sí, y entonces me preguntó si podía invitarme a un café.

—Madre mía, Chris, ¡cómo me alegro por ti!

Chris no pudo ocultar una sonrisa.

—Yo también.

—¿Y después?

—Después me invitó a café y yo me enamoré perdidamente. Fuimos a su casa y me quedé allí dos días.

Se rio, y Faye sintió que la invadía un cariño enorme.

—¿Y ahora?

—Ahora sigo igual de irremediadamente enamorada. Es él, Faye, el hombre al que he estado esperando toda la vida.

Por una décima de segundo, la sonrisa se convirtió en una mueca. Alguien

que no conociera a Chris desde hacía tanto como Faye, no habría advertido el cambio.

Algo no encajaba.

—Chris, ¿qué pasa?

—¿A qué te refieres? —dijo como si nada.

—Te conozco bien. ¿Qué es lo que pasa?

Chris alzó la copa y tomó un trago. Luego la dejó en la mesa.

—Tengo cáncer —dijo con la voz empañada de llanto.

El tiempo se detuvo, los sonidos desaparecieron, los contornos se desdibujaron, las aristas se deformaron.

La voz de Chris sonó sorda y extraña.

Faye no era capaz de asimilar aquello. Chris, tan vivaz, tan llena de vida, no podía tener cáncer. Pero lo tenía. Una forma rara de cáncer de cuello de útero. Lo cual resultaba, en su opinión, bastante irónico, teniendo en cuenta lo poco que había usado el útero. Las copas tintineaban a su alrededor. La bocana del puerto de Estocolmo se extendía ante ellas soleada y reluciente como un espejo, y el palacio se alzaba al otro lado del agua y, como de costumbre, parecía más la prisión de una ciudad que un castillo de cuento. Hacia un hermoso día de otoño, que había animado a salir de casa a una multitud de estocolmenses. En las mesas colindantes, gente cubierta de joyas de oro se servía filetes de bandejas de plata, y Faye se preguntó cómo podían seguir riendo cuando su mundo y el de Chris acababa de estallar.

—En realidad, había pensado no contarte nada hasta que me hubiera curado. Pero bueno, ahora las cosas son como son.

Chris se encogió de hombros. Si los médicos no lograban pararlo, la mataría. Faye buscaba alguna señal que le dijera que Chris estaba bromeando, esperaba aquella risa suya estridente y liberadora. Pero no se produjo.

—Tenemos que salir de aquí —dijo Faye. Apenas podía respirar—, No puedo quedarme aquí comiéndome la dichosa ensalada mientras tú me cuentas que tienes cáncer.

Se arrepintió en el acto. Comprendió que Chris debía de estar aterrada, y que estaba luchando por mantenerse en pie. Desde luego, no era el momento adecuado de decir lo que quería *ella*. Y tampoco era momento de compadecerse de sí misma.

—Perdón. Es que siento una pena tan grande... —dijo.

Chris sonrió. Con tristeza en esta ocasión. Una expresión que Faye rara vez, por no decir nunca, le había visto a su queridísima amiga. Se obligó a

comer un trozo de pollo. Sintió como si se le quedara atascado en la garganta. Dejó los cubiertos, le dio el alto a un camarero que pasaba y pidió dos gin tonics.

—Bien cargados, por favor.

Se quedaron en silencio hasta que les sirvieron la bebida.

—¿Quieres hablar del tema o ni eso? —preguntó Faye, después de tomar un trago.

—No lo sé. Creo que sí. Pero es que no sé cómo se hace.

—Ni yo. Tienes que curarte.

—Ya, claro, me voy a curar. Pero es que ha venido en muy mal momento, con lo de Johan y todo eso... Por fin se enamora una, y viene un tumor y le invade el útero y lo pone todo patas arriba. Quien sea que esté ahí arriba tiene un sentido del humor que...

A Chris no se le reflejó la risa en la mirada.

Faye asintió. Se llevó la pajita a la boca y tomó otro trago bien generoso. Notó cómo le recorría el cuerpo, la caldeaba por dentro, le aligeraba la respiración.

—¿Tienes miedo de que te deje? ¿Es eso?

—Pues claro. Más bien me sorprendería que no lo hiciera. Solo llevamos saliendo un par de semanas, y si quiero vencer esta enfermedad tendré que invertir todas mis fuerzas. Me pondré fea, dejaré de ser atractiva, no me apetecerá nada tener relaciones, estaré cansada. Así que..., así que claro que estoy preocupada. Lo quiero de verdad, Faye, lo quiero muchísimo...

—¿Tienes miedo de...?

—¿De morir? Mucho. Pero eso no me va a pasar. Yo quiero estar con Johan, viajar con él, envejecer con él. Nunca he tenido tantas ganas de vivir como ahora.

Otra mueca. Faye se sentía torpe e insegura. Al final, apretó la mano de Chris entre las suyas. Aquella mano que le dio fuerzas cuando abortó. La misma que ahora temblaba y parecía helada.

—Tarde o temprano tendrás que contárselo. Quepa o no la posibilidad de que te deje.

Chris asintió y apuró el gin tonic. Faye no le soltó la mano.

Cuando Faye fue a recoger a Julienne el domingo, la pequeña la miró con expectación. Faye había olvidado por completo lo que le había pedido que

hiciera: la enfermedad de Chris lo había alterado todo.

—¿Dónde está? —preguntó Julienne.

—¿El qué?

—El móvil. Hice lo que me pediste en casa de papá.

—Qué bien, cariño. Te lo daré mañana.

Julienne empezó a protestar, pero Faye le dijo que tendría que esperar. Julienne se fue enfadada a su habitación, pero Faye no tuvo fuerzas para pedirle que saliera.

Tampoco tenía ganas de alegrarse al pensar que pronto tendría la contraseña de Jack.

Chris le había pedido que no le contara a nadie lo del cáncer. No quería dar pena, no quería llevar en la frente ningún cartel de «enferma de cáncer», como ella misma dijo. Acordaron que Faye iría con ella a la primera sesión del tratamiento y, hasta entonces, no volverían a hablar del tema.

Pero era imposible pensar en otra cosa.

¿La vida sin Chris? Ella, que siempre había estado disponible, que le dio ánimo cuando ella solo quería esconderse. Ahora habían cambiado los papeles. Ahora Chris iba a necesitarla. Al cien por cien.

Faye tenía dinero. Tenía una empresa próspera. Le había demostrado a Jack y al resto del mundo que podía valerse por sí misma. ¿Debía dejar que el *keylogger* que estaba instalado en el ordenador de su ex almacenara sus contraseñas, todo lo que él escribía, sin utilizarlo? ¿Debía dejarlo pasar?

No, sencillamente, era imposible. La sola idea de no culminar la venganza la ponía enferma. No podía dejarlo pasar. No quería dejarlo pasar. ¿Y en qué clase de persona la convertía eso, pues? Su mejor amiga estaba enferma. Quizá mortalmente enferma. Y ella seguía pensando en cómo aplastar a Jack.

Fjällbacka. El pasado

Yo tenía doce años la primera vez que papá me pegó. Mamá estaba en el supermercado, acababa de irse hacia unos minutos. Me había sentado a la mesa de la cocina y papá estaba a mi lado, en el lateral más corto de la mesa, absorto en un crucigrama. Yo solo iba a girarme, pero le di sin querer a la taza. La vi volcar a cámara lenta, aún podía sentir cómo la había alcanzado con la mano.

El chocolate se derramó sobre el periódico de papá, con el crucigrama casi resuelto. Fue como si hubiera intervenido el destino, como si quisiera decir que ahora me tocaba a mí.

Papá casi parecía hastiado cuando la mano se desplazó y me dio en la oreja. Aun así, se me llenaron los ojos de lágrimas por el dolor. Oí cómo Sebastian cerraba la puerta de su cuarto, no se atrevería a salir hasta que mamá hubiera vuelto a casa.

Acto seguido, me estampó un segundo golpe. Papá se levantó y esta vez la mano aterrizó en mi mejilla derecha. Cerré los ojos y traté de concentrarme en mi interior, en una oscuridad que me daba la bienvenida. Al igual que me daba la bienvenida en el colegio, cuando me aislaba de las voces y los gritos.

La palma de la mano de papá me rebotó en la piel. Me quedé pasmada al comprobar cómo conseguía resistir el dolor.

Cuando por fin se oyeron los pasos de mamá en el pasillo, supe que ya había terminado. Por esa vez.

Faye se encontró con Chris en el Hospital Universitario Karolinska. Una capa de nubes envolvía la ciudad. Estocolmo estaba gris y húmeda de esa manera particular en que suele estarlo en otoño. Las hojas habían empezado a caer y formaban en el suelo pequeños estanques de un mejunje marrón.

Chris tiritaba delante de la entrada.

—Lo peor es que esta mañana no tenía el menor apetito, y lo recomendable es haber comido algo antes —murmuró irritada y miró de reojo el vaso de cartón del Seven Eleven con un café con leche lamentable que traía Faye—. Solo de pensar en un café me pongo mala.

Faye metió el vaso en una papelera verde.

—No tenías por qué hacerlo —dijo Chris mientras cruzaban la puerta.

—Oye, estamos en esto las dos, ¿vale?

—Vale. —Chris la miró con gratitud.

—Si hubiera sido yo la enferma, me habrías abierto con el bisturí para sacarme los tumores tú misma —dijo Faye—, Por desgracia, a mí me da miedo la sangre, así que me doy por satisfecha con hacerte compañía y abstenerme de beber café del malo. Es un precio bastante bajo a cambio de la posibilidad de pasar unas horas con tu mejor amiga.

Abrazó a Chris.

—¿Cómo te encuentras?

—Como una paciente de cáncer. Y tú... —Chris le susurró al oído—, ... tú no tienes miedo a nada, pero gracias por fingir por mi bien.

Faye no dijo una palabra. Porque lo único que podría haber respondido era que sí, claro que tenía miedo. De que su mejor amiga pudiera morir.

Cuando dejaron el hospital, Chris estaba tan cansada que tuvo que apoyarse en su hombro. Faye no estaba segura de si la debilidad era física o mental. No sabía nada sobre el cáncer. Ni sobre su tratamiento.

En realidad, Chris iba a tomar un taxi, pero Faye decidió llevarla y quedarse con ella toda la noche. Le envió un mensaje a Kerstin, que respondió que iría al cine con Julienne.

Chris iba con la cabeza apoyada en la ventanilla y los ojos entornados mientras la ciudad pasaba a toda velocidad al otro lado del cristal.

—¿Está Johan contigo? —preguntó Faye.

—No, le he dicho..., le he dicho que tengo todo el día de reuniones y que no me da tiempo de quedar.

—Tienes que contárselo.

—Lo sé.

Chris jugueteaba con la uña pintada de rojo en la puerta del coche.

—Pero primero quiero que lo conozcas. Por si luego...

—Por si luego qué.

—Por si luego me deja.

—¿Qué clase de tío de mierda sería si te dejara?

—La clase de hombre típico —dijo Chris con los ojos cerrados y una sonrisa de cansancio—. Tú deberías saberlo mejor que nadie. ¿Por qué iba a ser Johan diferente?

Faye no sabía qué responder, tenía los miles de historias del foro de la web clavadas como cubitos de hielo en el corazón. Todos los engaños. Todas las mentiras. Tanta indiferencia y tanto egoísmo. No podía decirle a Chris con convicción que seguramente estaría equivocada. Por más que quisiera.

El breve tramo del aparcamiento al ascensor se le hizo eterno. Cuando por fin llegaron al piso, Chris echó a correr al cuarto de baño para vomitar. Faye le sujetó el pelo. Hacía quince años que no se encontraban en esa situación. Le pareció que hiciera toda una vida.

Naturalmente, tras el breve ataque de indecisión, Faye decidió utilizar lo que pudiera conseguir con el *keylogger*. Dado que este estaba instalado en el ordenador de Jack, ya había avanzado bastante, pero aún tenía que arreglárselas de alguna forma para copiar los archivos con todo el texto en un USB. Luego solo cabía esperar que aún estuviera todo guardado en la cuenta de Gmail. El Jack que ella conocía no hacía limpieza muy a menudo. Quería guardarlo todo, por si acaso, «nunca se sabe cuándo te puede hacer falta».

Esperaba tener la oportunidad durante la fiesta de cumpleaños de Julienne, que sería el fin de semana.

Luego estaba Ylva. Aunque Jack ya la había reducido a una sombra de la mujer que era, Faye no podía olvidar la mirada de desprecio que le lanzó aquel día. En su dormitorio. Desnuda y recién follada por su marido. Delgada, con el cuerpo bien entrenado y con unas tetas de silicona perfectas.

Poco a poco y sin remedio, había conquistado el territorio de Ylva, al tiempo que Ylva empezaba a transformarse en una copia de la antigua Faye, que ahora tenía el cuerpo delgado y bien entrenado. El pecho nuevo. Y Jack había advertido el cambio. Cada vez que se veían para dejar o recoger a Julienne, él la miraba de arriba abajo. Del mismo modo que cuando se conocieron. En aquella época en la que siempre quería más de ella. A pesar de que ahora lo odiaba, esa mirada tenía aún sobre ella un efecto sorprendente. Y además, nunca se acostumbró a verlo con Ylva. Seguramente, nunca se acostumbraría.

Su vida amorosa se limitaba a relaciones pasajeras, por lo general con hombres jóvenes a los que conocía en algún bar, con los que se acostaba un

par de veces, antes de romper con ellos. Nadie podía acercarse lo bastante. Nadie podía quedarse. En los momentos de mayor debilidad, soñaba con aplastar a Jack de una vez por todas... Y luego volver con él. Otro más de sus más sucios y vergonzosos secretos. Las aguas negras no paraban de crecer.

Nadie podía acusar a Jack de ser comedido, pensó Faye cuando llegó con el coche hasta la casa. Julienne había pedido que su séptimo cumpleaños fuera una «gala», y Jack había contratado a una empresa especializada en fiestas infantiles, que había decorado el jardín con globos color de rosa, carpa festiva con las escenas correspondientes y, como es natural, una alfombra roja que, en este caso, era rosa. Y un fotógrafo profesional que iría haciendo fotos a medida que fueran llegando los niños, y luego las colocaría en un panel. Las mesas estaban dispuestas en el jardín, cargadas de regalos y de comida. Incluso para los cánones de Lidingö, resultaba excesivo.

Pero claro, Jack necesitaba afirmarse más que ningún otro de los padres de la isla.

Julienne soltó un gritito, bajó del coche de un salto y echó a correr hasta la casa. Jack e Ylva salieron a la escalinata a recibirla. Faye salió del coche y subió la leve pendiente. Había elegido un vestido entallado y escotado de Hervé Léger, de color visón y manga corta. Vio cómo atraía las miradas de Jack. Ylva también pareció advertirlas. Con toda la intención, abrió los brazos para abrazar a Julienne. Faye notó una punzada en el estómago cuando Julienne la abrazó, pero se esforzó por seguir sonriendo.

—Qué bonito está todo —dijo.

—Es que queríamos hacer algo especial para este día —dijo Ylva alegremente, y le dio dos besos a Faye.

Olía bien, a champú y a perfume. También ella había empezado a adoptar un tono adulator, forzosamente familiar con Faye cuando los éxitos de *Revenge* empezaron a resultar demasiado sonados y evidentes como para seguir ignorándolos.

Faye observó a Ylva cuando se separaron. ¿No empezaba a tener en la boca el mismo gesto de amargura que había observado en sí misma los últimos tiempos de su relación con Jack? ¿Y no se había puesto demasiado bótox en la frente?

—Si vas a tu cuarto verás que te hemos preparado una primera sorpresa

—dijo Jack, y le dio a Julienne una palmadita en la mejilla.

Julienne entró corriendo en la casa, sus pasos retumbaron por la escalera. Faye se volvió hacia Jack.

—Ylva ha preparado un... ¿qué era...?

—Una maquilladora de artistas —respondió Ylva—. La misma chica que suele arreglar a la cantante Carola, nada menos.

Un chico se les acercó y se presentó diciendo que era el mago. Jack lo acompañó al interior de la casa, mientras Faye e Ylva se quedaban allí contemplando el jardín. Dos hombres transportaban una mesa.

—Qué bonito lo tenéis todo —dijo Faye otra vez, para romper el silencio.

No mentía. La casa era preciosa y el jardín, una maravilla. Deberían pagarle un extra al jardinero. Además, parecían haberse librado de los gansos que ensuciaban toda la playa hasta la casa. Según los rumores, Jack había pagado a alguien para que los matara por la noche.

Ylva sonrió.

—¿Quieres quedarte a la fiesta? July no querrá que estemos muy pendientes, pero estaría bien, ¿no?

El comentario de Faye sobre su hogar parecía haber provocado en ella un impulso espontáneo de generosidad. Enseguida dio muestras de arrepentirse, eso sí, pero lo dicho, dicho estaba.

A Faye le dieron ganas de vomitar cuando oyó a Ylva llamar July a su hija. Sin embargo, en lugar de señalar que la niña no era una cobaya, se limitó a asentir. En cierta medida, porque esperaba poder acceder al ordenador de Jack, pero también porque notó que Ylva se había arrepentido de inmediato de tan espontánea invitación.

—Me encantaría.

—Bien. En serio. Jack se ha ocupado de que Sean y Ville vengan a actuar.

Sean y Ville era un grupo musical de chicos con el que Julienne y sus amigas estaban totalmente obsesionadas. Se sabían todas las canciones y nunca se perdían sus actualizaciones diarias en YouTube. Algunos fines de semana, incluso obligaba a Faye a ir con ella a esperar a las puertas de su estudio, solo para, al cabo de un rato, ver a los dos caraduras meterse en un taxi a toda prisa sin mirar siquiera a las chiquillas que los esperaban y chillaban de entusiasmo antes de echarse a llorar de decepción.

—Eso no puede haber salido barato —dijo.

—No, su manager pidió ochenta mil coronas por unas cuantas canciones.

Además de champán y bolas de chocolate...

—Madre mía.

—Jack dudó al principio, pero yo lo convencí. Quiero que este día sea para ella inolvidable de verdad. ¿Te apetece una copa de champán? Siempre puedes dejar el coche aquí e irte a casa en taxi. O también podemos encargarle a alguien de Ryska Posten que te lleve a casa en tu coche.

—Claro, gracias.

—Vamos dentro.

En el salón había una barra de zinc. Ylva se colocó detrás, se inclinó y sacó una botella.

—¿Cava? —preguntó—. Está más rico que el champán, para mi gusto, así que siempre tengo en casa.

—Sí, estupendo.

Ylva sacó unas copas, abrió la botella y sirvió a Faye.

—¿Y tú no tomas?

Ylva meneó la cabeza.

—Nunca hemos hablado de..., bueno, de lo que pasó —dijo.

Casi parecía estar pidiendo perdón. Faye tomó enseguida conciencia de cuánto la odiaba. Ylva se había pasado varios meses acostándose con su marido a sus espaldas. Y allí estaba ahora, en aquella casa enorme, tan guapa y fría, aunque con bastante bótox, haciéndose la comprensiva y creyendo que todo estaba perdonado. Habría sido más honrada si hubiera seguido mostrándose tan altiva y arrogante como cuando la sorprendió desnuda en su dormitorio. Así Faye habría podido odiarla menos.

Ahora, en cambio, estaba deseando poder ver con sus propios ojos cómo se hundía.

Ylva y Jack. Desde luego, se merecían estar juntos. Se merecían lo que se avecinaba atronando por el horizonte para destruir en breve aquella vida tan perfecta que llevaban.

—No es necesario —dijo—, Jack y tú encajáis divinamente. Y todo ha ido muy bien, para los tres.

Alzó la copa.

—Me tiene muy impresionada lo que has hecho con Revenge —dijo Ylva, y se sentó en un sillón amplio con estampado de flores.

Josef Frank, de Svenskt Tenn. a Jack siempre le habían gustado sus estampados, mientras que a Faye le parecía que eran más apropiados para pensionistas.

—Ya, gracias. ¿Y cómo te va a ti? ¿Te encuentras bien en Musify?

—Lo cierto es que lo voy a dejar. Ya..., ya llevo un par de años trabajando media jornada. El trabajo de Jack exige muchísimo apoyo de representación, la casa, Julienne..., en fin, ya sabes.

Ylva señaló la casa con la mano, pero sin mirar a Faye a los ojos. Y Faye se preguntaba cuánto tiempo podía robarle Julienne, las pocas horas al mes que pasaba con ellos. Pero se limitó a decir:

—¿No me digas?

—Sí, es que..., bueno, es que Julienne va a tener un hermanito. Y ya sabes cómo es Jack, prefiere que me quede en casa. La verdad es que lo estoy deseando, yo no tengo familia.

Faye se la quedó mirando. Se había preguntado cuándo llegaría ese día. Le horrorizaba la idea. Pero nada habría podido prepararla para la patada en la boca del estómago que sintió al recibir la noticia. Al mismo tiempo comprendió que, por lo que a Ylva se refería, el final ya estaba próximo. Una parte de ella sentía pena por la mujer que tenía delante. La otra quería darle una bofetada.

—Qué alegría os habrá dado, ¡enhorabuena!

Faye compuso las facciones para formar algo que, esperaba, se pareciera a una sonrisa, a pesar de que tenía las tripas tan revueltas que lo único que quería era doblarse de dolor.

Ylva se llevó las manos a un vientre aún inexistente y le dedicó a Faye una amplia sonrisa. Ella le correspondió y tomó un buen trago. Acudieron a su memoria recuerdos del aborto. La frialdad de Jack, su indiferencia. El nacimiento de Julienne. Cien llamadas y mensajes sin respuesta que envió a Jack, mientras ella traía al mundo a su hija.

Miró por la ventana. Fuera había un montón de gente que trabajaba febrilmente preparándose para la llegada de los participantes en la fiesta.

—¿Para cuándo será? —preguntó.

—Dentro de seis meses.

A Ylva se le iluminó la cara cuando Jack apareció por detrás. Se sirvió un whisky en el bar y se sentó en el otro sillón, no al lado de Ylva. Con vía libre para contemplar el escote de Faye.

Ylva también se percató.

—¿Está todo listo? —preguntó. Con un tono seco.

—Prácticamente. Los niños llegan dentro de cuarenta y cinco minutos.

Orientó hacia ella el reloj de pulsera. Un Audemars Piguet de cerca de

medio millón de coronas. No un Rolex, que Jack consideraría seguramente demasiado común. Hoy por hoy, todo el mundo tenía un Rolex. Quienes eran alguien de verdad llevaban Audemars Piguet. O Patek Philippe.

—Los chicos del grupo pop llegan a las tres. Pero no le digas nada a Julienne, no se lo espera.

Se dirigió a Faye.

—¿Cómo van los negocios?

—Perfectamente, gracias. Y para ti también. Qué emocionante, cotizar en bolsa.

—Será mucho trabajo, eso sí. Pero vale la pena, después de todo lo que he pasado.

Faye les sonrió a él y a Ylva.

—Enhorabuena, Ylva me ha contado que esperáis un hijo.

Se revolvió en el asiento. Se colocó de modo que él pudiera verle las piernas un poco más arriba. No llevaba bragas, se habrían notado bajo aquel vestido tan ajustado.

Jack seguía sus movimientos con la mirada.

Levantó la copa mirándola. Los pantalones le marcaron la entrepierna.

—Ya, fenomenal —dijo Jack con la voz pastosa y una sonrisa forzada. Tenía la mirada turbia.

Ylva se aclaró la garganta.

—Jack ha estado algo escéptico. Ahora hay tanto trabajo en la compañía... Y tú sabes mejor que nadie lo en serio que se toma el papel de padre.

¿Así hablaba ella también? «Jack opina, Jack quiere, Jack considera...».

Por Dios, debía de ser insoportable. Y allí estaba Ylva ahora, una versión más joven de ella misma, con las manos en el vientre y una sonrisa bobalicona en la cara, adorando al mismo hombre. Cegada de amor y de admiración. Y dependiente de él.

Así era como Jack quería a sus mujeres, ahora lo entendía. Pero eso solo la movió a despreciar a Ylva más aún. ¿Había sentido el menor cargo de conciencia? Todas esas veces, incontables, sin duda, que se habría acostado con Jack en el despacho, en su propia casa, o en el apartamento de ella, mientras Faye lo esperaba en casa. Seguramente. Pero el amor que sentía por Jack la cegaba. Y despreciaba a su patética esposa, que se quedaba en casa aburrida, sin carrera, sin ambiciones. Seguro que Ylva se comparaba con ella entonces, y se veía superior. Y seguro que consideró que Faye era indigna de

alguien como Jack.

Faye apuró el último trago. Miró sombría el fondo de la larga copa. No era lo bastante audaz para levantarse y servirse otra ella misma.

—Yo pensaba irme a descansar un rato antes de que empiece todo —dijo Ylva, y le dedicó una última mirada a Faye al ponerse de pie.

Cuando salió del salón, todo quedó en silencio. Después de unos instantes, Jack carraspeó.

—Se te ve estupenda, de verdad —dijo en voz baja.

No apartaba la vista de su escote. Ella dejó que mirase. Apartó el pelo y dejó a la vista el cuello y la clavícula, que ya no quedaba oculta debajo de las mallas. Mentiría si dijera que no disfrutaba con sus miradas, pero que su cuerpo se empeñara en reaccionar ante él significaba que aún tenía control sobre ella.

Una parte de ella quería demostrarle que ya no lo necesitaba. Pero no podía caer en la tentación de mostrarle su superioridad. En parte, no tenía más remedio que conseguir que se enamorase de ella otra vez, algo que nunca sucedería si él no creía que podía controlarla. Y en parte porque, a pesar de todo —por mucho daño que le hubiera hecho—, él era Jack. Sus palabras aún tenían significado para ella. Por mucho que intentara negarlo.

—Gracias —respondió con frialdad.

La mirada de Jack volvió al escote, y allí se quedó. Ella respiró hondo, se dijo que no podía dejarse embriagar por los recuerdos, todo aquello que había dado por verdadero, pero que resultaron ser mentiras. Se vería obligada a rechazarlo, aunque debía seguir manteniendo vivo su interés. Un difícil equilibrio. A Jack le gustaba la caza. Así fue como lo consiguió la primera vez, mucho tiempo atrás, en otra vida. Se volvió hacia él y lo miró directamente a aquellos ojos azules que ahora solo la miraban a ella.

Los hombres como Jack siempre querían lo que no era suyo. Por eso la había engañado. Por eso ella sabía que también engañaría a Ylva, si no lo había hecho ya. Y por eso siempre engañaría a todas las mujeres con las que estuviera.

Se oyeron pasos a su espalda. Jack y ella se volvieron al mismo tiempo y vieron que Julianne se les acercaba. Llevaba un vestido rosa precioso. Tenía la cara maquillada, parecía mayor. Faye no estaba segura de lo que pensaba de aquello.

—Qué guapa estás, cariño —dijo, pese a todo—. Pareces una princesa. Julianne se giró.

—Jessica dice que puedo ser modelo —dijo.

—Jessica? —repitió Faye, y rebuscó en la memoria el nombre de las compañeras de colegio de su hija.

—La maquilladora —dijo Jack, que advirtió su desconcierto—, Y tiene toda la razón.

Se sentó a Julienne en la rodilla y Faye sintió un instante de duda. Con Julienne entre los dos allí en el sofá eran otra vez por un instante como una familia. Y Faye se sintió desorientada, perdida.

Alargó el brazo en busca de la copa y se la llevó a los labios, mientras Jack la observaba con ansia.

Del jardín llegaban voces estridentes. Las amiguitas empezaban a llegar. Un cochazo de lujo tras otro subía por la pendiente y de ellos bajaban niñas de seis y siete años vestidas de fiesta. Faye se mantenía apartada mientras Jack e Ylva charlaban con los padres. La montaña de regalos no hacía más que crecer. La mayoría con el papel de regalo blanco y el logotipo negro de los grandes almacenes NK. El mago subió al escenario y las niñas gritaron de alegría. Las criadas llevaban refrescos y bocadillos a las niñas vestidas de fiesta, que estaban sentadas alrededor de una mesa redonda, debajo de la carpa que habían montado en el jardín, exactamente igual que si se tratara de una cena de gala. Julienne daba palmaditas de felicidad. Un célebre presentador de un programa infantil de televisión hacía de maestro de ceremonias e iba dando paso a las actuaciones.

Cuando, en último lugar, hicieron su entrada Sean y Ville, el griterío se multiplicó hasta el infinito. Faye comprendió que aquella era su oportunidad de descifrar el *keylogger*. Las niñas dejaron las mesas y se colocaron alrededor del escenario. Ylva y Jack parecían totalmente absortos en el revuelo que había provocado en las chicas la aparición de los dos ídolos en el escenario. Así que salió discretamente de la carpa, entró en la casa y subió las escaleras hasta el piso de arriba, donde se encontraba el despacho de Jack. Había conservado el escritorio de cuando estaban juntos. Por un instante, Faye echó de menos el cuarto del torreón. La quietud mayestática que infundía mientras dominaba la ciudad, un recuerdo de un tiempo lejano. Se sacudió aquel sentimiento y se recordó que debía centrarse. El rato que había pasado con Jack y Julienne en el sofá la había desequilibrado. Y no podía permitirse tal cosa.

Dejó el bolso en el escritorio y se inclinó sobre el ordenador. Al lado de

la pantalla había dos fotografías enmarcadas. Un retrato de Ylva en blanco y negro, que debía ser de varios años atrás. Con los labios ligeramente separados, miraba muy seria hacia la cámara. O «se follaba la cámara», como habría dicho Chris. La otra era de Jack, Ylva y Julienne en un restaurante. Ylva y Julienne llevaban los vestidos a juego. Parecían una familia feliz. Los tres reían. Faye respiró hondo. No era más que una ilusión, una fachada que Jack había creado. Nada más.

Movió el ratón, el ordenador se activó y ella tecleó la vieja contraseña de Jack. Contuvo la respiración, pero no, no la había cambiado. Una imagen sobredimensionada de Jack e Ylva apareció en el acto. Se abrazaban a bordo de una moto acuática. Se obligó a dejar de mirar la foto, conectó el USB que llevaba en la mano y siguió las instrucciones de Nima.

Unos segundos después, había encontrado el archivo oculto con sus actividades, y lo había grabado. Luego entró en la carpeta «Mis documentos» y copió lo que encontró allí, aunque dudaba de que contuvieran información de interés.

Fuera del despacho, en el pasillo, se oyó un ruido de pasos. Cerró el ordenador en el acto y empezó a buscar desesperada un lugar donde esconderse, pero antes de que pudiera hacer nada, se abrió la puerta. Se volvió rápidamente.

En el umbral estaba Jack. Su expresión fue pasando de la sorpresa a la sospecha.

Faye pensaba febrilmente. Le sonrió. Sumisa. Excusándose.

—Solo..., solo quería ver cómo habías amueblado el despacho. Ya sabes que siempre me ha gustado muchísimo este escritorio. Tenía curiosidad por saber si lo habías conservado.

Jack procedió a procesar la información. Pareció decidir que Faye era la misma criatura ingenua y patética de siempre.

—¿Por qué?

—¡Ay, ha sido una tontería! —dijo ella mirando al suelo—. Perdón, no debería haber entrado aquí, este es vuestro hogar, desde luego, no está bien. Es solo que me invadió cierta nostalgia...

Dio unos pasos hacia la puerta, pero cuando iba a pasar a su lado, él le agarró la muñeca. A punto estuvo de caérsele la memoria USB que tenía en esa mano.

—¿Por qué querías ver cómo he amueblado el despacho? —le preguntó él sonriendo, mientras la atraía hacia sí.

Ella notó de nuevo el aroma de aquel perfume que tan bien conocía. Notó en la cadera el sexo duro de Jack y, a su pesar, sintió que se excitaba.

—¿Es que me echas de menos, eh? De eso va tu «nostalgia», ¿no? —le susurró Jack al oído con voz ronca.

—Jack, para —susurró ella.

Pero él no hizo caso de sus protestas. Le ardían los ojos. No le gustaba que ella protestara. La antigua Faye jamás habría dicho que no, más bien habría suplicado que la tocara, que le prestara atención.

Empezó a hablarle con voz burlona, pero no la soltaba.

—Así que la buena de Faye se ha operado el pecho para sentirse atractiva en los bares. ¿Has echado de menos que te folle un hombre de verdad? ¿Por eso vienes a mendigar que te eche un polvo? Ya me han contado, ya, a qué te dedicas. Que cuando sales del bar te vas a casa con un hombre cada día. O bueno, ni siquiera hombres. Niños. ¿Con cuántos te has acostado desde que nos separamos, Faye? ¿Alguno tenía la polla más grande que yo? Me apuesto lo que sea a que también has follado con varios a la vez.

Jack resoplaba cada vez más, excitado por sus propias palabras, el sexo le crecía, cada vez más duro, pegado a la cadera de Faye. Su cuerpo reaccionó, y ella lo dejó hacer para poder proteger la memoria USB. No protestó cuando él le bajó la cremallera de la espalda y luego el vestido hasta la cintura. Le arrancó el sujetador. Le recorrió los pechos con los dedos. Se los apretó fuerte. Se le habían curado bien, pero aún seguía sin tener ninguna sensibilidad, así que su roce le resultaba extraño.

—Pobre Faye, que quiere que la follen.

Jack le dio la vuelta. Agarró el borde del vestido y se lo subió por encima de las caderas. Se bajó la cremallera del pantalón. Empujó a Faye hacia delante, hacia la mesa que había pertenecido a Ingmar Bergman, y la penetró. Ella jadeó. Se sintió invadida.

—Cómo te gusta esto, ¿eh? —le susurró él—. Que te la metan por detrás, como una secretaria cachonda. Ahora eres directora, pero todavía te gusta que te follen como a una zorra. ¿Esto es lo que te hacen, Faye? ¿Así es como te dan esos jovencitos? ¿Te dan la vuelta y te follan por detrás?

El jadeaba cada vez más, le abrió más las piernas para poder llegar hasta el fondo, la empujó contra la mesa con la mano derecha, que tenía bien enredada en su melena.

Los movimientos de Jack se fueron volviendo cada vez más bruscos. Faye se agarraba a la mesa con la mano en la que no tenía el USB. Gemía

como una jovencita, tal y como sabía que le gustaba a él. Con la mejilla izquierda pegada a la mesa y, justo delante, la foto en blanco y negro de Ylva, que la miraba con seriedad.

Jack se corrió. Faye sintió la punzada de dolor cuando él embistió más fuerte aún. Lo oyó lanzar un último gemido, salió, dio un paso atrás y empezó a abrocharse los pantalones. Ella permaneció unos segundos en la misma posición, antes de incorporarse y bajarse el vestido.

—Siempre has sido un polvo de primera —dijo Jack—. Lo echaba de menos, la verdad.

Le sonrió y señaló los pechos, que aún estaban descubiertos, enrojecidos, y con los pezones grandes e hinchados.

—Han quedado estupendas, me gustan.

Jack parecía seguro de sí mismo. El orden se había restablecido. Él la había montado, había recuperado lo que fue suyo, al menos, por unos instantes. Y ella dejó que creyera que era así.

Sin soltar la memoria USB, metió los brazos en la parte superior del vestido y se lo puso sobre los hombros. Luego le dio la espalda a Jack y se sujetó el pelo para que él pudiera subirle la cremallera. Un segundo después, él ya se había marchado.

Cuando Faye entró en la carpa, las niñas, ataviadas con sus vestidos de diseño, estaban en pie cantándole a Julienne. Sean y Ville dirigían el coro.

Ylva la miraba de reojo y señalaba a Julienne, que llevaba en la cabeza una reluciente corona de princesa. Tenía la mirada vacilante pero resignada, y estaba pálida, como mareada a causa del calor que hacía en la carpa, y se le había pegado a la coronilla el pelo rubio.

Cuando todos los presentes corearon un ¡Viva!, Jack se colocó al lado de Ylva, le dio un beso en la mejilla y la rodeó con el brazo. Ylva se relajó. Faye no pudo reprimir una sonrisa. El esperma de Jack le chorreaba despacio entre las piernas.

Fjällbacka. El pasado

Mamá sollozaba en la cocina, pero yo no podía levantarme de la cama, no podía evitar los golpes de papá mientras los estaba dando. Lo que hacía, en cambio, era dejar que la oscuridad dejase fuera toda la preocupación, todos los miedos.

El otoño no tardaría en llegar, y papá le haría cosas cada vez peores a mamá. Y a mí, y a Sebastian. Era como si los otoños y sus tormentas no tuvieran final, con papá siempre como un animal iracundo encerrado en una jaula con sus presas. Todos íbamos describiendo círculos alrededor de todos: una unidad minúscula y aislada en una sociedad aislada.

A veces soñaba con que alguien vendría a rescatarnos. De hecho, todo el mundo lo sabía. Por más que no tuvieran idea de lo extremo de la situación, sabían lo suficiente. ¿Por qué no venía nadie a buscarnos? A liberarnos. Pero todos apartaban cobardes la mirada, ciegos a los moretones y las heridas. Ningún maestro preguntó nunca nada. Ningún médico del centro de salud hizo jamás un comentario sobre nuestras lesiones o las de mamá. El invierno pasado, mamá necesitó asistencia médica ocho veces. Un hombro dislocado. Una fractura de la muñeca. Una herida en la mandíbula. Nadie puso en duda sus historias de una caída torpe por las escaleras o de la puerta de un mueble de la cocina que se abrió de repente como si quisiera atacarla. Todos cerraban los ojos.

¿Cómo sería ese invierno?

El llanto de mamá se oyó aún más claro cuando la puerta de mi dormitorio se abrió y se cerró. Sebastian se acercó de puntillas hasta la cama y se acurrucó a mi lado. Se durmió así, enroscado a mi lado, como un perro que buscara calor. Pero yo no encontraba ninguna seguridad en su compañía. Nadie tenía que decirme que la única persona en la que yo podía hallar seguridad era yo misma. Ya lo había descubierto por mi cuenta.

Yo era más fuerte que ellos. Sobre todo, que Sebastian.

Su respiración se mezclaba con el sonido del mar que atronaba fuera. Los últimos veraneantes ya se habían ido al término de la estación estival. Todos fingieron no haber oído los gritos en nuestra casa, una de las pocas que estaba habitada el año entero. Seguramente, no querían estropear las vacaciones con cosas tan desagradables. En cierto modo, yo los comprendía. Pero me preguntaba si alguna vez, cuando cerraban la cabaña y volvían a sus preciosos chalés de Gotemburgo, dedicaban un pensamiento siquiera a los niños de la casa de al lado. Lo más probable fuera que no.

Después de dejar a Julienne en el colegio al día siguiente, Faye se encerró en el despacho, encendió el ordenador y revisó los archivos. Le llevó diez minutos encontrar la nueva contraseña del Gmail de Jack: venividivici3848.

No le había contado a nadie lo que había ocurrido en el despacho de Jack. Por poca gracia que le hiciera representar el papel de una Faye ansiosa de reconocimiento, no le había quedado otro remedio. No podía dar lugar a que Jack sospechara, se había visto obligada a seguirle el juego para evitar que descubriera la memoria USB, que le quemaba en la mano. Pero no podía negar que había disfrutado al sentir a Jack dentro de su cuerpo otra vez. Eso la llenaba de preocupación. Le molestaba. Era una grieta en la coraza que no se podía permitir.

Faye entró en la cuenta de Gmail, fue bajando por la lista de documentos hasta que encontró lo que buscaba. Lo fue guardando todo de forma ordenada y metódica.

Todo lo que necesitaba se encontraba allí.

Dedicó el resto de la mañana a revisar los demás archivos y rastrear todo lo que había hecho en el ordenador. Las búsquedas de «Young girl», «teen» y «petite», y la típica conversación entre tíos con Henrik sobre «la tontaina» con la que se había acostado en el despacho y las burlas acerca del peso de una empleada. Todo podía llegar a serle de utilidad un día.

Con el ordenador nuevo al hombro, Faye le dijo a Kerstin que iba a salir. Se sentó en el Starbucks de la plaza de Stureplan y continuó revisando documentos. El martes de la semana siguiente Compare empezaría a cotizar en bolsa. Eso le daba tiempo de sobra para organizar un plan exacto de cómo utilizar lo que había encontrado. Seguramente, lo pondría todo en marcha el viernes. Dentro de cuatro días.

El móvil emitió un pitido. Era Jack. «No puedo dejar de pensar en lo maravilloso que fue. ¿Quieres que nos veamos?», escribía.

Reflexionó sobre cómo responder. Las cosas habían empezado a rodar más rápido de lo que ella había calculado. Necesitaría mantener vivo el interés de Jack hasta que llegara el momento de dar los últimos pasos. Lo pensó unos segundos más, luego escribió una respuesta breve y le dio a enviar.

Chris estaba bebiendo zumo de naranja sentada a una mesa de la primera planta de los baños de Sturebadet. Jubilados envueltos en albornoces blancos comían ensaladas de doscientas coronas, todo enmarcado por el sonido del rumor del agua en las piscinas que había debajo.

Faye retiró una silla y se sentó enfrente de su amiga.

—¡Ay, hola! No te había visto. No sé, pero el ruido me relaja en cierto modo. Es como estar en un útero grande y cálido.

Faye observó a su amiga mientras se quitaba la chaqueta y la colgaba en el respaldo. Tenía en la mirada una expresión ausente.

—¿Cómo te encuentras?

—Hoy es un buen día —dijo—. Pero es que no he estado en el hospital. Esta noche voy a cenar con Johan.

—¿Qué te dijo cuando se lo contaste?

Chris bajó la vista hacia el tablero de la mesa.

—No se lo he contado. Es que..., es que no he sido capaz. No puedo perderlo.

Se le reflejaba la vergüenza en la mirada. Y también el miedo. Y eso aterrizzaba a Faye. Nunca había visto a Chris avergonzarse de nada. Y nunca jamás la había visto asustada.

Le dio la mano a su amiga.

—Chris, cariño, lo entiendo perfectamente. ¿Sería más fácil si estuviera contigo cuando se lo contaras? Lo digo... Bueno, lo digo solo por si acaso.

Chris asintió despacio.

—¿Te importaría?

—Lo haría encantada, si así es mejor para ti.

—Es que no quiero ser una lata. Pero me siento tan débil, tan indefensa... Las pocas horas que consigo ser yo misma me roban todas las fuerzas, hasta el punto de que lo único que consigo hacer cuando no estoy con Johan es estar aquí sentada. ¿Quién habría creído que pasaría mis últimos días aquí, en Sturebadet?

Y entonces asomó una sonrisa auténtica. Un resquicio de la verdadera Chris, pensó Faye, y le devolvió la sonrisa.

El colegio en el que trabajaba Johan era de ladrillo rojo y se encontraba en la calle Valhallavägen. Detrás de la cancela había unos críos de la edad de Julienne. Giraron la cabeza cuando ella y Chris se bajaron del taxi y entraron en el patio.

Ya en el edificio, recorrieron un largo pasillo lleno de armarios de color turquesa. No se veía a nadie.

—¿Sabes dónde está? —preguntó Faye.

—No, pero ¿no deberían tener ahora una especie de pausa para comer o algo así?

Faye miró el reloj. Eran las doce. Y en ese preciso momento se abrieron las puertas de las aulas y los alumnos empezaron a salir como un torrente. Agarró a un chico cubierto de acné y le preguntó si sabía dónde estaba Johan, el profesor de sueco.

—Johan Sjölander —añadió Chris.

El niño meneó la cabeza y se esfumó.

Se pegaron a las taquillas para evitar que las arrollaran unos chicos que venían armando jaleo.

—Llámalo.

Chris se llevó el móvil a la oreja derecha mientras se tapaba la otra con la mano libre. Volvió la cabeza cuando él respondió.

El pasillo empezaba a vaciarse. A Faye le afectó un poco el verse en una escuela de primaria. Las diferencias de estatura, las miradas vacilantes e inseguras, las jerarquías. Las tensiones se palpaban en la superficie, prestas a estallar en cualquier momento. Matilda había tratado de moverse por pasillos como aquellos pasando tan desapercibida como fuera posible, pero nunca lo consiguió. Todos sabían quién era. Todos sabían lo que había ocurrido.

Chris le dio un toque en el hombro.

—Nos espera fuera.

—¿Qué ha dicho?

—Pues parecía... Bueno, solo sorprendido al enterarse de que estaba aquí. Y contento.

A Chris se la veía nerviosa y contenta al mismo tiempo. Siguieron la corriente de alumnos que cruzaban una puerta de cristal, bajaron la escalera, salieron otra vez al patio y encontraron un banco vacío junto a unos arbustos.

—¿Cómo estás? —preguntó Faye.

—Nerviosa.

—Irá bien, ya verás. Irá de maravilla.

Chris asintió, aunque no parecía muy convencida. Se abrió una puerta y por ella salió un hombre alto y delgado en vaqueros y camisa de cuadros. Llevaba el pelo rubio algo alborotado. Al verlas echó a andar hacia ellas con una amplia sonrisa en los labios. Tenía un aire de persona abierta y buena, a Faye le gustó enseguida. No tenía nada en común con los hombres con los que sabía que Chris se había relacionado a lo largo de los años. Lo que le parecía positivo. A Chris nunca se le había dado bien elegir hombres, pero Faye intuyó que Johan era diferente.

—Chris —dijo con voz alegre—. Qué alegría verte. ¿Qué haces..., qué hacéis aquí?

Chris se levantó en el acto y le dio un abrazo. Cuando se separaron, Johan se volvió hacia Faye.

—Tú debes de ser la famosa Faye. Me alegro de conocerte por fin. Casi empezaba a creer que eras una amiga imaginaria.

Ella le estrechó la mano que le ofrecía, pero él debió de notar que el motivo de la visita no era tan grato como había pensado en un principio, porque las miró inseguro.

—¿Ha ocurrido algo? —preguntó.

—Será mejor que nos sentemos —dijo Faye, y señaló el banco.

Chris quedó en el centro. Respiró hondo, dudó un poco, pero Faye la animó dándole un toque con el codo. Chris le echó una mirada furiosa, pero luego le dio la mano a Johan.

—Johan, tengo que contarte una cosa... —empezó, y Faye la alentó con la mirada—. Estoy enferma. Tengo cáncer. Un tipo que es difícil de tratar.

Lo dijo con rapidez, de un modo casi ininteligible, pero por la expresión de Johan supieron que la había oído. Abrió la boca para decir algo, pero volvió a cerrarla. Luego respiró hondo y asintió.

—Lo sé —dijo despacio.

—¿Ah, sí? —exclamaron a coro Faye y Chris.

—Viste en tu casa la cita para la quimioterapia.

—¿Y por qué no has dicho nada?

—Porque... Porque pensé que era cosa tuya decidir si querías contármelo o no. Supuse que lo harías, cuando estuvieras preparada.

Chris lo rodeó con los brazos.

—Y... ¿Ahora quieres dejarme? Si es así, lo comprendo.

Era tal el horror que expresaban sus ojos que a Faye le entró un sudor frío.

Pero Johan negó con la cabeza y se echó a reír. Una risa resquebrajada, rota, pero risa al fin.

—Pero por Dios, cariño. Hace falta mucho más que un cáncer para que yo te deje. Nunca había estado con nadie que me hiciera tan feliz como tú.

—Pero... Es posible que muera. Es más verosímil que muera que lo contrario.

Johan asintió pensativo.

—Sí, es posible que mueras. Y si es así, lo último que verás será esta cara tan fea.

A su alrededor se oían gritos de júbilo de niños llenos de esperanza en el futuro, niños que tenían ante sí una vida llena de momentos buenos y malos. Triunfos y errores. A Chris deberían quedarle un montón de errores por delante, siempre había sido la mejor del mundo en cometer errores. Siempre decía que las malas decisiones hacían que la vida fuera digna de ser vivida.

Faye se dio media vuelta para que Chris no viera que estaba llorando. Con el rabillo del ojo vio que su amiga apoyaba la cabeza en el hombro de Johan mientras le refería con exactitud cuál era la situación. A pesar de lo espantoso del tema, quizá fuera la conversación más bonita que Faye había escuchado jamás. Y Chris sonreía como una niña en cuanto Johan abría la boca. Por un momento, pensó en cómo habría reaccionado Jack si ella le hubiera contado algo así. A Jack no le gustaba la enfermedad. Ni la debilidad. Se habría largado después de la primera frase.

Faye se levantó para dejarlos solos, pero Johan le pidió que se quedara. Se volvió hacia Chris.

—Ahora que has contado lo tuyo, me gustaría decir algo que me he estado guardando para mí. Y me parece perfecto que Faye esté presente, porque puede que me dejes después, y entonces seré *yo* quien necesite que le den un abrazo.

Chris puso cara de preocupación y Faye se puso furiosa. Desde luego, aquel no era el momento ideal para confesar ningún mal paso o lo que quiera que fuera a hacer. Y se preparó para llevarse a Chris de allí.

Pero Johan se metió la mano en el bolsillo y sacó un objeto, luego se puso de rodillas delante de Chris, y le tomó las manos entre las suyas. Algo despidió un destello entre sus dedos y a Faye empezó a acelerársele el

corazón. Miró de reojo a Chris, que parecía no entender nada. La furia se esfumó con la misma facilidad con la que había llegado, y se le puso la piel de gallina. Johan, arrodillado en el asfalto del patio del colegio, solo tenía ojos para Chris. Unos alumnos parecieron darse cuenta de que estaba pasando algo, como un perro que olfatea una galletita, y se detuvieron formando grupitos.

Pero para Johan solo existían Chris y él. Se aclaró un poco la garganta.

—Chris, eres la persona más maravillosa que he conocido en la vida, la más buena y la más inteligente de todas aquellas con las que me he relacionado. Te quiero muchísimo. Desde el primer momento en que te vi. Si no me hubieras seguido hasta Farsta, tenía pensado ir a la peluquería al día siguiente, para hacerme una cresta o cualquier otra cosa. Este anillo... — Sostuvo en alto un anillo de compromiso—. Lo compré cuatro días después de conocernos. Desde entonces, lo llevo conmigo. No quería parecer un loco ofreciéndotelo demasiado pronto, pero para mí nada ha sido demasiado pronto contigo. Al contrario, ahora creo que lo he llevado guardado demasiado tiempo. Así que me pregunto si podrías plantearte llevarlo en el dedo. O sea, lo que me pregunto es si quieres... Si quieres casarte conmigo.

Los alumnos que había alrededor empezaron a chillar y a vitorear. Algunos soltaron algún que otro silbido. Una niña gritó con voz chillona:

—¡Vamos, di que sí! ¡Johan es divino! ¡Un profe genial!

Chris se llevó las manos a la boca, y de repente Johan se puso nervioso. Chris tragó saliva y extendió la mano con las mejillas llenas de lágrimas.

—Por supuesto que quiero —susurró. Los alumnos estallaron en vítores.

Johan les sonrió con el pulgar hacia arriba, y se oyeron más gritos de alegría y aplausos antes de que el grupo se dispersara. Vaciló un poco con el anillo antes de atinar a ponérselo a Chris, que tenía la mano preparada.

—Te quiero —murmuró Chris, le ayudó a ponerse de pie y lo besó.

Faye encontró en la calle Götgatsbacken una cafetería que se llamaba Muggen, pidió un café y levantó la tapa del ordenador antes de conectarse a la red inalámbrica. Se había descargado una VPN, de modo que su dirección IP permanecería oculta y sería imposible de rastrear. Metió el USB en el que había organizado la información que encontró en el Gmail de Jack y ojeó el material. Lo había ordenado de forma estructurada y clara, un sueño para un periodista financiero hambriento de novedades.

Faye había elegido a una joven reportera que se llamaba Magdalena

Hansson, del *Dagens Industri*. Llevaba un tiempo fijándose en ella. Era aguda y meticulosa, y escribía bien.

«Si te interesa, hay más», escribió, y le dio a enviar.

Así de sencillo. Se preparó para levantarse y marcharse cuando vio un mensaje en la bandeja de entrada.

«¿Podemos vernos?».

Faye reflexionó unos instantes. Sabía que los periodistas se tomaban muy en serio la protección de sus fuentes, para ellos era lo más sagrado. Pero al mismo tiempo, eran humanos. Una palabra que se les escapaba después de beber de más, un móvil robado, una conversación íntima con un novio, y todo se destapaba. No podía correr ese riesgo. Todavía no.

«No. Pero dime si quieres más.»

Enseguida le respondió.

«De acuerdo, ¡gracias! Tengo que pedir a nuestros expertos que comprueben la autenticidad, así que puede llevarme varios días, pero esto es increíble, si es verdad...»

«Es todo verdad», escribió, cerró el ordenador y se fue de la cafetería.

La primera página del *Dagens Industri* decía: «La consigna del director general de Compare, Jack Adelheim, a sus empleados: “Engañad a los viejos y a los débiles”». Debajo del titular había una serie de fotogramas del vídeo que Faye le había enviado a Magdalena Hansson.

Faye tomó un trago de café sentada delante de la isla de la cocina. La historia de cómo Jack Adelheim, director general de Compare, que acababa de empezar a cotizar en bolsa con cifras astronómicas, animaba a sus empleados a mentir a los mayores para quedarse con su dinero ocupaba cuatro páginas. Allí estaba todo aquello que Faye había reunido del correo de Jack y le había enviado a Magdalena Hansson, organizado en succulentos titulares. Lo más grave era un vídeo hecho con un móvil al principio del ascenso de Compare hacia el éxito, en el que se veía claramente cómo Jack instruía a sus empleados para que vendieran «a los viejos» todo lo que pudieran, con todos los medios a su alcance. Lo único importante eran las ganancias. La grabación duraba diez minutos, y esos diez minutos arruinaban por completo la honra y la dignidad de Jack como jefe de la compañía. Y era la bomba que Faye esperaba encontrar en su Gmail. El resto no era más que la guinda del pastel. Solo la grabación habría bastado para hundir a Jack. Y para herir de muerte a Compare. Ella la había visto con anterioridad, y contaba con que Jack era tan

presumido que lo habría guardado.

Ahora solo quedaba ver cuánto daño había logrado hacer. Aún temía que no fuera suficiente. El mundo era cínico. Los medios, el público, el ámbito de los negocios, todos eran animales misteriosos. Y el provecho propio mandaba siempre.

Lo único que ella había podido hacer era facilitar las condiciones.

Faye siguió leyendo. Con avidez, con ansia, con regocijo por el daño causado. Con un hálito de felicidad en el pecho, la sensación de saber que ahora el acosado, el vulnerable, era Jack.

Comprobó con alivio que los medios se mostraban implacables. El punto de vista que había elegido *Dagens Industri* era claro y unánime. Los políticos, los miembros del gobierno provincial y los familiares de las personas mayores afectadas se pronunciaban en el artículo. La periodista del *Dagens Industri* lo consideraba el peor escándalo de los últimos diez años, y aseguraba que a Jack Adelheim le sería imposible seguir ocupando su puesto. Faye siguió pasando las hojas ansiosa. Cuando terminó, entró en las webs del *Aftonbladet*, el *Expressen* y el *Dagens Nyheter*. Los tres abrían con el escándalo. El *Aftonbladet* dedicaba incluso la edición matinal a comentar lo que la nueva información podía implicar para Compare y sus acciones. Los periódicos competían por ver quién conseguía los comentarios más condenatorios de las personalidades más significativas. Y la gente se sumó. ¿Cómo se había atrevido Jack Adelheim? ¿Cómo se había atrevido Compare?

Faye trataba de imaginarse a Jack. ¿Qué estaría haciendo? ¿Cómo reaccionaría? ¿Satisfaría la petición de los comentaristas de dimitir para salvar Compare y evitar así que las acciones siguieran perdiendo valor?

Tal vez. Si se sentía lo bastante aterrorizado, lo bastante humillado. Siendo quien era, no había para él nada peor que la humillación pública. La pesada carga de vergüenza de su niñez podía impulsarlo a dejarlo todo y salir huyendo. Y eso no podía ser. Iría contra todo lo que ella había planeado. Tenía que animarlo a dar la batalla, a luchar hasta el final por mantenerse en su puesto. Alimentar su ego, decirle que no había nadie más idóneo que él para salvar y dirigir Compare. Faye no creía que fuera muy difícil. Sabía exactamente qué teclas tenía que tocar.

Llamó a Kerstin, que había salido temprano para la oficina.

—¿Lo has visto?

—Lo estoy leyendo ahora mismo. Es increíble. Te has empleado a fondo. Es mejor de lo que esperaba.

—Lo sé. ¿Qué... te parece que debo hacer ahora?

—Mantente a la espera. El acudirá a ti.

—¿Tú crees?

—No, cariño, sé que lo hará. En los momentos de crisis, recurrimos a las personas que pueden subirnos la moral. Cuando él necesita que le suban la moral, acude a ti. Te pedirá consejo. Jack siempre ha necesitado tu ayuda. Es solo que no ha sido lo bastante listo como para darse cuenta.

—¿A cuánto están las acciones ahora mismo?

Faye oyó cómo Kerstin tecleaba en el ordenador.

—Han caído de noventa y siete coronas a ochenta y dos desde que abrió la bolsa.

Le dio un golpe de tos. Era mucho, pero aún estaba lejos de su objetivo. Si caían por debajo de las cincuenta coronas, le daría instrucciones a su contacto en la Isla de Man para que comprara todas las acciones que pudiera. Y seguramente entonces tendría la mayoría.

Jack y Henrik poseían el cuarenta por ciento de Compare. Al principio necesitaban muchos inversores, que habían tenido la opción de comprar acciones. Jack y Henrik habían insistido mucho en que quienes compraron las acciones tenían la misma visión de la empresa que ellos mismos, pero el hecho de no tener la mayoría de las acciones los hacía vulnerables. Algo que ella les había recordado en muchas ocasiones. Sin éxito.

—Aún falta bastante —dijo.

—No te preocupes. Saldrá bien. Puede tardar unos días, pero cuanto más descontento esté Jack, cuanto peor lleve el asunto, tanto más bajarán las acciones. Lo que tienes que conseguir es que se aferre al puesto.

—Lo sé —dijo Faye.

Se hizo el silencio un momento.

—¿Cuándo llegarás al despacho? pregunto Kerstin.

—Creo que hoy no voy a ir, Chris me necesita.

—Vete con Chris —dijo Kerstin—, Yo me encargaré de defender el fuerte.

El timbre de Chris resonó chillón en el rellano. Faye no la había llamado para avisar de que se pasaría a verla. Claro que casi nunca avisaba. Chris siempre tenía la puerta abierta para ella, que incluso seguía conservando una copia de la llave. Esperó unos instantes y aguzó el oído. Al cabo de unos

segundos se oyó un arrastrar de pies en el interior, después un clic en la cerradura y la puerta se abrió.

Chris parecía cansada. Tenía la cara demacrada y las ojeras muy marcadas. Al ver que era Faye, le afloró al rostro una amplia sonrisa.

—¡Ah, eres tú! Creía que era un ladrón.

—¿Por eso has abierto la puerta?

—Necesitaba pagarla con alguien —dijo Chris mientras se agachaba para abrir la cancela blanca.

—Pobres ladrones. No tendrían nada que hacer. ¿Has comido algo?

—Desde ayer, ni un bocado. No tengo apetito, ni siquiera me apetece cava, para que te hagas una idea de la gravedad de la situación. Había pensado llamar al hospital y preguntar si me lo podían dar intravenoso.

Chris se tumbó en el sofá mientras Faye preparaba café y miraba en el frigorífico y la despensa en busca de algo comestible que darle. Dos tostadas de pan crujiente con huevas de gamba. Chris dio unos bocados y apartó enseguida el plato con una mueca de desagrado.

—Esas huevas son de Johan. A mí no me gustan ni cuando estoy bien.

Se limpió la lengua con una servilleta.

—¿Por qué no lo has dicho? Si lo hubiera sabido, te habría preparado otra cosa.

Chris se encogió de hombros.

—Los citostáticos parecen haberse cargado las papilas gustativas. Y pensaba que a lo mejor podía hasta tragarme las huevas. Pero ni siquiera los citostáticos consiguen que mi sentido del gusto las acepte. He intentado explicarle a Johan que es un alimento diabólico, pero se niega a hacerme caso.

—¿Qué dicen los médicos? —preguntó Faye discretamente, mientras retiraba el plato.

—¿Tenemos que hablar de eso?

—No. Pero estoy preocupada.

Chris dejó escapar un hondo suspiro.

—No tiene buena pinta, Faye. Tiene una pinta malísima, la verdad.

A Faye se le erizó el pelo de la nuca.

—¿Qué quieres decir?

—Pues lo que acabas de oír. El tratamiento no ha surtido aún ningún efecto. Bueno, salvo que tengo náuseas permanentes, no paro de vomitar y ha empezado a caérseme el pelo. Aunque estoy delgada, eso es verdad, así al menos no tengo que sudar la camiseta en el gimnasio.

—No sé qué decir.

Chris la tranquilizó con un gesto de la mano.

—¿No podemos hablar de otra cosa? Compórtate como siempre. ¿Alguna novedad?

—¿Es que ya no lees la prensa?

Chris meneó la cabeza con gesto cansino. Faye fue al vestíbulo, sacó el *Dagens Industri* que tenía enrollado en el bolso y volvió con él en la mano. Se lo puso a Chris en la barriga.

Después de lanzar una mirada fugaz a Faye, Chris abrió el periódico y lo fue hojeando hasta llegar al artículo en sí.

Faye se comió los restos del pan con huevas ahumadas mientras Chris iba leyendo. Ella no compartía la opinión de su amiga sobre las huevas de gamba ahumadas.

—Es increíble —dijo Chris, y dobló el periódico—. ¿Esperabas que le dedicaran tanto espacio?

—No. Y lo mejor es que se han sumado tanto los dos diarios vespertinos como el *Dagens Nyheter*. Además de los medios digitales, Facebook y en general las redes sociales.

—Estarás supercontenta, ¿no?

—No me atrevo a celebrarlo antes de tiempo.

—Eres más aburrida que yo, que estoy moribunda. Pero esto tenemos que celebrarlo de algún modo. Me pregunto cuánto tardaría en conseguir un gotero con cava...

—No hace falta, Chris, lo celebraremos después, cuando haya pasado. Cuando te hayas puesto buena.

Se obligó a sonreír.

—¿Cómo es la vida de recién prometida?

—Es una maravilla. Bueno, toda la maravilla que puede ser cuando una vomita tres veces por hora. Johan me ha traído el desayuno a la cama todos los días.

—¿Y no comes nada?

—No, pero eso él no lo sabe. Y no tengo valor para contarle que, si me lo comiera, lo vomitaría todo media hora después en la bandeja que con tanto mimo me prepara.

—¿Cuándo es la boda?

—Pues ese es el problema. Johan quiere que nos casemos dentro de un año y todo eso. No sé qué le pasa a la juventud de hoy, son de lo más

conservadores. Yo no creo que tenga fuerzas...

Faye se abstuvo de comentar que Johan, que solo era cinco años menor que Chris, no podría ni de lejos clasificarse de joven. Lo que sí hizo fue mirar muy seria a su amiga.

—Tienes que decírselo —respondió con un tono más estricto de lo que pretendía.

No quería que Johan presionara a su amiga. Chris tenía tiempo. No podía ser de otro modo.

—El problema es que, si no, puede que no se celebre nunca. Por desgracia, tengo unos cuantos tumores nada bienvenidos pero que también quieren asistir.

—El tratamiento funcionará. Tiene que funcionar.

—Ya veremos —dijo Chris, y apartó la mirada de Faye. Estaba a punto de dormirse.

Faye la cubrió con una manta y le dio unas palmaditas en la rodilla cuando la tapó bien. Luego salió silenciosamente del piso y cerró con llave.

Se sentía abatida mientras bajaba las escaleras. A Chris nunca le había costado trabajo reír, al contrario, pero ahora casi parecía resignada a morir.

Las noticias de economía de Sveriges Television mostraban una curva de cómo habían caído las acciones de Compare durante el día. Las imágenes de la sede principal de Blasieholmen alternaban con la verja de la residencia de Lidingö. Pero nadie daba con Jack.

—¿Dónde se habrá metido? —murmuró Kerstin, que estaba con la cabeza adelantada hacia el televisor, sentada en el sofá al lado de Faye.

—Seguro que está en una reunión de relaciones públicas que, con cara de preocupación, le estarán diciendo cómo debe comunicarse la noticia —respondió.

—¿Y servirá de algo?

—Lo más probable es que no. Pero los expertos en marketing podrán facturarle muchos billetes de mil por todos los consejos inútiles que le den.

Se volvió hacia Kerstin.

—Hoy has ido a ver a Ragnar, ¿verdad? ¿Qué tal ha ido?

Kerstin movió la cabeza.

—Ya sabes que no quiero hablar de él.

Faye asintió y le hizo caso. Por esta vez.

Cada hora que pasaba con Jack desaparecido parecía aumentar la frustración de los periodistas. Cuando Julienne llegó al salón, Faye cambió discretamente de canal. Se preparó para ir a acostarla, pero Kerstin se ofreció a hacerlo en su lugar. Con el tiempo había ido creciendo un lazo muy especial entre Faye y Kerstin, con Julienne como elemento de unión. En la actualidad, Kerstin solo utilizaba su piso para dormir, prácticamente, y así lo quería Faye.

Ya se oían risas en el dormitorio de Julienne, y Faye sonrió. Julienne y Kerstin formaban parte de su vida, ¿no podía darse por satisfecha? ¿De verdad necesitaba aplastar a Jack? Julienne siempre había adorado a su padre, y los niños necesitaban a los dos progenitores. Aunque Jack no siempre tuviera tiempo para su hija, aunque últimamente Julienne llorase a veces cuando le tocaba ir con él. Faye sabía que era algo natural en los hijos de matrimonios divorciados. La eterna angustia de la separación.

En realidad, no sabía si Jack quería o no a Julienne. Siempre la había tratado como a una princesa, pero a veces tenía más bien la sensación de que fuera un accesorio bonito que le gustaba mostrar a su entorno. Y el amor de un padre no era algo incuestionable. Ella, mejor que nadie, era consciente de ello.

Faye se permitía breves momentos de duda, pero sabía que no había otra opción. Jack la había aplastado, la había humillado y la había engañado. Había dejado a un lado aquella familia por la cual ella había dejado a un lado todo lo demás. Los hombres habían ejercido su poder sobre ella a lo largo de toda su vida. No podía permitir que Jack quedara impune.

Decidió saltarse el resto de las noticias y fue a la cocina en busca de una copa de vino. Cuando volvió al salón y miró el iPad vio que tenía un mensaje de Jack.

«Necesito verte», decía.

«¿Dónde?», respondió ella.

Transcurrió un minuto antes de que el móvil volviera a emitir el pitido.

«En el lugar donde nos vimos por primera vez.»

Caía una lluvia torrencial cuando Faye cerró la puerta del taxi y corrió encogida hasta cruzar la puerta del bar. A una mesa había sentados tres chicos de unos veinte años, cada uno con una cerveza. Jack se había acomodado al fondo. En el mismo lugar en el que Chris y ella estaban cuando se conocieron dieciséis años atrás.

Jack estaba cabizbajo ante una cerveza a medias.

El camarero le hizo una seña.

—Dos cervezas, por favor. —Intuyó que Jack no tardaría en terminarse la suya.

El camarero le dio los dos vasos y ella los llevó hasta la mesa donde se encontraba Jack.

El levantó la vista y Faye le acercó uno de los vasos.

—Hola —dijo él con una sonrisa tristona.

Parecía vulnerable. Pequeño.

Llevaba el pelo oscuro peinado hacia atrás, un fino mechón húmedo le colgaba en la mejilla. Estaba pálido y tenía la piel ajada. Los ojos irritados. Faye nunca lo había visto tan abatido. Tuvo que contener un primer impulso de arrojárselo al cuello, consolarlo, prometerle que todo iría bien.

—¿Cómo estás?

El meneó despacio la cabeza.

—Esto... Es lo peor que me ha pasado en la vida.

La última pizca de afecto desapareció tan pronto como se dio cuenta de lo mucho que se compadecía de sí mismo. No debía de quedarle mucha compasión para los demás. No había dedicado ni un solo pensamiento a cómo debió de sentirse ella cuando lo perdió todo. Cuando se vio convertida en una paria social, cuando se vio en la miseria, cuando se vio desdeñada. Ella había vivido todo lo que él estaba pasando ahora. Y más, si cabe. Pero él no albergó un ápice de compasión por ella. ¿Por qué iba ella a sentirla por él ahora?

Pero, para conseguir lo que quería, no le quedaba más remedio que darle lo que él deseaba.

—¿Qué piensas hacer? —preguntó con voz amable.

—No lo sé —dijo Jack en voz baja.

Faye pensaba en cómo hilar aquellas palabras. No podía permitir que dimitiera, entonces todo habría sido en vano.

Entonces no sería más que un hombre de negocios como tantos otros, que resultó ser un codicioso. De esos estaba el mundo lleno. La salida de Jack tenía que ser mucho más espectacular que todo eso.

Tenía que convencerlo de que se quedara. Quería que sufriera la caída. Y fue como si su mera presencia lo hubiera animado a combatir. La miró con un destello distinto en los ojos. De fondo se oía «Corning around again» de Carly Simón. A ella siempre le encantó esa canción. Sobre todo los versos donde decía «no te preocupes si me derrumbo, hay más espacio en un corazón roto». Aunque ella sentía su corazón más pequeño desde que Jack se lo rompió.

Como si hubiera encogido.

—Aquello ocurrió hace más de diez años —dijo Jack—, ¿Cómo puede ser una novedad? Entonces era joven y ambicioso. Uno hace lo que tiene que hacer, es el negocio. Lo único que le importa a la gente es el resultado. A nadie le importa una mierda cómo lo consigue. Y ahora... esto. Tiene que ser por envidia. La gente odia a los triunfadores. La gente odia a las personas como tú y yo, Faye. Porque somos más listos que ellos.

Faye no respondió. De repente, ellos dos eran «nosotros» otra vez. Y después de haberse pasado tantos años diciéndole lo tonta que era, ahora volvía a referirse a su inteligencia. La ira se apoderó de ella y agarró fuerte el vaso de cerveza. Jack seguía con su discurso. Hablaba con voz quejumbrosa y tenía el cuello cubierto de rojeces. Jamás lo había visto así.

—En este puto país no es posible hacerse rico si no aprovechas las oportunidades. Nuestros métodos quizá fueron duros, pero en ningún caso ilegales, joder. Los jubilados también tienen obligación de mirar por su dinero, estamos hablando de gente adulta. Responsables de sus actos. En este puto país la culpa siempre es de otro, alguien tiene que venir detrás a retirar la mierda, alguien que pague por todo. Así se ceba la prensa, aunque uno se haya limitado a levantar una empresa rentable, dar trabajo a un montón de gente y contribuir al PIB de Suecia.

Sacudió la cabeza con frustración.

—Lo único que he hecho mal es que se me ha ocurrido ganar unas coronas para mí, y eso la gente no lo puede soportar. Comunistas de mierda. No pienso permitir que destruyan todo lo que he construido, qué cojones.

Apuró de un trago el resto de cerveza que Faye le había llevado y le pidió otra al camarero. Faye lo observaba como si fuera la primera vez. Se comportaba como un crío quejica al que hubieran arrebatado su juguete favorito. Si se mostraba a los medios con esa actitud, no duraría mucho.

Tenía que calmarlo. Había que quemarlo a fuego lento. No había que permitir que ardiera tan rápido como un petardo.

—Jack —dijo con voz suave, y posó su mano sobre la de él—. Estoy de acuerdo contigo en todo lo que dices. Pero debes aplacar el tono. Decirles que eras joven, que ahora tienes más experiencia. Quizá acudir a una de vuestras residencias de ancianos y trabajar gratis durante un día. Invitar a los medios. Recuperar la confianza de la gente.

Faye se imaginó a Jack visitando una residencia de ancianos. Los periodistas le verían las intenciones, por supuesto, lo que empeoraría las

cosas más aún. Lo despedazarían.

Pero prolongaría el proceso.

—Sí, puede.

Jack parecía pensativo. La rojez del cuello empezaba a aplacarse.

—Al menos piénsalo. ¿Qué dice el consejo de dirección? ¿Y Henrik?

—Bueno, están preocupados, claro está. Pero ya les he explicado que la tormenta pasará. Ninguno de ellos quiere que dimita, no hay nadie más apto que yo.

Se estiró un poco. Aún convencido de su superioridad y su excelencia. Faye reprimió el impulso de rozar sus Jimmy Choo con los Gucci que él llevaba puestos. Unos Gucci bastante feos, por cierto. Jack iba mejor vestido cuando ella era su consejera de estilismo. Ylva parecía pretender que se vistiera como un magnate ruso del petróleo. Cada año que había pasado con ella se había ido volviendo más ostentoso e iba siempre cubierto de marcas.

—No, claro —dijo Faye encantada—. Pues menos mal que lo han entendido.

El la miró.

—Verás... Me alegro de que tuvieras tiempo de quedar. Sé que no siempre ha sido fácil tratar conmigo. Lo que ocurrió con Ylva... Fue una de esas cosas que pasan, cosas que uno no controla del todo en realidad...

Empezaba a estar medio borracho y solo con cierta dificultad podía fijar la vista en ella.

—Ella no me entiende como tú. Nadie me entiende como tú. Ni antes ni ahora. No me explico en qué estaba pensando...

Faye bajó la vista hacia las manos de ambos, que estaban entrelazadas sobre la mesa.

—Me he convertido en un adulto, Faye. He madurado. Quiero decir que antes no estaba listo. Pero ahora comprendo que me equivoqué. En realidad, no significaba nada. Era solo que entonces yo lo quería... todo.

Su voz sonaba débil y suplicante. Balbuceaba por el alcohol. Le acarició la mano con el pulgar y Faye tuvo que recurrir a todo su autocontrol para no apartarla. La rabia hacía que le zumbaran los oídos. ¿Cómo no había visto antes lo débil que era Jack? ¿Tan ciega estaba? ¿Acaso solo veía lo que quería ver, y llenó los huecos con lo que quería? Como si Jack fuera un cuadro gigantesco de los de pintar siguiendo las zonas numeradas. Inacabado.

—No pienses en eso —dijo ella con voz ronca—. Las cosas ahora son como son. Lo más importante es que salgas de esta.

El miró a su alrededor.

—Esto está igual que el día que nos conocimos. ¿Te acuerdas?

Se le iluminó la cara.

—Pues claro que me acuerdo. Yo estaba donde tú estás ahora, y Chris estaba aquí.

Jack asintió.

—Figúrate si hubiéramos sabido todo aquello por lo que íbamos a pasar, cómo iban a ser las cosas. Desde luego, yo estaba loco por ti. Joder, qué tiempos. Todo era tan —... sencillo —remató ella.

La ira aún le zumbaba en los oídos. Lo apartaba todo, salvo la voz sentimental y pegajosa de Jack.

—Eso. Exacto. Tan sencillo.

Se hizo el silencio unos instantes, hasta que ella se aclaró la garganta.

—¿Qué vas a hacer?

—Voy a luchar —dijo Jack—. Voy a salir de esta.

Le apretó las manos una vez más.

—Gracias.

—De nada —dijo Faye—, Con la esperanza de que Jack no hubiera oído ese retintín amargo.

Habían transcurrido tres días y las acciones de Compare habían bajado a setenta y tres coronas. Varios pesos pesados de la economía se habían pronunciado y habían declarado que la situación de Jack empezaba a ser insostenible. Los accionistas vendían sus participaciones. Suspendieron a Jack como orador en dos conferencias. Había concedido una entrevista, pero no en el *Dagens Industri* —el periódico que publicó los vídeos—, sino en el *Svenska Dagbladet*. Hablaba de lo mucho que valoraba a la generación precedente. Decía que todo había sido un malentendido, que los vídeos estaban fuera de contexto, hacía muchos años de aquello, se trataba de un fallo de comunicación, de alguien que quería sabotear una empresa de éxito.

Excusas, excusas y más excusas.

La gente detestaba aquello. Y detestaban a Jack. Desde la organización nacional de pensionistas afirmaban que era incomprensible que no asumiera su responsabilidad y abandonara la empresa.

Pero desde el consejo de Compare aseguraban que seguía gozando de su confianza. Aunque temían lo que les esperaba si Jack continuaba de director

general, temían más aún lo que podría implicar la empresa sin él. Jack *era* Compare. Y con eso precisamente había contado Faye, que eso, exactamente, fuera su caída.

Mientras Chris estaba en la sesión de quimioterapia, Faye llamó a su contacto en el banco de la Isla de Man y le pidió que comprara acciones de Compare por valor de diez millones de coronas. La cotización de las acciones se estabilizó ligeramente, al parecer no todos los inversores habían perdido la esperanza con la empresa. Al comprar una parte mínima de Compare, le daba a Jack cierta tranquilidad laboral. La calma que precedía al huracán. Antes de la siguiente jugada.

Fjällbacka. El pasado

Fingí que estaba durmiendo cuando Sebastian salió de mi cama. Se giró a un lado muy despacio y puso los pies en el suelo. Se puso la ropa, que estaba en el suelo, y yo seguí con los ojos cerrados.

Oí cómo abría la puerta del frigorífico y de los armarios de la cocina, cómo retiraba una silla de la cocina, cuyo arrastrar resonó un poco en el suelo de madera. El estallido de algo al quebrarse hizo que me sobresaltara y abriera los ojos. Se le habría caído un cuenco o algo parecido, me imaginé los fragmentos y el yogur esparcidos por el suelo de la cocina. Me imaginé el pánico de Sebastian.

Me senté en la cama, sabía qué iba a ocurrir. Papá tenía un sueño ligero. Era sábado y no quería que lo despertaran. El dormitorio de nuestros padres se encontraba en la planta baja, junto al de Sebastian. Habían estado discutiendo hasta muy tarde, y seguro que papá estaría agotado. Yo estaba despierta escuchando los gritos y los golpes mientras Sebastian dormía profundamente, abrazado a mí.

Papá entró aullando en la cocina. Yo encogí las piernas, me abracé las rodillas, mientras la oscuridad se movía dentro de mí. Los gritos estridentes de Sebastian se oían a través del suelo, luego la voz suplicante de mamá. Pero yo sabía que ella no podría detener a papá. Él necesitaba poder dar rienda suelta a su ira, tenía que poder romper algo, tenía que experimentar la satisfacción de ver algo hecho pedazos.

Cuando los gritos cesaron, me tumbé otra vez y me tapé entera con el edredón. El lado en el que había estado durmiendo Sebastian aún seguía caliente.

Faye arrojó a Chris en la cama y se sentó un rato en el sofá. No quería dejarla aún. Sacó el ordenador y revisó los últimos correos de trabajo. La

respiración pesada de Chris, que resonaba en la habitación contigua, le dificultaba la concentración, hasta ese punto le dolía oír los padecimientos de su amiga. Cuando llevaba revisada la mitad de la bandeja de entrada, le zumbó el móvil. Una noticia del *Dagens Industri*. «Jack Adelheim lo cuenta todo», decía.

El pulso le retumbaba en las sienes cuando abrió el enlace de la entrevista. Era más extensa de lo que temía, con un tono adulador y tan publicitario que podría haber pasado por un publrreportaje. Concedían prioridad absoluta a la interpretación que Jack hacía de los hechos y lo describían exclusivamente en términos superlativos. El periodista solo hacía preguntas que le fueran favorables, como pelotas de golf perfectamente colocadas en el campo.

Faye bajó un poco hasta llegar al nombre del periodista. María Westerberg. En la foto del pie del artículo aparecía muy cerca de Jack, en la entrada de uno de los hoteles buenos de la ciudad. Los dos sonreían a la cámara. Faye miró la foto con más atención. Jack y María estaban delante de una pared de espejo, y al redactor de fotografía se le había pasado aquel detalle cuando incluyeron la foto: Jack le estaba agarrando a María el culo.

Faye resopló. No pensaba permitir que Jack jugara con ventaja solo porque hubiera seducido a una periodista. Echó mano del móvil y marcó el número de Jack, que respondió con renovada energía y con la voz llena de entusiasmo.

—El precio ha vuelto a subir, la gente está comprando otra vez acciones de Compare —dijo entusiasmado—. Sabía que volvería a encauzarse.

Hablaba con un tono triunfal. Tímidamente, empezaba a recuperar parte de la seguridad en sí mismo.

—Una tranquilidad para ti, Jack. Aunque yo no me preocupé en ningún momento —le susurró—. Estoy orgullosa de ti.

Faye levantó la vista al cielo mientras abandonaba el salón de Chris. Johan no tardaría en llegar.

—Oye, me preguntaba si no te apetecería que nos viéramos para celebrarlo —dijo, disfrutando al máximo de su trabajo de actriz. Necesitaba más munición para neutralizar lo que Jack había conseguido acostándose con María Westerberg.

—Por supuesto —dijo Jack—. Estoy en la oficina, pero puedo escaparme un rato, si tienes tiempo.

Faye entró en el cuarto de baño de Chris, abrió el armario donde sabía

que su amiga guardaba los somníferos y sacó un blíster de Stilnoct. Chris no se daría cuenta si faltaban unas cuantas pastillas.

—¿Sigues ahí? —preguntó Jack—. ¿Hola? ¿Se ha cortado?

—No, no, aquí estoy. Pues qué bien que puedas. ¿En el Grand Hotel?

—¿En el bar?

—No. En la suite.

Faye le había enviado un mensaje a Kerstin, que le había prometido ocuparse de Julienne. Iban a jugar al Minecraft, algo que últimamente hacían todas las noches. Kerstin había empezado a convertirse en algo así como una virtuosa en la materia, y Faye la había sorprendido jugando en la oficina incluso.

Ningún precio era demasiado alto para vengarse de Jack, se dijo camino del hotel. Y allí estaba ahora, en aquella cama doble, observando a su exmarido, totalmente ebrio de la recién recuperada confianza en sí mismo.

—Joder, es que no me canso de ti —jadeó Jack mirando a Faye. Estaba delante del borde de la cama, lamiéndole los pechos, olisqueando, mordisqueando. Y ella disfrutaba, pero no de las caricias, sino de que Jack creyera que era él quien la estaba utilizando a ella.

Faye no sentía por él la misma debilidad que cuando follaron en su despacho, en el escritorio de Ingmar Bergman. Aquello fue un sueño de algo que, seguramente, jamás existió.

Cuando la besó, el olor apesadoso de su aliento le hizo sentir náuseas. Había empezado a teñirse el pelo para ocultar las canas, y parecía que se hubiera puesto un gorro. Faye sospechaba que también había empezado a ponerse bótox.

La sola idea le dejó la entrepierna seca como la yesca. Jack gimió, se mojó la mano con la lengua y humedeció a Faye para poder continuar embistiendo hasta que se corrió. Faye fingió con desgana unos gemidos y él se dejó engañar encantado. No era el tipo de hombre al que le preocupaba que la mujer tuviera o no un orgasmo. Salvo por lo que afectaba a su ego. Ella siguió tumbada mientras él se levantaba y correteaba desnudo por la suite.

Se sorprendió comparando el cuerpo de Jack con el de los hombres con los que se había acostado desde que él la dejó. A pesar de que sabía que entrenaba cinco días a la semana, se percató de que ni siquiera Jack Adelheim podía escapar a los estragos del tiempo. El culo empezaba a colgarle y a arrugarse. La piel del pecho se diría que se le hubiera desplomado, y le

formaba pliegues entre los pezones. ¿Y no parecía que habían empezado a salirle tetas? Era como si le hubieran puesto un par de gafas, después de tantos años medio ciega.

¿Sería que Jack había proyectado sobre ella la imagen que tenía de sí mismo? Se sorprendió echando de menos el cuerpo terso de Robin. O el de Mike. O el de Vincent. O el del chico de la camiseta de Nirvana con el que salió del Spybar el fin de semana anterior. Cualquiera de los hombres que habían sustituido a Jack en la cama.

Jack se dirigió silbando al cuarto de baño. Faye se levantó a toda prisa y se puso las bragas y el sujetador. Alargó la mano en busca de la Boy Bag negra de Chanel. Había guardado dentro el polvillo al que habían quedado reducidos los tres somníferos Stilnoct que había majado con el mortero en casa de Chris. Mientras Jack se daba una ducha, pidió un whisky doble para él y media botella de cava para ella. En el baño, él canturreaba «Love me tender». Faye echó el polvo en el whisky. Cuando él terminó de ducharse, ella se preparó un baño.

—Madre mía, estoy fundido —dijo Jack, y se tumbó en la cama como un gato satisfecho.

—Es la tensión que va cediendo después de todo lo ocurrido, tómate un whisky y descansa un rato —dijo ella, y cerró la puerta del baño.

Se metió en el agua caliente de la bañera dispuesta a esperar. Se tomó dos copas de cava.

—¿Jack? —llamó al cabo de un rato.

Sin respuesta. Se levantó y abrió despacio la puerta del cuarto de baño. Jack dormía con la boca abierta, totalmente desnudo. El pene tenía un aspecto casi ridículo así de flácido. Se le había quedado extendido sobre el muslo como un gusano blancuzco. Faye no pudo contener una risita. Jack soltó un ronquido que la sobresaltó, pero luego se dio media vuelta y se hundió en la almohada.

Faye se puso un albornoz, sacó el ordenador de Jack y se sentó ante el escritorio, metió la clave y se conectó a la red. ¿De cuántas horas disponía? Llevaba tiempo esperando que se presentara un momento así, había ido propiciándolo al dejar que Jack se le acercara otra vez paulatinamente, al convertirse en alguien a quien él pudiera desear otra vez. Quería conseguir que bajara la guardia, que la dejara entrar, que confiara en ella.

Esa noche se le había presentado la oportunidad. Y pensaba sacarle el máximo partido.

Leyó los últimos mensajes, pero no encontró nada interesante, aparte de que parecía tener una relación sexual con una joven estudiante de Económicas.

Faye escribió en Facebook el nombre de la chica y descubrió que tenía veinte años. Examinó las fotos. Era mona, rubia, pero parecía un poco sosa. ¿Le interesaría a la prensa algo así? No, nunca lo publicarían. En el dormitorio se oyó vibrar un móvil. Faye se levantó enseguida. Se acercó de puntillas a Jack y miró la pantalla del móvil que tenía a su lado. No era ese el que había recibido el mensaje. Debía de tener dos móviles. Naturalmente que sí. El móvil secreto lo usaría seguramente para sus amiguitas. Faye tanteó en los bolsillos y encontró un iPhone blanco.

Hacía falta una contraseña para desbloquearlo. O la huella dactilar. Con sumo cuidado, puso el índice de Jack sobre la pantalla. Un par de segundos después, estaba dentro. Se aseguró de no haber puesto el sonido por error.

El mensaje era de Henrik.

«¿Dónde estás?»

Faye no se molestó en responder y se dedicó a revisar los mensajes antiguos. Era evidente que Jack estaba como una auténtica cabra, y con toda probabilidad, era un obseso sexual. Se quedó boquiabierta. Al parecer, había días en que tenía programados dos e incluso tres encuentros sexuales. No se explicaba cómo había tenido tiempo de ocuparse de la empresa. Había mujeres que le enviaban fotos de sí mismas desnudas y vídeos en los que se masturbaban en la ducha. Jack respondía con fotos de su pene. Faye sintió una indiferencia curiosa, a pesar de que algunos de los mensajes y las imágenes tenían más de tres años de antigüedad y, por tanto, se habían enviado mientras ellos dos aún estaban casados. No podía odiarlo más de lo que lo odiaba ya. Pero se sentía decepcionada. Nada de lo que encontró en el teléfono podía serle de utilidad. Los periódicos suecos no publicaban escándalos de infidelidades a menos que estuviera en juego la seguridad nacional. En Inglaterra, en cambio, las fotos del pene de Jack habrían adornado todas las portadas. Por si acaso, Faye sacó su propio teléfono y empezó a filmar mientras iba revisando las fotos. Filmó incluso los mensajes de la bandeja de entrada y procuró que pudiera verse a quién pertenecía el número. Entre las fotos de su polla había también algunos *selfies*.

En la carpeta «Notas» solo encontró unas anotaciones breves e indescifrables. Puntos de encuentro y horarios. Comprobó dos veces algunos de ellos comparándolos con los mensajes, pero llegó a la conclusión de que no coincidían. ¿Qué clase de citas serían aquellas? Seguramente, reuniones de

negocios. Pero, entonces, ¿por qué no estaban anotadas en la agenda? Ya estaba a punto de dejar el móvil cuando vio el icono de la grabadora de voz. Sin grandes esperanzas, la abrió y descubrió que había unos treinta y cinco archivos de sonido allí guardados. Pulsó para reproducir uno pensando que contendría algo relacionado con algún encuentro sexual, pero comprobó con sorpresa que era una conversación entre dos hombres. Uno de ellos era Jack, al otro no pudo identificarlo. Parecía que estuvieran sentados en un coche estacionado. La calidad del sonido era excelente. Hablaban en un tono relajado, como si fueran buenos amigos.

¿Es que se acostaba también con hombres? A aquellas alturas, a Faye no le sorprendería.

Pero no, aquello era otra cosa. Algo peor que el vídeo de Jack que había provocado el caos en la cotización de Compare. Le entraron ganas de reírse a carcajadas, pero se contuvo. No quería despertar a Jack antes de haberlo guardado todo.

A fin de no dejar ninguna huella electrónica, reprodujo los archivos sonoros y los grabó en su teléfono. Al comprobar la calidad del sonido, se dio cuenta de que los ronquidos de Jack se oían levemente al fondo. Una hora después también había revisado el ordenador, aunque no encontró nada más. Pero estaba satisfecha.

Aquello bien había valido uno de los peores polvos de su vida. Se preguntó si Jack no habría sido siempre un pésimo amante. Si no habría sido ese otro ámbito en el que se había engañado a sí misma. O quién sabe si no habría tenido nada mejor con lo que comparar. Pensó en el chico de la camiseta de Nirvana y enseguida noto como se mojaba. Él solito le procuró tres orgasmos. Uno detrás de otro.

Faye marcó con soltura el código de entrada al edificio de Chris. Su amiga le había rogado con tal insistencia que acudiera que estaba muy preocupada.

Entró en el ascensor, tratando de pensar en cualquier cosa menos en ella.

Había hecho llegar los archivos sonoros a la misma periodista a la que envió la primera noticia. La nueva revelación de que el director ejecutivo de Compare conocía e incluso había tratado de encubrir dos decesos consecuencia de negligencia en una de sus residencias desencadenó una conmoción en toda Suecia, mucho más allá de la esfera del mundo de los negocios.

La cotización de las acciones de Compare cayó a plomo. Tanto la prensa financiera como la vespertina citaban abiertamente a políticos y a personajes públicos del mundo de los negocios, además de a alguna fuente anónima de la cúpula de Compare y, a decir de todos ellos, Jack debía dimitir.

La acción había bajado a sesenta y tres coronas.

El ascensor se detuvo y Faye se obligó a abrir la puerta. Johan se había pedido una excedencia para poder cuidar de Chris a jornada completa, de modo que las visitas de Faye se habían ido volviendo cada vez más esporádicas. Temía estorbar, temía importunarlos en lo que, según empezaba a comprender, eran los últimos meses que Chris y Johan podrían compartir. Y lo cierto era que a veces sentía que no tenía fuerzas. Era como si cada vez que veía a su amiga tan enferma muriera una parte de ella misma. Cuando se trataba de Chris, no era nada valiente. Solo una cobarde que quería huir de la verdad y de la realidad.

Johan abrió la puerta.

—¿Cómo va la cosa? —dijo Faye.

Él se encogió de hombros.

—Pues... ¿qué quieres que te diga?

—¿Por qué no te das un paseo y así sales un poco?

—Bueno. De todos modos, Chris quería hablar contigo a solas.

A Faye se le encogió el estómago.

Cuando entró en el dormitorio de su amiga, tuvo que hacer un esfuerzo para no dejar escapar un grito. Chris era un saco de huesos, se le marcaban las costillas y sobre los hombros y las clavículas no había más que piel. Tenía los ojos hundidos, el cutis ajado, reseco y gris.

Fuera la vida se sucedía como de costumbre, los autobuses circulaban de aquí para allá, la gente discutía, se quería, conducía, se casaba y se separaba, pero en el ático de la calle de Nybrogatan, Chris se iba consumiendo poco a poco.

Faye se sentó en una silla al lado de la cama y tomó entre las suyas la mano de su amiga.

—Esto se ha terminado para mí —dijo Chris.

—No digas eso.

—Bueno, alguien tiene que decirlo. Y tanto tú como Johan deberíais dedicar los días a hacer algo mejor que cuidar de mí. Me estoy muriendo.

Faye le apretó la mano con más fuerza.

—¿Pero los médicos...?

—Bah, ya han dejado de darme tratamiento.

El cáncer, le dijeron, se había extendido. Tenía el cuerpo plagado de tumores que no desaparecían con el tratamiento, sino que seguían propagándose.

Ya no había nada que hacer, salvo paliar el dolor. Le habían propuesto una clínica, pero se había negado, según le contó a Faye con voz bronca.

—¿Lo sabe Johan? —preguntó con cautela.

—No, todavía no. Es que no puedo... Por eso te he pedido que vengas. Me pregunto si podrías contárselo tú. Yo no soporto verle la cara. Sé que es una cobardía, pero...

—Cuenta con ello —dijo Faye sin ambages. No soportaba prolongar aquella conversación un segundo más.

Le dio a Chris una palmadita en la mano pero luego salió corriendo y fue al cuarto de baño. Incapaz de controlar sus sentimientos, lloró en silencio, encogida en el suelo, con la frente pegada a la fría pared de azulejos.

Ni ella misma sabía cuánto tiempo llevaba allí en aquel estado. Se levantó al oír que Johan abría la puerta de entrada.

Faye y Johan paseaban en silencio por Nybrogatan. Faye necesitaba aire, necesitaba espacio para ser capaz de hablar con Johan.

Giraron hacia Karlavägen. Faye señaló el bar The Londoner.

—Creo que los dos vamos a necesitar algo contundente.

Pidió dos whiskies dobles y tomó un buen trago ya camino de la mesa donde la esperaba Johan, que tamborileaba con los dedos en la mesa. Parecía sereno.

Ahora ella tenía que contenerse, ser la fuerte de los dos.

—Verás... No sé cómo te voy a decir lo que tengo que decirte, Johan. La quimioterapia no funciona, los tumores siguen propagándose. Los médicos han interrumpido el tratamiento.

Él asintió despacio.

—Lo sé.

—¿Lo sabías?

—Mi hermano pequeño es médico. Oncólogo, en Gotemburgo. Chris tenía en el bolso una copia del historial. Le hice una foto con el móvil y se la mandé a mi hermano, que me ha ayudado a entender lo que dice. Ya sé que sonará horrible que haya estado husmeando así y sé que ella tiene derecho a contarme lo que quiera. Pero es que... Es que no soportaba no saber... No he

podido evitarlo, tratándose de Chris. Me ha mantenido al margen, cuando lo cierto es que no tiene por qué.

Faye asintió. Le puso la mano sobre la suya. Lo entendía perfectamente.

Johan la miró.

—Y quiero casarme con ella de todos modos. Ya tengo día y hora en una iglesia, dentro de dos semanas. Iba a ser una sorpresa.

Faye se retrepó en el asiento. De pronto, se sintió incómoda. Pensaba que había tenido tiempo de conocer a Johan a aquellas alturas, le gustaba y no parecía ser esa clase de persona, pero no pudo contenerse, su propia amargura se mezclaba con la tristeza por Chris.

—Si te casas con ella por el dinero, ten por seguro que te mato —dijo acercándosele.

Johan se sobresaltó. La miró con cara de no saber muy bien si estaba de broma.

—¿Lo entiendes? Te mataré con mis propias manos.

Dejó que Johan viera un destello de la negrura que siempre ocultaba en su interior, permitió que esa amargura aflorase por un instante.

—Pero ¿por qué iba yo a...?

Johan la miraba atónito.

—Porque Chris tiene más de cien millones, y yo sé lo que el olor del dinero puede hacer con las personas. Lo he visto. Y he visto lo que son capaces de hacer los hombres. Lo crueles que pueden ser. Tú me gustas, Johan, de verdad que sí, pareces un buen tipo. Pero la que va a morir es mi mejor amiga. La única persona, aparte de Kerstin, con la que me he permitido una relación tan íntima. Y no pienso consentir que nadie la engañe o la utilice en su lecho de muerte. De modo que si tienes algún tipo de motivo materialista para querer casarte con ella antes de que... antes de que muera, te sugiero que pases de la boda y te limites a interpretar el papel de novio amante con toda la verosimilitud posible hasta que...

Faye ahogó las lágrimas y tomó un trago de whisky.

—Pero si eres honrado en tus intenciones, te ayudaré con todos los aspectos prácticos. Y te aseguro que sabré distinguir perfectamente. No cometas el error de creer lo contrario.

Johan la miró a los ojos sin asustarse de su negrura. Y eso calmó la preocupación de Faye. Era un hombre honrado y no le tenía ningún miedo.

Giró el vaso unas cuantas veces y, al final, él también habló:

—Te tengo mucho aprecio, Faye. Y aprecio de verdad que te preocupes

por Chris. Yo la quiero más que a ninguna de las personas a las que he conocido. Esos son mis motivos. Quiero tener la oportunidad de haberla podido llamar mi mujer.

Los dos se miraron.

—Muy bien. —Faye dio un trago largo y se limpió los labios con el dorso de la mano—. Pues entonces vamos a procurar organizar la boda del siglo.

Brindaron entrechocando los vasos, pero los dos se sobresaltaron con el ruido. Por un instante, les pareció que sonaban como campanas de difuntos.

Fjällbacka. El pasado

El día del entierro de Sebastian no hubo colegio. Por primera vez en la vida, disfruté de un período escolar en el que nadie se metía conmigo. Habían pasado demasiadas cosas, en un tiempo demasiado breve. La conmoción se había extendido como un manto por el patio del colegio, por las aulas, por las taquillas de metal cubiertas de feos garabatos absurdos.

La iglesia estaba llena a rebosar. Sebastian, que nunca tuvo amigos dignos de tal nombre, había conseguido ahora llenar el templo. Varias chicas de su edad lloraban y se sonaban ruidosamente con los pañuelos de papel que llevaban para ese fin. Me preguntaba si alguna vez hablaron siquiera con mi hermano.

Mamá había elegido un ataúd blanco. Y rosas amarillas. En realidad lo de las rosas era un completo absurdo. A Sebastian nunca le importó ese tipo de cosas, pero supuse que todo aquello era en realidad para los que se habían quedado en este mundo. Sebastian yacía allí dentro, frío y cadáver. ¿Qué le importaba eso a él a aquellas alturas?

Fue papá quien lo encontró, colgado de un cinturón de la barra de su armario. Llamó a gritos a mamá y luego lo descolgó. Le quitó el cinturón del cuello. Lo zarandeaba y le rugía en la cara, mientras mamá llamaba pidiendo ayuda.

La ambulancia tardó un buen rato en llegar, pero yo sabía que no serviría de nada que se apresurasen. Sebastian tenía los labios morados y la piel blanca. Yo sabía que estaba muerto.

Podía sentir las miradas en la espalda, allí sentados donde estábamos en el primer banco de la iglesia. El brazo de papá, enfundado en aquel traje, temblaba junto al mío. De ira. Porque la muerte era lo único que él no podía controlar. Lo único que no podía obligar a obedecer y a someterse mediante el miedo.

Él a la muerte le daba igual, y eso lo ponía fuera de sí mientras, allí

sentado en la iglesia, contemplaba el ataúd blanco de Sebastian con las rosas amarillas que había elegido mamá.

No hubo invitación a café en la iglesia. ¿A quiénes íbamos a invitar? Ninguna de las personas que llenaban la iglesia hasta el último rincón era amiga nuestra. No eran más que buitres que se arrimaban a nuestro dolor para regodearse en él.

Solo mamá y yo sabíamos que papá necesitaría descargarse de algún modo al llegar a casa. Llevábamos semanas notando la ira en su interior. Mamá me dijo que subiera a mi cuarto. Yo obedecí en un primer momento, subí las escaleras. Pero en el último peldaño, me detuve y me senté. Apoyé la mejilla en el poste de madera que remataba la barandilla y noté en la piel la madera fresca y blanca. Desde donde estaba sentada veía la cocina, en la planta baja. Si ellos se hubieran girado, me habrían visto, pero se limitaban a dar vueltas el uno alrededor del otro, como dos tigres enjaulados. Papá con la cabeza adelantada, abriendo y cerrando los puños. Mamá con la cabeza alta, alerta, observando al máximo cada movimiento que hacía él. Lista. Preparada.

Cuando se produjo el primer golpe, ella no se apartó. No se agachó. El puño de papá le dio en plena barbilla, primero la cabeza salió disparada hacia atrás y luego rebotó hacia delante. Papá volvió a golpear. Un fino chorro de sangre saltó de la boca de mamá, roció las puertas blancas de los muebles como una pintura abstracta. Algo salió volando de la boca y rebotó en el suelo con un tintineo duro y apagado. Un diente.

Ella cayó al suelo, pero él siguió golpeándola. Una y otra vez.

Comprendí que mamá no sobreviviría mucho tiempo en aquella casa ahora que Sebastian estaba muerto.

Dos días después las acciones de Compare bajaron hasta el mínimo.

Faye se encontraba en una comida de negocios sobre una nueva colaboración de la marca Revenge con la estrella de pop Viola Gad, que acababa de descubrir a su marido en la cama con una jovencita de dieciocho años, cuando Kerstin le mandó un mensaje.

«49,95 coronas. ¡Ahora!»

Dejó los cubiertos, le pidió a Viola y a su agente que la disculparan mientras iba a los servicios.

Cerró la puerta y se sentó sobre la tapa del váter. Todo aquello por lo que había luchado se encontraba de pronto a su alcance. Disponía del capital

suficiente para comprar el cincuenta y uno por ciento de las acciones, tomar el control del consejo de dirección y hacer que despidieran a Jack. Era una sensación de vértigo. En realidad, tenía ganas de gritarlo a los cuatro vientos. Llamó a Steven, su agente de bolsa británico, le pidió que comprara todas las acciones de Compare que pudiera. Si hacía falta más dinero, debía llamarla, y ella se encargaría de inyectarle algunos millones más.

—No hay problema, jefa. Será suyo antes de que anochezca —dijo Steve.

Después de permanecer allí unos minutos, se despabiló y volvió con sus compañeros de mesa. Tenía el pulso desbocado.

Pero cuando se sentó con Viola Gad delante de la pizza de caviar de alburno del restaurante Brillo, nadie habría sido capaz de advertir el caos que reinaba en su interior.

Faye fue dando un paseo a la plaza de Stureplan, donde ya no se apreciaban las prisas de la hora de comer y la gente volvía a sus puestos de trabajo. Flotaba un calor sorprendente en el aire. Se sentó en un banco mientras reflexionaba sobre lo que iba a hacer el resto del día. A la operación misma de la adquisición de Compare no podía aportar gran cosa. Llamó a Chris, pero su amiga no respondió. Seguramente, estaría descansando. Johan quería encargarse personalmente de los preparativos de la boda, pero le había prometido llamarla si necesitaba ayuda.

Volvió con el pensamiento a la operación de compra. Un hombre habría celebrado el éxito, habría celebrado el final de un duro trabajo, sin pedir perdón. Ella decidió hacer lo propio, así que le escribió un mensaje a Robín, con el que creía que no volvería a contactar, y le dijo que la esperase en el Starbucks.

El chico se encontraba por la zona y quedaron en verse un cuarto de hora después. Ni el menor atisbo de falso orgullo masculino. Él sabía lo que Faye quería y no le importó que llevara tiempo sin llamarlo.

Cuando entró en el Starbucks, él ya había pedido para los dos.

—Me alegro de verte. No sabía si querías el café con leche... —dijo al saludarla, y señaló la taza.

—Es que no vamos a tomar café.

Él se echó a reír. Era guapísimo y tenía una expresión abierta y alegre, y a Faye le resultó relajante el simple hecho de estar a su lado en ese momento. Robín no necesitaba explicaciones, ni juegos, ni complejos temas de conversación, ni rodeos. El no necesitaba en la vida nada más que deporte,

comida, agua y sexo.

—No, no quiero café, lo que quiero es acostarme contigo.

—Vaya —dijo él con tono provocador, pero se levantó enseguida. Como un perrito faldero.

—He reservado habitación en el Nobis.

El enarcó las cejas.

—¿Hoy vamos a tirar la casa por la ventana? —preguntó, y se puso la cazadora.

—Acabo de comprar una empresa por unos cuantos millones. Hoy me lo merezco todo.

—Tú sabes que me gustas, ¿verdad?

Robin le abrió la puerta para que pasara.

—Bien. Eso facilita las cosas que te voy a pedir que hagas dentro de un momento.

—Hoy soy tu esclavo.

—Tú siempre eres mi esclavo —dijo Faye sonriendo.

Robin no protestó.

Faye y Johan estaban cada uno a un lado de la cama de Chris. El pecho subía y bajaba, tenía la cara de color gris ceniciento y la piel tirante alrededor del cráneo. Era tan menuda... Se había consumido muy rápidamente.

Johan señaló la puerta. Una vez en el pasillo, se apoyó en la pared.

—No sé qué vamos a hacer. Ya no puede caminar. Tenemos que cancelar la boda.

—De eso ni hablar.

—¿Ah, no?

—No, la haremos en casa. En el dormitorio, si hace falta. Chris tiene que casarse.

—Pero ¿cómo...?

—Traeremos a un cura, una maquilladora y un vestido de novia. De los invitados, pasando, salvo los más cercanos. De todos modos, a Chris no le gusta la gente.

Faye reprimía sus sentimientos. Ahogaba la tormenta de dolor que la arrasaba por dentro. Chris siempre había sido fuerte. Desde que Faye llegó a Estocolmo, fue para ella como una hermana mayor, siempre cuidó de ella. Ahora le tocaba a ella apoyarla. Para eso estaban las hermanas. Chris tendría

su boda y a su Johan.

—¿Mañana a las 14.00 horas? —dijo.

Johan tragó saliva varias veces.

—Llamaré a quienes queremos invitar, y al pastor. El vestido de novia...

—Yo lo recogeré esta tarde camino a casa. Y me encargaré de la maquilladora.

—¿Y el bufé?

—Yo me encargo. Pero por lo que más quieras, procura que Chris y tú estéis listos para la boda. Vendré por la mañana temprano y le ayudaré a arreglarse.

A la mañana siguiente, Faye apareció ante la puerta de Chris en compañía de Kerstin. Respiró hondo y llamó al timbre. Johan abrió la puerta, les dio un abrazo y se apartó para que pasaran.

—Todo está listo —dijo—. Todo el mundo se ha tomado el día libre, conscientes de que teníamos que hacerlo así si queríamos que saliera.

—¿Cómo te sientes tú?

—El que la boda sea más o menos pomposa no importa. Pero yo quiero casarme con Chris, antes de que... desaparezca.

—Bien. Pues vamos a ello.

Johan las llevó al dormitorio principal.

Chris estaba sentada en la cama, con la espalda apoyada en unos cojines. Tenía delante una bandeja con café, zumo y tostadas.

—¿Cómo se encuentra la novia más guapa del mundo? —preguntó Faye, y se sentó en el borde de la cama.

—Pues yo quería estar delgada para la boda, pero creo que esto ya es pasarse, la verdad.

Faye no consiguió sonreír siquiera al oír la broma.

Chris miró a Kerstin y a Johan.

—¿Podéis dejarnos solas? —dijo—. Es solo un momento, mientras hablo con mi madrina.

Cuando cerraron la puerta, Faye tomó entre las suyas la mano de Chris. Era extremadamente menuda y frágil, no mucho más grande que la de Julienne.

—No sé qué habría hecho sin ti —dijo Chris con voz dulce.

—No pienses en eso ahora, organizar una boda siempre es divertido, a pesar de las circunstancias.

—No me refiero solo a esto, me refiero a todo. A todos los años

transcurridos, a todo lo que hemos hecho. Toda la mierda que hemos afrontado juntas. Claro que a veces eras como un grano en el culo, con Jack y todo aquello, pero la mayor parte del tiempo has sido la mejor amiga que se puede pedir.

Las lágrimas empezaron a brotar, Faye no podía contenerlas.

—Pero dime... ¿Tenemos que hablar de todo eso ahora que te vas a casar?

—Pues sí. No me queda mucho tiempo. Y quiero decirte unas cuantas cosas, mientras aún tengo la cabeza en su sitio.

Faye asintió.

—No habría podido imaginar mejor compañera que tú en la vida — continuó Chris—. Tú sabes sacar lo mejor de mí.

Faye se secó las lágrimas, que le rodaban sin parar por las mejillas.

—Tú eres la grieta por la que entra la luz —dijo—, como decía Leonard Cohen. No me explico... No sé cómo me las voy a arreglar sin ti.

—Ah, a mí eso no me preocupa —dijo Chris—, Lo que sí estoy es triste por no poder verlo.

—Me he vuelto a acostar con Robin, por cierto. ¿Te acuerdas de él? El que conocí el día que me obligaste a ir al Riche, cuando te pareció que llevaba demasiado tiempo compadeciéndome de mí misma.

Chris estalló en una carcajada.

—Ahí lo tienes, te las arreglas mejor sin mí.

Apoyó la espalda y respiró hondo unas cuantas veces. El menor movimiento parecía dejarla agotada.

—¿Quieres quedarte sola y descansar un rato? —preguntó Faye.

Chris negó con la cabeza.

—No, qué va. En realidad estoy demasiado débil para beber... Pero resulta que es el día de mi boda. En la mesilla de noche, en el fondo, hay una botella de Jack Daniels. Vamos a brindar tú y yo una última vez.

Faye se agachó y abrió el armarito. Le dio la botella a Chris.

—Por nosotras —dijo Chris con la botella en alto—, Y porque en ningún momento he estado tentada de dejarme amargar por la idea de que esto termine así. ¿Cómo habría podido estar amargada, con la vida que he tenido la oportunidad de vivir?

Tomó unos tragos.

—Por ti, Chris —dijo Faye—, La hermana más guapa y más buena que se puede tener.

Chris disimuló unas lágrimas.

—Tengo que arreglarme, pero antes cuéntame cómo ha ido lo de Jack.

—Tenemos el cincuenta y uno por ciento.

—Entonces, ¿está hecho?

Faye asintió.

—Está hecho.

Chris le agarró el brazo, con una fuerza inesperada.

—Te quiero muchísimo.

—Y yo a ti.

Chris tragó saliva unas cuantas veces.

—Mis padres están muertos, y tú lo eres todo para mí, y aunque no se corresponda con la tradición sueca, quería saber si..., si no te importa ser tú quien me entregue a Johan.

Faye abrazó a Chris con toda la fuerza con la que se atrevió teniendo en cuenta su estado.

—Por supuesto que sí.

Faye miró por la ventana, podía intuir a la gente que se movía abajo, en la calle. La vida nocturna que había empezado a resurgir.

Se volvió otra vez hacia la pantalla, trató de no pensar en Chris y revisó el último informe de resultados. Jack debía recibir en breve la noticia de que estaba despedido. Era una carga para la empresa y tenía que desaparecer. No es que Faye tuviera el menor deseo de salvar la compañía. Una parte de su ser preferiría dejar que Compare se hundiera; pero había empleados y tenía que pensar en ellos. Ya había encontrado a un habilidoso hombre de negocios al que venderle todas las acciones por una cantidad razonable. A condición de que le cambiara el nombre. De ese modo, Compare desaparecería de la faz de la Tierra.

A pesar de todos los escándalos, Jack seguía creyendo, con la tozudez de un loco, que podría aferrarse al negocio. Que él seguía siendo Compare. Si supiera lo que le esperaba...

Estuvo trabajando hasta tarde. Camino a casa, le envió un mensaje a Kerstin y le preguntó si quería ir a verla. Prácticamente todas las noches terminaban tomando juntas una o dos copas de vino. Seguramente, eran alcohólicas encubiertas, pero se decían que seguían la dieta mediterránea, que

incluía el consumo de vino a diario. Kerstin le había contado que su abuela se tomaba todos los días una cucharada sopera de whisky: para el dolor del dedo del pie. Y desde entonces siempre bromeaban diciendo que necesitaban una copa por cada pierna, por razones de salud.

—Me pregunto cómo reaccionará Jack cuando sepa que está despedido —dijo Faye desde la cocina, donde estaba preparando un plato con unas galletas saladas y unos quesos. El queso formaba parte de los alimentos básicos de su despensa.

Kerstin no respondió, aunque Faye oyó que se movía en el salón. Faye colocó los quesos en una bandeja, puso al lado un racimo de uvas y unas galletas y fue al salón.

Kerstin estaba sentada en el sofá, mirando atónita el televisor.

—¿Qué ha pasado?

Faye dejó la bandeja en la mesa. Se sentó al lado de Kerstin y la rodeó con el brazo. Notó cómo la mujer, tan frágil, temblaba entera.

—Él..., él...

Kerstin no era capaz de articular palabra, le castañeteaban los dientes. Faye le acarició la espalda, la preocupación la destrozaba por dentro. ¿No estaría enferma? No podía perderla también a ella, no una más, no era posible. A veces casi se le cortaba la respiración del miedo que sentía ante la idea de perder a Chris, aunque aún no había ocurrido lo peor.

—Ra..., Ragnar... —balbuceó Kerstin.

Faye se quedó de piedra.

—¿Ragnar?

—Resulta que... Se ha producido un giro. Han llamado de la residencia. Ya... Ya está mejor. Creen que podrá volver a casa dentro de un tiempo si continúa evolucionando para bien.

Kerstin soltó una carcajada, una risa chillona y descarnada.

—Para bien. Han dicho «para bien». Claro, ellos no saben que en lo que a mí respecta es para mal. ¿Cómo iban a saber que esa cosa inerte cuya mierda y cuyas babas se han pasado años limpiando es un cerdo asqueroso y sádico, que convertirá mi vida en un infierno si dejan que vuelva a casa? Me gustaría haber tenido valor, haberle tapado la cara con la almohada y haberlo asfixiado mientras aún lo tenía a mi alcance...

Kerstin se mecía adelante y atrás, con los brazos fuertemente cruzados. A través del fino tejido blanco de la camisa se vislumbraban las cicatrices que tenía en la espalda.

A Faye la ira le nació en forma de calor a la altura de los pies, luego se le fue difundiendo por todo el cuerpo, hasta que le estalló en la cabeza.

Kerstin era su familia, y la de Julienne. Era la roca en la que se apoyaban, su asidero, el regazo en el que se sentían seguras. Nadie podía representar una amenaza para ello. Nadie podía amenazar a Kerstin.

Mientras la mujer lloraba, Faye la abrazaba contra su pecho. Las lágrimas que enjugaba el jersey con capucha de cachemira no tardarían en secarse. En el interior de Faye se revolvía la oscuridad. Allí no había ni rastro de lágrimas.

El sol brillaba, el cielo estaba azul, la gente reía, hablaba, tomaba café. Los autobuses y el metro funcionaban como siempre. Pero en una cama de la última planta del hospital Karolinska, la mejor amiga de Faye, con el cuerpo lleno de tubos que la mantenían con vida, iba perdiendo una batalla que estaba condenada a perder desde el principio.

Cuando Faye llegó al hospital y se bajó del coche no habían pasado muchas horas desde la última vez que se marchó de allí. En la visita del día anterior, Chris apenas había tenido fuerzas para hablar, tenía la voz débil, los ojos cansados y el cuerpo extenuado. El anillo de boda que con tanto orgullo llevaba le quedaba demasiado grande en aquel dedo escuálido. Hasta dos veces se le cayó al suelo, mientras Faye, sentada a su lado, le decía lo mucho que la quería.

Faye fue llorando en el coche todo el camino de vuelta a casa, pues sabía que pronto se habría terminado. Y cuando Johan la llamó hacía una hora más o menos y le dijo que lo mejor sería que acudiera cuanto antes, salió de casa a toda prisa.

Se quedó unos instantes en la entrada. ¿Cómo se despedía una de su mejor amiga? ¿Cómo despedirse de una hermana? ¿Cómo demonios se hacía una cosa así? Compró tabaco y una tableta de chocolate y se sentó en un banco, en el que estaban almorzando unas enfermeras vestidas de azul. Estaban hablando de sus hijos. Unos padres se dirigían cuidadosamente al aparcamiento con su hijo recién nacido en la sillita del coche. Se detenían cada diez metros, se inclinaban sobre la sillita y examinaban sonrientes aquel milagro.

Después de dos cigarrillos, Faye tiró el paquete, se guardó el chocolate en el bolso y se dirigió al ascensor.

—Chris se va a morir —murmuró cuando se cerraron las puertas—. Chris se va a morir.

El pasillo estaba en silencio absoluto, no había ni un alma. Se oía el eco de sus pasos. Se detuvo delante de la habitación número ocho y llamó antes de empujar la puerta. Johan levantó la vista cuando ella entró, pero no dijo nada. Miró de nuevo a Chris, le acarició el pelo.

Faye rodeó la cama y se quedó de pie al lado de Johan.

—Ya no le queda mucho —dijo—. No está consciente, se encuentra en una especie de coma. Y... bueno, ya no se va a despertar. No sé qué voy a hacer, ¿cómo voy a...?

Se le desencajó la cara. Faye acercó una silla y se sentó a su lado.

—Es tan menuda, tan desvalida... —susurró Johan, y se secó las lágrimas.

Faye no sabía qué responder. Así que puso la mano sobre las manos entrelazadas de Chris y Johan.

—Al menos no le duele —continuó Johan. Hablaba como a trompicones —, Pero ¿qué van a hacer con ella cuando ya no esté? No quiero que se la lleven a un sótano como a un animal muerto y que la dejen allí totalmente sola.

Guardó silencio.

Faye se apoyó en el respaldo. La silla crujió un poco.

—¿Podría quedarme con ella a solas unos minutos? —susurró.

Johan se sobresaltó. Luego asintió.

Se levantó, le puso la mano en el hombro y salió despacio de la habitación. Con sumo cuidado, como si temiera despertar a Chris, Faye se cambió a la silla de Johan. El asiento aún estaba tibio.

Faye se acercó a Chris, con los labios muy pegados a su oreja.

—No sabes cómo me duele esto, Chris —dijo luchando contra las lágrimas—. Saber que me haré vieja sin ti. Que aquellos sueños que teníamos, lo de mudarnos al Mediterráneo, abrir un restaurante, sentarnos al fresco a jugar al backgammon, teñirnos el pelo de azul..., que no llegue a ser así. Ahora mismo tengo la sensación de que nunca podré volver a sentir alegría. Pero te prometo que lo intentaré. Además, sé que si no, te enfadarás conmigo...

Carraspeó un poco y tomó aire.

—Lo que quiero decir es que nunca te olvidaré. El haber podido ser tu amiga durante dieciséis años es lo más bonito que me ha ocurrido jamás. Siento no haberte contado nunca la verdad acerca de quién soy. De qué soy. Temía que no lo entendieras. Debería haber confiado en ti. Debería habértelo contado todo. Pero te lo contaré ahora, por si me estuvieras escuchando...

Entre susurros, le contó a Chris todos sus secretos. Le habló del accidente, de Sebastian, de su madre y de su padre. De Matilda y de la oscuridad. No le ocultó nada.

Cuando hubo terminado, le acarició el pelo y le rozó la mejilla con los labios. Aquel fue su último adiós.

Fue a buscar a Johan. Permanecieron allí sentados y en silencio, mientras la vida iba abandonando el cuerpo de Chris. Siete horas después, exhaló su último aliento.

Cuando Faye salió de la habitación, donde dejó a Johan inmóvil, con la frente apoyada en la mano cada vez más fría de su esposa muerta, se llevó uno de los grandes ramos de flores con los que habían llenado la habitación. El dolor por su muerte se había convertido en resolución. Se sentó en el coche, buscó en Google una dirección y se puso en marcha. Ya no había ni rastro de llanto en sus ojos. No le quedaban lágrimas. Se había quedado vacía, seca. Sus secretos estaban a buen recaudo con Chris.

Cuando dejó el coche en el aparcamiento, al resguardo de una gran encina, se dirigió a la entrada. La puerta no estaba cerrada con llave. Miró alrededor. La entrada y el pasillo estaban vacíos. Oyó voces lejanas de una habitación más allá, risas y tintineo de porcelana. Parecía que fuera la hora del descanso del personal.

Contó para sus adentros las puertas que había en el lado derecho. La tercera de la derecha, le había dicho Kerstin. Sin preguntar por qué Faye quería saberlo. Con paso presuroso, se dirigió allí, abrió de golpe y con resolución y entró. No tenía miedo. Solo se sentía vacía. Sentía la ausencia de Chris con la misma claridad que si le hubieran amputado un brazo.

Había ido con la cara escondida detrás del ramo de flores, por si alguien aparecía por el pasillo. Una vez dentro, lo dejó en la mesa que había al lado de la puerta. Rosas amarillas. De lo más adecuadas. Sabía que las rosas amarillas significaban la muerte, algo en lo que quien había preparado el ramo no habría caído, seguramente.

Se oía el sonido de una respiración profunda que provenía de la cama. Se acercó al cabecero con mucho sigilo. Las persianas estaban echadas, pero pese a todo se filtraba por ellas un hilillo de luz. Ragnar parecía débil. Desvalido. Pero Kerstin le había contado lo suficiente sobre lo que había hecho como para no dejarse engañar. Aquel hombre era un cerdo. Un cerdo que no merecía seguir respirando y viviendo, mientras que el cadáver de

alguien como Chris se enfriaba en la cama de un hospital.

Faye alargó despacio la mano en busca de un cojín que había cerca de los pies de la cama. Una risotada resonó en el pasillo y la sobresaltó, pero desapareció enseguida. Lo único que se oía era la respiración de Ragnar y el tictac sereno de un viejo reloj.

Echó un vistazo a la habitación con el cojín en la mano. Árida. Impersonal. Sin fotos, sin objetos personales. Paredes blanqueadas por el sol y el suelo de linóleo desgastado. El olor a hombre viejo se le metía por la nariz. Ese olor rancio, algo dulzón que se adhería a la gente mayor cuando enfermaba.

Muy despacio, levantó el cojín y lo colocó sobre la cara de Ragnar. No experimentó la menor vacilación. Ninguna inquietud. Aquel hombre había consumido su tiempo en la Tierra. No era más que un trozo de carne, un peso muerto, otro hombre malvado que había dejado atrás una estela de mujeres con cicatrices y lágrimas.

Se inclinó hacia delante. Empujó el cojín sobre la cara con todo su peso, le tapó la nariz y la boca. Ragnar pateó un poco cuando empezó a faltarle el aire. Pero eran movimientos sin fuerza, solo pequeños temblores de manos y pies. Faye apenas tuvo que esforzarse.

Al cabo de un rato, el hombre se quedó quieto. Ni un solo temblor. Ningún movimiento. Faye siguió empujando el cojín hasta que estuvo totalmente segura de que el marido de Kerstin estaba muerto. Luego volvió a dejar el cojín en la cama, cogió el ramo de rosas amarillas y fue alejándose de allí con cuidado.

Una vez en el coche, camino del centro, acudieron las lágrimas por Chris.

Fjällbacka. El pasado

Yo observaba las arrugas del rostro de aquel policía. Su mirada expresaba compasión, pero en realidad no me veía, no veía a mi verdadero yo. Veía a una adolescente larguirucha que había perdido a su hermano y ahora, seguramente, también a su madre. Intuí que sentía el impulso de poner la mano sobre la mía mientras estábamos allí, sentados a la mesa de la cocina, pero agradecí que no lo hiciera. Nunca me había gustado el roce de los desconocidos.

Había llamado a la policía a las cinco de la mañana, y se habían llevado a papá hacía poco más de una hora. Estaba tan cansada que tenía ganas de apoyar la cabeza en la mesa y cerrar los ojos.

—¿Cuándo quedó todo en silencio?

Me esforzaba por mantenerme despierta, por prestar atención a su pregunta. Por responder como había que responder.

—No lo sé, sobre las tres, quizá. Pero no estoy segura.

—¿Por qué te levantaste? Y sobre todo, tan temprano...

Me encogí de hombros.

—Siempre madrugo mucho. Y además... Me di cuenta de que había pasado algo... Mamá nunca se iría de casa tan pronto.

El policía asintió con una expresión muy seria. Una vez más, aquella mirada en la que se veía que querría consolarme. Yo esperaba que siguiera conteniendo el impulso.

Ya no necesitaba ningún consuelo. Se habían llevado a papá.

—Seguiremos buscando, pero, sintiéndolo mucho, nos preocupa que le haya ocurrido algo a tu madre. Hay varios indicios de que así ha sido. Y por lo que se ve, tu padre tiene tras de sí un historial de... actos violentos.

Tuve que contenerme para no echarme a reír. No porque fuese gracioso, sino por lo absurdo que era. «Un historial de actos violentos.» Qué manera más simplona de expresarlo, qué síntesis más breve de tantos años de horror

sufridos entre aquellas paredes. «Un historial de actos violentos.» Sí, claro, así también podría expresarse.

Pero yo sabía lo que ellos querían, así que me limité a asentir.

—Quizá la encontremos —dijo el policía—, Sana y salva.

Y ahí no se pudo contener. Y puso su mano sobre la mía. Compasivo. Cálido. Qué poco sabía aquel hombre. Qué poco comprendía... Tuve que hacer un esfuerzo supremo para no retirar la mano.

Pasaron las semanas. La información de que habían despedido a Jack llegó a los diarios. Gracias a las noticias de la existencia de un nuevo propietario que prometía mano dura y una revisión ética completa de la empresa, las acciones de Compare subieron a niveles más normales, pero Jack se hundía cada vez más y parecía totalmente perdido. Daba la sensación de que el tiempo hubiera resuelto de pronto intervenir en la vida de Jack: empezaba a envejecer, cada vez tenía más canas, que no le daba tiempo de teñir, y sus movimientos resultaban cada vez más lentos, más cansinos.

Cara a la galería, trataba de mantener la fachada. Después de todo, seguía siendo multimillonario. En la prensa económica aparecía asegurando que no tardaría en volver. Pero por las noches era capaz de llamar a Faye, claramente bebido, y ponerse a delirar sobre tiempos pretéritos. Sobre la gente a la que había traicionado, sobre Chris, sobre todo lo que él había sacrificado.

Faye se dio cuenta de que le parecía patético. Detestaba la debilidad, él fue quien le enseñó a hacerlo. Comprobar el colapso de Jack hacía que le resultara más fácil aplastarlo.

Rompió su amistad con Henrik, pues consideraba que su amigo lo había traicionado al permanecer en la cúpula de Compare. Ni Henrik ni Jack ni ningún otro miembro del consejo de dirección sabían que ella era la propietaria de la mayor parte de la compañía, puesto que solo se comunicaba con ellos a través de los abogados británicos.

Había llegado la hora de dar el último paso. Ahora le tocaba a Ylva.

Se habían acabado las lágrimas por Chris. Era extraño lo rápido que las cosas volvían a la normalidad. Pensaba en ella, la echaba de menos todos los días y a todas horas, pero había aceptado el hecho de que ya no estaba. Había aceptado el hecho de que nada podía devolvérsela.

Tal vez su amiga habría tratado de detenerla si hubiera sabido lo que planeaba. Jamás lo sabría.

Jack estaba delante de la puerta cuando Faye y Julienne llegaron a pie con las bolsas de la compra. Faye le mandó un mensaje a primera hora de la tarde y lo invitó a su casa, y él respondió que sí casi de inmediato.

—Hola, queridas mías —dijo Jack, y rodeó a Julienne torpemente con el brazo—. Creía que erais dos ángeles que se acercaban andando.

—Menudo adulator —dijo Faye, y él le dio un beso en la mejilla.

A tan corta distancia notó el olor a alcohol.

Jack respondió con una sonrisa bobalicona.

—¿Y qué traes ahí?

Jack señalaba las bolsas.

—Había pensado hacer mi boloñesa —dijo Faye.

—¡Estupendo! —exclamó él, y la liberó de las bolsas.

Se echó a la espalda la mochila de Julienne y les sujetó la puerta para que pasaran.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó Faye mientras abría la puerta del piso.

Jack se tambaleó un poco.

—Bien, muy bien.

—¿Y cómo está Ylva? Ya no tardará en salir de cuentas. ¿Te hace ilusión?

Faye sabía que Jack detestaba hablar de Ylva.

—Pues está bien, supongo. Se ha ido a casa de sus padres, así que me he quedado solo. Tu mensaje ha sido de lo más oportuno, la verdad.

Ella empezó a sacar la comida de las bolsas en la isla de la cocina.

—No me has dicho si te hace ilusión el niño.

—Yo creo que sabes perfectamente lo que siento al respecto. Obviamente, querré a esa criatura, pero... Pero yo sé quiénes son mi familia. Mi verdadera familia.

Faye sentía deseos de golpearlo, pero respiró hondo y le sonrió coqueta.

—Así que la hierba no era más verde al otro lado de la valla, ¿no?

—Pues no, podríamos decir que no.

—¿Y qué vas a hacer? —preguntó, y empezó a sofreír la carne picada—. Quiero decir, ahora que no tienes Compare.

Jack abrió el frigorífico y sacó una zanahoria, la lavó y le dio un mordisco.

—Todo se arreglará. La gente sabe de lo que soy capaz. Por cierto, la

campana que estáis haciendo...

—¿Sí...?

—No creo que esa cantante pop sea del todo adecuada para Revenge. He estado mirando vuestras cifras por encima y parece que...

Notó un fognazo en la cabeza y se le tensó el cuerpo. ¿Quién se había creído que era? Pero él no se dio cuenta, sino que continuó con su parloteo, dando un consejo tras otro.

—Seguramente tienes razón —dijo Faye cuando terminó.

Respira, se decía a sí misma. Guarda las apariencias. Recuerda el plan.

Cuando se sentaron a la mesa, Faye se sorprendió al pensar en lo irreal que se le antojaba todo. Estaban allí sentados charlando tal y como ella soñaba cuando estaban casados.

Tantos años como estuvo esperando y añorando aquello.

—Ah, echaba de menos este plato, Faye —dijo Jack mientras se ponía otra ración—. Nadie hace la salsa de carne picada como tú.

Bromeó con Julienne y la elogió por las palabras tan alentadoras que la maestra le había dedicado durante la última reunión. Le dijo lo orgulloso que estaba de ella.

¿Por qué no pudimos vivir así, Jack?, pensó Faye. ¿Por qué nunca fuimos suficiente para ti?

A Julienne empezaron a cerrársele los ojos sobre las nueve y media. Primero protestó cuando Jack la quiso llevar en brazos al dormitorio, pero luego se rindió. Después de dejar a la pequeña, volvió y se quedó de pie un tanto indeciso entre el sofá y el televisor.

—Bueno, pues me voy a casa.

—¿No puedes quedarte un rato?

—¿Quieres que me quede?

Faye se encogió de hombros y se acurrucó junto al brazo del sofá.

—A mí me da igual. O sea, si tienes otros planes...

Él reaccionó a su indiferencia con el ansia de un cachorro.

—Me quedo —dijo, y se sentó enseguida—, ¿Quieres más vino?

—Sí, gracias. —Faye le acercó la copa empujándola sobre la mesa—.

Por cierto, hay una botella de whisky, si lo prefieres.

—¿En la cocina?

Ella asintió. Jack se levantó y Faye lo oyó rebuscar.

—En el armario que hay sobre el frigorífico —le dijo desde el salón.

Oyó que abría otra puerta. El tintineo de unas botellas.

—Este es muy bueno. ¿De dónde lo has sacado?

—Me lo regalaron unos inversores extranjeros —mintió.

En realidad, se lo había dejado allí Robín hacía unas semanas, una noche que se quedó a dormir. Esa noche lo hicieron cinco veces. Un calor súbito le ardió entre las piernas ante la sola idea.

Cuando Jack volvió al sofá, se sentó cerca de ella, extendió las piernas y los pies quedaron sobre su regazo. Empezó a masajearle la planta. Ella cerró los ojos mientras los pies entraban en calor.

—Sabes que podríamos estar así todas las noches —dijo Jack al cabo de unos instantes.

Ella meneó la cabeza.

—Te cansarías a las dos semanas, Jack. Ve y abre la ducha, en lugar de seguir diciendo tonterías.

—¿La ducha?

—Sí. La ducha. Si vamos a acostarnos, no te quiero apestando a vino rancio.

Jack se puso colorado hasta las orejas y Faye tuvo que contener una sonrisa cuando lo vio apresurarse camino del cuarto de baño. Mientras él se duchaba, ella colocó el ordenador en el estante, enfrente de la cama. Y encendió la cámara web.

Jack le dedicó una de sus sonrisas cuando entró en el dormitorio, pero Faye no sintió nada. Acostarse con él no era más que un trámite. Un medio para conseguir su objetivo.

Después, los dos se quedaron tumbados jadeando uno junto al otro. A él le brillaban los ojos con un destello esperanzado.

—¿Qué dirías si dejara a Ylva y me mudara aquí?

—No puede ser, Jack.

—Pero ya me has perdonado, ¿no?

—El que te haya perdonado no significa que quiera volver a vivir contigo.

—Puedo entrar en Revenge como inversor, ayudarte a llevarlo todo. Está empezando a crecer mucho, ¿estás segura de que podrás con ello? Me refiero a que yo tengo mucha más experiencia que tú a la hora de llevar una empresa y administrarla. Has hecho un trabajo estupendo, pero creo que ha llegado la hora de que dejes que se encargue el maestro.

Aquel pobre hombre, al que ella había eliminado de su propia empresa,

creía que aún podía mangonearla a su antojo.

Faye se esforzó por conservar la calma. Se obligó a centrarse en el objetivo.

—No necesito inversores —dijo—. No te preocupes por Revenge.

—Lo único que quiero es protegeros a ti y a Julienne. Ocuparme de vosotras.

Pues deberías procurar protegerte a ti mismo, pensó Faye. Controlar un poco lo que ocurre a tus espaldas. Dormir con un ojo abierto. A ti ya te he destrozado. Ahora solo me queda Ylva.

—Será mejor que te vayas, Jack —dijo.

—¿Te has enfadado?

Otra vez esa mirada de perro faldero, pero ya sin el poder de atracción de antaño.

—Para nada, pero tengo una reunión mañana muy temprano y, además, no quiero que Julienne te vea aquí. Eso la desconcierta, ya lo sabes.

—Ella también se sentiría mejor si volviéramos a ser una familia.

—Ya fuimos una familia en su día, Jack. Tu problema es que cuando por fin has formado una familia, deja de interesarte la familia en cuestión. Anda, vete a casa con tu novia embarazada.

Ella le dio la espalda y él recogió sus cosas y se marchó.

Faye fue en busca del ordenador, revisó el material grabado de aquella noche y eligió una escena en la que se veía a Jack con la cabeza entre sus piernas. Ya se había hecho la depilación integral. Los pechos se veían magníficos mientras, tumbada boca arriba, gemía de placer. Seleccionó unas tomas granuladas en las que no era posible identificarla, abrió una cuenta anónima de Gmail y le envió a Ylva tres fotos.

«Tu hombre sabe cómo satisfacer a una mujer». Eso fue todo lo que escribió.

Faye estaba sentada en el despacho cuando Jack irrumpió como una exhalación. Estaba rojo de ira y sudaba a mares. Además vociferaba de tal modo que se oía en todos los despachos, y alguna que otra cabeza asomaba llena de curiosidad desde detrás de la pantalla. Faye sonrió para sus adentros. Jack era tan predecible...

—¿Qué coño has hecho?

Eran tales las voces que la saliva salía a chorros de la boca. Ella no se

asustó. Hacía mucho tiempo que no la asustaba Jack. Que no la asustaba ningún hombre.

—¿Por qué demonios has hecho algo así?

—No tengo ni idea de a qué te refieres —dijo, consciente de que Jack no la creería.

Pero era parte del juego. Ella quería que Jack lo supiera. Esa parte de la pantomima se había terminado. Faye giraba despacio de un lado a otro en la silla, detrás de una mesa de despacho elegantísima. Era una mesa de diseño de Arne Jacobsen, que había costado casi cien mil coronas. La vieja mesa carcomida de Ingmar Bergman podía irse al cuerno. El mismísimo Ingmar Bergman podía irse a freír espárragos. Ese genio que siempre andaba rodeado de mujeres a las que dominar y oprimir. Menudo tópico.

Jack se inclinó sobre la mesa. El sudor de las palmas de las manos dejaba marcas en la superficie reluciente. Ella no se inmutó, al contrario, le acercó la cara. Observó sus rasgos hinchados de alcohol y agotados, notó cómo le olía el aliento a vino rancio y a whisky, y se preguntó qué había visto en él en el pasado. Cuando se conocieron, Jack leía novelas de machotes. Debería haber captado las señales de alarma.

—No sé lo que pretendes, Faye. Pero pienso aplastarte. Pienso arrebatártelo todo. Eres una zorra patética y necia a la que recogí del arroyo y convertí en alguien. Todo el mundo sabrá quién eres y de dónde vienes. Sé más de lo que crees, ¡zorra asquerosa! ¡Y haré todo lo que esté en mi mano para quitarte a Julienne!

Faye notó la saliva en la cara y levantó la mano despacio. Se secó con el dorso y vio con el rabillo del ojo cómo se acercaban dos vigilantes fornidos.

Entonces retrocedió.

—¿Qué haces? —gritó—. ¡Para, Jack! ¡Socorro! ¡Por favor, que alguien me ayude! ¡Ayuda!

Cuando los vigilantes llegaron corriendo, Faye empezó a sollozar y echó a correr hacia ellos. Jack miraba atónito a los dos hombres con el uniforme de Securitas, dos chicos rubios de unos veinte años. Por un instante, pareció que Jack estaba dispuesto a pelear con ellos. Enseguida respiró hondo, levantó las manos para calmarlos y les dirigió una amplia sonrisa.

—Ha sido un malentendido. No pasa nada de nada. Una discrepancia insignificante. Ya salgo yo solo, ya me estoy yendo...

Retrocedió hasta la puerta. Faye se había retirado al despacho de su jefe comercial y miraba con preocupación hacia Jack, mientras varios de sus

empleados la rodeaban en actitud protectora. No habría podido salir mejor.

Cuando llegó a casa después de la escena de Jack en el despacho, estaba exhausta. El piso estaba vacío. Kerstin había recogido a Julienne del colegio y se habían ido las dos a una de sus múltiples visitas museísticas.

Kerstin había expresado últimamente su preocupación por Julienne. De ser una niña abierta y chispeante había pasado a mostrarse cada vez más cerrada. En el colegio los profesores llamaron la atención sobre el hecho de que había empezado a quedarse sola en los recreos. Pero Faye no estaba tan preocupada como Kerstin. Se reconocía en Julienne, ella también fue un lobo solitario.

Las cartas de su padre llegaban cada vez con más frecuencia. Faye seguía sin abrirlas. Daba gracias a que nadie los hubiera relacionado nunca. Fue un caso muy comentado, sobre todo porque condenaron a su padre, pese a que nunca hallaron el cadáver de su madre. Según el tribunal, tenían pruebas más que suficientes. Todos los informes hospitalarios que documentaban las lesiones de su madre. La sangre. El que todas sus pertenencias estuvieran en la casa. La sentencia fue unánime. Cadena perpetua.

Faye se sirvió una copa de vino, se sentó delante del ordenador y abrió el correo. Veinte mensajes nuevos de Ylva. Los borró todos, no le interesaba lo que tuviera que decirle. Abrió el primer cajón del escritorio y sacó el USB en el que había guardado el *keylogger*. Le había prestado un buen servicio. Faye no sabía si guardarlo de recuerdo o si tirarlo sin más.

Mientras jugueteaba con él entre los dedos se dio cuenta de que nunca llegó a comprobar las demás carpetas que había guardado, puesto que había encontrado información suficiente para comprometer a Jack. Metió el USB en el ordenador y tomó un sorbito de vino mientras el dispositivo aparecía en el buscador. Fue haciendo clic aquí y allá, pero ninguno de los archivos despertó su interés. Aburridos documentos de negocios, contratos, presentaciones de PowerPoint... *Boring, boring, boring...* La última carpeta se llamaba «Asuntos domésticos». Pese a lo insulso del título, la abrió con un clic. Con horror creciente, Faye tomó conciencia de lo que contenía, y la copa de amarone se le cayó de las manos.

Clavó la mirada en los cristales que había esparcidos por el suelo. En la mancha roja, que crecía sin parar. Ahora sabía que no solo tendría que aplastar a Jack, sino que además debía procurar neutralizarlo para siempre.

Dejó pasar unos días. Luego, llamó a Jack. Ahora tenía un nuevo plan. Lloró al teléfono y le pidió perdón. Aunque en realidad habría querido matarlo a golpes, patear su cadáver y escupir sobre su tumba.

Jack cayó rendido ante su debilidad. Necesitaba su sumisión y ella se la proporcionó.

Poco a poco, se fue ganando de nuevo su confianza. Jack no era nada complicado y se dejaba engañar fácilmente. Ojalá lo hubiera descubierto antes, pensaba Faye.

Aunque creyó que nunca más tendría que hacerlo, dejó que Jack la follara. Esa fue la parte más difícil. Tratar de fingir que disfrutaba, cuando estaba llena de odio y de desprecio. Cuando todo su ser estaba lleno de imágenes de sus actos.

A veces Jack lloraba en sueños. De vez en cuando el móvil, que tenía en la mesilla de noche, se iluminaba con el nombre de Ylva. No lo había mandado a paseo. Ahora era ella la que rogaba y suplicaba. Era ella la que no tardaría en dar a luz a la hija de Jack mientras él se acostaba con otra. Exactamente igual que hizo cuando nació Julienne.

Faye había conseguido más somníferos. Mientras Jack dormía profundamente, ella abrió su ordenador e hizo las búsquedas necesarias. A veces le parecía demasiado sencillo. Pero sabía muy bien que resultaría cualquier cosa menos sencillo. Y que el precio que debería pagar sería alto. Quizá incluso demasiado. Pero ella era quien era y, teniendo en cuenta el delito de Jack, ninguna venganza era excesiva.

Mientras la oscuridad se extendía sobre las calles al otro lado de la ventana de su dormitorio, recordó los copos de nieve que veía caer desde los cristales relucientes del despacho del torreón. Recordó la sensación de estar flotando libremente. La sensación de libertad y de cautiverio al mismo tiempo. A veces echaba de menos el torreón. Pero nunca la jaula de oro. De vez en cuando pensaba en Alice, que aún seguía dentro de su jaula. Voluntariamente. Pero había facetas de la vida de Alice que Henrik, su marido, no conocía. Como el hecho de que ella fue una de las mujeres que invirtieron en Revenge, y que, a aquellas alturas, era tan acaudalada como él. O que le había pedido a Faye el número de Robin, y que lo veía una vez a la semana, mientras Henrik creía que estaba en pilates.

Faye pensaba que Alice se lo merecía. Cuando una estaba presa en una jaula de oro, necesitaba algún tipo de distracción para resistir.

Al amanecer, Faye observó a Jack mientras él se despertaba con la cabeza aturdida por los somníferos y el whisky.

—La semana que viene tengo un viaje de negocios —le dijo—. ¿Podrías ayudarme con Julienne?

—Pues claro.

Jack sonreía. Veía enamoramiento en la mirada de Faye. Pero lo que había era una despedida.

Fjällbacka. El pasado

Dejé a un lado el teléfono. Habían dictado sentencia y yo era libre. Por primera vez. Nunca había saboreado esa sensación con anterioridad, no sabía cómo era. Pero ahora parecía que mi cuerpo flotara a unos centímetros del suelo. Nunca me había sentido más fuerte.

No me permitieron estar presente en el juicio, consideraban que era demasiado joven. Aun así, pude ver a papá allí sentado delante de mí, con el mismo traje que llevaba en el entierro de Sebastian. El cuello sudoroso, cómo se tiraba de la camisa, incómodo, rabioso, atrapado como nunca lo había estado antes. Su prisión era mi libertad.

Una parte de mí se había sentido preocupada por la posibilidad de que no lo condenaran. De que no vieran el animal que llevaba dentro, solo a un hombrecillo patético y lamentable. Pero las pruebas técnicas eran abrumadoras. Incluso sin el cadáver de mamá.

Lo condenaron, y le impondrían una pena muy dura.

Yo sabía que la sociedad lo celebraba. Todo el mundo había seguido el juicio. La gente se horrorizaba, rumoreaba, cotilleaba en los pasillos del supermercado Evas, se detenían con los coches en la plaza, bajaban la ventanilla y se lamentaban y hablaban de aquella pobre niña. Los conocía tan bien...

Pero yo no era una pobre niña. Yo era más fuerte que todos ellos. En realidad, habría preferido seguir viviendo en la casa cuando detuvieron a papá, pero alguien decidió que no era conveniente. A sus ojos, yo aún era una niña. A falta de familiares, a falta de amigos, tuve que mudarme con el matrimonio mayor que vivía allí al lado. Pero me dejaban estar en la casa todo el tiempo que quería, siempre y cuando volviera a la hora de cenar y durmiera con ellos.

Los últimos meses supusieron una larga espera. En el colegio ya me dejaban en paz. Cuando aparecía por los pasillos, la gente se abría como si yo

fuera Moisés separando las aguas del mar Rojo. Los fascinaba. Pero me evitaban. A la gente le gustaba estar cerca del dolor y la tragedia hasta cierto límite. Y yo hacía ya mucho que había sobrepasado ese límite.

En todo caso, por fin era libre. Y él tendría que pudrirse en el infierno.

Llovía a mares. Le escocían los ojos y le estallaba la cabeza. Solo quería dormir. Llamó dos veces al número de Julienne, y luego al de Jack. Nadie respondió. La recepcionista del hotel se acercó y le dijo que el taxi la estaba esperando. Ella le dio las gracias y, maleta en mano, empezó a marcar el número de la Policía. En el mismo momento en que se hundió en el asiento trasero, le pasaron la llamada.

—Emergencias.

—Quería denunciar una desaparición —dijo.

—De acuerdo —respondió la mujer que había atendido la llamada—.

¿De quién?

—De mi hija de siete años —dijo Faye entre sollozos.

—¿Cuándo fue la última vez que supiste de ella?

—Ayer por la tarde. Estoy en Västerås, en un hotel. Acabo de celebrar aquí una reunión de trabajo. Mi exmarido se ha quedado al cargo de Julienne. Llevo toda la mañana llamando, pero no contestan.

—¿Quieres decir que ahora mismo tú no estás en la ciudad?

—No. ¡Por Dios, no sé qué hacer!

—¿Es posible que se encuentren en algún lugar donde no puedan responder?

—No. Iban a estar en mi casa. Hoy pensaban que tal vez irían al parque de Skansen. Desde luego esto no es propio de Jack.

—¿Cómo te llamas?

—Faye Adelheim. El piso en el que tenían que estar se encuentra en el barrio de Östermalm. Es mi domicilio.

Le dio la dirección a la mujer.

—Por lo general esperamos unas horas antes de cursar la denuncia.

—Por favor, estoy preocupadísima.

La voz al otro lado se dulcificó un poco.

—En realidad, es algo pronto, pero pediré a una patrulla que pase por allí y llame a la puerta.

—Gracias, sería estupendo. Puedes darles mi móvil para que avisen

cuando lleguen.

Una hora y media más tarde, el taxi giró en la calle Odengatan, siguió unos metros por Birger Jarlsgatan antes de entrar en Karlavägen.

Delante del portal había dos coches de policía. Un agente esperaba fuera. Faye pagó, salió del taxi a toda prisa y se le acercó corriendo.

—Soy Faye —dijo sin resuello. El hombre la miró muy serio—. No entiendo: dijisteis que habíais encontrado a Jack. ¿Por qué seguís aquí? ¿Y dónde está mi hija?

—¿Podemos hablar dentro? —dijo el policía con la mirada vacilante.

—¿Por qué? Si habéis hablado con Jack, sabréis dónde está Julienne, ¿no?

El agente marcó el código de la puerta y la sujetó para que Faye entrara.

—Créeme, es mejor que subas conmigo.

Faye lo siguió.

—Por favor, dime qué es lo que está pasando. ¿Está Jack en mi casa?

El policía cerró la reja del ascensor.

—Tu exmarido está arriba —dijo—. Pero vuestra hija ha desaparecido.

—Pero Jack tiene que saber dónde está, ¿no? Tiene siete años, no puede desaparecer sola. Él era responsable de ella. Estaba con él. ¿Qué os ha dicho?

—Dice que no recuerda nada.

—¿Que no recuerda nada?

Faye oyó cómo su voz rebotaba entre las paredes del ascensor. Este se detuvo y salieron los dos. La puerta del piso estaba abierta. Faye se pasó la mano por la cara.

—Hemos encontrado algo que... Hay sangre en el recibidor.

—¿Sangre? Pero por Dios...

Faye se tambaleó y el policía la sujetó para que no cayera. Le ayudó a entrar. Un técnico en cuclillas vestido de blanco examinaba con un instrumento una parte del suelo donde había sangre coagulada.

—¡Julienne! —gritó Faye con voz chillona—. ¡Julienne!

En la cocina estaba Jack, sentado en una silla. Dos policías hablaban con él en voz baja. Cuando la vio, hizo amago de levantarse, pero los policías se lo impidieron. Se hundió de nuevo en la silla.

—¿Qué ha pasado? —preguntó ella a gritos—. ¿Dónde está, Jack? ¿Dónde está Julienne?

—No lo sé —dijo él desconcertado—. Me despertó el timbre de la

puerta.

El policía se la llevó a un aparte.

—Vamos a necesitar algo que haya pertenecido a vuestra hija.

Faye se lo quedó mirando sin comprender nada.

—¿Qué quieres decir? ¿Por qué?

La llevó hacia el interior con cuidado pero con resolución. En el recibidor se oían pasos y voces. Iban llegando más policías.

—Para su identificación —dijo—. Solo por si acaso.

Ella jadeó angustiada, pero asintió.

—¿Algo como qué?

—El cepillo de dientes. O un peine.

Faye asintió. Señaló el cuarto de baño. El policía sacó una bolsa, se puso un par de guantes finos y se encaminó hacia el baño en primer lugar.

—Ese es el suyo.

El hombre guardó el cepillo de color rosa en la bolsa. Faye le mostró la habitación de Julienne, donde el agente encontró el peine.

—Con esto debería ser suficiente —dijo al tiempo que la miraba apesadumbrado.

Al otro lado de la ventana había empezado a oscurecer. Faye se levantó cuando la agente entró en el cuartito en el que le habían indicado que esperase. La policía era rubia y alta. Llevaba el pelo recogido en una cola de caballo y tenía una mirada amable pero decidida.

—¿Sabéis algo?

La agente de policía meneó la cabeza.

—Siéntate —dijo, y le señaló el sofá—. Me llamo Yvonne Ingvarsson, soy inspectora de policía.

Faye se sentó y se cruzó de piernas.

—Tengo que hacerte unas preguntas, y quiero que me respondas con todo el rigor posible.

—Por supuesto.

—Seguimos sin encontrar a Julienne, pero hay ciertos detalles que nos preocupan. Y mucho.

Faye cerró los ojos y tragó saliva.

—¿Está...? ¿Creéis que le ha ocurrido algo?

—Sinceramente, no lo sabemos. Pero la sangre del pasillo es humana.

Los técnicos están comparándola con el ADN del cepillo de dientes y el peine de Julienne.

—Por Dios santo... Yo...

—Tu exmarido, Jack, no puede contarnos nada. Su relato no encaja, sencillamente. Asegura que no recuerda lo que hizo ayer.

—Pero es imposible que él le haya hecho daño a Julienne. Os equivocáis. Alguien tiene que habérsela llevado de alguna forma. Él la quiere y no tiene ningún motivo para...

—¿Y quién sí lo tendría?

Faye guardó silencio. La agente se inclinó hacia ella y le puso la mano en la rodilla.

—Según su móvil y el GPS del coche, ha estado en circulación. Durante la noche.

—¿Qué quieres decir?

—Ha estado en Jönköping. Y hemos encontrado rastros de sangre en el maletero del coche. Vamos a compararla con la sangre del pasillo.

—No... Por favor, no... No quiero saberlo.

Faye meneaba la cabeza horrorizada.

—Ahora tienes que ser fuerte, Faye. Sé que es difícil, pero tienes que ayudarnos para que podamos encontrar a Julienne.

Ella asintió despacio, logró finalmente mirar a la agente a los ojos.

—Nuestros colegas de Jönköping están examinando los lugares en los que Jack ha estado esta noche. Hemos revisado vuestros ordenadores y me pregunto si podrías explicarme qué es esto.

Yvonne fue pasando las hojas de una carpeta que tenía en el regazo y finalmente sacó un papel. Era el correo que Faye le había enviado a Ylva. Faye abrió la boca para responder, pero Yvonne se le adelantó.

—¿Eres tú la mujer de la foto?

Le dio a Faye la hoja impresa con la imagen. Ella echó una rápida ojeada. Asintió.

—Sí, soy yo.

—¿Le enviaste esta foto a Ylva Lehndorf, la pareja de Jack?

Faye volvió a asentir.

—¿Por qué hiciste algo así?

—Porque ella me arrebató a Jack. Yo solo quería...

—¿Jack y tú estáis manteniendo relaciones... ahora?

—¿Qué quieres decir?

—¿Os habéis acostado después de la separación?

—Sí. Pero no desde que se enteró de que le había enviado estas fotos a Ylva. A partir de entonces... Jack me odia.

—Según Jack, habéis continuado manteniendo relaciones.

—Eso es absurdo. El vino a mi despacho hace unas semanas y armó un escándalo. Los vigilantes se vieron obligados a echarlo de allí. Pero nuestra discusión fue por nosotros dos, no tuvo nada que ver con Julienne, yo sé que él nunca le haría daño.

Negó con la cabeza.

—¿Sabes qué otra cosa hemos descubierto? Que tú, a través de una compañía de inversiones extranjera, has adquirido la mayoría de las acciones de Compare. La sociedad que fundó Jack. Y de la que lo despidieron. ¿Conocía Jack esa circunstancia?

Faye tamborileaba nerviosa con los dedos en la mesa. La mirada de Yvonne Ingvarsson no resultaba fácil de interpretar.

—No eres sospechosa de nada —continuó Yvonne—. Pero tenemos que saberlo para entender lo que ha pasado.

Faye asintió despacio.

—Jack me dejó por Ylva. Los pillé en nuestro dormitorio... Lo único que quería era que los dos sintieran el mismo dolor que sentí yo. Me humillaron, lo perdí todo. Claro que quería vengarme. E hice lo que pude para aplastar a Jack. Con todo el derecho del mundo. Y él me odiaba, también con todo el derecho del mundo. Pero eso no tenía nada que ver con Julienne, así que no entiendo dónde podría estar nuestra hija ni por qué creéis que Jack ha podido hacerle algo.

Aguardaba retorciéndose las manos en el regazo.

Yvonne no respondió a su pregunta, sino que continuó inquisitiva:

—Las heridas que tienes en la cara. ¿Cómo te las has hecho? ¿Fue Jack?

Faye se llevó la mano a la mejilla pero se estremeció de dolor. Luego asintió a su pesar.

—Jack iba a cuidar de Julienne mientras yo estaba en Västerås, en una reunión de trabajo. Pero no estaba segura, lo hice solo por Julienne. Jack... Ha estado tan enfadado... Últimamente me ha enviado mensajes de móvil horribles. Cuando bebía, me amenazaba. Eso no es propio de él. Cuando llegó estaba enfadado, y por eso me golpeó. Pero luego se calmó. Estuvimos hablando y, cuando me fui, las cosas habían vuelto a su cauce. Él nunca le levantaría la mano a Julienne, solo estaba enfadado conmigo, y seguro que fue

porque dije algo que lo provocó. Además, yo nunca lo habría dejado al cuidado de Julienne si hubiera pensado que...

A Faye se le quebró la voz.

Llamaron a la puerta. Un policía entró y se presentó. Quería hablar con su colega, de modo que Yvonne se fue con él al pasillo. Unos minutos después, la agente volvió. Llevaba una taza de café que puso en la mesita que había delante de Faye.

—Continúa —dijo.

—¿Alguna novedad sobre Julienne? ¿La habéis encontrado?

—No.

—¿No puedes decirme nada? ¡Es mi hija!

La agente la miraba impertérrita.

—No creemos que Julienne hubiera podido sobrevivir a la pérdida de toda la sangre que hemos encontrado en el pasillo.

—Pero ¿qué quieres decir? —gritó Faye—. ¡Mi niña no puede estar muerta!

Yvonne Ingvarsson le puso una mano en el hombro, pero guardó silencio. Lo no dicho retumbaba como un eco en el salón.

En lugar de dormir en su casa, Faye utilizó las llaves de reserva que tenía del piso de Kerstin y se instaló allí. Los periódicos dedicaban mucho espacio a la desaparición de Julienne. La policía había seguido el coche de Jack hasta una zona boscosa al norte de Jönköping. En las inmediaciones había un embarcadero. Al día siguiente hallaron pequeñas cantidades de sangre en uno de los barcos. Pero ningún cadáver.

Faye leyó en la prensa que trabajaban a partir de la teoría de que «el exmarido y millonario», como llamaban a Jack, había arrojado a Julienne al Vättern. Los submarinistas trataban de encontrar el cadáver, pero era una zona demasiado extensa. Julienne no apareció.

Una semana después, cuando todas las pruebas señalaban a Jack y la prensa vespertina había averiguado a través de fuentes policiales que se había hallado sangre no solo en el piso, sino también en el coche y en el barco, todos daban el nombre de Jack. Los periodistas se agolpaban en grupos alrededor de la casa de Lidingö donde vivía con Ylva.

Yvonne Ingvarsson fue a ver a Faye para asegurarle que no habían perdido la esperanza de encontrar a Julienne con vida, pero que casi todo

indicaba que estaba muerta. Le ofrecieron apoyo psicológico y hablar con un sacerdote. Pero ella rechazó todas las ofertas. Se encerró en el piso de Kerstin y vio cómo el grupo de periodistas que se concentraba delante de su casa se iba reduciendo día tras día. Las heridas y los moretones de la cara empezaban a curarse, y ella se las limpiaba con sumo cuidado. No quería que le quedaran cicatrices que le afeasen la cara. Entre las acusaciones contra Jack se incluyó también el maltrato a Faye.

Jack no había hecho ninguna confesión, pero las pruebas contra él eran cada vez más sólidas. Los investigadores encontraron unas búsquedas de Google de lo más macabras en el historial de su ordenador. Y, aunque alguien los había borrado, pudieron rescatar de su móvil mensajes amenazadores contra Faye, que sí los conservaba en su aparato. Todo ello figuró en los diarios de la tarde.

Los hallazgos del ordenador cerraron más aún el cerco a su alrededor. Había examinado la profundidad de varios lagos suecos, había guardado imágenes de mapas de la zona donde había aparcado el coche, junto al lago Vättern.

Solo un mes después de la desaparición de Julienne, Faye puso a la venta el piso y comunicó a los inversores de Revenge que tenía intención de abandonar Suecia cuanto antes. Conservó el diez por ciento de las acciones, le dio a Kerstin un cinco por ciento, que se añadía al que ya tenía y ofreció en venta el resto a los inversores. Yvonne Ingvarsson trató de convencerla de que esperase y no se mudara hasta que el juicio contra Jack hubiese concluido, pero Faye le aseguró que no tenía fuerzas.

—Me ha destrozado la vida, con independencia de la pena que le impongan. Yo le arrebaté su empresa, destruí su relación con Ylva. Y él ha respondido matando a nuestra única hija. Aquí no me queda nada.

—Lo comprendo —dijo Yvonne—. Debes tratar de ser fuerte. El dolor no desaparecerá nunca, pero resultará más fácil de afrontar con el tiempo.

Ya en la puerta, le dio a Faye un abrazo, antes de abrocharse la cazadora y dirigirse al rellano de la escalera.

—¿Adónde te irás?

—No lo sé aún. Lejos, desde luego. Donde no me conozca nadie.

Cuando Yvonne le envió un mensaje para comunicarle que, finalmente, según los análisis, el ADN de la sangre hallada en el pasillo, en el maletero del coche de Jack y en el barco coincidía con el del cepillo de dientes y el peine de Julienne, Faye se limitó a responderle con un simple «gracias». No

tenía nada más que decir.

Siete meses habían transcurrido desde que Faye abandonara Suecia. Contemplaba las verdes colinas que se elevaban sobre el Mediterráneo. En el soporte para la bebida tenía un *frappé* helado. El juicio contra Jack había terminado, esperaban la sentencia en cualquier momento. Los medios y el pueblo sueco ya lo habían sentenciado. Jack Adelheim era el hombre más odiado de Suecia. Ylva ya había hablado en el *Expressen*, naturalmente, con la hija de Jack en el regazo y todo un torrente de palabras de condena. Al parecer, Jack la estuvo sometiendo a maltrato psicológico durante todo el tiempo que duró la relación. Ylva cosechó las simpatías de unos y otros. Faye se rio para sus adentros al leerlo.

Por fin se había extraído aquellas odiosas prótesis mamarias y había engordado diez kilos. Pero seguía entrenando. Nunca se había sentido más a gusto consigo misma.

Miró la pantalla otra vez mientras mojaba unas galletas *cantucci* en una copita de vino dulce. Toda Suecia había seguido aquel juicio tan mediático y, desde la terraza en la que se encontraba, podía sentir que el país entero contenía la respiración.

Ella no estaba preocupada. Había hecho los deberes a la perfección.

El periodista del *Aftonbladet* sostenía unos documentos mientras un experimentado reportero de sucesos fruncía preocupado la frente y, con voz muy seria, aseguraba que no cabía duda alguna de que a Jack le impondrían una sentencia condenatoria.

Faye no se molestó ni en sonreír. Ya se sabía vencedora. Las consecuencias no eran sino una formalidad. Por su parte, se había terminado.

Julienne la llamó desde el interior de la casa.

Faye se bajó las gafas de sol a la punta de la nariz y entornó los ojos.

—Dime, cariño.

—¿Podemos ir a la playa?

—Dentro de un momento. Espera que termine de ver una cosa.

Julienne apareció en la puerta. Los pasos de sus pies descalzos resonaron en el suelo de la terraza cuando se le acercó corriendo. Bronceada y preciosa, con el pelo aleteándole a la espalda.

«Jack Adelheim ha sido considerado culpable del asesinato de su hija de siete años.»

Faye cerró enseguida la tapa del ordenador, Julienne se le sentó en el regazo.

—¿Qué estabas viendo?

—Bah, nada —dijo—. Bueno, ¿nos vamos a la playa?

—¿Querrá venir Kerstin con nosotras?

—Habrá que preguntarle.

Faye cerró los ojos cuando Julienne se alejó a toda prisa. Sus pensamientos retornaron a aquellos días decisivos de hacía más de seis meses.

No tuvo miedo del dolor físico. Eso no era nada comparado con el dolor que sintió cuando encontró las fotos de Julienne en la carpeta llamada «Asuntos domésticos». Su hija del alma. Aterrorizada. Desconcertada. Desnuda.

La conmoción dio paso a una rabia que a punto estuvo de engullirla, pero la reservó para sus adentros. Sabía que iba a necesitarla más adelante. Esa rabia arrollaría a Jack como un alud, cuando ella hubiera terminado con él no quedaría ni rastro de su persona.

Engañar a Jack para que se sintiera seguro fue fácil, ejecutar todo lo que era preciso hacer tampoco fue tan difícil. Solo tenía que cerrar los ojos y rememorar el cuerpo desnudo de Julienne. Expuesta. Mancillada. Precisamente por aquel que debería haberla protegido.

Se tomó unos analgésicos y se sacó poco más de un litro de sangre. Era el doble de lo que se solía donar, pero se había informado y había llegado a la conclusión de que con la cantidad de sangre que tenía en el cuerpo, podía permitirse perder aproximadamente un litro.

Kerstin protestó en un principio, cuando ella le contó lo que pretendía hacer, pero después de ver las fotos, coincidió con ella en que ningún castigo era demasiado duro para un hombre como Jack.

Faye sentía la cabeza liviana, como mareada, pero se mantuvo en pie. No podía marearse ahora.

Kerstin y Julienne partirían antes que ella. Le resultó caro agenciarse pasaportes falsos y una vía de escape segura para salir del país, pero todo podía comprarse con dinero. Y ella tenía de sobra.

Se dirigió al hotel de Västerås, donde la aguardaba Kerstin. Le dio el móvil. Kerstin empezaría a llamar al número de Jack por la noche. Luego, Faye volvió al piso.

Cuando sonó el timbre, respiró hondo y fue a abrirle a Jack. Había

llegado el momento de destruirlo. Le preguntó dónde estaba Julienne, puesto que había ido a quedarse con ella. Faye le respondió que estaba en camino. Tres vasos de whisky más tarde, logró persuadirlo de que fuera al dormitorio con la promesa de acostarse con él, pero, tal y como ella esperaba, Jack se derrumbó tras un torpe manoseo por dentro de las bragas.

Faye se observó en aquel espejo enorme que tenía en el dormitorio. Desde la cama se oía la respiración pesada de Jack. Le había dado una dosis doble y nada conseguiría despertarlo. Cuando por fin se despabilara, le fallaría la memoria.

Respiró hondo. Dejó que la negrura la invadiera libremente, sin todos aquellos obstáculos que había ido poniendo de por medio a lo largo de tantos años. Vio los rostros en el agua. Oyó los gritos que ascendían chillones hacia el cielo y ponían en fuga a las gaviotas, que se alejaban aterradas batiendo ampliamente las alas. Vio la sangre que se mezclaba con el agua salada. Dedos blancos que se aferraban como garras a algo, a cualquier cosa, a cualquiera.

Vio otra vez a Julienne. El miedo en el semblante.

Con todas sus fuerzas, se dio un golpe en la frente contra el cabecero de acero.

Se examinó a conciencia la cara en el espejo. ¿Sería aquella herida suficiente? Eso creía. Se veía una herida en la frente y la sangre le bombeaba bajo la piel. Le saldrían muchos cardenales.

Faye fue a buscar el maniquí de salvamento que se había agenciado y lo puso en la entrada. Luego vertió sobre él la sangre que Kerstin le había ayudado a sacarse, para que se derramara por la cabeza y la parte superior del tronco. Esperaba que fuera suficiente con aquella cantidad. No habría podido prescindir de más si quería mantenerse en pie. El olor le provocaba arcadas, y aún se sentía mareada y exhausta, pero se esforzó por seguir adelante. Dejó el maniquí en la sangre mientras llevaba a cabo los últimos preparativos, con la esperanza de que se coagulara un poco alrededor de la silueta.

Se puso unos guantes y sacó de la maletita una bolsa de plástico con cierre zip que contenía un cepillo de dientes rosa y un peine. Los dos con un dibujo de Elsa, de la película *Frozen*. La propia Julienne los había sacado del envoltorio y los había puesto en la bolsa, para que solo tuvieran sus huellas.

Faye empezó a peinarse. Julienne y ella tenían el pelo con el mismo tono de rubio color miel, y el mismo largo. Se dio un par de pasadas enérgicas, para que se le soltaran algunos cabellos con raíz y todo. Muy despacio, dejó el peine y sacó el cepillo de dientes. Se cepilló a conciencia los dientes y la

boca, apretó bien para que las cerdas se separasen un poco y el cepillo pareciera bastante usado. Dejó el cepillo en el vaso del cuarto de baño, junto al suyo. Luego entró en el cuarto de Julienne y dejó el peine en su escritorio.

Cuando terminó, fregó el vaso en el que había pulverizado los somníferos y volvió a llenarlo de whisky. Con el vaso y la botella en la mano entró en el dormitorio, donde Jack aún roncaba a pierna suelta. Dejó el vaso en la mesita de noche y la botella en el suelo, tumbada junto a la cama. Verdaderamente, apestaba a whisky.

Ya no faltaba mucho por hacer en el piso.

Faye procuró llevar el móvil de Jack cuando se dirigió a su coche. Rápidamente, metió el maniquí dentro del maletero. Dejaría huellas de sangre. Tal como ella había previsto.

El resto era pura logística. Ir al Vättern con el coche de Jack, y vuelta. Un poco de sangre en uno de los barcos amarrados a un muelle. El maniquí lo lavó bien y lo arrojó al agua. Seguro que había muchos residuos de lo más extraños en el fondo del lago, nadie lo relacionaría nunca con Julienne.

Mientras regresaba a Estocolmo, Faye sabía que tanto el GPS del coche de Jack como su móvil aparecerían vinculados a aquel recorrido. El del coche con más detalle que el del móvil, pero se complementarían. Eso bastaría, junto con las búsquedas de Google que había hecho en el ordenador de Jack. O eso esperaba. El truco estaba en los detalles.

Faye aparcó el coche en el paseo marítimo. Un viento cálido le levantó la falda mientras Kerstin ayudaba a Julienne a salir del coche. Encontraron tres tumbonas libres y pagaron. Julienne echó a correr enseguida hacia la orilla. Faye y Kerstin se quedaron allí, sin perderla de vista ni un instante.

—Lo han condenado. Calculan que a cadena perpetua.

—Ya lo he oído —respondió Kerstin.

—Lo hemos conseguido.

—Sí, lo hemos conseguido. Pero yo ya lo sabía, la verdad.

—¿Ah, sí?

Kerstin meneó la cabeza.

Una mujer se les acercó caminando. Cuando las vio se detuvo y saludó con la mano.

—¿Hay sitio para alguien más? —preguntó con una sonrisa.

—Si, aunque tendrás que compartirla tumbona con Julienne —respondió Faye.

—De mil amores.

Se acomodó en la tumbona, sobre la toalla turquesa de Julienne, y se puso unas gafas de sol.

—¿Vendrás a cenar a casa esta noche? —preguntó Faye.

La mujer asintió sin más. Luego volvió la cara al sol.

Las tres mujeres permanecieron así en silencio. Así, con los ojos cerrados, mientras disfrutaba del chapoteo de las olas y del parloteo alegre de Julienne, Faye recreaba la imagen de Sebastian. Su muerte la había llevado a ser quien era. En cierto modo, le estaba agradecida.

Giró la cabeza y observó a la mujer que había en la tumbona de al lado. Muy despacio, extendió el brazo y le acarició la mejilla a su madre.

Agradecimientos

ESCRIBIR un libro no es algo que hagamos solos. Aunque muchos así lo crean. Hay una gran cantidad de personas que contribuyen a este trabajo, que lo hacen posible y menos solitario. En primer lugar quiero dar las gracias a mi marido, Simon, cuyo amor y apoyo nunca flaquean. Mis hijos, maravillosos, también son una fuente inmensa de motivación: Wille, Meja, Charlie y Polly. Gracias por existir, y porque sois los niños más buenos del mundo. También quiero dar las gracias a mi madre, Gunnel Läckberg, y a mis suegros, Anette y Christer Sköld, porque, de mil maneras, hacéis posible que tenga tiempo y fuerzas para escribir. Hay más personas a las que dar las gracias: todos los que estáis ahí cuando la vida cotidiana no funciona. Os estoy eternamente agradecida.

Gracias, muchísimas gracias a Christina Saliba, que tanto trabaja conmigo a diario codo con codo, aunque no sea escribiendo libros. Eres mi hermana, aunque no nos unan lazos de sangre. Y gracias a Lina Hellqvist, que es una parte inestimable del trabajo diario.

Jamás habría sido ni la mitad de buena escritora de no ser por mi maravillosa editora Karin Linge Nordh, y el siempre espléndido revisor John Häggblom. No tengo palabras suficientes para daros las gracias. Obviamente, hay muchas más personas en la editorial Bokförlaget Forum a las que estoy agradecida, entre otras, a Sara Lindegren, así que ¡gracias a todos!

Lo mismo debo decir de Nordin Agency: Joakim Hansson, Johanna Lindeborg, Arma Frankl, entre otros, hace muchos años que lleváis a cabo un trabajo increíble al dar a conocer mi obra en todo el mundo.

Muy importantes a la hora de escribir un libro son aquellas personas que nos ayudan a averiguar información sobre temas que el escritor no conoce.

Una de ellas es, por ejemplo, Emmanuel Ergul, que me ayudó con información valiosísima sobre cuestiones financieras. Y, como de costumbre, Anders Torewi ha leído la novela y ha contribuido en cuestiones relacionadas con Fjällbacka.

Gracias también a Pascal Engman, un colega de talento extraordinario, que me proporcionó un estímulo imprescindible cuando necesitaba contrastar ideas sobre los personajes de esta novela. Como de costumbre, y como bien sé, mi colega Denise Rudberg ha estado ahí siempre que he tenido necesidad de conversar sobre la escritura. O sobre la vida.

Finalmente, a todas mis hermanas, a los amigos, a todos aquellos que nos rodean y que quieren a nuestra familia. Sois tantos que no puedo enumeraros, por miedo a olvidar a alguno involuntariamente. En todo caso, vosotros sabéis quiénes sois. Os quiero.

Y gracias a ti, papá, porque tú me transmitiste el amor por los libros.

Camilla Läckberg,
Estocolmo, 20 de diciembre de 2018



Camilla Läckberg es la exitosa autora de la serie de Los crímenes de Fjällbacka, de la que se han vendido hasta la fecha más de veintitrés millones de ejemplares en todo el mundo.

Con *Una jaula de oro*, abandona por ahora el universo de Fjällbacka y hace una incursión en el género del suspense psicológico con una protagonista, Faye, que es una nueva heroína que ha llegado para quedarse.

Título original: EN BUR AV GULD

© Camilla Läckberg, 2019

Publicado bajo el acuerdo con Nordin Agency AB, Suecia

© MAEVA EDICIONES, 2019

Benito Castro, 6 28028 MADRID

www.maeva.es

ISBN: 978-84-17708-18-4

Depósito legal: M-5.820-2019

Diseño de cubierta: Scandinavian Design Group

Foto de cubierta: Erik Undéhn

Foto de la autora: Magnus Ragnvid

Preimpresión: Gráficas 4, S.A.

Impresión y encuadernación: Huertas, S.A.

Impreso en España / Printed in Spain

